

ANTON ARRIOLA
EL CASO
NEWTON



erein

ANTON ARRIOLA
EL CASO
NEWTON



erein

El caso Newton

ANTON ARRIOLA



(Durango, 1967)

Licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad de Deusto y MBA por la Universidad Luigi Bocconi. Tras pasar su infancia y juventud en Bilbao, vivió en Milán, Nueva York y Londres, trabajando en el entorno empresarial durante dos décadas.

Su primera novela, *Rjukan* (2014), se enmarca en el ámbito del alpinismo, las cuestiones éticas y los interrogantes existenciales. *La travesía del Voga* (Premio de Narrativa Playa de Ákaba 2015), es una reflexión sobre la inteligencia artificial y la inmortalidad, ambientada en una travesía por el Mediterráneo. Con *El Negro y la Gata* (2016) inició una nueva serie de novela negra. *El caso Newton* es la segunda entrega de esta serie, protagonizada por el excuro y profesor de Antropología Ander Azurmendi.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Ilustración de portada:

Joxan Glez. Arruti

Maquetación:

Itxaropena

© Anton Arriola

©EREIN. Donostia 2018

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

ISBN de versión digital:

978-84-9109-304-6

Digitalizado por Adimedia, S.L.

www.adimedia.net

ANTON ARRIOLA

EL CASO NEWTON



*I could stand in the middle of
5th Avenue and shoot somebody and
I wouldn't lose voters^[1]*

DONALD TRUMP, *presidente de EE.UU.*

Bilbao, noviembre de 2001

Días después lo recordaría vivamente. El profesor Ariza acababa de entrar en mi despacho. Apenas franqueada la puerta, había soltado aquella sentencia intempestiva:

“Azurmendi, tengo algo muy grande entre manos”.

Vaciló un instante, como impactado por sus propias palabras, y luego se sentó y fijó una mirada ausente en la pared. Transcurridos unos segundos pasó a adoptar una expresión extraña. Diríase que por una vez, sobrecogido por la importancia del asunto que se traía entre manos, le había abandonado su habitual suficiencia y parecía incluso asustado. Esperé con expectación a que retornara, y cuando lo hizo repitió la frase, todavía medio ausente. Esta vez lo dijo más despacio y otorgando peso a las palabras, de una forma solemne que en aquel momento, y a pesar del respeto que yo le profesaba, me había parecido ridícula.

Desde entonces, sin embargo, he tenido amplia oportunidad de corregir mi escepticismo. El discurrir de los acontecimientos ha conferido a sus palabras esa cualidad, inquietante y fatalista, de los vaticinios de índole trágica.

–Enhorabuena, Arcadio –había exclamado por decir algo, interpretando que tal vez esperaba una reacción por mi parte.

Fijó su mirada en mí. Me escudriñó, como intentando discernir si merecía la pena compartir sus asuntos conmigo, o si podía fiarse de mí. Pero más bien parecía no estar seguro de que aquello tan importante fuera materia a compartir con nadie.

–Ayer volví de Londres, ¿sabe?... –pronunció la frase mientras seguía elucubrando, probablemente no muy consciente de lo que había dicho. Debía necesitar unos segundos más para decidirse a hablar, ya que tras darme aquella información había vuelto a fijar la vista en la pared.

Decidí aprovechar que tenía bajada la guardia para observarle con cierto detenimiento. Ariza era una de esas personas que exudan tal intensidad que no parecen estarse quietas un segundo, lo que hacía difícil hacerse una foto fija. Por otro lado, cuando por unos instantes centraba su atención en ti, esa misma intensidad te obligaba a clavar tus ojos en los suyos, ardientes como brasas. De tal manera que yo no había logrado todavía establecer una opinión de

conjunto. Su carácter extravagante se mostraba de forma más inmediata en la vestimenta, insólita entre los sobrios catedráticos de la Universidad de Deusto. Aquella mañana llevaba un traje color caqui con unos vistosos zapatos granates, pañuelo estampado y la camisa y la corbata en distintas tonalidades del morado. Sorprendentemente, aquel atuendo resultaba elegante y bien conjuntado, realzando su buena planta; aunque en realidad era de estatura mediana –yo le debía sacar una cabeza–, pero se trataba de uno de esos hombres a los que el carisma o el status social acrecientan de alguna manera la altura meramente física. Es decir, tenía lo que se suele denominar empaque. Su cabellera era poblada y muy rizada –pequeños rizos negros–, y aquel pelo, junto a la nariz larga y ganchuda, y los ojos también negros y permanentemente inquietos, le daban un cierto aspecto de mercader judío, de esos que imaginamos astutos y algo mezquinos en lo referente a los asuntos mundanos. Y era aquel aspecto de comerciante (o de tratante de arte) el que no acababa de cuadrar con su condición de erudito. Porque Arcadio Ariza ostentaba cátedras en Historia del Pensamiento y en Literatura, y era un experto de renombre mundial en lo concerniente a los siglos que van del Renacimiento a la Ilustración.

–Me he traído un tesoro de Cambridge –había dicho entonces de improviso, deteniendo mi exploración antes de que ésta pudiera llegar a su conclusión–. Un libro de enorme importancia, créame que se quedaría usted impactado.

Volvía a mirarme, pero sin su intensidad habitual, parecía haber hablado más para sí mismo, por lo que no me vi impelido a responder de inmediato. Por tanto aquello tan grande que tenía entre manos era un libro. No me sorprendió, ya había oído que Ariza era también un reconocido bibliófilo, poseedor de una notable colección de ediciones antiguas. Podía en ese caso entender que estuviera excitado con su nueva adquisición, incluso sobrecogido por la importancia de aquel raro ejemplar, pero me seguía sin cuadrar la expresión de alarma que dejaba traslucir a cada rato. De alarma y también de responsabilidad, como si tuviera por delante una tarea que le sobrepasara.

–¿Literatura o teoría social? –dije, pareciéndome lo propio dar hilo a la conversación con una pregunta vaga que no cayera en la indiscreción.

–No, no –contestó, y por un momento esbozó una media sonrisa–. Se trata

de algo muy diferente esta vez, un enfoque novedoso en mis investigaciones, pero primordial en la configuración del hombre moderno.

Asentí interesado. El objeto principal de las investigaciones de Arcadio era en efecto la configuración del *hombre moderno*, a partir del antropocentrismo iniciado en el Renacimiento. Un asunto manido, pero con ramificaciones todavía interesantes. Yo mismo había colaborado en su proyecto de investigación mediante el análisis de las transformaciones religiosas de aquella época, en la que se había comenzado a gestar la identidad moderna. A pesar de que los jesuitas me habían asignado a la sección de Antropología, y por mucho que mi carrera como sacerdote se hubiera visto abruptamente interrumpida dos años atrás, el doctorado en Teología y los veinte años de cura a las espaldas seguían haciendo de mí un candidato idóneo para cualquier estudio que tuviera que ver con la religión. Además, hacía ya un tiempo que los propios jesuitas escaseaban en su universidad, y en el área de Humanidades que dirigía Ariza y englobaba a mi sección tan solo quedaba un miembro de la orden, un viejo profesor de latín.

Mi jefe me miró en ese momento con un brillo intenso en sus ojos; aquella sí era una mirada reconocible. De un instante a otro, parecía haberse recompuesto del extraño sobrecogimiento que durante unos minutos le había embargado. Recordé que al entrar en el despacho tenía una disposición muy animosa, y solo al sentarse había cambiado de actitud. Ahora volvía a mostrar su seguridad habitual, el susto fugado o ausentado de su rostro. Movié un par de veces la barbilla hacia arriba, sutilmente, como interpelándome. Apenas intenté discurrir un instante a qué podía referirse, no tenía sentido hacer cábalas; o quizás encontraba algo humillante jugar a acertar, como se les suele obligar a hacer a los niños. Realicé un gesto similar al suyo, devolviéndole la pelota.

—Física —dijo entonces, tras vacilar todavía un instante. Después concretó por fin de qué se trataba, disipando de un plumazo todo el misterio anterior—. Azurmendi —recalcó—, el libro que me he traído de Cambridge es una primera edición del *Principia Mathematica* de Isaac Newton.

Pensé de inmediato que aquello era una mezcla de bravuconada y extravagancia, una *boutade* como dice la gente fina. No era que dudase de que Ariza tuviera en efecto aquel libro en sus manos, alguna razón habría para que

lo hubiera adquirido, pero la pretensión de que un libro de física pudiese ser parte de sus investigaciones sobre la configuración del hombre moderno era insostenible. Éramos gente de letras, yo no era capaz de interpretar la ecuación más sencilla, y estaba seguro de que mi jefe tampoco.

—¿Matemáticas? —pregunté, más haciéndome el sorprendido que realmente interesado.

Ariza me había mirado con una suficiencia rayana en la pedantería, habitual en él cuando se entraba en materia académica.

—No sea excluyente —contestó—, usted debe saber que no se trata tan solo de matemáticas, sino más propiamente de los principios matemáticos de la filosofía natural. *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, ese es su título completo. Imagino que sabrá también que Newton escribió mucho más sobre alquimia y religión que sobre argumentos científicos, y que sus creencias en dichos apartados eran tan radicales como sus aportaciones a la ciencia.

Asentí dubitativo. Algo había oído, pero realmente conocía muy poco la obra de Isaac Newton. Como digo, soy un hombre de letras. Tampoco me encontraba muy predispuesto a recibir una lección sobre el tema en aquel momento. Soy una de esas personas que se despiertan algo aturdidas y necesitan comenzar el día al ralenti, sin que las importunen los que por contra se alzan de la cama repletos de energía, Ariza por ejemplo. Además, faltaban solo diez minutos para la primera clase del día. De tal manera que opté por una pregunta evasiva.

—¿Lo ha comprado? Debe costar una fortuna.

Me miró con fastidio. No era de eso de lo que le apetecía hablar. Pareció ir a decir algo y después cambiar de opinión. Seguidamente se alzó de la silla.

—Hay todavía mucho que desentrañar en los escritos de Newton —señaló—, tal vez le pida su ayuda más adelante... estoy seguro de que no me concederán mucho tiempo.

Me había extrañado el tono misterioso de aquellas palabras, que esta vez no parecían ser un artificio —una *boutade*—. Mostré mi disposición a colaborar en lo que fuera que se traía entre manos. Ariza movió ligeramente la cabeza en un gesto de agradecimiento y entonces, en un súbito destello, el temor había vuelto a sus ojos febriles, turbando su rostro. Seguidamente se había girado

para salir huido del despacho.

1



No tuve ocasión de prestarle mi ayuda, no hubo lugar, yo no volví a hablar con Arcadio, es decir, no volví a hablar con él en su estado de plena consciencia, antes del fatal incidente. Ocurrió unos días más tarde, aquella mañana al entrar en el claustro yo era de los pocos que no se habían enterado todavía, no soy de los que escuchan los informativos a primera hora, pero el revuelo de los habitualmente pacíficos profesores anunciaba algo muy grave. Me pusieron al tanto con presteza: Ariza había sufrido un terrible accidente en su biblioteca, no había muerto, pero tenía heridas de extrema gravedad y se encontraba en estado de coma, ingresado en la UCI del Hospital de Cruces. Al parecer una pesada estantería de roble cargada con centenares de tomos se le había desplomado encima. No hubo tiempo para más explicaciones, en realidad poco más se sabía, pero en cualquier caso comenzaban ya las clases y casi todos teníamos que pasar antes por nuestros despachos. Terminada mi primera hora me dirigí de nuevo al claustro, donde Miren Elejabeitia pudo contarme algún detalle adicional. Fue una suerte encontrármela, nadie iba a haber recabado más pormenores que aquella hiperactiva mujer. Yo no tenía clase hasta las doce, y ella también estaba libre –era profesora de Historia Contemporánea–. Nos sentamos en un sofá apartado para hablar con tranquilidad.

Me aclaró que el percance había ocurrido el día anterior, después del mediodía. Se lo había encontrado la encargada de la limpieza al pasarse esa tarde por la biblioteca.

–La señora se topó al *povero* Ariza con una mitad del cuerpo aplastada bajo la estantería y un charco de sangre alrededor de su cabeza... por lo visto

tiene la *testa rota* –Acompañó esta última afirmación con el gesto que se hace para señalar que alguien está loco, quería decir que aquella cabeza no iba a volver a funcionar. En cuanto a los vocablos italianos, era una costumbre que mantenía desde que realizara estudios doctorales en Bolonia, quince años atrás.

–Qué ironía, qué muerte ridícula, aplastado por los libros que amaba, te imaginas, el azar que se burla de nosotros –señaló–. No somos nada, Azurmendi, *non siamo niente*.

Le recordé que Ariza no estaba muerto y que no había que descartar su recuperación. La medicina podía hacer milagros.

–¡Milagros! No te hagas el cura conmigo, que nos vamos conociendo – exclamó, y seguidamente comenzó a contarme chismes sobre el accidentado. Me asaltó la noción de que no estaba bien hablar de la vida privada de Ariza mientras él yacía en la UCI, pero no puedo argüir que no disfrutara del recuento de intimidades. Al fin y al cabo, el gusto por el cotilleo es uno de los atributos más unánimes entre los miembros de nuestra tantas veces despreciable especie. Y el instinto de conservación es otro de ellos: lo cierto es que en nuestra pequeña charla no dejaba de intuirse un soterrado alivio porque lo que le había pasado a Ariza –accidentado o moribundo en el Hospital de Cruces– no nos hubiera ocurrido a ninguno de los dos.

–Por lo visto su biblioteca vale millones –decía ella–. Contiene incontables manuscritos del XVI al XVIII y unos cuantos incunables de relumbrón. Ya sabes, literatos y pensadores: *Orlando Furioso*, los *Essais* de Montaigne, la *Utopía* de Moro, *La vida es sueño*... En casi todos los casos primeras ediciones. Una fortuna. No sé qué acuerdo tendrá con la universidad, pero me consta que la Compañía de Jesús le apoya con lo de la biblioteca, y además muy arriba; sé de buena fuente que tiene línea con el jefe supremo, ya sabes, *il Papa nero*...

Al hacer esta confidencia bajó la voz y se acercó a una distancia que se me hizo embarazosa, mi sistema olfativo inundado por un perfume de almizcle sensual y sofisticado, mi mirada irremediablemente insertada en su sujetador de encaje color hueso. Al separarse con un movimiento ágil y enérgico, sonaron sus brazaletes dorados y el sutil frufrú de su blusa de seda. Miren era la indiscutida venus del claustro: rostro exótico, espesa melena de un color

rubio tostado, figura incitante, ademanes desinhibidos... una mujer muy atractiva, no cabía duda. Al levantar la mirada constaté que esperaba una respuesta. Podía optar entre la fortuna de Ariza o su relación con los jesuitas; elegí lo primero.

–Tengo entendido que Arcadio es un hombre rico de familia.

Movió la mano por encima de su cabeza en un rápido remolino.

–Riquísimo, y desde hace generaciones –sus ojos color miel brillaron ahora con más intensidad–. Una familia de las de alta alcurnia del Bilbao de toda la vida, de las pocas anteriores a las minas y a todo lo que vino después. Arcadio es el último de la saga, por ahora sin descendencia, y no creo que se le ocurra a estas alturas... *grande peccato*. Lo que sé es que tiene varios inmuebles en el centro de Bilbao y una fortuna invertida en su biblioteca, y que ostenta un título de marqués. Pero sospecho que eso no es más que la punta del iceberg. Y lo que no sabemos –bajó la voz de nuevo, pero esta vez no se acercó tanto, debía haber percibido mi timidez anterior–, es a quién le va a caer el...

Realizó entonces ese gesto universal que señala al dinero, frotando los dedos índice y pulgar de su mano derecha como el que cuenta monedas. Asentí levemente con la cabeza –mi *testa* por fortuna todavía entera– para señalar que había comprendido.

–¿No tiene pareja? –pregunté.

Miren se tiró para atrás elevando mucho el mentón y sacando hacia fuera sus finos labios.

–Un ejército, o más bien habría que decir un harem. Nuestro doctísimo Arcadio es un mujeriego, un verdadero donjuán.

Aquella aseveración me sorprendió. Y no voy a negar que la sorpresa viniera acompañada de un fugaz brote de envidia, como imagino que les ocurra a casi todos los hombres cuando oyen de uno que triunfa con facilidad con las mujeres. Sospecho que a la generalidad de los varones el del galanteo nos parece un arte insondable, y sin embargo hay unos pocos tipos que, sorprendentemente, lo dominan con total naturalidad. En cuanto a la envidia, hay que entender que nuestro instinto más poderoso es precisamente ese que nos incita al galanteo; además, había que tener en cuenta que, en lo que a mí respecta, tenía mucho tiempo perdido que recuperar. Por otro lado, en el caso

de Ariza existía un motivo adicional para la sorpresa, porque a mí personalmente se me hacía afeminado.

–Imagino que será por su dinero... –aventuré mezquino, y de inmediato me arrepentí.

Miren me miró con una sutil sonrisa irónica, y no pude evitar ruborizarme. Giré unos segundos la cabeza hacia el grupo de profesores que charlaban al lado de la ventana, como interesado o sorprendido por alguna palabra suelta que hubiera llegado hasta nuestro rincón, y al volverme de nuevo ella se estaba levantando.

–Tengo que irme, ya seguiremos charlando –dijo, mientras apoyaba la palma de su mano sobre la mía–. A ver cuándo te vienes a tomar algo con mis amigas, que están deseando conocerte –añadió, ya marchándose, con un guiño coqueto de su ojo izquierdo.

Me quedé todavía un rato en el mismo rincón del claustro. Meditaba impresionado sobre el infortunio de Arcadio: la pesada estantería, su cuerpo atrapado, el charco de sangre, el traje claro manchado. La *testa* rota y el empaque perdido. Pero por debajo de estas imágenes circulaba otra turbación, provocada en este caso por Miren Elejabeitia. ¿Había coqueteado conmigo? ¿Tenía *posibilidades*? Me excitaba la oportunidad, a la vez que me azoraba no saber qué hacer con la ocasión, no saber aprovecharla; pertenecer a esa generalidad de hombres torpes en el galanteo de la que ahora había que excluir a Ariza. Pero eso no evitó que fantaseara con los posibles matices de un encuentro con mi compañera de claustro. Un rato después, al ir agotándose la fuerza de tales elucubraciones, me vinieron a la cabeza, inevitablemente, imágenes de Ane. Lo que en los últimos tiempos me solía incitar a realizar una reflexión de conjunto.

Llevábamos ya dos años juntos, pero ese *juntos* había ido derivando hasta enmarcar una relación líquida, inasible como una anguila. Muy pronto, ella me había pedido que mantuviéramos un cierto grado de libertad. De saque aquel concepto me había parecido no solo inapropiado, sino incomprensible, sobre todo viniendo de una mujer. Sin embargo, no lo había catalogado nunca de inasumible. Por un lado, yo había llegado a conocerla en profundidad, y sabía que era un espíritu que necesitaba respirar libre, sentirse joven y con el mundo por descubrir: conservaba ilusiones de adolescente que yo no deseaba

marchitar. Me había relatado el desenlace de algunas de sus experiencias sentimentales, su desencanto al sentirse atada y oprimida, y su amargura y desesperación al hallar sus alas definitivamente cortadas. Quería evitar caer en el mismo error. Por otro lado, el sentirme plenamente libre tras más de dos décadas reprimiendo mis instintos naturales, había supuesto para mí una conmoción que al inicio subestimé. Lo cierto es que yo también tenía un mundo por descubrir, y la curiosidad y el arrojo se habían ido acrecentando según me iba acostumbrando a esa nueva realidad.

En la práctica nuestro acuerdo significaba que yo mantenía mi piso en Sopelmar y pasaba dos o tres noches a la semana en el caserío de Ane; que los dos podíamos salir y entrar por nuestra cuenta sin dar explicaciones; y que no hacíamos planes para un futuro conjunto. Dentro de estos parámetros intentábamos pasarlo lo mejor posible. Hasta entonces yo no había aprovechado la laxitud de nuestro acuerdo para establecer relaciones con otras mujeres; si ella lo había hecho o no, lo desconocía. Creo que no soy una persona particularmente celosa, más bien al contrario, aunque esta condición estaba todavía por probar. La realidad es que no sabía cómo reaccionaría de llegar a saber que Ane me era infiel.

Por otro lado... ¿acaso alguien lo sabe?

¿Acaso sabía yo cómo reaccionaría la propia Ane, de conocer el detalle de mi ensoñación apenas perpetrada con la venus de la universidad?

Poco antes de las doce abandoné el claustro para dirigirme al aula. Por los pasillos seguía meditando sobre nuestra relación. Ella solía decir que admiraba en mí esa necesidad imperiosa de embarcarme en cruzadas de la más diversa índole (incluidas unas cuantas causas perdidas que me habían hecho sudar sangre, alguna de ellas literalmente). Opinaba también –de forma quizás algo contradictoria– que con frecuencia me excedía; que dejara por favor de intentar arreglar el mundo. Fuera como fuera, podía decirse que había hecho progresos significativos en ese sentido: en aquellos días centraba mis anhelos redentores en algo tan ordinario como tratar de insuflar en mis alumnos el interés por la Antropología Social y Cultural. Una tarea ciertamente inofensiva, quizás algo frustrante, pero exenta de grandes peligros, fuesen físicos, éticos o emocionales. La siguiente hora dediqué mis energías a debatir

con ellos sobre las nuevas formas de colonialismo. Más tarde, terminada la clase, me refugié en mi despacho, un pequeño cubil al que se llegaba después de atravesar un laberinto de pasillos en la cuarta planta de unos de los patios centrales de *La literaria*. Un lugar aislado y remoto, donde dedicaba las horas centrales del día a mis lecturas, con las solas interrupciones de un paseo a la cafetería para comer y las visitas de los estudiantes que querían consultarme algo y no se perdían por el camino.

Pero en esta ocasión, la llegada de un bedel interrumpió mi solaz: el rector de la universidad quería verme, algo que no había ocurrido en los seis meses que llevaba de profesor. Caminé de nuevo por los pasillos detrás del bedel, un hombre inclinado, pequeño y algo dejado, al que el traje oscuro y la corbata no conseguían realzar. Creo que se llamaba Julián, en caso de que así fuese, Julián me guio por el laberíntico edificio hacia la zona noble, donde se encontraban, al lado de la capilla, la gran biblioteca y el rectorado. Esperé en la antesala a que el rector me recibiera, una espartana habitación forrada de maderas nobles y cuadros de santos. Me preguntaba si se trataría de una reunión protocolaria, tal vez el rector quisiera darme la bienvenida, aunque hasta entonces, habida cuenta de las circunstancias que me habían llevado hasta allí, yo había asumido que prefería evitarme. Resumiendo mucho lo que fue un proceso tortuoso, me había visto forzado a dejar la parroquia de Berango por mi relación con Ane, y solo gracias a las gestiones del que fuera director de mi doctorado en Teología, a la sazón provincial de la Compañía, los jesuitas me habían recogido en su universidad. Esta nota biográfica me otorgaba una evidente pátina de incorrección, aunque tampoco es que llegara a ser unapestado; al fin y al cabo, el abandono de los votos por causa de relaciones sentimentales ha sido muy habitual entre los propios jesuitas. Pero digamos que era lo suficientemente inapropiado para justificar que el rector no me recibiera con grandes alharacas. Elucubraba qué otro motivo podía haber para convocar aquella reunión.

Por lo que había oído el rector Plazaola era el típico jesuita. Gesto cordial y bondadoso, combinado con una mirada inteligente y calculadora. Seriedad en los principios –obediencia absoluta, misión dirigida a la mayor gloria de Dios, despreocupación con los éxitos mundanos–, pero flexibilidad en los métodos. Una de cal y otra de arena. Y la marca de la casa: la retórica

elaborada y enrevesada, a veces retorcida, las medias palabras y las medias sonrisas. También los engaños y los tapujos si el caso los requería. En definitiva, nuestro rector era un pragmático, eficaz y apreciado siervo de Dios.

Me recibió afable y sonriente, orondo y sonrosado, pleno de salud. Detecté el contraste de sus ojos incansables, atentos a cualquier señal de interés.

–Ya era hora, Azurmendi, ya era hora. ¿Qué tal el aterrizaje? ¿*Nola hago?* –saludó.

Hablamos un poco de las clases y de mi integración en el claustro de profesores. Fue una conversación superficial, al parecer no había queja de mí, y comencé a intuir que el objeto de su llamada no era académico. Tardó unos minutos en ir al grano.

–Sé que ha establecido una buena relación con el pobre Arcadio –avanzó–. Esperemos que se recupere, *Jaungoikoaren laguntzaz*.

Asentí mientras el rector alzaba mínimamente los ojos hacia lo alto.

–Pero por desgracia eso no está en nuestras manos –afirmó categórico, a la vez que juntaba las suyas–. Tenemos que tomar cartas en el asunto y necesitamos su ayuda.

Ofrecí mi disponibilidad para ayudar en lo que fuera, expectante. Tras agradecermelo entró en materia.

–Verá, quizás sepa ya que su biblioteca es de las más importantes del país, y posiblemente de Europa también, desde luego en Renacimiento. Un tesoro. La universidad ha colaborado en diversos proyectos y ha tenido... tiene intereses comunes con Arcadio.

Recordé la conversación con Miren y su indecorosa pregunta: quién se iba a quedar con el tesoro.

–Ahora que Arcadio está como está –prosiguió– necesitamos cuidar de esa que ha sido la ilusión de su vida –aquí el rector hizo una última pausa antes de ir al meollo de la cuestión–. Me han llamado esta mañana de la Ertzaintza, que quieren hacer unas comprobaciones en la biblioteca, dicen. Nosotros hemos enviado ya a dos bibliotecarios nuestros a revisar el catálogo. Si la Ertzaintza tiene que ir, no sé para qué, que vaya.

Asentí. Pensé que si la Ertzaintza tenía que ir iba a ir en cualquier caso, pensara lo que pensara el rector, y que lo relevante era el porqué de ese interés. Plazaola me lo aclaró acto seguido.

—Me gustaría que usted les recibiera esta tarde, en la misma biblioteca, en el Casco Viejo. Vea cuál es el asunto, dicen que no es fácil que una estantería de esas se desplome, no sé...

Le miré sorprendido. ¿Podía no haber sido un accidente? Tampoco entendía por qué me enviaba precisamente a mí.

—Tengo entendido que usted tiene cierta experiencia, conexiones en la Policía —añadió entonces, aclarando también esto último—. Por el asunto aquel, cómo le llamaron los periódicos, lo del *castrato* de Sopelana. Por poca que sea, más experiencia que ninguno de nosotros. Además, me han informado de que conoce personalmente al subcomisario Barrutia, que está encargado de... las diligencias. Seguro que no es nada, comprobaciones rutinarias, pero me tranquiliza que esté usted allí. Por supuesto, no tiene obligación alguna.

Me quedé pensativo un instante, mientras el rector esperaba mi respuesta con un cierto apremio en la mirada. Las menciones al *castrato* y a Barrutia me traían recuerdos que estaban imbuidos de un aire irreal, novelesco, que no casaba con la sobriedad, el aire grave de la rectoría. Resolví centrar mi mente en los aspectos prácticos del asunto; mientras el rector hablaba, acuciado por la fama de intrigantes de los dirigentes jesuitas, había intentado desenmascarar dobles sentidos o intenciones ocultas. Pasé entonces a barajar los elementos delicados del asunto: la posibilidad de que lo de Ariza no hubiera sido un accidente, la probable pretensión de la Compañía de quedarse con la millonaria biblioteca, y, subterráneamente, la mirada asustada del propio Arcadio, pocos días atrás, cuando volvió de Cambridge con una primera edición del *Principia* de Isaac Newton. Ahora, yacía accidentado y moribundo —la *testa* rota y el empaque perdido—. Pero, a pesar de que mi mente se afanaba en buscar motivos de prevención, lo que sentía en realidad era esa excitación jubilosa que viene con la novedad, ese impulso a la acción que provocan los acontecimientos. Asentí con un gesto de mi cabeza, aceptando implícitamente el encargo.

Por pura precaución no había mencionado mi última conversación con Ariza, pero fue el rector quien se encargó de sacar el tema a continuación.

—Tal vez Arcadio le mencionara una reciente adquisición para la biblioteca —avanzó, y tras titubear un instante se decidió a nombrarlo—. Nada menos que una primera edición del *Philosophiae Naturalis Principia*

Mathematica de Isaac Newton.

Había utilizado un tono solemne al nombrar el libro, parecido al de Arcadio unos días atrás, y yo correspondí con gravedad similar que efectivamente estaba al tanto de esa compra. Añadí que el profesor Ariza me había parecido preocupado por la importancia de aquella adición a su biblioteca, quizás *responsabilizado* fuese la palabra correcta.

El rector me observó entonces con un brillo especialmente intenso de sus ojos de reptil –así me lo parecieron por unos instantes, no hasta entonces ni después–. Parecía querer determinar cuánto sabía. Pero ¿cuánto sabía de qué?

Suavizó entonces la mirada, volvió su rostro afable.

–Verá, el *Principia* no está en la biblioteca. Es lo primero que hemos comprobado. No sabemos si Arcadio lo dejó en su domicilio, o quizás en algún otro lugar... pero por ahora preferiría que no lo mencionase.

Reaccioné con perplejidad. El rector carraspeó, por un momento pareció perder parte de su aplomo. Me decidí a poner encima de la mesa lo que sin duda estaba en la mente de los dos.

–Pero la Ertzaintza querrá saber...

Él se repuso. Juntó de nuevo las manos.

–Hay detalles de esa adquisición que estamos intentando aclarar. Le pido que por ahora mantenga el *Principia* al margen... ya veremos qué hacer cuando esté todo más claro. No tendrá problemas, al fin y al cabo, Arcadio no lo había incorporado todavía al catálogo de la biblioteca.

Mantuve un gesto dubitativo mientras hacía cálculos mentales. Por algún motivo que yo desconocía pero que parecía importante el rector estaba pidiendo tiempo, y por ahora no veía motivos insalvables para negárselo. Significaba ocultar información a la Ertzaintza, pero al menos se trataba de una información que yo no tenía por qué poseer. Y en cualquier caso, era una petición a la que no me podía negar después de que la orden me hubiera acogido bajo su protección.

–De acuerdo –concedí–, no mencionaré el *Principia*. Pero le ruego que me mantenga al corriente de sus indagaciones. Tenga en cuenta que este asunto va a pasar a ser muy serio si la Policía determina que el accidente de Ariza no ha sido tal accidente.

El rostro del rector se ensombreció en un gesto de alarma.

–Estoy seguro de que ha sido un accidente –rebatí, con un ademán que pretendía ser taxativo. Después recuperó su tono cordial, aunque de una forma que se me antojó forzada. Tras darme la dirección de la biblioteca, expresó un agradecimiento por mi colaboración que pareció sincero y dio por terminada nuestra conversación.

Me dispuse entonces a levantarme, aparentando una seriedad acorde con la gravedad del asunto, aunque en realidad sintiera cierto júbilo. Me satisfacía poder serle útil al rector de mi universidad –en general me satisfacía serle útil a cualquiera, y el rector no era solo cualquiera–. Y en cuanto a mi disposición a verme involucrado en un *affaire* potencialmente escabroso, constaté algo sorprendido que era excelente, hubiera gato encerrado o no. Todo aquello no solo no me retraía, bien al contrario, estaba deseoso de ver en qué acababa. Mientras salía del despacho medité que las clases de Antropología me debían de estar aburriendo más de lo que pensaba, a pesar de mis denuedos; o tal vez fuera que mi involucración con el submundo criminal, a través del notorio asunto del *castrato*, me había cautivado más de lo que creía. Sacudí la cabeza mientras abandonaba la zona noble del rectorado, reconviniéndome por la medida en que se estaba desbocando mi imaginación. Pensaba ya en rivalidades entre coleccionistas depravados, en ávidos bibliófilos sin escrúpulos. Pero entonces mi gesto se torció: Recordé que Arcadio yacía moribundo en la UCI de Cruces, y esa imagen hizo que mi cabeza volara a una caseta desvencijada del desierto peruano, en la que yo mismo me había visto obligado a confrontar a la muerte cara a cara. En realidad, sabía bien que la textura de los misterios criminales no suele corresponder con las versiones noveladas de nuestra imaginación. Evoqué sus aderezos habituales: Angustia. Sufrimiento. Muerte.

Con todo, al llegar un rato después a mi despacho había recuperado el ánimo travieso. El caso Newton, cavilé, mientras tamborileaba con los dedos sobre el escritorio.

2



Decidí salir con tiempo y acercarme hasta el Casco Viejo por la ribera de la ría. Era un paseo largo, idóneo para aprovechar uno de esos engañosos días de comienzos de noviembre en los que un sol renacido venía a recordar que no había pasado tanto tiempo desde el final del verano. Pero tratándose del *botxo* –nuestra bien querida villa–, sabíamos que las frías lluvias no tardarían en desmentir aquella pasajera impostura. Era también un paseo ideal para observar desde un punto aventajado la reciente transformación de la ciudad: en la ribera opuesta, donde hasta hacía poco se amontonaban grúas, contenedores y astilleros, iban emergiendo edificios vanguardistas diseñados por arquitectos de renombre mundial. Observé con admiración el más emblemático de ellos, la fantasía de titanio que asemejaba un barco recubierto de escamas de pez –el museo Guggenheim, a la sazón símbolo internacional de la nueva Bilbao–. Ciertamente la ciudad había cambiado, al igual que había cambiado yo; como ella, me había abierto a una nueva configuración. Ya no me sentía mezquino y vanidoso por no creer en Dios, o por amar a Ane, o por dedicarme más a mí mismo y menos a los demás. La rígida filosofía que regía mi vida se había ido por el retrete, tan rápido como lo hace una mala digestión. Liberándome. Había logrado dejar atrás al atribulado párroco de Berango, para transformarme en el más bien risueño y algo indolente profesor de Antropología Social y Cultural, de igual forma que aquella ciudad industrial se iba convirtiendo en un destino turístico risueño e indolente. La propia Ane, a veces, por ejemplo después de hacer el amor algo alocadamente, reía y decía que ya no me reconocía: “Me sorprendes, sacerdote”. En otras ocasiones me observaba complacida mientras salía del

caserío y cogía mi vieja Vespa, las camisas blancas o azules sustituidas por una perenne camiseta negra sobre pantalones vaqueros. “Qué bueno estás, sacerdote”, murmuraba con un guiño, una afirmación exagerada o cuando menos generosa. Pero en lo primero tenía razón, yo tampoco me reconocía a mí mismo; un par de años atrás el encargo del rector me habría llenado de todo tipo de prevenciones, y ahora sin embargo lo que sentía era una excitación –¿gozosa?– en el centro del estómago.

Llegaba entonces a la altura del *Zubizuri* y me giré hacia atrás para dirigir una mirada al Puente de la Salve, lugar predilecto de los suicidas hacía no tantos años, cuando en las contaminadas aguas de la ría los remeros de la trainera de Deusto, según contaban ellos mismos, lo mismo se podían encontrar el cadáver de un ternero que el de un semejante. Ahora los suicidas, al igual que la ciudad, se habían domesticado. “Qué bueno estás, sacerdote”, volví a recordar con una media sonrisa, retomando el hilo de mis pensamientos... la realidad es que ya no era propiamente un sacerdote, estaba suspendido del ejercicio de mis funciones, incluso tenía prohibido vestir hábito religioso o indumentaria eclesial. Sin embargo, los superiores me habían mantenido las funciones de capellán en la prisión de Basauri, tal vez porque nadie quería asumir aquella ingrata labor. Pescar cadáveres de la ría o pescar almas en la prisión, alguien tenía que hacer el trabajo sucio; aunque para mí no era tal, yo me aferraba a la oportunidad de ofrecer algo de consuelo al pequeño grupo de presidiarios bajo mi protección. Txarli, Fuentes, el Chino, o hasta el propio Negro, muy cercano a mí hasta que me engañó en el asunto del *castrato*. El recuerdo del Negro me trajo a la mente al subcomisario Barrutia, con el que me tocaba lidiar de nuevo aquella tarde. Era un buen amigo, tal vez más que eso, habida cuenta de que en el curso de la investigación que siguió al crimen de Sopelana me había llegado a salvar la vida. Hacía apenas unos meses que había sido trasladado a la comisaría central de Bilbao, y la casualidad había querido que le asignaran el caso de Ariza. Si es que había caso, eso todavía no lo sabíamos, pero la Ertzaintza debía haber determinado ya que aquella muerte podía ser intencionada, la pesada librería empujada por manos asesinas. *Muerte intencionada*, pensé entonces, así la llamábamos para distinguirla de la muerte natural, en la que no hay intención, y a la que como tal no guardamos rencor (es ley de vida,

solemos decir). Lo que, pensándolo bien, suponía que o bien exonerábamos de su responsabilidad al Dios que nos hizo finitos, o bien asumíamos su inexistencia... pero en aquel momento, interrumpiendo mis divagaciones, caí en la cuenta de que, tal como había hecho Miren, yo también estaba olvidando que Ariza no estaba muerto. Me reconvine a no volver a darle por fallecido.

Entretanto había llegado al Casco Viejo y me adentré por la calle Correo – sus comercios y bares todavía tranquilos a primera hora de la tarde–. La seguí hasta la calle Lotería y allí giré a la derecha. Dado que me veía obligado a ocultar una parte tal vez importante de la verdad, hubiera preferido a cualquier otro ertzaina, pero allí estaba en efecto José Barrutia, fumándose un cigarro en el portal número tres. Intercambiamos un amistoso apretón de manos y una sonrisa entre grave y divertida. Se le veía sorprendido de que el rector hubiera ido a escogerme precisamente a mí para representarle. “Coño, Azurmendi, estás en todas las salsas”, saludó. Tras unos minutos de conversación banal en los que comprobé que seguía como siempre –irónico, musculoso y varonil, un físico que por alguna razón contrastaba con su expresión afable y la calidez de sus ojos azules– nos adentramos en el portal.

La biblioteca de Ariza estaba en una edificación centenaria, que, en tiempos, antes de que el Casco Viejo perdiera su centralidad a favor de los sucesivos ensanches de la ciudad, debía haber sido de postín. Así lo atestiguaban las elegantes escaleras y el amplio zaguán, de estilo barroco, ahora venidos a menos como toda la zona. El edificio estaba descuidado, pero no así la flamante puerta que en el segundo piso daba acceso a la biblioteca. Por su grosor y hechura parecía blindada. Llamamos a un moderno interfono y no tardó en abrirnos un agente de la Ertzaintza. Se trataba de un enorme piso de al menos cuatrocientos metros cuadrados, un enjambre de pasillos y estanterías repletas de libros, que fuimos recorriendo detrás del policía hasta llegar a una gran sala. Allí había otras dos personas, cuando llegamos observaban una estantería que yacía sobre el suelo, mientras uno de ellos anotaba en una libreta. Vestían de paisano, pero se presentaron como agentes de investigación. Mis ojos se dirigieron de inmediato a la mancha oscura que en un extremo emergía por debajo de la estantería. No pude evitar estremecerme, sin duda se trataba de sangre roja impregnando la moqueta clara. La sangre de Arcadio. Desvié la mirada con pudor, sintiendo que de

alguna manera aquella sustancia ya seca pero de una consistencia todavía viscosa seguía siendo parte de Ariza. El subcomisario sin embargo la contempló lo que me pareció un largo rato. Cuando levantó la cabeza los agentes cruzaron con él una mirada grave que no me dio ninguna buena espina.

–Sus compañeros de la universidad están trabajando en el despacho, si quiere ir a saludarlos –señaló entonces uno de ellos. Se me hizo evidente que querían hablar a solas con el subcomisario.

Asentí y pedí que me indicaran hacia dónde dirigirme. No tardé en dar con los dos bibliotecarios, afanados en la que tenía pinta de ser el área de trabajo de Ariza. Los reconocí de haberlos visto en la universidad, aunque nunca había cruzado palabra con ellos. Estaban sepultados bajo una montaña de ficheros que parecían estar revisando con meticulosidad. Al verme, uno de ellos, un anciano de pelo enteramente cano y cuerpo enjuto, alzó la cabeza y posó el dedo índice sobre sus labios, rogándome que guardara silencio. Instintivamente me giré para atrás, pero no había nadie. Al volver la cabeza el viejo se había levantado y me hacía gestos nerviosos con la mano para que saliera al pasillo contiguo. El segundo bibliotecario, éste un joven de unos treinta años, levantó la mirada un instante y después siguió con su trabajo.

Al doblar la esquina del pasillo me puso una mano sobre el brazo. Su rostro expresaba alivio.

–*Sancta Sanctorum verificatus est* –anunció teatralmente.

Le devolví una mirada perpleja. Él me observó evaluándome. Después alzó un instante la mirada por encima de mi hombro.

–Soy Bidart, bibliotecario de Deusto –se presentó–. Veo que usted no está al corriente... el rector ya me previno. El profesor llama *Sancta Sanctorum* al cuarto blindado. Lo hemos revisado ya, solo falta un libro, una primera edición del *Stultitiae Laus*, el *Elogio de la Locura* de Erasmo de Rotterdam. El resto está todo.

Calibré aquella información. No sabía si el bibliotecario estaba al corriente de la existencia y desaparición del *Principia*, y si su aseveración lo comprendía o no.

–¿Está todo... todo? –pregunté con cautela.

Me devolvió una mirada cómplice.

–De acuerdo con el catálogo solo falta el *Elogio* –matizó–. Ahora estamos

comprobando el resto, pero todos los libros más importantes se guardan en el *Sancta Sanctorum*. Por ahora no hemos detectado más faltas. Una gran pérdida, el Erasmo, pero no es insustituible.

Reflexioné un instante sobre aquella desaparición.

–¿Por qué el *Elogio de la locura*? –pregunté–. Podían haberse llevado otros muchos ejemplares...

El bibliotecario abrió las manos alzando un instante los ojos hacia lo alto –un tic que debía quedársenos grabado a todos los religiosos desde el Seminario, incluso a los que ya no esperábamos que allá arriba hubiera nadie escuchando.

–No tiene un valor tan especial –dijo.

Después me indicó que le siguiera. Tras doblar la esquina del pasillo sacó un manojo de llaves y trajinó un rato en las cerraduras de una gruesa puerta; Bidart señaló entre dientes que se trataba de la que daba al *Sancta Sanctorum*. Era un cuarto pequeño, apenas cuatro metros cuadrados, pero repleto con estanterías que iban desde el suelo hasta el techo. Observé con admiración los ejemplares más preciados de la colección de Arcadio. Los lomos oscuros, blancos o dorados de los manuscritos, ajados por el tiempo. Pico della Mirandola, Nebrija, la *Ética* de Spinoza, el *Sidereus Nuncius* de Galileo Galilei. Cogió entonces de una de las estanterías un cuaderno que desentonaba entre los manuscritos.

–Aquí apunta el profesor las entradas y salidas –dijo mientras pasaba las páginas. Al llegar a la última que estaba escrita me la mostró–. Como ve en los últimos diez días nada –señaló–, ni la salida del *Elogio*, ni la entrada del... otro.

Medité unos instantes.

–¿Cómo entraron en el *Sancta Sanctorum*?

Bidart volvió a restituir el cuaderno a su lugar en la estantería y me indicó la puerta para que saliéramos.

–Las llaves estaban escondidas en el sitio de siempre –dijo mientras cerraba–. Pudieron utilizarlas y volverlas a restituir. O puede ser que el mismo profesor fuera quien abriera la puerta y sacara el *Elogio*.

Acabó de cerrar y volvimos al pasillo. Al acercarnos de vuelta señaló hacia la habitación donde su aprendiz seguía trabajando y realizó gestos de

reserva, con los que entendí que pretendía alertarme de que el joven no estaba al corriente de aquello que los dos sabíamos. Asentí con la cabeza y entramos, justo cuando llegaba Barrutia.

El subcomisario saludó y observó unos instantes a los dos bibliotecarios; Bidart se había vuelto a sentar y retomado su labor.

–Azurmendi, yo ya he visto lo que tenía que ver aquí –señaló– pero necesitaría que habláramos un momento. Entiendo que los compañeros te habrán puesto al corriente de cómo va la revisión.

Miré un momento al viejo.

–Así es, por ahora han detectado que falta un ejemplar de entre los manuscritos importantes. En cuanto al resto, como ves prosiguen con su labor.

Barrutia observó a su vez a Bidart, pero éste no levantaba la cabeza de entre los archivos.

–Está bien –dijo al cabo de unos segundos–, vayamos a tomar un café y me lo cuentas.

Salimos al agradable sol de noviembre y nos dirigimos al bar más cercano. Resultó ser una tasca pequeña y trasnochada, de esas que malviven gracias al plantel de parroquianos fijos; de esas en las que el patrón parece tener siempre un trapo entre las manos (o colgado al hombro), y te observa con una mezcla de fastidio y desinterés. Así nos miró, como si le interrumpiéramos con nuestra llegada en mitad de algo realmente importante. Nos sentamos al lado de la barra y pedimos unos cafés. El patrón nos los puso y volvió con el grupo de habituales.

Barrutia solía ser escurridizo en asuntos policiales, pero en esta ocasión eligió no andarse con rodeos. Confirmó lo que ya me temía.

–Los técnicos descartan un accidente –anunció–, por la estructura y el peso de esa estantería están seguros de que es físicamente imposible que se cayera sola. El modus operandi del agresor parece claro: primero golpeó a la víctima para dejarlo inconsciente, después lo colocó en posición y empujó la estantería para que el borde cayera justo sobre el cráneo. Sin duda pretendía que pareciera un accidente.

Me estremecí un instante con la imagen de la estantería cayendo sobre el cráneo de Ariza. El crujido de la caja ósea al hundirse: un chasquido seco

seguido de un desplazamiento viscoso e irreparable. Sacudí la cabeza mientras Barrutia me observaba.

–Ahora te toca –señaló.

Vacilé un instante. Me incomodaba no contar todo lo que sabía, y más tratándose de un hombre al que profesaba cariño y respeto. Me reconforté pensando que era algo pasajero, pronto podría ponerle al tanto de la desaparición del *Principia*.

–Los bibliotecarios han terminado ya de revisar el *Sancta Sanctorum* –relaté–. Así llaman al cuarto blindado donde se guardan todos los ejemplares de gran valor. Falta uno: el *Elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam. Ahora están con el resto del catálogo.

–¿El *Elogio de la locura*... supongo que tiene un valor especial?

–Un gran valor, pero no más que otros muchos manuscritos.

El subcomisario caviló un instante.

–¿Alguna razón entonces por la que alguien se haya podido llevar precisamente ese?

Repetí el gesto que había hecho Bidart, elevando mis ojos hacia lo alto.

–Ni idea –dije–. Pudiera ser que al ladrón le interesara especialmente, pero no es justificable por su valor frente al de otras muchas obras.

–¿Y el acceso al cuarto blindado?

–Las llaves se encontraban en su escondrijo habitual.

El subcomisario se llevó una mano al mentón mientras cavilaba de nuevo.

–¿Ese ejemplar puede encontrarse en otro sitio, tal vez en casa de Ariza?

Le expliqué el sistema de anotación de entradas y salidas, y que la salida del *Elogio* no estaba reflejada.

–Umm... entendido. Tenemos entonces tres posibilidades. La primera es que alguien sustrajera ese libro concreto por algún motivo, pudiendo haberse llevado otros muchos. La segunda es que alguien haya pretendido simular un robo para enmascarar otra cosa, y se haya llevado ese tomo tal y como podía haberse llevado cualquier otro. La tercera es que el libro esté en casa de Ariza o en algún otro lugar, y él haya olvidado o no haya querido reflejar la salida... ninguna de las tres opciones parece justificar partirle el cráneo a tu colega.

La imagen de la mancha de sangre pasó fugaz por mi mente.

–Salvo que se esté enmascarando alguna otra motivación –añadió

entonces—, que se nos oculte algo...

El subcomisario me miró fijamente. No dije ni que sí ni que no. Después bajó los ojos y los fijó en sus manos, que sostenía entrelazadas sobre el taburete. Pasados unos segundos habló sin levantar la mirada.

—Sabes, hace unos años, yo también tuve mi etapa filosófica. Y recuerdo bastante bien el *Elogio de la locura*, precisamente porque fue uno de los libros que me ayudaron a abrir los ojos.

Le observé sorprendido, aunque no demasiado. Hacía tiempo que sabía que el subcomisario Barrutia, además de inteligente y sagaz, era también un hombre profundo. En mi juventud yo también había leído aquel libro, pero no recordaba que me hubiera causado una impresión particular.

—Tal y como lo recuerdo —prosiguió, levantando la mirada—, Erasmo elogia a la necedad y a los necios o locos, que viven en la felicidad de su desconocimiento, mientras los filósofos y demás hombres pensantes se marchitan entre elucubraciones que, al final, acaban por no llevar a ninguna parte. Yo dediqué cerca de una década de mi tiempo libre a leer a todos esos eruditos que en el mundo han sido, para, como dice Erasmo, llegar a la conclusión de que iba a ser bastante más feliz alejado de todos ellos. Posiblemente él pretendía ironizar, pero yo creo que daba en el clavo.

—Supongo que es una manera de verlo —admití, tratando de adivinar cuál podía ser la motivación de Barrutia para entrar en aquel tipo de divagaciones, y si aquello nos alejaba del asunto de Ariza o por el contrario el subcomisario había encontrado alguna conexión reveladora. En cualquier caso, decidí tirar del hilo.

—¿Pero no es preferible acercarse a la verdad, aunque ésta nos duela? —inquirí.

Barrutia se incorporó en el taburete e hizo gestos con la mano desechando aquella pregunta.

—Quita, quita —contestó—, de dolor ya hay bastante en este mundo sin que vengamos nosotros a infligírnoslo.

Asentí. No le faltaba razón.

—En ese caso, ¿por qué dedicaste diez años a filosofar?

Bajó de nuevo la mirada y ahora su voz sonó pesarosa.

—Me temo que la Filosofía es una predisposición enfermiza, como lo pueda

ser la propensión a la hipertensión. Sospecho que en gran medida es también una predisposición genética. Se nace con ella y poco hay que podamos hacerle.

Le miré sin comprender hasta qué punto hablaba en serio. Su expresión se asentó entonces en una de esas medias sonrisas descarnadas, que yo ya había contemplado anteriormente en alguno de mis ex compañeros de sotana. Una mueca amarga que condensaba un largo viaje de ida y vuelta.

–Te resumo en dos palabras en qué consiste la Filosofía –añadió a continuación–: se busca el sentido de la vida, se conoce la angustia de no encontrarlo, finalmente se proclama que no hay tal sentido. Y entonces se buscan alternativas de resistencia: el conocimiento, la rebeldía, o convertirse en un superhombre capaz de vivir con pasión plena, a pesar de reconocer lo inútil de tal afán.

Me chocó una demostración tan abierta de desencanto. Pensé que Barrutia no estaba pasando una buena temporada. Tal vez problemas con su mujer.

–Exageras –afirmé. Él levantó una mano para indicarme que le dejara terminar. Dio un último trago a su café y prosiguió.

–Mientras tanto, los afortunados que no nacieron con el germen de esa enfermedad, por fortuna una mayoría, viven sus vidas felices como auténticos superhombres, pero desconocedores de que aquello que disfrutan o sufren cada día no tiene el menor sentido... *filosófico*, claro está.

Me quedé en silencio unos instantes ante la contundencia de sus palabras. Pensé que aquel Barrutia quejumbroso me recordaba a alguien. Caí en la cuenta de que se estaba pareciendo a un cierto párroco, que yo había conocido íntimamente. Una sonrisa comprensiva afloró en la comisura de mis labios.

–Joder, Barrutia –dije–, cómo andamos. Que son las seis de la tarde y estamos con un café.

Él sonrió con timidez, como disculpándose de su desvarío.

–Tienes razón –dijo–, la verdad es que no sé de qué coño estoy hablando. Es que me ha venido a la cabeza con lo del *Elogio*. Pero centrémonos mejor en el asunto.

–No, si te entiendo, créeme que te entiendo –contesté, y era verdad que le entendía, porque en su día también yo había pasado mis buenas horas con reflexiones de aquel tipo. Pero en mi caso, el ir desbrozando las pequeñas

matas y los grandes matorrales del camino había resultado ser un ejercicio edificante. Incluso tranquilizador: el que personajes mucho más sabios que yo se hubieran hecho aquellas mismas preguntas resultaba cuando menos reconfortante. Por otro lado, dada mi naturaleza escéptica, nunca había contemplado seriamente la esperanza de llegar a una especie de meta. Quizás esa fuese la diferencia, en el fondo Barrutia era un optimista.

Hablamos algo más del *asunto* y al de un rato volvimos a salir a la menguante claridad de aquel regalo de día –meteorológicamente hablando, claro está: también era el día de la mancha roja sobre la moqueta clara–. Acordamos que nos mantendríamos informados y luego cada uno tomó su camino. El mío me llevaba a visitar al infortunado Arcadio.

3



El Hospital de Cruces estaba íntimamente relacionado con mi melena, que lucía tal vez excesivamente larga para lo que se estilaba entre los profesores de Deusto. Hay que tener en cuenta que la reconstrucción del pabellón auricular plantea un problema complejo al cirujano, dada su proyección fuera de la cabeza, la sutileza de los relieves, y la importancia de la simetría; además, en mi caso se trataba de una oreja enteramente nueva para el lado izquierdo, donde solo había quedado un gran boquete. “Haremos lo posible para que vuelva a tener un aspecto natural”, me había asegurado el cirujano. Pero Perro había realizado un estropicio de difícil reposición –puedo asegurar que el avezado delincuente peruano, lugarteniente de la Gata, se esmeró en el corte—. Como resultado me había quedado una birria bastante poco vistosa que ahora trataba de ocultar con el cabello. No por ello guardaba rencor a aquel lugar, donde había pasado muchas horas y hecho algunas amistades. Pregunté por el par de enfermeras que conocía, pero en arreglo a la ley de Murphy no estaban de turno; en compensación, el celador que me atendió me indicó que la doctora encargada de Ariza sí lo estaba. Me señaló a un pequeño grupo en el pasillo: una mujer de unos cuarenta años con bata blanca y rostro enérgico conversaba con dos personas. Me acerqué y esperé discretamente a que terminaran la conversación.

Una vez que finalizaron me presenté como compañero de Ariza. La doctora me transmitió entonces su extrañeza de que no se hubiera presentado ningún familiar del paciente. Le aclaré su condición de último de la estirpe y, no sé muy bien por qué, tal vez para afianzar su confianza, añadí que yo era sacerdote, aunque propiamente ya no lo fuese. Tuviera o no esto algo que ver

no mostró reparos en darme el parte.

–Creemos que va a salir adelante –dijo, en un tono contenido pero confiado–. Le mantenemos en coma inducido, pero sus órganos comienzan ya a trabajar con relativa normalidad.

Dejó que transcurrieran un par de segundos para que asimilara aquella buena noticia. Estaba sorprendido y aliviado. La realidad es que daba a Arcadio por desahuciado.

Por desgracia tiene lesiones irreversibles en el cerebro –añadió entonces–, el golpe fue muy fuerte. No podemos saber en qué condiciones saldrá, pero el *scanner* muestra daños importantes.

Le dije que en aquel momento lo importante era que saliera del trance. Después, tras darme algunos datos adicionales sobre cómo había ido evolucionando desde su ingreso, me preguntó si quería pasar a verlo. Acepté algo cohibido; curiosamente, a pesar de mi amplia experiencia con moribundos, el visitar a Arcadio en la UCI desprendido de mi gorro de religioso constituía de alguna manera una experiencia nueva. Supongo que la diferencia era que ya no representaba a nadie ni a nada, salvo a mí mismo.

Tenía la cabeza vendada, los ojos cerrados y el rostro desfigurado, apenas reconocible por su nariz ganchuda. Los brazos le colgaban grandes y pesados encima de la sábana, parecían salirle directamente del cuello. Y sus manos yacían como enormes estrellas de mar, los dedos hinchados y deformes por los líquidos. Lo rodeaban un sinfín de máquinas y tubos. Posé una mano sobre su brazo y dije unas palabras de ánimo. Me abstuve de recitar una oración. Era un tic que tenía todavía automatizado –un ritual que me resultaba tranquilizador a pesar de su falta de trascendencia práctica–, pero Ariza no se me hacía el tipo de andar con oraciones, y lo último que quería hacer era importunarlo. Asumiendo, que era mucho asumir, que algo de lo que dijera pudiera llegar a su conciencia maltrecha. Unos minutos después abandoné la habitación y le pedí a la doctora que, al menos mientras no apareciera nadie más cercano, me mantuviera a mí al tanto de cualquier evolución relevante. Ya en el ascensor, me pregunté qué habría sido de sus diversas amantes.

Volví en metro a Sopelmar, cogí la Vespa y me dirigí al caserío de Ane. Después de tantos meses subiendo las cuestas con aprensión, mirando a un lado y al otro para detectar si alguien espiaba las frecuentes visitas del cura a

la herborista, podía ahora abordar la pendiente con el alivio de no tener que dar cuentas a nadie. Impregnado de un nuevo espíritu, aceleraba con ímpetu por sus repechos. Aunque no dejaba de percibir que, si bien había ganado en libertad, el nivel de entusiasmo quizás había decaído algo. Me preguntaba si se debía a la pérdida de la excitación que conlleva lo prohibido, o si simplemente habíamos pasado a una nueva fase de nuestra relación. “Dejémonos un cierto espacio, las relaciones tienen que fluir libres”, había dicho ella, y supongo que yo me había acomodado a ese *modus operandi*. Pero el entusiasmo decaía, en eso no había duda, aunque tal vez fuese algo inevitable. Lo mismo sin embargo me recibió con la misma fogosidad de siempre, dando saltos y ladridos a mi alrededor. Nadie más incondicional que el perro, en este caso un alegre pastor vasco color canela.

Ane trabajaba en su pequeño invernadero, en la parte de atrás del caserío. Desde el salón llegaban por la puerta abierta los inconfundibles quejidos de la armónica de Bob Dylan. Al apercibirse de mi llegada levantó la cabeza de entre los tiestos y me dedicó una de aquellas dulces sonrisas, que tanto contrastaban con su rictus severo. Porque aquella mujer era un compendio de contradicciones: la expresión seria traicionada por unos ojos luminosos, su fragilidad sospechosa en un cuerpo alto y fuerte, su extrema sensibilidad en desacuerdo con su lenguaje, directo o incluso rudo... y su optimismo vital tintado por su afán de algo más. En resumen, un laberinto donde querrías perderte y no salir más, si tan solo ella estuviera dispuesta a permitirte.

–Hola Azur, ¿qué tal el día? –saludó.

Pensé entonces en lo intensa que había resultado la que en teoría debía ser una anodina jornada en la universidad: el accidente de Arcadio, la conversación con el rector, la mancha oscura, pegajosa, sobre la moqueta clara, la constatación de que no había tal accidente. Filosofar un rato con Barrutia y visitar al infortunado, en su lecho ya no de muerte. De todo aquel *maremágnam* le solté lo primero que me vino a la cabeza.

–*Sancta Sanctorum verificatus est* –dije, en el mismo modo teatral del bibliotecario, y logré que ella sonriera divertida. Una nota de humor en un día más bien trágico, que acto seguido me apresté a relatar. Tardé un rato en ponerle al día de todo lo ocurrido, mientras seguía realizando pequeños ajustes a sus plantas. Cuando terminé se mostró cavilosa.

–¿Y dices que Ariza tiene varias amantes? –preguntó pasados unos segundos.

–Sí –confirmé–, pero al parecer ninguna de ellas ha aparecido por el hospital.

–Tal vez no estén al tanto todavía...

Sonreí. Me preguntaba por qué le interesaban las amantes de Ariza. Pero decidí jugarlo a mi favor.

–¿Tú me visitarías en el hospital? –pregunté en un tono meloso.

Ella movió la cabeza en un gesto de duda, acompañado de un brillo divertido en los ojos.

–Depende –dijo–. ¿Sería la única?

No contesté, en su lugar decidí aprovechar aquella demanda de fidelidad – ya que así quise interpretar la pregunta, a sabiendas de que el terreno en el que se movía era más bien ambiguo–. Puse las manos sobre sus hombros y la empujé hacia atrás. Dado que ya estaba en cuclillas, afanada con las macetas, me resultó fácil tumbarla sobre la estera del pasillo. Se dejó hacer mientras subía mi mano por debajo de la camiseta y besaba su cuello. Pero no tardé en sentir en la espalda unos golpecitos de la paleta con la que poco antes trabajaba en las macetas.

–Déjame acabar con esto –dijo, en un tono afable pero firme–. En la cocina tienes una botella de vino abierta.

Vacilé un instante. Después me retiré, sintiendo la frustración del deseo interrumpido, una de las contrariedades de mi nueva vida a las que tenía que ir acostumbrándome. Dejé que siguiera con su trabajo y entré en el salón.

Normalmente la vida de un sacerdote es muy plana en el terreno de las relaciones sentimentales: los parámetros vienen dados, y los vínculos están constreñidos. Participas del dolor y de la alegría, pero únicamente desde tu capacidad de observador-facilitador; y en esa capacidad llegas a conocerlos en profundidad, pero siempre moviéndote más en un plano intelectual que en un plano emocional. No es lo mismo que te ocurra a ti. La duda, la soledad, la lucha por mantener la templanza, estos son los terrenos en los que el sacerdote llega más lejos que nadie. Pero la carnalidad de las relaciones, el titubeo diario entre lo que se comparte y lo que se decide no compartir, el juego entre

imposición y sometimiento, la elección de las batallas que hay que combatir... forman parte de un entramado sentimental que nos es desconocido. A veces creía percibir que Ane me ponía a prueba. Tal vez deseaba que yo me insertara en su vida con más ímpetu, que rompiera sus vacilaciones con la vehemencia de mi voluntad. Pero bien podía ser lo contrario.

El CD de Dylan había llegado a su fin. Volví a ponerlo, algo más bajo. Me serví una copa de vino y me senté a esperar. Las únicas referencias externas que tenía de la vida en pareja provenían de las salidas que realizábamos con sus amigas; a veces a los bares de la playa, o a casa de alguna de ellas, ocasionalmente algún picnic campestre. Yo no tenía relaciones previas con las que poder comparar o de las que haber evolucionado. Por supuesto estaban las lecturas, el cine, mi propia intuición, pero encontraba aquellas conversaciones especialmente reveladoras. Quizás equivocadamente, no sé si las mujeres son francas en ese contexto, los hombres seguramente no. Pero desde luego ellas eran directas. Hablaban de fantasías sexuales, relaciones imposibles, horizontes alternativos. Fumaban marihuana y se tornaban sensuales. Y a veces echaban la culpa a la crisis de los cuarenta, que yo por mi parte no habría podido sufrir, ya que presuponía un estado previo del que nunca había llegado a ser partícipe. Y era en esas conversaciones cuando me parecía que todas aquellas mujeres y hombres insatisfechos estaban deseando que llegara alguien a marcarles el paso, alguien que diera por terminada de una vez por todas su juventud. Pero intuía el riesgo que implicaba adoptar tal actitud con Ane, y, además, no estaba seguro de poseer el ímpetu necesario para entrar a sangre y fuego en aquel laberinto, en el que lo que deseaba en realidad era perderme, disolverme lentamente.

Oí que entraba en ese momento y volví mi cabeza. Ane se quitó los guantes y los dejó al lado de una piletta que tenía en la entrada. Tras lavarse las manos se dirigió a la cocina, que conformaba junto al salón un espacio abierto. Se sirvió vino y me interpeló desde allí.

—¿Así que te vuelves a ver involucrado en un asesinato?

Intenté interpretar su expresión y el tono que había utilizado, pero parecían neutros.

—Intento de asesinato —maticé—. Sí, imagino que lo puedes definir así.

—Y estás encantado —afirmó ella entonces, sin el menor atisbo de duda.

Me sorprendió que hubiera descubierto tan certeramente aquel burbujeo que sentía en el estómago. A lo largo de mi relato me había mostrado consternado por el infortunio de Arcadio –y en verdad lo lamentaba sinceramente–. Pero ella había sabido leer más profundo.

–Bueno, no sé si encantado es la palabra... –vacilé.

No sabía qué actitud tomar: me parecía algo infantil sentirme atraído por aquella investigación; y también algo indecoroso con Arcadio, como si me divirtiera a su costa.

–¿Y por qué ese libro en concreto? –preguntó entonces, permitiéndome abandonar por el momento aquella vacilación.

–No lo sabemos. Es un libro valiosísimo, pero en la biblioteca de Ariza los hay aún más valiosos. Además, si se trataba de un robo, lo lógico era llevarse todos los manuscritos posibles, al menos los del *Sancta Sanctorum*.

–¿Has dicho *Elogio de la locura*?

–*Stultitiae Laus*. Una loa a la estulticia, es decir a la estupidez, a la necedad, o a la locura como es traducida a veces. Erasmo de Rotterdam le da voz, y ésta se muestra como superior a la razón y como necesaria para una vida feliz. Critica a los estudiosos y reivindica al hombre común. Ignorante pero sabio para la vida, viene a decir. Es difícil determinar cuánto hay de pura ironía y cuánto de pretensión de verdad.

–Parece más bien ironía, viniendo de un pensador...

–Tal vez, pero, por otro lado, sospecho que Erasmo debía de estar algo aburrido de sí mismo. Buscar respuestas es una tarea muy ardua y frustrante. A veces debía de envidiar a aquellos que viven la vida tal como les viene dada, sin pretensión alguna de intentar explicarla. Con más pasión y menos raciocinio... de todas formas –titubeé entonces–, hay también otro libro.

Me miró interrogadora y yo vacilé todavía un segundo, pensando que contárselo era una indiscreción, pero sabiendo que no me iba a contener, porque no es posible mantener en secreto aquello que nos puede hacer más interesantes ante el ser amado.

–Esto debes mantenerlo para ti –dije, haciéndole ver que se trataba de una confidencia importante–. También ha desaparecido una primera edición del *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, un libro manuscrito muy valioso que Ariza se acababa de traer de Cambridge. Es la obra más

importante de Isaac Newton, donde desarrolla la ley de la gravitación universal.

Ane produjo una suave sonrisa.

–¿También te lo has leído?

–No, ese no –admití–. Pero sé que está considerado por muchos como el libro científico más importante de la historia.

Arqueó las cejas asintiendo. Se veía que toda la historia más que intrigarle le divertía. Tal vez fuese una reacción ante mi tono excesivamente detectivesco. Según solía decir, me seguía tomando las cosas demasiado en serio. Se decidió entonces a dejar la cocina y se acercó a sentarse en el sofá.

–¿Y por qué es secreta la desaparición de ese libro y no la del otro? –preguntó, dejando la copa de vino sobre la mesa.

Vacilé, consciente de que no tenía una buena respuesta para aquella pregunta.

–Bueno, el rector quiere hacer unas comprobaciones antes de alertar de la desaparición.

Me escudriñó un instante.

–¿Hay alguna relación entre los dos libros?

Le hice ver con un gesto de hombros que no tenía la menor idea de cuál pudiera ser esa relación. Yo también le había estado dando vueltas al tema: qué podían tener que ver un libro de física del padre de la ciencia y una extraña parodia del primer gran humanista. Desde luego, no el tema, ni tampoco la época –habían transcurrido casi dos siglos entre la publicación de los dos libros, siendo el *Elogio* de principios del siglo XVI, mientras el *Principia* era de finales del XVII–. Tal vez, si acaso, podía decirse que los dos libros estaban en las antípodas el uno del otro: el primero dedicándose a elogiar la locura humana, mientras el segundo establecía las bases de la ciencia, la cúspide del raciocinio. Pasión frente a razón, ¿podía estar ahí la clave? Entretanto, yo mismo estaba alejándome de aquellas cavilaciones para centrarme en el ser sensual que se sentaba a mi lado, con una sutil sonrisa incitadora en el rostro, su boca dando pequeños sorbos a la copa de vino. Sentí de forma casi simultánea una agradable flojedad en mis entrañas y un anhelo en el pecho. Ella ensanchó su sonrisa, y sus ojos brillaron con más intensidad. Me invadió la alegría de saber que, ahora sí, Ane se me iba a

entregar. Volví a introducir una mano por debajo de la camiseta, mientras bajaba la otra hacia su entrepierna. Actué con cierta rudeza, sin miramientos: sabía que era así como ella lo prefería.



Cuando entré en el claustro de profesores la mañana siguiente, volví a encontrar a mis compañeros en un estado de gran agitación, incluso superior al del día anterior. Sobresaltado, lo primero que se me ocurrió pensar fue que la doctora de rostro enérgico estaba equivocada y Ariza había muerto aquella misma noche. Pero alguien bramó entonces, por encima de aquella confusión de voces, que “no había habido víctimas”, y pasé a suponer de inmediato que ETA había vuelto a cometer un atentado terrorista. Una circunstancia extrema y brutal que desgraciadamente estaba inserta en nuestra cotidianeidad: desde hacía ya tres décadas, las *acciones* se sucedían con puntualidad, a razón de al menos tres o cuatro por mes. Una vez enterado de lo que había ocurrido, medité que en esta ocasión se trataba de algo realmente inaudito y rocambolesco, estuviera o no involucrada la banda terrorista. Por un momento incluso barrunté que aquello tenía que ser una broma, pero la intensidad con la que hablaban del suceso no cuadraba con una inocentada a destiempo. Al parecer, alguien había volado el Sagrado Corazón.

Posiblemente quien no sea de la ciudad no comprenda de forma inmediata las dimensiones de este suceso, dado que el Sagrado Corazón de Jesús es una devoción muy extendida en los países católicos, y su imagen puede encontrarse en diversas formas y tamaños en cualquier ciudad o pueblo. Pero es que el Sagrado Corazón de Bilbao tiene cuarenta metros, el mismo tamaño, por hablar de una referencia de todos conocida, del Cristo Redentor de Corcovado en Rio de Janeiro. Es cierto que en el caso de este último solo ocho metros corresponden al pedestal, y el resto al Cristo, mientras que en Bilbao se invierten las medidas. En cualquier caso, se trata de un Cristo de

bronce de dos toneladas de peso, situado sobre un grueso pedestal a más de treinta metros por encima del asfalto. Y no dejaba de ser un desafío para la imaginación el figurarse a tal mole volando por los aires hasta caer a cincuenta metros, en la entrada de la cercana Gran Vía. Según refirió Miren, haciéndose oír por encima del gallinero, el boquete que había dejado era de proporciones descomunales, “*veramente gigantesco*”.

Con aquella nota de color tuvimos que irnos a clase, sin tiempo para más aclaraciones. Mientras me dirigía a la mía pensé que, visto lo visto, debía empezar a escuchar las noticias de la mañana.

Tras exaltar la imaginación de mis alumnos con las investigaciones del antropólogo Malinowski en el Pacífico Occidental –cultura, comercio y sexualidad de los *argonautas* de las Islas Trobiand–, me dirigí al despacho del rector. Pretendía darle el parte de mi conversación con Barrutia. Me hicieron pasar y me senté al otro lado de su escritorio, mientras terminaba una conversación telefónica que resultó versar sobre el tema del día. Pude así averiguar que la voladura había sucedido hacia las cinco de la mañana, hora a la que por fortuna no pasaba ningún coche por allí. Inferí también que el artefacto explosivo había sido colocado en la base de la figura, para ser posteriormente activado por control remoto. Cuando colgó adoptó una expresión de preocupación. Más que mirarme a mí, dejó los ojos perdidos sobre mi rostro, inmerso en sus pensamientos.

–Han pasado a una fase de enfrentamiento frontal, ya no les vale con las injurias y los menosprecios –dijo al salir de su ensimismamiento. Le miré interrogador.

–No sé si sabe usted que fue nuestra orden la que estuvo detrás de la erección del Sagrado Corazón –avanzó.

Confesé que desconocía ese hecho. Plazaola juntó sus manos y apoyó los codos sobre la mesa. Seguía manteniendo una expresión de congoja, pero su voz transmitía determinación.

–Ya antes de la Guerra Civil –relató–, en tiempos de la Segunda República, los anticlericales quisieron derribar el Sagrado Corazón. Incluidos entre ellos estaban los socialistas y los republicanos. Los fieles, espantados pero determinados a no consentir tal barbarie, tuvieron que rodearlo durante días para evitar el sacrilegio. Se salvó de milagro, pero ahora lo han

conseguido finalmente.

–¿Se sabe entonces quién ha sido?

El rector cogió una anotación realizada a mano que estaba sobre el escritorio.

–Al parecer los autores han dejado su firma sobre el pedestal, en grandes letras rojas –aclaró. A continuación leyó el papel:

Muera la religión
Necedad de los Dioses
PSP

Le miré sin comprender.

–Las noticias hablan de que posiblemente se trate del Partido Socialista del Proletariado, un grupúsculo radical que ha protagonizado altercados de forma intermitente en los últimos años, aunque hasta ahora habían pasado bastante desapercibidos para el gran público. Sus acciones habían sido de muy escaso calado, nada que ver con esto. En cualquier caso, se trata de nihilistas anticlericales, eso es seguro, el mensaje está bien claro. *Muera la religión, Necedad de los Dioses...* así que volamos el Sagrado Corazón de Jesús... Tremendo, Azurmendi, es un hecho tremendo.

Asentí, maravillado con la audacia de aquella acción –¿había que calificarla de atentado terrorista?–. El Sagrado Corazón era una figura imponente situada en un punto neurálgico de la ciudad. Desde mi primera visita a Bilbao, siendo un niño, me había impactado aquel enorme Cristo que te miraba amenazante desde las alturas. Había oído alguna vez que los rasgos del rostro eran en realidad bondadosos, pero no había forma de apreciarlos a tal distancia –estamos hablando de la altura de un edificio de diez pisos–. Por lo que la imagen que resultaba era la de autoridad, como si el Cristo reinara sobre la ciudad. Y ahora había realizado un magnífico salto por los aires, de cabeza al pavimento. Era como si a un neoyorquino le dijeran que aquella noche le habían volado la cabeza a la Estatua de la Libertad. Esa imagen me trajo a la mente lo ocurrido hacía poco más de dos meses, en concreto el once de septiembre –la fecha había quedado grabada en la memoria colectiva–, cuando cuatro atentados suicidas habían causado alrededor de tres mil muertos

en Estados Unidos. El más grave y espectacular había logrado derrumbar las Torres Gemelas de Nueva York, ante la mirada atónita de cientos de millones de telespectadores. Yo también había visto las imágenes en directo, en la televisión colgada en una esquina de la cafetería de la universidad. Quién iba a poder olvidar la secuencia del Boeing 767 de United Airlines impactando contra la Torre Sur del World Trade Center; o la de seres humanos lanzándose al vacío, convertidos en muñecos de trapo, obligados a elegir entre morir abrasados o saltar desde cientos de metros a una muerte igual de segura, con la esperanza de que fuera menos dolorosa; o el posterior derrumbe de las inmensas moles –los edificios más altos de la ciudad–, y el enorme horror y desconcierto que aquel hecho había provocado. ¿Quién podía esperarse que rascacielos de acero y hormigón pudieran derretirse como azucarillos? Aquellas imágenes habían dejado una huella imperecedera en los habitantes de todo el planeta, anunciando los horrores de un tiempo nuevo. Desde entonces, teníamos la sensación de que el tablero de juego había cambiado, y que cualquier cosa era posible.

–Por fortuna parece que el Cristo ha aguantado el golpe con alguna abolladura –dijo entonces el rector, sacándome de mis reflexiones.

“Hemos perdido el norte”, añadió, y pasó a realizar entonces una desapasionada valoración de la sociedad en la que vivíamos. ¿Que se quería abandonar el esquema de valores tradicional? Bien, él no estaba en desacuerdo con que había aspectos que era necesario dejar atrás. El proceso de secularización, la pérdida de influencia de la Iglesia, podía entender todo eso. Pero el problema residía en la carencia de alternativas para substituir lo abandonado. Vivíamos en una sociedad regida por la comparación de lo que uno tiene con lo que tienen los demás, y en ese esquema era inevitable la aparición de un ejército de frustrados y resentidos. Era la consecuencia lógica del coctel formado por individualismo, consumismo, desapego, hedonismo... Y era igualmente inevitable que algunos de estos desencantados pasaran a la confrontación. Desde luego, no era la primera vez que se atacaba a la Iglesia, pero en otros momentos históricos los ataques habían formado parte de una guerra ideológica. Ahora se trataba más bien de la pura necesidad de enfrentarse a algo, para rellenar el vacío e intentar dar una respuesta al resentimiento.

–La gente camina con un enorme hueco en sus entrañas –concluyó, y me sentí identificado con aquella apreciación, porque así había caminado yo durante años. Sin embargo, no estaba seguro de percibir ese vacío en mis semejantes. Al revés, mis vecinos de Sopelana parecían más felices que nunca, por no hablar de los estudiantes universitarios, sin duda mucho más libres y relajados que en mis tiempos. Hice un comentario al respecto, pero Plazaola refutó que hoy en día se hablaba de felicidad a todas horas, lo que solo podía ser mala señal. “Dime de qué presumes y te diré de qué careces”, sentenció. A mí me parecía que todo aquel ruido sobre felicidad era más bien una nueva industria, que verbalizaba y sacaba provecho de lo que siempre había estado en la cabeza de la gente, pero pensé que no merecía la pena seguir con aquella divagación –y de todas formas, necesitaba informarle ya del más que probable intento de asesinato de Ariza–. Con lo que opté por asentir a su dictamen. Aproveché el silencio que siguió para entrar en el tema.

–Supongo que estará al tanto de la desaparición del *Elogio de la locura* –avancé.

El rector confirmó que Bidart le había puesto al tanto, y añadió que los bibliotecarios habían terminado el recuento a altas horas de la madrugada sin dar con más desapariciones.

–Por otro lado, hemos confirmado que el *Principia* no está en casa de Arcadio, con lo que podemos darlo por definitivamente desaparecido –añadió.

No me sorprendió. Estaba convencido de que el libro de Newton había sido robado junto al *Elogio*, no tenía la menor esperanza de que se encontrara en el domicilio de Ariza. Vacilé entonces un instante, mientras decidía como afrontar la parte más grave de aquel asunto, el accidente que ya no era tal accidente.

–Ayer le visité en Cruces –relaté–, la doctora a cargo me aseguró que va a salir de ésta, pero al parecer tiene daños irreparables en el cerebro.

–Así es, así es –replicó el rector–, hay que dar gracias a Dios. Hemos hablado varias veces con el hospital.

Aquella afirmación me cogió desprevenido. Había supuesto que traía noticias frescas. Me di cuenta de que lo más probable era que el rector hubiera hablado también con la Ertzaintza. Ante esta sospecha decidí cambiar de táctica y decir más bien poco.

–Estuve con el subcomisario Barrutia en la biblioteca... –apunté.

Plazaola realizó un gesto malhumorado con la mano, como desechando a Barrutia y lo que éste tuviera que decir. O tal vez más bien deseando que fuera desechable. Después apoyó las manos sobre la mesa y me observó con seriedad.

–Habrá que esperar a que redacten un informe oficial –dijo–, por ahora son solo conjeturas... tal bestialidad por robar un libro, no tiene ningún sentido.

–Un libro, o probablemente dos...

El rector me miró de mala gana. Parecía haber recibido demasiadas malas noticias para una misma mañana.

–En efecto, más que probablemente dos –corroboró de mal humor. Después sin embargo cambió de talante, exhibiendo una sonrisa que de primeras me pareció algo forzada, pero que enseguida se tornó en la imagen misma de la afabilidad.

–Quiero que sepa que le estoy muy agradecido por su ayuda en este asunto tan penoso, Azurmendi –dijo–. Encontraremos la manera de compensarle.

Siguió entonces un pequeño intercambio de buenas palabras, en el que yo aseguré estar muy complacido de poder ayudar a la orden, y aproveché también para expresar mi agradecimiento por la oportunidad que la universidad me había dado. Plazaola por su parte alabó mi valía y buena disposición. Seguidamente titubeó un instante.

–Verá –dijo–, también he tenido noticias sobre el *Principia*... noticias digamos algo alarmantes. Me temo que no tengo más remedio que pedirle que prolongue algo más su colaboración.

“Más acontecimientos”, pensé, a la vez que le mostraba al rector mi disponibilidad. Lo cierto es que seguía encontrando todo aquel embrollo de lo más excitante.

–Ayer por la tarde recibí una llamada del rector del Trinity College de Cambridge –relató–. El Master, como le llaman ellos, el gran filósofo y economista indio Ajay Kapoor.

Agucé el oído, el embrollo se volvía más interesante por momentos.

–Al parecer, el profesor Ariza se trajo un valioso documento de allí... sin permiso... A decir de Kapoor, ilegalmente.

Durante unos segundos descansó la mirada sobre mí, remarcando de esta manera el peso de aquella palabra.

–¿Un documento propiedad de la universidad?

–Del Trinity sí, y de un enorme valor. Verá, debe considerar esta información absolutamente confidencial... Por lo visto, Arcadio se trajo junto con el *Principia* un manuscrito original de Isaac Newton. La biblioteca de la Universidad de Cambridge es la depositaria de la mayor parte de su obra. De acuerdo con Kapoor, Ariza pasó allí unos días estudiando diversos documentos. Y se llevó uno de ellos. Hemos estado buscándolo, pero no aparece por ningún lado.

Sopesé aquello un instante, maravillado por la audacia de Ariza. A pesar de todo, sentí un brote de admiración hacia mi malogrado jefe.

–¿El *Principia* desaparecido, también pertenece al Trinity? –pregunté con cierta curiosidad morbosa.

–No, no, Kapoor no lo ha mencionado –desechó con un parpadeo–. Y yo tampoco. Dejemos ese asunto aparte por el momento.

–Pero los dos hechos deben de estar relacionados...

El rector me hizo un gesto de calma con la mano.

–Vayamos por partes –me reconvino–. Por un lado, Kapoor cree que Arcadio se ha llevado un manuscrito. Habrá que investigarlo. Por otro lado, compró un *Principia* que ha desaparecido. Eso también habrá que investigarlo, pero no tiene nada que ver con el Trinity. Allí tienen su propio ejemplar, anotado por Newton, pero ese evidentemente sigue en su sitio. Precisamente una de las cosas que tendrá que hacer en Cambridge es visitar la librería donde Arcadio adquirió su ejemplar.

Le miré sorprendido.

–¿Cambridge? –musité.

–Es lo que quería pedirle. Kapoor no me ha dado más detalles por teléfono, pero sonaba muy preocupado, más allá del manuscrito que Arcadio cogió *prestado*. Intuyo que hay algo turbio en todo el asunto, algo adicional a lo ya referido. Quiere que lo hablemos en persona, con alguien de mi confianza, y yo he pensado en usted. Tiene que saber que Deusto tiene una buena relación con el Trinity desde hace mucho tiempo, y que, aunque Ariza estaba realizando esa investigación por su cuenta, no dejaba de ser un

miembro de nuestro claustro. Si la Biblioteca Wren le abrió sus puertas fue como representante de esta universidad. Por lo tanto, tenemos todo el interés del mundo en aclarar qué es lo que ha pasado.

Procesé aquello rápidamente. Un viaje a Cambridge, al legendario Trinity College, no sonaba nada mal. Por otro lado, me intimidaba ligeramente tener que responder ante su Master por los desmanes de mi asombroso jefe. Llevarse un manuscrito original de Newton, ver para creer.

–Entiendo que usted habla inglés –dijo entonces Plazaola, interrumpiendo el flujo de mi pensamiento–. Si no siempre se podrán comunicar en latín...

Asentí. Podía defenderme en inglés. No había aceptado explícitamente la encomienda, pero era evidente que me iba a Cambridge.

–Mi secretaria le dará todos los detalles –añadió–, le está sacando los billetes. Vea qué tiene que comunicarnos Kapoor. Y, ante todo, discreción, ya sabe...

Imaginé que se refería a la compra del *Principia*. Pero entonces me acordé de que Ariza yacía convaleciente en el hospital, y eso me llevó a caer en la cuenta de qué iba a ser lo primero que me iban a preguntar en el Trinity.

–¿Kapoor no ha preguntado directamente por Arcadio? Imagino que querrá saber de su paradero, motivos e intenciones.

–Desde luego, es lo primero que ha preguntado. Ya le he puesto al corriente de su situación, en coma debido al golpe recibido al desplomarse accidentalmente una estantería...

El rector me miró escrutador. Le correspondí con una mirada de asentimiento: nada de menciones a intentos de asesinato.



Newton fue un hombre desagradable e irascible, afectado por traumas infantiles, una exacerbada religiosidad y una más que probable homosexualidad –en una época en la que ésta era denigrada y perseguida–. Su padre murió antes de que naciera él, y su madre se volvió a casar dejándolo en manos de sus abuelos cuando tenía apenas tres años. Creció como un individuo introvertido que rehuía el contacto social y que tuvo muy pocos amigos a lo largo de su vida. A pesar de todo ello, fue el culmen de la genialidad. Con veinticuatro años era ya el matemático más avanzado del mundo, y poco después había absorbido y superado todos los conocimientos existentes en Filosofía Natural, lo que hoy en día vendría a corresponder con la disciplina de la Física, dejando atrás al referente de la época, René Descartes. Logró avances inauditos en la comprensión de la luz y la óptica, en astronomía y matemáticas puras, pero su gran intuición consistió en describir el efecto de la gravedad sobre el movimiento de los planetas, mediante la ley de la inversa del cuadrado, y su generalización a la atracción existente entre cualquier par de cuerpos. La idea de que los cuerpos se atrajeran desde la distancia era entonces absolutamente impensable –algo cercano a la brujería–. Plasmada en el *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, su ley de la gravitación universal le encumbró como el primer científico y uno de los mayores sabios de la historia.

Sin embargo, la biografía que leía con fruición en el avión camino de Inglaterra, titulada significativamente *El último hechicero*, hablaba de un Newton mucho más desconocido. Al parecer, aquel genio oscuro y malhumorado había dedicado bastante más tiempo a la alquimia –que en

aquella época estaba prohibida y penada con la muerte— que a la ciencia. Durante décadas había realizado experimentos en su laboratorio secreto, adyacente a su alojamiento de profesor en el Trinity College de Cambridge, en busca de la piedra filosofal. Por otro lado, también había dedicado innumerables horas al estudio de la Biblia: se interesó especialmente por la cronología de sus predicciones más importantes, tales como la segunda venida de Cristo y el día del Juicio Final. Al igual que ocurría con su intuición científica, sus creencias en materia religiosa estaban fuera de lo ordinario. Era un enfervorecido anti-católico, para el que la Iglesia de Roma era la ramera de Babilonia, o aún más, el Anticristo —lo que por otro lado podía caber dentro de lo normal en la Inglaterra de su época—. Pero además era un secreto y ferviente seguidor de la herejía Arriana, negadora de la Santísima Trinidad, un hecho que de conocerse hubiera supuesto el fin inmediato de su carrera académica (y en especial tratándose precisamente de un profesor del Trinity). Para esta doctrina herética, Jesucristo no era uno con Dios, sino *solamente* su hijo.

Recordé entonces que el propio Ariza, en nuestra última conversación, había hecho referencia a las actividades secretas de Newton. “Enfoque novedoso, pero primordial en la configuración del hombre moderno”, había señalado. Yo había inferido que se refería a las nociones de Física desplegadas en el *Principia*, y en consecuencia había reaccionado con incredulidad. No creía que un análisis de las matemáticas de la ley de la gravedad pudiera aportar nada nuevo al estudio de cómo somos, al por qué de nuestra forma de estar en el mundo. Ahora entendía que la clave de su interés podía estar más en el manuscrito robado que en el *Principia* ¿Era posible que Newton hubiera descubierto algo trascendental sobre el hombre en sus estudios de alquimia o religión? Y si así fuera, ¿cómo no había salido a la luz hasta entonces?

El comandante anunció que faltaban veinte minutos para que aterrizáramos en el aeropuerto de Heathrow. Decidí apartar por el momento aquel asunto de mi mente, y me dispuse a repasar el contenido del sobre que me había entregado la secretaria de Plazaola. Además de mi billete de avión y doscientas libras para gastos, había introducido en él un itinerario con horarios y direcciones, milimétricamente calculado para que pudiera realizar

las gestiones en una tarde y volver al día siguiente. Era toda una muestra de eficiencia jesuítica, aunque yo hubiera preferido disponer de unas horas para perderme por las viejas e historiadadas calles de Cambridge. Pero probablemente el rector no quería que perdiera el tiempo, ansioso por escuchar de primera mano lo que fuera que Kapoor tenía que comunicarnos. De acuerdo con el itinerario, al aterrizar tenía que coger el metro hasta la estación de London King Cross, y allí enlazar con el directo a Cambridge de la una del mediodía. Desde Londres era un viaje en tren de cincuenta minutos, por lo que debía de llegar con tiempo suficiente a la reunión con el Master del Trinity, programada para las tres de la tarde. Y dado que Kapoor era un hombre ocupado, podía contar con que para las cuatro como tarde estaría libre para visitar al librero.

Realicé el primer trayecto hasta Londres de pie, en un metro atiborrado de gente, bamboleándome con los demás viajeros al son de los traqueteos de la vieja línea. Después atravesé King Cross a la carrera, esquivando a los pasajeros que cruzaban la estación igual de acelerados. El expreso a Cambridge estaba bastante lleno, pero logré hacerme con un asiento de ventana, y no tardé en dejarme invadir por esa agradable expectación que provocan los viajes en ferrocarril. Sin embargo, buena parte del trayecto a Cambridge transcurría entre suburbios descoloridos, compuestos por filas interminables de casas unifamiliares, indiferenciables unas de las otras. Desprendían un agobiante aire de tristeza. Y tampoco las ocasionales imágenes de la monótona campiña lograron alegrarme el ánimo. Tal vez fuera debido a aquella luz mortecina propia del otoño inglés. Decidí dedicarme a terminar la biografía de Newton.

Una vez en la estación de Cambridge tomé un taxi hasta la entrada del King's College, con la intención de proseguir a pie desde allí. Había visitado Cambridge una vez, hacía ya muchos años, cuando la gente viajaba todavía muy poco, por lo que me sorprendió el gran bullicio de estudiantes y turistas arremolinados frente a la elegante arquitectura gótica del King's. Todavía disponía de tiempo, así que tras observar el ambiente un rato caminé con parsimonia hacia Trinity Street. Media hora más tarde me enfrenté a la puerta de acceso a la vieja universidad. Estaba tutelada por un sobrio Enrique VIII, famoso por estar armado con la pata de una silla. Había leído que existían

diversas leyendas sobre quién se llevó la espada y puso allí la pata; en cualquier caso, pensé que solo los ingleses, con esa flema tan característica, eran capaces de no reponerle su arma al rey.

Me presenté en la Great Door del Trinity College y me acompañaron a través del maravilloso Great Court (por lo visto, allí todo era *great*). Ésta era una gran explanada rodeada de edificios antiguos. No puedo negar que estaba impresionado, el protocolo inglés es infalible en este sentido; y las torres, almenas, columnas, capiteles y escudos del siglo XVI ayudaban al efecto. El Master me recibió en sus dependencias personales, el Master's Lodge, localizado en un lateral de la explanada. Esperé unos minutos en una sala acogedora y después me hicieron pasar al despacho de Kapoor, señalándome que éste estaba a punto de llegar. Era una estancia amplia y luminosa, a un lado un escritorio y al otro una mesa de trabajo para cuatro o cinco personas. En medio una pequeña zona con sofás de cuero. El color marrón caoba de la librería y las paredes casaba bien con los rojos y granates de alfombras y sofás. Me senté en uno de ellos a aguardar a que llegara. Mis ojos captaron entonces una fotografía colgada en la pared. Me levanté y fui a echarle un vistazo. En ella entregaban un premio a un hombre muy alto vestido de frac, de tez oscura y grandes gafas de pasta. Leí con sorpresa que aquel hombre era Ajay Kapoor, y el premio que le estaban entregando era el Nobel de Economía, un detalle que el rector Plazaola había omitido, consciente o inadvertidamente. Entendí que no debían nombrar Master del Trinity a cualquiera.

Entró mientras seguía curioseando. Me di la vuelta con rapidez y estrechamos nuestras manos en un saludo formal. Fui a comentar algo sobre la foto, a ofrecerle mi enhorabuena y mi respeto, incluso levanté ligeramente el brazo para señalarla, pero algo en el semblante serio de Kapoor me hizo bajarlo de inmediato. Era más o menos de mi altura (también yo soy un hombre alto), y tenía una mandíbula fuerte y unos ojos oscuros de mirada penetrante. Portaba las mismas gafas que en la foto, y el pelo algo más cano. Intuí que aquella expresión determinada podía ser afable si así lo disponía su portador, o podía también elegir reflejar la severidad de los hombres sobresalientes. En este caso, el Master parecía querer traspasarme con la intensidad y gravedad de su mirada.

Nos sentamos en los sofás e inquirió sin calidez qué tal había ido mi viaje y si me apetecía un té. Respondí que bien a lo primero y que no hacía falta a lo segundo. Se veía que estaba deseoso de entrar en materia. El preámbulo de cortesía formal apenas duro medio minuto.

–Entiendo que usted trabaja con el profesor Ariza –avanzó.

Asentí mientras aguzaba el oído. Mi inglés era menos que perfecto y el acento indio de Kapoor no era fácil de seguir. Tenía un tono nasal, pero no exento de cierta calidez.

–¿Qué ha pasado con él?

Le referí la línea oficial. Una pesada librería había impactado en su cabeza dejándole en coma. Kapoor se lamentó sacudiendo la cabeza, mientras repetía que aquello era muy desafortunado.

–¿Estaba usted al corriente de sus investigaciones? –pasó a preguntar.

–No al detalle. Sé que su interés general versaba sobre la evolución de la configuración del ser humano, a través de los siglos que van desde el primer Renacimiento hasta nuestros días. Y que recientemente había adquirido un interés en la obra de Newton... pero no conozco que buscaba exactamente en esos escritos.

El premio Nobel sacudió de nuevo la cabeza, esta vez en un gesto de resignación.

–Quiero decirle que sentimos muchísimo la desaparición del manuscrito –añadí entonces–. Lamentablemente hasta ahora no lo hemos podido localizar. Tampoco comprendemos qué ha podido motivar al profesor Ariza a actuar de esa manera.

Kapoor me miró con fijeza unos instantes, como intentando averiguar hasta qué punto mi sentimiento era sincero. Después dulcificó su expresión.

–Tenemos un problema –dijo–, un problema muy gordo. Y creo que deberíamos tomarnos ese té después de todo.

Llamó a la secretaria y mientras nos traían el té realizó algunas preguntas sobre la Universidad de Deusto, de la que parecía saber más bien poco. También inquirió sobre Ariza, al que según dijo él no había llegado a conocer.

–¿Conoce la historia de los papeles de Newton? –preguntó una vez servidos.

Le confesé que sabía muy poco de la obra de Newton, escudándome en que

era un hombre de letras. Sonrió un instante, para después recordarme que en aquella época los sabios tocaban todos los palos, no existía la separación actual entre lo científico y lo no científico. “En realidad, ni siquiera existía lo que llamamos ciencia” –resaltó–; “Newton fue el primero que abrazó la idea de crear teorías científicas demostrables mediante experimentos empíricos”. Agregó que, en su opinión, también hoy en día nos iría mejor si se tendieran más puentes entre las disciplinas científicas y las humanísticas, evitando una separación tan abismal.

–En cualquier caso, Newton pertenecía todavía a la línea de grandes hombres que, como Leonardo da Vinci, extendieron su interés y su conocimiento a un gran número de disciplinas.

Seguidamente comenzó a relatarme las peripecias que habían sufrido a lo largo de los siglos lo que él llamaba *los papeles de Newton*. En un primer análisis de la enorme cantidad de manuscritos dejados por Newton a su muerte, realizado a instancias de sus descendientes (principalmente su sobrina Catherine y el marido de ésta), se había dictaminado que había poco de valor que no hubiera sido publicado y mereciera la pena publicar. Solo siglos después se descubriría que en realidad una gran proporción trataba sobre ideas religiosas heréticas y experimentos de alquimia, y que por lo tanto eran documentos que había que ocultar para no dañar la gloriosa imagen que el mundo tenía del sabio. De esta manera permanecieron mayoritariamente en la familia, hasta que a finales del siglo XIX el quinto Conde de Portsmouth (Isaac Newton Wallop) los ofreció a la Universidad de Cambridge. Ésta se quedó con los manuscritos de carácter científico, pero devolvió los personales junto con los denostados que se referían a alquimia y religión. Así siguieron en la familia, hasta que ya en el año 1936 el albacea de los herederos Portsmouth decidió venderlos en subasta, a través de la casa Sotheby's.

–Y aquí es donde comienza su dispersión por medio mundo –señaló–. Pero espero no estar aburriéndole con tanto detalle.

Repliqué que encontraba todo aquello fascinante y el Nobel prosiguió con su relato. Al parecer, en la subasta, que duró varios días, se habían presentado numerosos compradores, pero dos se habían destacado especialmente: el renombrado economista John Maynard Keynes y el judío Abraham Shalom Ezekiel Yahuda. El primero provenía de una prospera familia de Cambridge, y

había hecho una fortuna con inversiones bursátiles. Era también un coleccionista de manuscritos antiguos desde su época universitaria en el King's College, y poseía desde hacía tiempo una primera edición del *Principia*. Inicialmente adquirió en la subasta manuscritos seleccionados, pero días después se dio cuenta de la importancia del legado, y en especial de la relevancia de los experimentos de alquimia llevados a cabo por Newton. Comenzó así una carrera por comprar a otros coleccionistas y a diversos libreros todo lo que versara sobre el asunto. Fue entonces cuando se topó con Yahuda. Se trataba de un estudioso y coleccionista de manuscritos orientales, que por algún motivo había estado adquiriendo una gran cantidad de documentos salidos de la subasta. Los dos hombres acabaron poniéndose en contacto y decidieron intercambiar manuscritos, quedándose Yahuda preferentemente con aquellos que tenían que ver con las ideas religiosas de Newton, objeto de su interés, mientras Keynes se hacía con la gran mayoría de los que trataban sobre alquimia. Yahuda consideraba que las ideas anticatólicas de Newton eran de gran relevancia tanto para protestantes como judíos, y era su intención conseguir que se publicaran. Al parecer, estaba muy interesado en publicitar el relativamente bajo papel que se le otorgaba a Jesucristo en la versión Newtoniana del Cristianismo. Sin embargo, murió sin lograr la publicación, y finalmente los manuscritos pasaron a ser propiedad de la Biblioteca Nacional Judía. En cuanto a la colección de documentos sobre alquimia amasada por Keynes, la había donado a su muerte en 1946 al King's College, y son parte hoy en día de las colecciones de la Biblioteca de la Universidad de Cambridge. Antes, en los años que transcurrieron hasta su muerte, Keynes había despertado el interés de los eruditos hacia las actividades oscuras del sabio, hasta entonces desconocidas o desechadas.

–Es famosa su alocución ante la Royal Society, en la que señaló que Newton no había sido en realidad el primer hombre de la era de la razón, sino “el último de los magos, el último de los babilonios y sumerios” –apuntó Kapoor. Desde entonces y hasta nuestros días, los estudiosos habían seguido analizando ese legado, una tarea que complicaba el hecho de que muchos de los manuscritos estaban escritos en latín, pero sobre todo el que un buen número de ellos estuvieran también encriptados.

Al llegar a este punto abrió sus manos y me miró con un gesto

significativo, como dando a implicar algo.

–¿Quiere decir que el manuscrito que se llevó el profesor Ariza está encriptado? –pregunté tras reflexionar un instante.

–Así es, y todavía no había sido descodificado. Ese manuscrito llegó a nuestra biblioteca recientemente, como parte de una partida que en su día acabó en Suiza y que hemos podido adquirir hace apenas unas semanas. Las grandes colecciones están agrupadas en Cambridge y Jerusalén como le he dicho, pero hay manuscritos repartidos por medio mundo: en la Biblioteca Bodleiana de la Universidad de Oxford, en Ginebra, en California... Nadie sabe con certeza dónde acabaron los papeles de Newton tras la famosa subasta de Sotheby's.

Siguió un breve silencio y me pregunté entonces por qué sería tan importante el manuscrito que se había llevado Ariza, dado que había tantos otros esparcidos por el mundo. Kapoor pareció adivinar lo que se escondía tras mi leve gesto de perplejidad.

–En cualquier caso, cada uno de los originales de Newton es extremadamente valioso, en especial aquellos que todavía no han sido descodificados y pueden guardar importantes revelaciones –señaló.

Después se recostó en el sofá y pareció cavilar por espacio de unos segundos. Cuando habló de nuevo se mostró algo inseguro, vacilante al escoger las palabras. Su incomodidad frente a lo que fuera que tenía que contarme era patente.

–Pero no se trata tan solo del valor de ese documento –dijo–. Debo confesarle que la conducta del profesor Ariza ha puesto a nuestra universidad en una posición muy delicada.

Acontecimientos, pensé, *acontecimientos*.

–Verá, su colega no solo se llevó ese manuscrito de forma ilegal. También accedió a él sin permiso. Esa partida de documentos concretos estaba empezando a ser analizada por nuestros propios expertos, y por lo tanto no estaba disponible para la revisión de estudiosos externos, ni siquiera había sido incorporada todavía al catálogo oficial de la biblioteca. Se preguntará cómo pudo entonces acceder a él... bien, ese es el segundo aspecto embarazoso de todo este asunto.

Kapoor se incorporó entonces hacia la mesa y fue a servir té de nuevo,

pero al comprobar que ya estaba frío desistió. Al alzar la cabeza me observó con curiosidad.

–Tengo entendido que ustedes tienen fama de ser muy machos –soltó de improviso, en un tono cándido.

Le devolví una mirada sorprendida. Sonrió con aparente timidez y alzó una mano para excusarse.

–Perdone mi frivolidad –dijo–, a veces siento la necesidad de quitarles importancia y seriedad a los graves asuntos que caen bajo mi responsabilidad. Imagino que es un deje indio del que debería avergonzarme... Más seriamente, bueno, digamos que Ariza mantenía una relación pasional con nuestra Bibliotecaria Jefe.

Tras la sorpresa inicial cruzamos la mirada, y por algún motivo deduje que, a pesar de nuestra aparente gravedad, a los dos nos hacía cierta gracia el asunto. Y posiblemente, nos daba también un cierto morbo; un brillo casi imperceptible en los ojos de Kapoor me hizo suponer que la bibliotecaria no carecía de encantos. El bueno de Arcadio, pensé, menuda pieza.

–Puede imaginárselo –prosiguió Kapoor–, cuando la pasión entra por la puerta la sensatez salta por la ventana. A instancias de Ariza, Miss Barnes, por otro lado una gran académica, se llevó determinados manuscritos para que él pudiera echarles un vistazo mientras pasaban un fin de semana romántico en Cornualles. Pero al ir a devolverlos a la biblioteca el lunes por la mañana, se dio cuenta de que su amante se había llevado uno de ellos de vuelta a casa. Naturalmente en un primer momento pensó que podía tratarse de un descuido no intencionado por parte del profesor Ariza, pero cuando vio que éste evitaba coger sus llamadas durante días... En cualquier caso, la desaparición no tardó en descubrirse, como le digo estábamos comenzado a analizar esos manuscritos, y ella decidió confesar lo ocurrido. Procedí entonces a llamar a su rector, con la esperanza de que todo fuera algún tipo de malentendido... y me encontré primero con que el hombre estaba en coma, y seguidamente con que el manuscrito había desaparecido.

Y el *Principia* y el *Stultitiae Laus* con él, pensé yo. Le dije a Kapoor que comprendía que todo aquel asunto era, tal como había expresado él, muy desafortunado.

–Comprenderá que deseemos que se aclare cuanto antes –replicó tras

asentir con la cabeza—. Por ahora solo conocen la desaparición unas pocas personas, y desearía no tener que ir a la Policía con este asunto. Por un lado, quisiera intentar salvaguardar la posición de Miss Barnes; ha cometido un grave error, pero es una académica de una enorme valía. Y, por otro lado, que el asunto se hiciera público haría un flaco favor a la reputación de nuestra universidad. Y qué decir de la suya, por descontado. Sin embargo, no puedo mantener el robo en secreto muchos más días.

—Comprendo.

—Por eso quería que conocieran de primera mano los aspectos... sensibles. Y pedirles personalmente que hagan todo lo posible por encontrar ese manuscrito cuanto antes.

Volví a repetir que comprendía la situación.

—Muy bien. Entonces ya está, eso es todo por mi parte. Le ruego que nos mantengan informados de cualquier novedad. Rebusquen bien en la biblioteca del profesor Ariza, una gran biblioteca, por cierto, por lo que tengo entendido. Y espero también que el profesor mejore su salud, a pesar del lío en el que nos ha metido.

Nos levantamos los dos y aproveché para transmitirle mi enhorabuena por el Nobel, a la vez que señalaba la foto. Kapoor me lo agradeció con una sonrisa sucinta pero cálida. Tuve la impresión de que aquel era un buen hombre y de que habíamos establecido una buena conexión. Cuando iba a salir ya por la puerta, una pregunta surgió en mi cabeza.

—Perdone —dije—, solo una cosa más. ¿El manuscrito del que hablamos se refiere a ciencia, religión o alquimia?

Me pareció que la expresión de Kapoor se turbaba un instante.

—No lo sabemos —contestó—, todavía no habíamos logrado desentrañarlo. Mi secretaria le acompaña a la salida.

Salimos de las dependencias del Master y la secretaria me señaló la Great Door, al otro lado de la explanada. Mientras la atravesaba los últimos rayos solares se escondían por detrás de las almenas. Cabizbajo, pensativo, tenía la mirada puesta en los pasos que iba dando sobre las desgastadas baldosas de piedra. No dejaba de venirme a la mente una certeza: Kapoor me había mentido respecto a su desconocimiento de cuál era el tema que trataba el manuscrito. Mi impresión inicial quedaba así en entredicho, y ya no estaba

seguro de cuál fuese la luz bajo la que debía juzgar el papel del Master en aquel asunto.

6



La librería de lance estaba situada en St. Edward's Passage, un estrecho y oscuro pasaje que salía del King's Parade. "Establecida en 1896", rezaba un cartel en la pared de la entrada, frente a la que crecía un árbol poco lustroso que estrechaba aún más el pasadizo, dejando apenas el espacio para que una persona pudiera atravesarlo. Tras escudriñar unos segundos desde fuera entré en la librería. Ocupaba un espacio de no más de cuarenta metros cuadrados. Estaba enteramente cubierta por sencillas estanterías de madera que contenían viejos tomos, apretados sin dejar un resquicio, los lomos de piel emitiendo reflejos apagados a la luz de un par de lámparas que colgaban del techo. El resplandor amarillento que emitían confería un ambiente lúgubre al local. A la derecha de la puerta de entrada un hombre entrado en años leía arrinconado detrás de una mesa. Apenas levantó los ojos de su lectura. Curioseé unos minutos por las estanterías, buscando algo que tuviera que ver con Isaac Newton; encontré biografías y una edición del *Principia* del siglo XIX. Tras ojearla unos minutos, me acerqué de nuevo a la entrada. Esta vez el viejo levantó la cabeza de su libro. Se quitó las gafas y las sostuvo en el aire con una mano.

—Verá —avancé—, creo que un colega de mi universidad adquirió recientemente un libro manuscrito en esta librería.

El librero me miró fijamente un instante, entre sorprendido y levemente irritado. Seguidamente una sonrisa irónica afloró en su rostro arrugado.

—¿Usted también es profesor de la Universidad de... *Dasto*? —inquirió.

—Deusto. Eso es, el profesor Ariza es colega mío.

—Ah, muy bien. Pues ya le he contado a su colega que yo no tengo ningún

cliente que sea profesor de esa universidad.

–¿A Ariza? –pregunté sin entender.

El viejo emitió un suspiro algo bronco.

–Mire, yo no sé si su colega se llama Ariza o no, no me ha dicho su nombre. He de confesarle además que es un tipo bastante antipático. Ha venido este mediodía cuando estaba a punto de cerrar, y por su culpa me he quedado sin mi tiempo de comida.

Le miré con abierta perplejidad.

–¿Este mediodía? –dije.

El librero me observó ya inequívocamente irritado. Una sombra de sospecha afloró en su rostro.

–Pero bueno, ¿usted qué quiere? –preguntó con acritud.

En ese punto pensé que lo mejor era comenzar de nuevo desde el principio y hablar sin tapujos. Relaté la adquisición por parte del profesor Ariza de un ejemplar de la primera edición del *Principia*, supuestamente en esa misma librería, hacía algo más de una semana. Aclaré que unos días después el profesor había sufrido un accidente que lo había dejado en coma, y que la universidad necesitaba realizar algunas pesquisas sobre la compra. Finalmente añadí que no sabía de ningún colega que hubiera visitado la librería ese mismo mediodía.

Entonces le enseñé mi carnet de profesor de Deusto, a la vez que le pedía excusas por la confusión. Sostuvo en su mano el carnet mientras con cierta parsimonia se volvía a poner las gafas. Lo escudriñó unos segundos, mientras yo le observaba tratando de transmitir empatía.

–Está bien –dijo devolviéndomelo–, al menos usted no parece tan mal educado como el otro.

–No entiendo de quién pueda tratarse –afirmé–, ¿está seguro de que era de la Universidad de Deusto?

–Así se ha presentado, se lo aseguro. Un hombre bajito y enjuto, con el pelo enteramente cano y una mirada nerviosa. Parecía estar muy inquieto. Me ha comentado lo mismo que usted, que un profesor colega suyo adquirió el *Principia* hace unos días. Pero no ha llegado a mencionar ningún nombre, salvo el de su universidad. Quería saber si ese supuesto comprador había adquirido algo más, o si había mostrado interés por determinados manuscritos.

Evidentemente, le he dicho que esa no era una información que yo pudiera compartir, pero el tipo era realmente insistente, y al final he tenido que mandarle a paseo.

Al pronunciar estas últimas palabras sufrió un acceso de una risa ronca, gutural, al parecer satisfecho consigo mismo por el trato que había dispensado al misterioso y brusco personaje. Me pregunté de nuevo quién demonios podría ser. Una sospecha comenzó a abrirse camino en mi cerebro. Calibré entonces que, dada la reacción del librero, lo más probable fuera que Ariza hubiese realizado la adquisición con un nombre falso. Cruzó los brazos sobre la mesa y me observó detenidamente unos segundos. Imaginé que tampoco iba a estar dispuesto a darme a mí ninguna información. Pero tuve suerte.

–Parece usted un buen tipo –dijo–, no como el otro –acompañó la afirmación con un gesto de desagrado–. Tal vez alguna cosa le pueda aclarar. Por supuesto sin entrar en nombres propios... Pero sí que vendí un ejemplar de la primera edición del *Principia* de Newton a un compatriota suyo, hará unos diez días... Un tipo curioso.

–¿Ariza?

El viejo hizo una mueca de hastío.

–Ya le he dicho que no iba a darle nombres... Me refería a Newton.

Asentí con gesto humilde y me quedé en silencio, con la esperanza de que el librero decidiera soltarse.

–Verá, ese compatriota, el comprador, tenía un gran interés en determinados aspectos, digamos algo oscuros, relativos a la obra menos conocida del gran hombre. ¿Conoce usted la historia de los papeles de Newton?

¿Otra vez? Decidí que era mejor hacerme el tonto, con lo que contesté que no la conocía, y me dispuse a escuchar por segunda vez en el mismo día la intrincada historia de los manuscritos del sabio. Surgieron nuevos matices, el viejo tenía un don especial para las historias de escritos antiguos, y una pasión por el tema aún mayor que la de Kapoor, pero en términos generales se trataba del mismo relato. Hasta que llegó al final.

–Pero todo lo que le he relatado es bien conocido, incluso por los meros aficionados –aquí realizó otro gesto de desprecio, imaginé que dirigido a los diletantes–. Sin embargo, su compatriota no era uno de esos, no. Él fue directo

al gran misterio...

–El gran misterio... –repetí.

–Así es. Los manuscritos que Newton quemó poco antes de morir... Pero, sobre todo, aquellos que no quemó y se encargó de poner a buen recaudo.

El librero aprovechó la carga de profundidad de sus palabras para hacer una pausa y quitarse las gafas. Seguidamente comenzó a limpiarlas con un extremo de la camisa, como si allí fuera a acabar la historia. Desde luego, sabía cómo crear intriga.

–No, su compatriota no era ningún aficionado –volvió a repetir cuando se decidió a hablar, mientras se colocaba de nuevo las gafas–. Hemos tenido unas cuantas conversaciones interesantes estas últimas semanas. El tiempo que me ha costado encontrarle el *Principia*. Entenderá que no es el tipo de libro que tengamos en esta gruta. Esto es solo para pasar el rato, y para que sirva de punto de encuentro... Las transacciones importantes se realizan en otros ámbitos, territorios mucho más procelosos que estas inocentes estanterías. Pero me desvíó del tema...

–Hablaba usted de los manuscritos que Newton quemó poco antes de morir.

–Así es, a comienzos de 1727, pocas semanas antes de su muerte, Newton visitó por última vez su casa de Londres en Leicester Fields, y allí quemó un gran número de manuscritos, tal y como dejó registrado su sobrino político John Conduitt, su primer biógrafo. Se ha especulado mucho sobre el contenido de esos manuscritos, pero lo más probable es que quisiera eliminar aquello que le pudiera comprometer de cara a la posteridad. Hacía tiempo que Newton había entrado en el panteón de los grandes sabios de la historia, se sabía destinado a la gloria eterna, y no quería que ninguna mácula manchara su expediente en los siglos venideros. Por lo tanto, suponemos que pudieron ser pasto de las llamas algunos de sus escritos más comprometidos en materia de alquimia, junto a aquellos referidos a turbios asuntos personales. Pero hay un aspecto de lo ocurrido ese día que solo los más expertos conocen, y era ese detalle secreto el que centraba el interés de su compatriota –bajó la voz y me observó con una mirada confidencial–. Además de Conduitt hubo otro testigo ese día, un tal Samuel Crell, un seguidor de la herejía del Socinianismo, que había huido a Europa y recibido ayuda financiera del sabio. Y es muy

probable que Crell fuera el encargado de guardar a buen recaudo los manuscritos más heréticos de Newton. Dada la fijación religiosa que tuvo toda su vida y la importancia que otorgaba a sus estudios en esta materia, es de suponer que no quisiera ver su obra perdida para siempre. Realmente creía ser un enviado divino. Por otro lado, sabía que aflorar aquellas ideas antes de tiempo era su ruina. Siguiendo esta teoría, Newton habría encontrado en Crell un acólito de su confianza, alguien que las salvaguardara para la posteridad. La pregunta que se hacen los expertos en la materia, y algunos otros ávidos buscadores de tesoros, es, evidentemente, qué hizo Crell con esos manuscritos tras la muerte del sabio.

Asentí expectante, esperando la respuesta a aquella pregunta. Pero la cara de circunstancias del librero dio a entender que él desde luego no la tenía.

—¿Y por qué un seguidor del Socinianismo? —inquirí. Recordaba solo vagamente la herejía de Socino.

—Concordaba sin duda con las propias ideas de Newton. Esa herejía consideraba que Dios es una única persona y que Jesús de Nazaret no existía antes de su nacimiento. Aunque al genio siempre se le ha adscrito como seguidor de la herejía Arriana, posiblemente sus ideas iban mucho más lejos. En realidad, muchos creen que Newton veía a Jesucristo como un igual. Esa era también la opinión de su compatriota. Y para poder demostrarlo, estaba empeñado en descubrir el rastro perdido de los manuscritos que, aquel día de 1727, Crell se llevó consigo.

—¿Y sabe usted si encontró ese rastro?

El librero hizo una mueca desechando la posibilidad.

—Han pasado más de dos siglos y medio... demasiado tiempo. Yo desde luego no pude ayudarle en esa búsqueda. Pero no me cabe duda de que seguirá en el empeño. Además, es evidente que dinero para regar el camino no le faltaba. Un tipo elegante, su compatriota.

La imagen de la cabeza vendada y las manos hinchadas como estrellas marinas pasó de nuevo por mi mente. “La *testa* rota y el empaque perdido”, volvieron a aflorar también las palabras. El librero intuyó lo que pasaba por mi cabeza.

—A no ser, claro está, que mi cliente fuera realmente ese profesor Ariza del que me habla —dijo—, el que ha sufrido un accidente y está en coma. Imagino

que entonces no seguirá ya ningún rastro.

Emitió entonces otra risa ronca, esta vez más íntima y apagada. Después adquirió una expresión más comedida, absorto al parecer en la contemplación de su falta de sensibilidad. Decidí que allí no había más que rascar; además, necesitaba tiempo para reflexionar y poner en claro todo aquello. Le pedí al librero una tarjeta de visita para poder contactarle de nuevo en caso de que hiciera falta. Después le agradecí su ayuda y me despedí. Pero antes de salir una pregunta afloró en mi cabeza. Me giré de nuevo.

—¿Quién más podría estar interesado en los manuscritos que Crell se llevó consigo? —pregunté.

El viejo gesticuló un instante, abriendo los brazos y alzándolos hacia arriba.

—Mucha gente... coleccionistas de medio mundo. Le aseguro que a la Biblioteca Nacional Judía le encantaría poner sus garras en esos documentos, si es que realmente existen. Y le puedo decir también quién daría un brazo porque no aparecieran nunca...

Le miré expectante mientras adoptaba una expresión enigmática.

—El Vaticano, por supuesto —señaló.

Al salir de la librería había oscurecido y hacía un frío húmedo. Eché un vistazo a ambos lados del pasadizo. No se divisaba un alma, la calleja estaba en silencio salvo por el apagado rumor de tráfico que llegaba desde King's Parade. Miré mi reloj, aún faltaban unos minutos para las cinco, pero todo invitaba a pensar que era ya mucho más tarde. Caminé con paso ligero hacia el King's, deseoso de confundirme en el bullicio. La conversación con el viejo librero me había alterado el ánimo, y su mención final al Vaticano había hecho saltar todas las alarmas de mi cerebro. La trama empezaba a esclarecerse. El manuscrito robado por Ariza debía contener ideas heréticas que las autoridades eclesíásticas preferían no ver publicitadas, en especial proviniendo de uno de los mayores genios de la historia —¿Jesucristo visto como un igual al propio Newton?—. De ahí la preocupación de Plazaola con todo el asunto. Y no me cabía duda de que también Kapoor conocía la naturaleza del manuscrito; qué interés especial podía tener para él y por qué me había mentado era algo que se me escapaba. Pero sobre todo, una imagen se había concretado en mi mente: un tipo bajito y enjuto de pelo enteramente

cano y mirada nerviosa, que decía representar a la Universidad de Deusto. Solo podía ser el bibliotecario Bidart. Pero ¿por qué demonios habría decidido el rector enviar un segundo emisario? Solo cabía una respuesta, no se fiaba de mí. Sin embargo, había resultado una torpeza utilizar a un representante tan poco hábil.

La sensación de estar siendo utilizado como una pieza más de un engranaje oscuro fue creciendo en mi interior. El rector sabía mucho más de lo que me había contado, y esa debía ser la razón por la que desde el principio había querido ocultar la desaparición del *Principia*. Sabía sin duda que había mucho más en juego que el valioso ejemplar. Levanté entonces la cabeza del asfalto, saliendo por un momento de mi ensimismamiento. Estaba ya en King's Parade; el tráfico de gente era más sosegado que al mediodía, jóvenes estudiantes y algunos clientes tempraneros que acudían a los numerosos restaurantes de aquel tramo de calle. ¿Qué pintaba yo allí? Mi enojo con Plazaola y con haberme visto empujado a realizar aquella embajada seguía aumentando. Una cosa era ayudar a desentrañar el enredo, y otra bien distinta ser manipulado por los que movían los hilos. Constaté que no tenía ya ninguna gana de perderme por las viejas callejas de Cambridge. Fue en ese momento cuando, mirando mi reloj una vez más, tomé la decisión de volverme a casa, si era posible, aquella misma noche. Llamé a la aerolínea y por fortuna quedaban plazas en el avión que despegaba de Heathrow a las ocho de la tarde. Seguidamente pregunté dónde podía encontrar un taxi, dispuesto si hacía falta a dejarme en él las doscientas libras provenientes de los fondos de la rectoría.

Logré llegar al aeropuerto justo a tiempo de coger el avión, y tras menos de dos horas de vuelo aterricé en Bilbao. Había resuelto pasarme por el caserío de Ane y darle al menos un buen final a aquella extraña jornada. De camino hacia allí me invadió una repentina sensación de bienestar. Mis conversaciones con el Master Kapoor y el viejo librero, a las que había estado dando vueltas sin descanso durante el viaje, pasaron a parecerme algo imaginario, ficticio como si solamente hubiera soñado todo aquello. Pero mientras el taxi daba la vuelta observé extrañado que no había ninguna luz encendida. Loi se acercó ladrando, y al reconocermelo giró jovial a mi alrededor. Fui a la parte de atrás y entré con mi llave. Comprobé que Ane no

se encontraba en casa. Había pretendido darle una sorpresa, pero en ese punto opté por llamarla al móvil. No hubo respuesta. Por fortuna, aquella mañana me había llevado ella al aeropuerto, por lo que mi Vespa seguía aparcada en la entrada del caserío.

Me dirigí a la zona de bares que se asoman a la playa de Atxabiribil. Solíamos frecuentar uno de ellos, un local de nombre Sunset, y tenía la esperanza de que Ane se encontrara en él con alguna amiga. Sin embargo, tampoco allí hubo suerte. Un par de parroquianos bebían solitarios en la barra, mientras una pareja compartía confidencias en una mesa esquinada. Decidí compensar mínimamente mi decepción con la ingesta de un coñac. Antes de servirme, el camarero señaló que en diez minutos tenía que cerrar. Apuré la copa en tres largos tragos. Frustrado por no haber podido ver a mi compañera, pero cansado del largo día, asumí que lo mejor era tirar la toalla y retirarme a mi piso de Sopelmar. Al menos, me encontraba a solo cinco minutos de allí.

Al salir al exterior respiré con ansia el aire de la noche, saturado de sal marina. El viento azotaba los acantilados desde el oeste. El fragor de las olas llegaba con fuerza desde las rompientes de Atxabiribil, ocultas en la oscuridad de un cielo sin luna. Al cabo de unos segundos aspirando y exhalando aquel aire denso, pasé a sentir esa suerte de soledad placentera y admirada que nos embarga ante las fuerzas de la naturaleza. Mi mente se relajó, y los últimos resquicios de frustración se disiparon. Fijé entonces una mirada distraída en el parking que cubría aquella zona de la playa, distante del bar unos cincuenta metros, por ser el único espacio iluminado que se presentaba a la vista. No había más de cuatro o cinco coches aparcados. En ese momento mis ojos captaron movimiento en el interior de uno de ellos; se trataba de un enorme todoterreno de gama alta. Escudriñé por inercia o curiosidad unos segundos. Desde mi posición se podía adivinar que se trataba de una pareja. La luz amarillenta de una farola los iluminaba tenuemente. Por alguna oscura razón – ¿fatalidad, instinto de posesión?–, la sospecha me golpeó en ese momento con una fuerza inusitada. ¿Podía ser? Dejé de sentir el viento, de oler la sal del aire. Tras un momento de vacilación comencé a bajar por la rampa de acceso. Me sentía extrañamente agitado, pero en el fondo sabía que aquello era una estupidez. ¿O era más bien que deseaba que lo fuera? Me acerqué al todoterreno, y ocultándome detrás de un coche cercano me dispuse a espiar a

la pareja. Observé a la mujer mientras se abrazaban y besaban, hasta que no me cupo la menor duda de que aquel súbito y absurdo pálpito había resultado certero. A pesar de que el descubrimiento derivaba de mi propio presentimiento, su confirmación me dejó totalmente estupefacto. ¡Ane estaba allí dentro con un desconocido! La perplejidad tardó apenas unos segundos en ser sustituida por un dolor nuevo, desconocido, una angustia atroz que se propagó en un instante por todo mi cuerpo. Me sacudió una arcada y me apoyé en el coche, presionando el pecho con la otra mano. No se trataba tanto de una tristeza repentina, sino de un dolor físico, un colapso del corazón, como si alguien lo hubiera golpeado salvajemente desde el interior. Tardé unos largos segundos en templar algo el ánimo, hasta que me embargó un arrebató furioso que sirvió de bálsamo temporal al dolor. Me dispuse a aporrear la ventana del todoterreno. Sin embargo, en el último momento, mi orgullo lo previno.

Me retiré a casa con el paso inseguro y el alma arrasada. Aquella noche la pasé en vela. El brote de furia e incomprensión se calmó pronto, para ser sustituido por una espiral de reproches que me dirigí a mí mismo: por no haber sabido preverlo y evitarlo, por mi incapacidad para satisfacer plenamente a una mujer como Ane. No había sabido estar a la altura. Demasiado circunspecto, demasiado orgulloso, demasiados remilgos de ex cura. Tal vez demasiado tarde para cambiar, a pesar de los vaqueros y las camisetas negras. Ella me había prevenido, necesitaba espacio y libertad. Que las cosas fluyeran. Pero en realidad hasta entonces yo no me lo había tomado en serio. Tal vez tenía que empezar a asumir ciertas realidades. Cuando amaneció seguía sentado en la diminuta cocina. Al sentir la claridad me acerqué hasta la ventana y observé un largo rato cómo el mar iba saliendo de la penumbra. A lo largo de la noche había ido interiorizando los hechos, y con el amanecer llegó una predisposición más proactiva. Las cosas estaban como estaban. Tampoco era el fin del mundo. Simplemente debía encajar el golpe y adaptarme a la nueva situación, a no ser el centro indispensable en la vida de Ane. Y por lo tanto, aprender a que ella tampoco lo fuera de la mía.

Un par de horas más tarde, al llegar a la universidad, fui directo al despacho del rector. A pesar del cansancio, había logrado completar una buena parte del recorrido por los acantilados que hacía al trote cada mañana. El ejercicio me había devuelto la energía, y con ella había vuelto también el

enojo por los tejemanejes de Plazaola. Al entrar en su despacho me expresó su sorpresa, ya que no me esperaba hasta el mediodía. Fui directo al grano, mi ánimo no estaba para paños calientes.

–He de confesarle que yo también estoy muy sorprendido –señalé, en un tono incisivo que implicaba o trataba de implicar que *nos dejáramos de jueguecitos*.

El rector me miró aparentando perplejidad, pero el veloz, apenas perceptible movimiento de sus pupilas, delataba que estaba realizando rápidos cálculos mentales.

–¿Qué es lo que le sorprende tanto, Azurmendi? –preguntó en un tono neutro. En su caso implicaba: *vas a tener que ser tú el que enseñe primero las cartas*.

Muy bien, yo no tenía nada que ocultar, eran otros los que mentían, aquel no era mi jueguecito. Tampoco lo era, pasó raudo el pensamiento por mi cabeza, el que se había jugado en el todoterreno la pasada noche.

–Creo que no me ha contado toda la verdad sobre la gestión que me envió a realizar a Cambridge –dije con una calma fría–. Tengo motivos para pensar que conocía la existencia del manuscrito original de Newton desde el principio, y también su temática. Y que sabía que era mucho más grave la desaparición de ese documento que la del *Principia*. Pero lo que más me ha sorprendido es que enviara a Bidart a indagar en la librería de St. Edward's Passage, tan solo unas pocas horas antes de que lo hiciera yo.

–¿Bidart? –preguntó confuso.

Siguió un impasse, en el que el rostro del rector reflejó una perplejidad que me pareció sincera, mientras que por mi parte trataba de mantener y transmitir mi certeza. Después Plazaola se llevó una mano al mentón y desvió la vista unos segundos. Cuando fijó una vez más su mirada sobre mí, ésta había adquirido una nueva severidad.

–A estas alturas debería saber que cuando sus superiores se abstienen de darle una información no es por mero capricho –me espetó, en un tono duro.

Mantuve mi mirada fija en la del rector, sin dar mi brazo a torcer. Era consciente de estar poniendo en juego mi puesto de trabajo, pero en aquel momento la idea de que todo acabara de irse al carajo no dejaba de tener cierto atractivo. Al rector debió de impactarle la persistencia de mi enojo, o

quizás intuyó el estado alterado en el que me encontraba. En cualquier caso, su expresión se suavizó.

–Si se le ha ocultado algo ha sido exclusivamente por protegerle –dijo–. Y le puedo asegurar que ayer Bidart pasó el día en la biblioteca, como de costumbre. Yo mismo conversé al mediodía con él, en persona. Le pido por tanto que se calme y me cuente qué es lo que le ha hecho suponer que se encontraba realizando indagaciones en Cambridge.

Bajé un instante la mirada mientras analizaba aquellas palabras. El rector no estaba mintiendo sobre Bidart, eso era evidente. Pero alguien se había presentado en la librería como representante de la Universidad de Deusto, de eso tampoco cabía ninguna duda.

–Le aseguro que, aparte de usted, yo no he enviado a nadie a Cambridge– añadió Plazaola entonces.

Le creí. Tras meditar unos segundos no tuve más remedio que asumir que en aquel aspecto al menos había metido la pata. Suspiré quedamente y volvió de un golpe el cansancio; sentí cómo me desinflaba. Decidí que lo mejor era tratar de reconducir la situación relatando lo ocurrido el día anterior. Comencé por la conversación con el librero y la visita del misterioso personaje cuya descripción casaba con la de Bidart. Una vez que conoció los detalles el rector se mostró muy alarmado, pero me pidió que antes de analizarlo continuara con lo ocurrido en la reunión con Kapoor. Ese segundo relato no hizo más que acrecentar su grado de alarma.

–Todo esto es de una extrema gravedad –musitó mientras acababa de asimilar lo que le había contado. Seguidamente me observó unos instantes.

–¿Se encuentra usted bien, Azurmendi? –inquirió. Imaginé que debía dejar traslucir las oleadas de abatimiento que me golpeaban a cada rato. Aduje que había pasado una mala noche. Plazaola dulcificó su rostro, aun sin abandonar el gesto de preocupación.

–Está bien, pongamos todas las cartas sobre la mesa, pero le pido la máxima discreción. –Me miró con gravedad antes de continuar–. Arcadio me había hablado del manuscrito y de la importancia que tenía para sus investigaciones, aunque sin detallar la razón de tal importancia. Por supuesto no dijo nunca que pretendiera llevárselo sin permiso, pero al volver de Cambridge me hizo saber que lo tenía consigo. Pensé que era un préstamo

temporal. Días después, con el asalto a la biblioteca y la desaparición del *Principia*, sospeché de inmediato que quien hubiera perpetrado el robo se habría llevado también el documento. Y fue esa misma tarde cuando recibí una llamada de Roma, urgiéndome a hacerme sin la menor dilación con el manuscrito en poder de Ariza.

El rector desvió en ese momento la vista hacia el ventanal a su derecha y pareció meditar unos segundos. Su expresión delataba una lacerante incomodidad.

—No hubo ni explicaciones ni lugar a preguntas por mi parte, tan solo la expresión de urgencia —señaló al reemprender la conversación—. Ahora, con lo que me ha contado sobre los manuscritos heréticos salvados del fuego y conservados por ese tal Crell, todo está mucho más claro. Usted sabe que los miembros de nuestra orden, muy especialmente, debemos obediencia absoluta a Roma. Bastantes líos hemos tenido ya. Le pedí a Bidart que rebuscara con la esperanza de que el manuscrito apareciera en algún sitio, pero sin éxito... El Vaticano quiere ese documento, en eso el librero no estaba confundido. Recibo llamadas diarias. Y por otro lado tengo a Ajay Kapoor acuciándome...

Hizo una pausa de nuevo y suspiró pesadamente.

—Hace tiempo que se habla de unos supuestos manuscritos heréticos escritos por Newton, y del impacto que tendrían de encontrarse y hacerse públicos. En principio, por lo que sé, no es que la Iglesia tema que el sabio descubriera alguna verdad oculta ni nada por el estilo, pero se sabe que era un anti-católico acérrimo, y sus ideas, viniendo de quien vienen, podrían hacernos mucho daño. Ya sabe que vivimos en la era del marketing y la propaganda... Usted ya no es sacerdote, va por libre, comprenderá que no pudiera trasmitirle el interés de Roma. Quizás tampoco debiera habérselo dicho ahora, pero creo que le debía una explicación. En cualquier caso, consideré que era mejor para usted no saber demasiado. Las cocinas de San Pedro pueden llegar a ser muy turbias.

Las palabras resonaron unos instantes en la rectoría. Mencionar abiertamente los oscuros negocios de Roma había sido siempre un anatema, al menos entre los eclesiásticos de a pie como yo.

—¿Y el segundo emisario? —pregunté entonces— ¿Alguien enviado por la Curia?

Plazaola abrió las manos y levantó sus cejas sin contestar.

–¿Y usted no sabe nada sobre el contenido concreto de ese manuscrito? – insistí.

El rector negó con un gesto de su cabeza mientras volvía a juntar las manos encima del escritorio. Después nos quedamos en silencio, cada uno con sus elucubraciones. Por mi parte daba vueltas a los elementos de la historia de manera confusa, ralentizada mi mente por la noche pasada en vela. Entre lo poco que creía tener claro estaba que Plazaola me parecía sincero; desde luego, si no era así, había sabido jugar muy bien el papel de mero comparsa, urgido desde Roma y desde Cambridge por culpa de los desmanes de Ariza. ¿Y quién podía haber asaltado la biblioteca? Todo aquello indicaba que el robo no había sido casual, el asaltante o asaltantes sabían lo que estaban buscando y conocían el valor del manuscrito. Posiblemente se habían llevado el *Elogio* de Erasmo solo para despistar. Era evidente que había un tercer agente detrás del manuscrito, aparte de Kapoor y el Vaticano; y al parecer estaba dispuesto a todo por conseguirlo. “Coleccionistas de medio mundo”, había dicho el librero al hablar de los posibles interesados. Y también había mencionado *las garras* de la Biblioteca Nacional Judía, aunque esa posibilidad me resultaba demasiado rocambolesca. Me vino entonces a la cabeza la imagen del subcomisario Barrutia, ajeno a toda la historia.

–¿Y la Ertzaintza? –pregunté.

El rector se levantó antes de contestarme. Dio unos pasos hacia la ventana y se quedó absorto unos segundos.

–Deme unos días –dijo finalmente, girándose hacia mí. Más que de una orden, se trataba de una súplica; por un instante una sombra de vulnerabilidad había cubierto su rostro. Comprendí que en aquel momento se sentía un títere, al igual que me había ocurrido a mí en Cambridge, al igual que me había ocurrido en el aparcamiento. Comprendí también que los hilos que manejaban al rector pendían desde muy alto.



¿Qué significaba aquella traición? ¿Y por qué dolía tanto? En mi clase de las doce, sin ninguna gana de impartir lecciones, les pedí a mis alumnos que escribieran un ejercicio breve sobre el concepto de frontera. Mientras tanto elaboraba supuestos –influido tal vez por mi gorro de profesor de Antropología–. Ane había conocido a un hombre interesante, y el todoterreno de alta gama podía indicar que se trataba de un hombre con posibles. Alguien ajeno a su círculo habitual –que más bien denigraba a estos personajes–. Si ese era el tipo, tal vez solo representara el atractivo de lo diferente, junto con la oportunidad de saborear la fuerza de los triunfadores. Posiblemente se trataba de una atracción meramente sexual. Si ese fuera el caso, ¿qué significaba aquella traición? Tan solo un juego erótico. ¿Y cuál era la conexión entre amor y sexo? La supuesta relación de correspondencia, ¿no se trataba más bien de una conexión cultural, propia de nuestra sociedad y nuestro tiempo, pero en absoluto necesaria a lo largo de la historia? ¿No había deseado yo mismo a Miren Elejabeitia? El segundo supuesto era más grave: ella estaba cansada de mí, ya no me quería, si alguna vez lo había hecho de verdad. En el primer caso era mi vanidad la que salía maltrecha, en el segundo todo mi ser. No podía aceptarlo, y antes de que los alumnos terminaran el ejercicio determiné que aquello no era más que una aventura, una cana al aire. En realidad, ella lo había insinuado: “Dejémonos un cierto espacio”. Tenía que aprender a vivir con ello. Y tal vez seguir su ejemplo, resarcirme ayudaría a mitigar los rencores. Alcanzada esta conclusión, volví a repetir el análisis, intentando racionalizar un dolor que se resistía a admitir paños calientes. En realidad, sabía que aquello no tenía nada que ver con razonamientos lógicos.

Acabada la clase me encontré con Jauregi, el profesor de latín de nuestro departamento, que salía por la puerta de mi despacho. Al verme llegar de sopetón se llevó un susto. Era un elemento extraño, un hombre solitario que se mezclaba poco con el resto de profesores. En realidad, una reliquia de los viejos tiempos, de los contadísimos en toda la universidad que aún llevaban sotana. Se disculpó torpemente, adujo que me estaba buscando para pedirme unos tratados de Teología. Volvimos a entrar y busqué los tratados en las estanterías, mientras Jauregi huroneaba entre los libros y papeles que tenía encima de la mesa. Era un ser inquieto, ávido como esos insectos que saltan de una flor a otra, pareciendo que nunca encuentren la adecuada. Me inquirió si sabía cómo estaba Ariza, pero no parecía sentirlo demasiado. Yo tenía la impresión de que no se llevaban demasiado bien. Después se preguntó en voz alta qué iría a ocurrir ahora con su biblioteca. Le entregué los tratados sin seguirle el hilo y más o menos educadamente le eché del despacho.

Poco más tarde, mientras trataba de leer un ensayo sobre la poética de la etnografía, me entró una llamada de Barrutia. Vacilé unos instantes, pero finalmente apreté el botón verde. “Aquí estoy”, saludó, “en vías de convertirme en todo un experto en el mundo de los bibliófilos”. “Una realidad paralela, poblada por lunáticos de alto standing”, definió seguidamente. En general se trataba más de coleccionismo que de alta cultura, aclaró; un coleccionismo de la alta cultura, si queríamos cerrar el círculo. Aristócratas, empresarios, políticos, mafiosos, escritores de éxito... gente pudiente de todo tipo, además de los propios del negocio, marchantes y libreros. Una actividad de privilegiados, esparcidos desde Japón hasta California. Lógicamente, en su límite podía resultar depredadora. La avidez por tener lo que el otro no tenía podía llevarles a convertirse en animales de presa.

–En mi experiencia la mayoría de los delitos se pueden englobar bajo una de dos categorías –dijo entonces, abriendo una digresión–. En primer lugar, están los delitos de la necesidad imperiosa; no solo económica, también puede serlo sexual o afectiva, incluso ideológica. Aquí entran el noventa por ciento de los reclusos que habitan nuestras cárceles. Y, en segundo lugar, están los delitos derivados de la lucha continua por ser más y mejor que el otro. Probablemente estos últimos sean más deleznables desde el punto de vista ético. Y sin duda, reciben castigo más raramente.

Tampoco la bibliofilia era ajena al crimen. Los robos eran relativamente habituales. Diversas bibliotecas públicas o institucionales habían sido despojadas de sus títulos más valiosos, tanto en el pasado como recientemente. Después se vendían en circuitos especializados, donde el secretismo y la avidez iban de la mano. Los ejemplares solían ir marcados por su exlibris, pero esto no retraía a determinados coleccionistas, y en ocasiones incluso aumentaba su valor. Barrutia había analizado también la psicología de los bibliófilos. Por lo visto la perversión, el deseo desmedido por un ejemplar, podía llevar al coleccionista a establecer una relación de culpabilidad con el objeto. En este caso podía preferir mantenerlo oculto, con el propósito de ser el único que lo contemplara. Esto casaba con el análisis sobre el tema realizado por Freud –el subcomisario había hecho sus deberes–, que consideraba que podía tratarse de un sustituto del complejo de Don Juan: cambiar la obsesión de las conquistas sexuales por la obsesión de coleccionar ejemplares únicos.

–Cada loco con su tema –interrumpí, y ambos nos reímos por lo bajinis.

–Pero lo normal es justo lo contrario –prosiguió Barrutia–. Lo que más le chifla al bibliófilo corriente es mostrar sus tesoros más valiosos, en especial a otros coleccionistas. Esta necesidad pone un cierto freno al apetito por ejemplares robados... En cuanto al *Stultitiae Laus* –edición de 1515 impresa por Johann Froben en Basilea, e ilustrada con grabados en madera por Hans Holbein–, se trata en efecto de un ejemplar muy valioso, pero no hay ningún factor objetivo que justifique que solo se llevaran ese, dado el enorme valor de otras piezas del *Sancta Sanctorum*. Ni por supuesto, tal grado de violencia. Sencillamente, no tiene sentido.

–Entonces...

–Entonces se nos está escapando algo. Tenemos un móvil para el crimen que no nos sirve... ¿Sabes si Ariza estaba mezclado en otros asuntos? ¿Algo potencialmente peligroso en su vida?

Me pregunté cómo de peligroso era robarle un manuscrito al Trinity. Un manuscrito deseado a su vez por el Vaticano y por alguien más, al parecer provisto de instintos criminales muy desarrollados.

–No que yo sepa –mentí–, y sentí una inmediata punzada de culpabilidad. Aquel hombre me había salvado la vida.

–¿Por tanto la tesis de intento de asesinato es oficial? –pregunté por cambiar de tema.

–Sí, sí, desde luego... y planeado de forma profesional, no hemos encontrado ni huellas dactilares ni rastros de ADN. Por otro lado, parece que Ariza conocía a su atacante, ya que no hay muestras de lucha, y la puerta blindada no fue forzada... En fin, si te viene a la mente cualquier detalle que pueda arrojar algo de luz llámame. Tal vez el profesor despierte y pueda aclarárnoslo él mismo.

Respondí que entraba dentro de lo posible, pero mi tono era escéptico. Seguía bajo el influjo de aquella imagen de mi jefe: inflado, inerte, prácticamente irreconocible.

–¿Qué tal en Londres? –preguntó entonces.

El corazón me dio un vuelco. Vacilé antes de responder.

–Bien, relaciones entre universidades, ya sabes...

El subcomisario dejó pasar unos segundos en silencio.

–Me encontré con Ane por casualidad y me lo comentó –dijo al fin. Respiré.–. Bueno, lo dicho, llámame si se te ocurre algo.

Abandoné la universidad poco después, y para la hora del aperitivo ya había comenzado a beber. Horas más tarde me encontré en la barra del Sunset, borracho como un piojo; conservo el recuerdo de decírmelo a mí mismo, mientras observaba la copa del quinto o sexto coñac. Siempre me había gustado esa expresión, *borracho como un piojo*. Más bien por su jocosidad, aunque en aquel momento casara mejor con lo mísero que me sentía. Mientras bebía me entraron un par de llamadas de Ane, que naturalmente no cogí.

La borrachera debía servir para exorcizar el trauma y pasar página a la fase de lamentos y autocompasión. O al menos esa era mi resolución mientras trotaba por los acantilados la mañana siguiente. Aunque en realidad, era más bien el intenso dolor de cabeza el que sustentaba mi determinación de dejar de dar vueltas al asunto, y me temía que tal vez ésta flojeara cuando el primero remitiera. Pero por el momento estaba furioso conmigo mismo por la espantosa resaca, y por dejarme llevar de aquella manera por el sufrimiento, que al fin y al cabo no dejaba de ser un castigo autoimpuesto. “Que le den al sufrimiento”, me exalté a mí mismo poco después, al llegar al búnker de la

Guerra Civil que se asoma a los acantilados de Aizkorri.

Había quedado con mi amigo Kundera a desayunar en El Peñón, un bar-restaurante situado a escasos treinta metros de donde la noche anterior había culminado mi borrachera (vomitando en unos zarzales). Aunque la carrera había servido para sudar al menos una parte de los estragos, mi estado seguía siendo frágil, asaltado por los intermitentes azotes del mareo. Por fortuna era una mañana gris, de fina lluvia, adecuada para ir pasando la resaca. Kundera por su parte lucía como una rosa; desde que le habían jubilado en el Ayuntamiento parecía haber rejuvenecido. Tan solo estaba algo más delicado del estómago, al parecer por el tiro que le había metido la Gata (una secuela del crimen del *castrato* de Sopelana, en el que se había visto involucrado por mi culpa). Cuando entré en el local lo encontré sentado en nuestra mesa habitual, junto al ventanal que daba a las rompientes de Atxabiribil. Su figura, iluminada por la luz mortecina del lluvioso día, me pareció más circense y tragicómica que de costumbre. El enorme corpachón desbordaba la silla, de forma algo zafia y a la vez simpática. Su rostro asemejaba una careta de nariz y orejas sobredimensionadas, que hubiese sido construida así para dar miedo o risa a los niños; un rostro basto, en el que brillaban sin embargo sus pequeños ojos negros –inquietos, inquisitivos, inteligentes–. También resaltaban sus manos, que blandía continuamente como un director de orquesta –también ahora al saludarme–, descomunales pero ágiles como avispas. Había en su fisionomía algo contradictorio y chocante, algo que podía ser alegre o sombrío, como lo podía ser también aquel apodo, Kundera, ganado por la obsesión que años atrás le había entrado con ese conocido escritor de origen checo. Su nombre real era Jaime Ellacuría, pero ya nadie lo utilizaba. Cosas de los pueblos; en las ciudades se iba perdiendo el hábito de los motes, lo mismo que se iban perdiendo los arquetipos de una extravagancia natural e impensada como la de mi amigo.

–¿Has visto la prensa? –preguntó en cuanto me acerqué.

No pude evitar sonreír a la vez que me preguntaba de qué podía tratarse esta vez. Últimamente las noticias no daban tregua. Negué con la cabeza mientras me sentaba y aproveché que el camarero estaba cerca para pedir un café con leche. Entonces abrió el periódico que tenía entre manos y me mostró una página de la sección inicial, la de sucesos locales. La observé

sorprendido: se trataba de una cita en latín, firmada por nada menos que Erasmo de Rotterdam. Estaba inserta dentro de un gran recuadro que ocupaba toda la página. Parecía el anuncio de publicidad de alguna extraña campaña, pero no había menciones a productos o servicios. Barrunté que tal vez fuera de esos que se aclaran más adelante. Entonces Kundera me mostró el mismo anuncio, repetido en las secciones de economía y de cultura. Al igual que en el primer caso, tan solo la cita y la firma, sin más menciones.

–Esto es muy raro –dije, mientras comenzaba a leer la cita y a traducirla mentalmente. Kundera, que por lo visto había hecho acopio de toda la prensa del local, abrió entonces sendos ejemplares de los otros dos periódicos importantes del territorio, en los que me mostró el mismo anuncio. Se tratara de lo que se tratara, alguien se había dejado un buen dinero.

–No te esfuerces en traducirlo –señaló, viéndome que leía trabajosamente (la resaca ralentizaba mi capacidad mental)–. Aquí lo tienes, ya te he hecho yo el trabajo.

Depositó sobre la mesa un papel escrito con su letra, que contenía la cita y debajo su traducción al castellano.

Coelum omne lufrate, & mihi meum nomen opprobret licebit, quicumque volet, fi quem omnino Deorum repererit non infuavem & afpernabilem, nifi meo numine commendetur.

Erasmi Roterodami

Trasladémonos al cielo, y consiento en que hasta mi nombre sea un oprobio para mí, si se encuentra en uno solo de los Dioses algo que no sea áspero y despreciable, como no sea con mi ayuda.

Erasmus de Róterdam

–¿Lo reconoces? –preguntó, dando pequeños golpes al papel con el dedo índice–. Es latín humanístico. Me ha costado mi trabajo traducirlo.

Arqueó las cejas un par de veces mientras yo trataba de recordar de dónde podía salir aquello. Al observar el brillo travieso de sus ojos comprendí por dónde iban los tiros.

–*Stultitiae Laus*, supongo.

–Exacto, *Stultitiae Laus*. Es la locura la que habla en esta cita...

Recordé que hacía unos días habíamos comentado el robo del *Elogio de la Locura*. También había sido reseñado en las emisoras de radio y en los periódicos.

–He estado siguiendo el tema desde que me lo mencionaste –dijo–, y al ver el anuncio esta mañana no he tardado en caer en la cuenta. Sin duda los dos asuntos, el robo y estas citas, deben de estar relacionados. En los periódicos de ayer estaban recogidas las declaraciones de la Ertzaintza sobre el caso. Al parecer han descartado la posibilidad de que lo de la estantería fuera un accidente.

Le hice ver que estaba al corriente, mientras intentaba dar un orden en mi cabeza a todo aquello. No podía ser casualidad que pocos días después del robo del *Stultitiae Laus* aquellos anuncios salieran en los periódicos. Pero, ¿qué demonios pretendían? No lograba establecer ninguna causalidad, ningún atisbo de motivaciones lógicas. ¿Qué impacto se pretendía provocar? ¿Podía ser una broma macabra?

–¿Una broma macabra? –barrunté en voz alta.

–Demasiado incomprensible –rechazó Kundera–. Y demasiado cara.

–Pero entonces...

Kundera sonrió y se llevó su enorme mano al mentón. Estaba risueño, lo que casaba a la perfección con su forma de ser; encontraba un motivo de alegría en todo aquello que se saliera de la norma. Era un apasionado de lo heterodoxo.

–Entonces, creo que tenemos un bonito misterio entre manos –sentenció.

Nos quedamos unos segundos en silencio, elucubrando sobre el misterio cada uno por su cuenta. Perdí la mirada en las olas que se levantaban en la barra de Atxabiribil. Una lejana borrasca en el Mar del Norte nos había enviado un fuerte oleaje. Cerca de cuatro metros de altura, calculé, el mar estaba *pasado* para coger olas. Tras más de veinte años escuchando las conversaciones de los surfistas, había cogido el gusto a evaluar ese tipo de detalles.

–*Erasmus est homo pro se* –dijo en ese momento Kundera, sacándome de mi ensimismamiento.

Traduje en mi mente: “Erasmus es hombre aparte”. Recordaba haber leído

esa frase en alguna ocasión.

–Uno de esos pocos hombres íntegros hasta la médula y realmente adelantados a su época que ha dado la historia –observó–. Esta mañana me he entretenido ojeando la perspicaz biografía que le dedicó Stefan Zweig.

Seguidamente se lanzó a realizar una alabanza de la figura del gran humanista, comenzando por señalarle como el primer paladín que batalló contra el fanatismo. Tanto en el terreno religioso como en el patriótico o en el modo de concebir el Universo, Erasmo había visto en toda forma de intolerancia el pecado original de nuestro mundo; en su opinión, todos los conflictos entre hombres y entre pueblos podrían ser resueltos, si tan solo se lograra evitar la espiral de tensión que generan los incitadores y exaltados de una y otra parte.

–Y, sin embargo, también él se vio arrastrado al combate –maticé, recordando sus agrias disputas con Lutero.

–Inevitablemente. Siendo el más antifanático de todos los hombres, no pudo evitar verse arrastrado por la ola de integrismo que vino con la Reforma Protestante. Él había tratado de renovar la Iglesia católica desde dentro y según las leyes de la razón, pero el colérico Lutero destrozó con mano de hierro todos sus esfuerzos. Sin embargo, nunca llegó a adscribirse a ninguno de los dos lados, trató hasta el final de mantenerse en el centro, como mediador razonable. Lo cual, me parece a mí, fue su mayor hazaña. “Para los güelfos soy un gibelino, y para los gibelinos un güelfo”, llegó a decir. Y así fue: Lutero maldijo su nombre, y la Iglesia católica puso todos sus libros en el *Index librorum prohibitorum*.

Abrí las manos y sonreí con sarcasmo.

–Nada nuevo bajo el sol –señalé–. Siempre se encuentran con mayor facilidad partidarios para proclamar una hostilidad o una oposición, en lugar de un ideal. Resulta mucho más fácil azuzar el descontento humano que encauzarlo hacia el diálogo.

Kundera mostró su acuerdo con una reverencia del torso. Un gesto teatral. Pero me dolía demasiado la cabeza para disfrutar de su histrionismo.

–Así es –afirmó–, y en todas las épocas vuelven las oleadas de fanatismo; casi no hay generaciones históricas que no hayan sufrido en algún momento una vuelta atrás, a lo primitivo que hay en el ser humano. Y para el fanatismo

suele ser indiferente la materia concreta que lo hace inflamarse: solo quiere arder y dar llamas. No hay más que echar un vistazo al siglo que acabamos de dejar atrás. Por no hablar de las Torres Gemelas.

–Bueno, el fanatismo tiene algunos temas estrella –maticé–. Patria, religión, raza...

Mi amigo no respondió. Había adquirido ese gesto reflexivo peculiar que adoptaba antes de entrar en el meollo de las cuestiones. Solía tratarse de algún aspecto del asunto que resultaba más oscuro, y que él estaba determinado a desentrañar.

–Pero, ante todo, Erasmo fue el primer gran contradictorio de la historia –sentenció.

Le miré expectante. Kundera siempre lograba despertar mi curiosidad. Durante quince años nos habíamos sentado todos los sábados en la sacristía de la parroquia de Berango, a las diez y media de la mañana, con el objeto de mantener conversaciones sobre los extraños hechos del mundo. Hasta que me echaron. Ahora seguíamos manteniéndolas, pero de forma más errática y en el lugar donde nos pillara el asunto en cuestión.

–¿No es acaso una gran contradicción que el hombre más razonable de todos, el menos excesivo, dedicara su obra a la postre más famosa y trascendente a elogiar la irreflexión, lo irracional, la locura?

–*Stultitiae Laus* –otorgué–, una sátira frívola y ligera.

–Satírica sí, pero en absoluto ligera –replicó con vehemencia–. Muy al contrario, creo que, al liberarse de su rigor habitual, Erasmo plasmó en ella sus más íntimas verdades. Verás, como indica el propio Zweig, creo que la misión vital de Erasmo fue “realizar la síntesis armónica de lo contradictorio en el espíritu de la humanidad”. En el *Elogio*, utiliza el hábil subterfugio de dar la palabra a la locura. Y ésta realiza una alegre pero aplastante crítica de las vanas razones de los hombres: glorias, dioses, religiones, y el propio raciocinio. Pero a mí no me cabe duda de que es el propio Erasmo quien habla, tal vez en un momento de debilidad, hastiado de esa razón que no acaba de llevarle a buen puerto. Puede decirse que se adelantó varios siglos al desgaste de la razón; adivinaba ya su caída, dos siglos antes de que ésta llegara a su cúspide con la Ilustración. Y creo que no se trataba de un mero juego dialéctico; Erasmo añoraba realmente la locura de las pasiones, incluso

la sencillez animal del hombre no ilustrado, por otro lado tan ajena a su modo de ser.

–¿No exageras?

–“Solo aquel que en su vida es acometido por la locura puede en verdad ser llamado hombre”, dejó escrito.

Nos miramos y sonreímos los dos. Ambos conocíamos bien ese dilema entre razonabilidad y locura. Al fin y al cabo, él era un auténtico ilustrado, que sin embargo era tenido por chiflado en Berango y Sopelana a cuenta de sus extravagancias. Y en cuanto a mí, qué se podía decir de un cura que no creía en Dios y tenía una amante. ¿Tenía o seguía teniendo?, me pregunté en ese momento, y una sutil arcada me subió desde el estómago.

–Es un libro muy importante ese que os han robado –dijo Kundera, que seguía a lo suyo–. El primer retrato cabal del alma contradictoria del ser humano.

–A mí no me han robado nada –objeté, recuperando la compostura.

–¡Un canto a la irracionalidad! –remachó.

Después se inclinó hacia mi lado de la mesa y su expresión se tornó más confidencial. Por el brillo de triunfo de sus ojos comprendí que estaba a punto de soltarme cuál era el verdadero aspecto oscuro que había desentrañado aquella mañana.

–“Si se encuentra en uno solo de los Dioses algo que no sea áspero y despreciable” –citó, señalando a la página abierta del periódico que mostraba el extraño anuncio.

Le miré expectante.

–Ya, ¿y?

Kundera intensificó la satisfacción de su mirada.

–Y por tanto hacemos volar por los aires el Sagrado Corazón –aclaró al fin.

Le miré con una mezcla de sorpresa y perplejidad, y luego sonreí con un ligero desdén; seguidamente mi semblante se tornó serio. Todo ello en apenas un instante: mi cerebro pasó de asombrarse por lo rocambolesco de la conexión a reírse de su absurdo, para un instante después caer en la cuenta de que tal vez no lo fuera tanto.

–¿Insinúas que el PSP ha pagado esos anuncios? –pregunté con

incredulidad.

Kundera abrió sus manos, ladeó la cabeza y arqueó las cejas, en un gesto que venía a señalar la evidencia de la conexión. En aquel momento me irritó su teatralidad. Se trataba de un asunto muy serio (y me seguía doliendo la cabeza).

–Alguien vuela el Sagrado Corazón, y poco después inicia una campaña de publicidad contra los dioses, basada en las palabras del primer humanista universal –resumió.

–¿En latín? –señalé con un desdén renovado.

–En latín o en lo que sea –replicó–, el caso es llamar la atención. Los caminos de la propaganda son inescrutables. A veces se elige la vía más directa al sentimiento, otras la más enrevesada.

Volví a darle una vuelta en la cabeza a aquella posibilidad. El PSP, un grupo radical de izquierdas, cercano al nihilismo, utilizando palabras de Erasmo para denigrar a la religión. Mediante una campaña a todo trapo en la prensa. En latín. No cuadraba.

–Amigo mío, te has superado a ti mismo –señalé–. A quién sino a ti podría ocurrírsele realizar una conexión así.

Y sin embargo, como supe unas horas después, la Ertzaintza había establecido por su cuenta el mismo nexo.



Habían utilizado a un vagabundo de origen marroquí, seguramente escogido al azar. Tras acordar el trato le habían dado el dinero para pagar los anuncios más un extra por el servicio. En el departamento de publicidad de los distintos periódicos había dejado sus datos personales, y la Ertzaintza no había tardado en localizarle en una esquina de la calle Hernani. En cuanto a las razones por las que no se había largado con todo el montante –posibilidad que la Ertzaintza había sugerido en aras de indagar en las motivaciones del sujeto–, alegaba que el que se lo había entregado había sido lo suficientemente explícito respecto a las consecuencias de un incumplimiento. Para explicarlo el marroquí pasaba rápidamente el dedo índice por el gatzate, acompañándolo con el susto de la mirada. La descripción del contratante era vaga: vestido elegantemente, barba poblada (podía ser falsa), guantes y las inevitables gafas oscuras. Acento neutro, sin ninguna peculiaridad en la inflexión, posiblemente español, pero tampoco lo podía asegurar. En definitiva, poco que rascar. Dejaron al marroquí que se fuera (y éste no dejó de advertirles de que “usstedess serrán responsabless si me passa algo”). El subcomisario Barrutia había puesto en marcha estas pesquisas a lo largo de la mañana: había tardado en iniciarlas lo que tardaron en la Ertzaintza en encontrar a alguien que les tradujera el anuncio (un profesor particular de latín). La firma de Erasmo le había llevado al robo del *Elogio*, y la mención a *Dioses ásperos y despreciables* le había llevado a la voladura del Sagrado Corazón. *Muera la religión, Necedad de los Dioses*, habían escrito en el obelisco en aquella ocasión, en grandes letras rojas.

Todo esto me lo había referido en una llamada a la hora de comer. En su

boca el nexo parecía evidente. Al parecer, yo no había sabido valorar en su justa medida la sagacidad de mi amigo Kundera. Por otro lado, el subcomisario estaba desconcertado: si el PSP quería atacar a la religión mediante anuncios en la prensa (una táctica ya de por sí inaudita), por qué hacerlo de forma tan enrevesada e incomprensible. Le comenté que Kundera había realizado la misma conexión, y también su observación sobre los caminos inescrutables de la propaganda.

–Ha estado estudiando el tema –dije–. Dice que los modelos de verdad han cambiado. Y las formas de transmitirla también. Por lo visto lo importante es el impacto emocional: no tanto los hechos objetivos en sí, sino aquello que apele a la intuición y a las preconcepciones de la gente, sean éstas fundadas o no. En este caso el mensaje podría ser: Erasmo de Rotterdam, considerado el primer gran humanista y el primer gran europeo, sacerdote católico y autor de numerosas obras religiosas, decía ya hace quinientos años que los dioses son ásperos y despreciables. Esta aparente contradicción o hipocresía, junto con el efecto sorpresa de algo tan extraño como unos anuncios en latín, provocarían que se hable mucho más del tema que si hubieran utilizado un mensaje más directo y fácil de comprender.

Oí cómo al otro lado de la línea el subcomisario respiraba un par de veces. Se lo debía estar pensando.

–Interesante –dijo–. En algún momento puede que tenga que charlar un rato con Kundera. Ahora bien, si se tratara realmente del PSP, hay que decir que en el Sagrado Corazón utilizaron una táctica de comunicación radicalmente opuesta.

–Así es –concordé–, un mensaje directo al grano, *Muera la religión*. Supongo que Kundera diría que esa combinación de tácticas de comunicación provoca una confusión muy efectiva.

–Interesante –volvió a repetir, después de meditarlo un instante–. Lo que no logro encajar en esa película es qué relación puede tener la publicación de la cita con el robo del *Stultitiae Laus* de la biblioteca de Ariza. ¿Pura casualidad? ¿O tal vez algún miembro imaginativo del PSP vio la noticia en los periódicos y se le ocurrió lo de los anuncios? La tercera posibilidad es la que menos sentido tendría: que por algún motivo indescifrable hubiera sido el propio PSP quien hubiera cometido el robo...

Cuando colgué me quedó una sensación de deslealtad. Me dolía ver cómo el subcomisario se desgañitaba en elucubrar teorías, desconociendo una buena parte de la verdad. Me propuse exigirle al rector el desvelamiento del robo del *Principia* y el manuscrito desaparecidos junto con el *Stultitiae Laus*. La ocultación estaba yendo demasiado lejos. Pero aquel no era el día para hacerlo. La resaca seguía batiendo mis sienes con dolorosa insistencia. Aquel era un día para pasarlo de puntillas, lo más rápidamente posible.

Me acosté temprano, debía llevar ya un par de horas dormido cuando el sonido insistente del timbre de casa me despertó. Miré el reloj, eran las diez y media. Caminé aturdido hasta la puerta y al abrir me encontré con Ane. Me había pillado por sorpresa y no me cupo otra opción que dejarla pasar. Se me hizo evidente que estaba alterada. Tenía los ojos brillantes y desgastados (como de haber llorado ríos), y las escasas arrugas del rostro muy marcadas. El pelo alborotado. No recordaba haberla visto así. En los dos años que llevaba a su lado, había comprendido que la calma que irradiaba no era tan natural como parecía; Ane se esforzaba cada día para mantenerse en aquel estado zen que todos envidiábamos. Pero solía lograr emanar un estado de paz mental, y se irritaba solo superficialmente y en contadas ocasiones. Aquella Ane desencajada era nueva para mí. Se movió nerviosa hacia la sala-comedor tras dedicarme un Hola apenas audible. Después de unos segundos se volvió, alzó la vista y cruzó su mirada con la mía, apenas un instante, pero que bastó para que ambos comprendiéramos. Yo confirmé lo que ya sabía, y ella supo que yo lo sabía.

–Llevo dos noches sin dormir –dijo en un susurro, volviendo a esconder la mirada.

Dejé que me resbalara su alegación. Recordé las ofensivas imágenes en el interior del todoterreno y me subió una repentina irritación.

–¿Te lo llevaste al caserío? –pregunté.

No contestó. Movía la cabeza levemente, a izquierda y derecha, los ojos cerrados. Pero no era un gesto de negación. Volví a sentir aquel golpe físico en el corazón. Como si alguien estrujara su carne oscura y compacta, o tirara de sus extremos.

–No tengo nada que recriminarte –dije entonces, intentando adoptar un ademán digno. Pero mi tono era de desprecio.

Ella me miró y esta vez sostuvo la mirada unos segundos. Había un gran dolor en sus ojos, junto con un punto de desafío.

–No ocurrió como tú crees –dijo, con la voz saturada de arrepentimiento. Sin embargo, me pareció que también había en ella cierto despecho. Lo tomé como un reproche velado a mi incapacidad para sostener su amor.

No estaba para escenas de excusas y matices, y menos para recriminaciones. Ambos éramos ya mayorcitos, señalé. En realidad, intuía que iba a doler demasiado. Preferí salvaguardar intacto lo que me quedaba, la superioridad moral del traicionado. Le indiqué la puerta con el dedo. Ella fue a decir algo, pero mi rostro opaco la debió frenar. Entonces alzó la cabeza y recorrió con pasos resueltos los escasos metros que la separaban de la puerta.

En los días que siguieron no volvimos a hablar. Mi rencor fue aumentando, y ayudó a que el dolor pasara a un segundo plano. Ahora me indignaba no solo que me hubiera traicionado, también que para ella yo no fuese suficiente. Aquel matiz de reproche en su voz. Pues si no le era suficiente ya me las apañaría por mi cuenta: estaba determinado, en cuanto se diera la oportunidad, a revolcar en el fango mi superioridad moral de traicionado. Puse manos a la obra de inmediato: me las arreglé para coincidir con Miren un par de veces, y cuando tuve la ocasión, le propuse vernos el viernes por la noche. Ella aceptó con una mirada coqueta y significativa. A partir de ese momento, las expectativas que me generaba aquella cita facilitaron que lograra arrinconar a Ane, desplazarla a un lugar más apartado de mi cerebro.

En lo que quedaba de semana no pude llevar a cabo mi propósito de hablar con el rector. Estaba de viaje, me pregunté si lo habrían llamado de Roma. Mientras tanto en los medios se hablaba ya a destajo de los misteriosos anuncios en latín, y de su posible relación con la voladura del Sagrado Corazón y con el Partido Socialista del Proletariado. En cuanto a este último, los interrogatorios realizados a los miembros fichados habían resultado hasta el momento infructuosos. No parecían saber nada del tema, aunque a la vez se mostraban desafiantes, y encantados con la notoriedad que todo aquel jaleo les estaba proporcionando. Era obvio que quien fuera que hubiese tomado prestadas sus siglas estaba haciendo lo que a ellos les hubiera encantado hacer; pero también lo era que no habían poseído nunca ni la imaginación ni

los medios necesarios para semejante operación.

El viernes al mediodía llegó una grata sorpresa. Me llamó la doctora Ruiz, a cuyo cargo estaba Ariza, para decirme que éste había despertado del coma aquella misma mañana, e incluso había dicho ya algunas palabras deslavazadas. Los órganos iban recuperando sus funciones, aunque todavía necesitaban ayudar a sus riñones con la diálisis. Por ahora iba a seguir en la UCI, pero las cosas parecían tener buena pinta. La doctora me aconsejó que era mejor que Ariza descansara lo que quedaba de jornada, y dejar las visitas para el día siguiente. Así lo acordamos.

Mientras tanto, el nerviosismo por la cita con Miren iba en aumento. Era una experiencia del todo novedosa para mí. Ane había sido la primera mujer con la que había mantenido relaciones, y con ella las cosas habían venido de forma progresiva y natural, cimentándose poco a poco en nuestros paseos de los lunes. El amor, o por lo menos un cariño intenso, había llegado antes que el sexo. Todo me hacía suponer que con Miren iban a sobrar los prolegómenos. Ciertamente era lo que yo buscaba, un desquite tórrido y liberador. Sentía una exaltación física, una prevalencia de las entrañas frente a la cabeza, como imagino que se deba sentir uno antes de un combate. Tenía también la casi certeza de que la propia Miren no estaba para jueguecitos de adolescente. Y digo casi porque por momentos dudaba de si habría malinterpretado sus miradas, o si ella tendría ya una pareja. Supongo que eran temores inevitables. Lo mismo que lo era una inseguridad más íntima y perturbadora, la de si sería capaz de estar a la altura en su cama.

Entre enardecimientos e inseguridades llegó la hora. Habíamos acordado que la recogía en su casa a las ocho, en la calle Bidebarrieta. El primer instante fue en efecto intimidante; Miren se había vestido para matar, cuero negro y senos apretados, perfume intenso y pestañas bien *rimeladas*. Sin embargo, la forma en que se apretó a mi cuerpo al cogerme del brazo me devolvió la confianza. “Sabes, no había salido nunca con un cura”, bromeó, y tuve la certeza de que con aquella alusión se refería a mucho más que meramente salir. Después se volvió a soltar de mi brazo. Nos adentramos por las arterias del Casco Viejo, plagadas de bares y tascas de todo tipo. Ella iba escogiendo dónde entrar, y en los locales la conocían y saludaban. Inevitablemente conversamos sobre aspectos de la universidad, nuestras filias

y fobias en el claustro, los programas que se quedaban desfasados, la lógica displicencia de los alumnos. Después pasamos a una conversación más confidencial sobre el periplo de Miren en Bolonia, años *del vino e delle rosse*, que según decía habían marcado su vida. Hablamos sobre el compromiso: yo me mostré más liberal de lo que en realidad era, mientras que ella no tuvo que fingir. Había elegido una vida de libertad, aseguró, sin ataduras. Era además una de esas mujeres que sienten una indiferencia absoluta hacia la maternidad. Emocionalmente vivía al día, y así era como deseaba seguir. Ni preguntas ni mentiras ni rencores. Por momentos a mí me hubiera gustado hablar de Ane, tal vez denigrarla y desahogarme, pero comprendí que con Miren aquella conversación estaba fuera de orden.

El alcohol fue haciendo su trabajo y unos bares después, en un tugurio oscuro y con la música a todo trapo llamado Santuario, la cogí de la cintura y atrayéndola hacia mí la besé. Ella se dejó hacer. Me confesó entonces que me había echado el ojo desde que ingresé en la universidad. Que le atraía la inocencia que dejaba traslucir, en contraste con mi físico, atractivo y determinado. Que se me veía algo perdido y eso la enternecía. Y que ella no era la única interesada. Recibí los halagos con modestia fingida y gran regocijo de mi autoestima. Le confesé que yo también sentía una fuerte atracción desde hacía tiempo. Entramos así en un lenguaje más íntimo, y comprobé con agrado que más allá de su cara exterior, excéntrica y un poco estridente, aparentemente algo neurótica, Miren era una mujer dulce y sin complejos. A partir de ahí todo fue cuesta abajo. Los acercamientos se hicieron continuos, hasta que ella me cogió de la mano y me sacó del último bar. Nos besamos con ansia en una esquina antes de encaminarnos a su piso.

Seguí la pauta amatoria a la que me había ido adaptando con Ane. A ella le gustaba duro. Tenía que ejercer de hombre, tomar la iniciativa, poseerla. Asumí que con una mujer como Miren debía funcionar, desde luego más que una aproximación melosa y sentimental. Comencé fuerte, enardecido; tópicamente, arranqué la ropa de su cuerpo. Sin embargo, ella no tardó en hacerme comprender que estaba sobreactuando. Tomó las riendas y me ofreció una nueva versión del sexo: lúdica, divertida, vital. Sin roles establecidos ni fingimientos, con descubrimientos continuos, pruebas, errores y aciertos. Para mi sorpresa y deleite, en los momentos de éxtasis exclamó con teatralidad e

intensidad creciente “*Dio mio, Dio mio*”. Pero aquella noche comprendí que sus excentricidades no eran una afectación cursi, sino simples ganas de vivir y divertirse. Acabábamos los dos a carcajadas. Miren logró que la idea de estar a la altura en la cama me acabara pareciendo un concepto ridículo.

Al día siguiente en el metro, de camino al hospital de Cruces, me sentía rejuvenecido. Era una sensación que en los últimos dos años había tenido con frecuencia. A veces cogía un papel o una servilleta y lo dibujaba en un diagrama. Mi vida era una línea monótona con puntos de choque; en general, abismos que se habían abierto a mis pies. No sé por qué, quizás en un intento vano de sacar conclusiones, tenía la costumbre de hacer un resumen de mi existencia. Hasta los once años había vivido sin sobresaltos, en el relativo sosiego de la vida en el caserío. Un pequeño pueblo encajonado entre las campas del monte Andutz y los acantilados que se asomaban al Cantábrico. Fui un niño introvertido, metido en su mundo, que a veces soñaba con hacerse a la mar. Pero entonces llegó el primer abismo, mi madre murió, y me enviaron al Seminario, un cambio traumático a esa edad. Lo representaba con un punto negro y el año en el que había ocurrido. El siguiente año, con apenas doce, el prefecto encargado de disciplinarnos había abusado de mí. Un punto muy negro que a veces prefería no dibujar. Tras lo cual la línea seguía de nuevo sin grandes sobresaltos, los años de Seminario Menor y Mayor, hasta que llegaba mi gran crisis religiosa: a los veinte años había dejado de creer en el Dios cristiano y en el resto de los preceptos sagrados de la doctrina católica, que con tanto esmero me habían inculcado. Desde luego, no había vida después de la muerte. A pesar de todo, había querido hacerme cura, atraído por la idea de una vida de servicio. Pero algo se había roto sin remedio, y esa línea que pintaba en el papel –y ahora reproducía en el metro, dibujando con el dedo en el aire–, a la que hacía ascender año a año en su primer tramo, comenzaba a descender sin interrupción, directa hacia los abismos del desgarramiento interior. Fueron años, un largo periodo de veinte años, en los que operaba maquinalmente, ayudando en lo que podía a mis feligreses en Berango o a los presos a mi cargo en Basauri, pero hundido en la incoherencia y falta del que yo consideraba el bien más preciado: la alegría de vivir. Sin embargo, hacía apenas dos años se había producido una nueva ruptura, y en este caso la representaba con un cambio de inflexión en la línea, que se disparaba

repentinamente hacia arriba. Había conocido a Ane y mi mundo se había transformado. Esa línea ascendente era la que reflejaba mi proceso de rejuvenecimiento: era como si durante años me hubiera ido muriendo, y ahora reviviera y me descontara años. Ensimismado por completo en aquel ritual de reconstrucción, me di cuenta entonces de que estábamos llegando a mi destino. Dejé estar al dibujo, sabiendo que aún faltaban dos conmociones por representar. Por un lado, había un nuevo punto negro, la traición de Ane. Y, por otro lado, difícil aún de interpretar su significado, estaba Miren. Con su imagen en la cabeza salí del vagón y me dirigí al hospital.

La doctora Ruiz me saludó algo más distendida que en la anterior ocasión, pero seguía manteniendo una contención prudente. Lo interpreté como reflejo de la condición del paciente, aunque podía ser también cuestión de carácter o de praxis profesional. Fue directa al parte: confirmó que Arcadio estaba fuera de peligro, y que sus órganos seguían recuperándose dentro de los parámetros normales tras un proceso de coma. En cuanto a los daños cerebrales, era pronto para poder determinar su extensión, pero había cierta base para el optimismo. Al menos la función motora parecía en buenas condiciones. Además, el paciente tenía momentos de agitación en los que hablaba, de una manera incoherente, pero en cualquier caso se trataba de un dato positivo. La doctora añadió que iba a ser un test interesante observar si me reconocía.

—Esta mañana ha entrado en uno de sus episodios de agitación —señaló—. Ha logrado hacerse entender por la enfermera y le ha pedido algo para escribir.

Sacó un trozo de papel arrugado y me lo enseñó. Contenía unas cuantas letras, escritas por una mano poco firme, vacilante. Pero más o menos se podían comprender. Analicé el papel unos segundos y después di mi interpretación en voz alta.

I N M M S P

—Eso me ha parecido a mí —corroboró la doctora—. ¿Sabe qué puede significar? Sería una señal muy positiva que hubiera logrado plasmar algo con significado en el papel.

Después de pensarlo un rato contesté que lamentablemente no reconocía

aquella sucesión de letras.

—Tal vez no quieran decir nada —dijo ella—. Por lo visto después de escribirlas Arcadio ha arrugado el papel con la mano y lo ha dejado caer al suelo.

Fui a devolvérselo, pero me dijo que me lo quedara. Después me dirigió a la habitación donde se encontraba Ariza. Entré con cierta prevención, recordando la imagen que se me había quedado grabada una semana atrás, pero su aspecto físico había mejorado sustancialmente. Lo rodeaban menos máquinas y el vendaje de la cabeza era más pequeño. Seguía algo hinchado, pero componía una figura mucho más reconocible y tranquilizadora. El color le había vuelto al rostro, y sus ojos estaban abiertos. Me pareció que transmitían la misma inquietud febril de siempre.

Le saludé con normalidad fingida, como solemos hacer habitualmente con los enfermos graves. Él pareció no reconocermelo. Siguió mis pasos con la mirada, manteniéndose en silencio. Parecía confuso y desorientado. La doctora me pidió que le hablara de aspectos banales de nuestro trabajo o de la universidad en general; comenté que los exámenes se acercaban, que los alumnos empezaban a espabilarse, que todos le echábamos de menos. Y otros tópicos del estilo. Arcadio no reaccionó demasiado, pero me pareció que dulcificaba su expresión.

—Pregúntele por el papel —susurró entonces la doctora.

Pensé que aquello podía agitarle, pero ella me indicó con un gesto de la barbilla que procediera. Imaginé que se trataba de provocar una reacción. Saqué el papel del bolsillo y le señalé las letras. Después le di la vuelta y las deletreé en voz alta. La reacción de Ariza fue inmediata: me cogió con fuerza el brazo que tenía apoyado sobre su lecho, dándome un buen susto. Cuando reaccioné posé la mano que sostenía el papel sobre la suya. Acerqué mi rostro y nos intercambiamos la mirada durante unos segundos. Tuve la impresión de que algo se movía en la mente extraviada de Arcadio. Sus ojos se perdieron un instante en la contemplación de aquel papel y volvieron a observarme, brillando con mayor intensidad. No podría asegurar que había logrado reconocermelo, pero instantes después me atrajo hacia sí. Me dejé llevar hasta que mi rostro estuvo muy cerca del suyo. En ese momento arrastró con esfuerzo su otro brazo y señaló el papel con el dedo índice. Entonces habló,

sobresaltándome, y para mayor sorpresa, eligió hacerlo en latín.

–*Nova platea* –dijo, con apenas una pequeña vacilación en la voz, a la vez que apretaba mi brazo con más fuerza.

Repetí las palabras para hacerle ver que había entendido. Imaginé que la razón de utilizar aquella lengua muerta, más allá de que no le funcionara bien la cabeza, podía deberse a que fuera la última que hubiera utilizado antes de que el ladrón le golpeará; tal vez en ese momento leía el manuscrito robado.

Acto seguido me atrajo todavía más cerca, hasta que mi oído estuvo a la altura de su boca.

–*Sex* –dijo entonces, en un susurro. Cavilé un instante antes de asentir.

Aflojó algo el brazo, pero antes de dejarme marchar lanzó una mirada significativa por encima de mi hombro, hacia donde estaba la doctora Ruiz, y yo creí entender lo que Arcadio pretendía transmitirme. Al levantar la cabeza ella me miró con expresión interrogante.

–Palabras inconexas –dije–, pero no debe estar tan mal, porque me ha parecido entender que decía algo sobre el sexo.

Ella produjo una sucinta media sonrisa. Me pareció que en sus ojos había una brizna de ironía. Pensé que tal vez no me creyera, a mí se me notaba bastante cuando mentía.

–Tengo la sensación de que le ha reconocido –dijo entonces–, eso son buenas noticias.

Me indicó que era mejor dejar al paciente tranquilo. Necesitaba sobre todo descansar y no sobreexcitarse, por lo que las visitas debían ser muy cortas los primeros días. Tras despedirnos de Arcadio con palabras cariñosas abandonamos la habitación. Él nos siguió con su mirada febril hasta que salimos por la puerta. Una vez fuera me despedí rápidamente de la doctora, todavía algo violento por haberle mentado. Sin embargo, me había parecido que la mirada de Arcadio por encima de mi hombro transmitía un claro mensaje de confidencialidad. Lo cierto es que yo no había dudado ni por un momento que las palabras del infortunado tuvieran sentido. La luz se había encendido en mi mente casi de inmediato. Arcadio me estaba dando una dirección: *Nova Platea Sex*. El seis de la Plaza Nueva. Una dirección que de alguna manera tenía que tener que ver con las letras que había escrito en el papel.



Al salir crucé la plaza que se extendía frente al hospital y atravesé un par de calles inmerso en mis pensamientos. Iba a embocar la entrada del metro cuando alcé la vista un instante y lo vi. El todoterreno estaba aparcado unos tres o cuatro coches más allá, con un conductor en su interior. Lo observé unos segundos para estar seguro. Era del mismo color, un gris verdoso, y el mismo tipo de vehículo, cuadrado y muy alto, de grandes ruedas, un modelo que no había visto anteriormente salvo aquella noche. Entonces la mirada del conductor se cruzó con la mía. Fue tan solo un instante, pero no era una mirada casual, aquel tipo me había estado observando. No podía distinguirlo bien desde donde estaba, tan solo lo suficiente para discernir que era un hombre fornido y de cabello claro. En ese momento se encendieron las luces del todoterreno y acto seguido se incorporó a la calzada. Un instante después pasó por delante sin mirarme. Vestía una chaqueta oscura, y su perfil me resultó atractivo, bien delineado, con un mentón poderoso que le daba un aspecto fiero. El pelo era de un rubio rojizo. Probablemente se trataba de un extranjero, tal vez del Norte o del Este de Europa. Aquella noche en el aparcamiento había centrado toda mi atención en la mujer, pero ahora recuperaba detalles sueltos de su acompañante que debían haberse quedado grabados en mi memoria. Podían coincidir perfectamente con el tipo que acababa de pasar por delante. Tras dar vueltas a las imágenes durante unos segundos tuve la certeza de que en efecto aquel era el hombre que había estado con Ane.

De camino al Casco Viejo, ya en el metro, me preguntaba qué podía significar aquel encuentro. Daba muy poca probabilidad a que hubiera sido

fortuito. Aquel hombre me había mirado con intención. La explicación más lógica era que Ane le hubiera hablado de mí, y el tipo hubiera sentido curiosidad. Pero una posibilidad más esperanzadora se abría en mi mente: podía ser que ella le hubiera rechazado, y ahora anduviera celoso y despechado. Quizás incluso con ganas de vengarse. La idea de tener una pelea por amor con aquel tipo de fiero mentón me exaltaba; desde luego no iba a ser yo quien rehuyera el combate. Por primera vez en días pensé en Ane con cierta ternura. Tal vez había sido seducida y ahora rehuía de él; tal vez ella misma me lo había insinuado: “No ocurrió como tú crees”. Sin embargo, tras dejarme llevar un rato por aquella fantasía, volvió a golpearme el amargor de la traición. A pesar de ello, me reconocí a mí mismo una verdad que había estado intentando apartar de mis pensamientos desde aquella noche: seguía queriendo a Ane. Decidí hablar con ella, ver cuál era el asunto con aquel tipo. Y preguntarle también por qué demonios me estaba espiando.

Media hora después estaba en la Plaza Nueva, el centro neurálgico del Casco Viejo. Había decidido acercarme hasta allí esa misma mañana. No tenía nada particular que hacer, y además, me comía la curiosidad por saber si había interpretado correctamente el mensaje de Arcadio. Y en ese caso, de ver a qué correspondía el número seis. En la plaza había sobre todo bares, pero también algunos establecimientos de diverso tipo. En sus soportales se organizaba todos los domingos el mercado del coleccionismo: cromos, filatelia, minerales, arte, antigüedades... todo ello aderezado por los cantos de los pajarillos de colores a la venta y el tumulto de coleccionistas y curiosos. Aquella mañana de sábado no tocaba mercado, pero los bares y terrazas estaban llenos de progenitores que tomaban el aperitivo, mientras sus hijos jugaban en la amplia explanada al pilla pilla y a otros juegos más modernos y desconocidos para mí. Era una mañana de sol y nubes, más nubes que sol, y éstas iban poco a poco cerrando los últimos resquicios por los que se colaban los rayos.

Fui saltando de número en número con parsimonia, deteniéndome un instante en la entrada de los bares o frente a los escaparates, dilatando en el tiempo aquel momento de expectación respecto a lo que me iba a encontrar. Lo cierto es que, como había intuido Ane, disfrutaba con el papel de detective de tres al cuarto que las circunstancias me habían vuelto a ofrecer. Me estimulaba

llegar a descubrir algo relevante con lo que poder sorprender y agradar al rector, quizás incluso a Barrutia más adelante. Además, he de reconocer que la percepción de un cierto grado de riesgo me motivaba doblemente. Le daba sabor a la vida, siempre que no te rompieran el cráneo, claro está, pero no creía ni por asomo que el infortunio de Ariza pudiera repetirse. Me había hecho a la idea de que la dirección debía pertenecer a una librería de viejo, o tal vez a una biblioteca, en cualquier caso a un lugar donde alguien pudiera interpretar aquellas letras, probablemente alguien que ya estuviera metido en el ajo de las investigaciones de Ariza. Sin embargo, al llegar al número seis mi entusiasmo se vio algo truncado. Se trataba de un simple edificio residencial.

Me quedé desconcertado un par de minutos, pensando qué hacer, hasta que decidí no arredrarme e indagar vecino a vecino. Los timbres del edificio se ofrecían en un tablero de acero inoxidable. Eran en total diez viviendas. Comencé a llamar desde abajo: en el primero izquierda no hubo respuesta, y en la mano derecha contestó una voz de anciano a la que pregunté sin muchas esperanzas si conocía a Arcadio Ariza. Tardó en comprender, luego respondió que no con vehemencia y cortó la comunicación. Tampoco hubo suerte en el segundo. Entonces salió del portal una joven con un bóxer, y tras esquivar al perro aproveché para entrar. La chica me observó un instante, pero no dijo nada. Subí hasta el tercero, donde acudieron a mi llamada un joven de barba poblada en camiseta y calzoncillos –¿la pareja de la chica del perro?– y una anciana que no llegó a abrir y me habló desde el otro lado de la puerta. En ambos casos sin resultado. Por fin en el cuarto izquierda abrieron la puerta y me encontré de sopetón con Iñaki Urizar; en su caso no tuve que preguntar si conocía a Ariza, sabía que eran buenos amigos. Un pequeño perro apareció por detrás de sus piernas, y una vez que su dueño dio muestras de conocerme se acercó a olisquearme.

No sabía que Iñaki Urizar viviera en la Plaza Nueva, y me extrañó, porque era un habitual en los bares de la zona del Ensanche, bastante alejados del Casco Viejo. Me lo encontraba con cierta frecuencia en la calle Henao y sus alrededores. Y en más de una ocasión iba acompañado por Arcadio; aquel era mi hombre, no cabía duda. Él no se sorprendió tanto de verme, sabía que yo trabajaba con Arcadio en la universidad, y debió adivinar que el motivo de mi

visita tenía que tener que ver con su amigo. Me hizo pasar y de inmediato me preguntó por el estado de Ariza. Su rostro adoptó una expresión alarmada – debió pensar que venía a anunciarle la muerte del profesor–, a la que siguió un suspiro de alivio cuando le dije que había salido del coma.

–A mí los hospitales me dan tristeza... y un poco de grima –dijo. Supuse que a modo de excusa por no haber ido a ver a su amigo.

Era de la edad de Ariza, guapo, moreno, rentista. Ahora que conocía la faceta de Don Juan de mi jefe, podía imaginármelos a los dos juntos de correrías. Decían de él que se jactaba de no haber trabajado nunca, y de ser por tanto el único de su generación que se había enfrentado a conciencia al sistema capitalista, a pesar de todo lo que se dijo en mayo del 68. Esta actitud, en una ciudad industrial, hacía de él un personaje polémico. En general los tertulianos que abordaban el tema, en cualquier bar de Abando, se dividían entre los que lo denigraban por no ser más que *un rentista* y los que lo alababan por los *santos cojones* que había tenido toda su vida. Pero lo cierto es que además de *vivir la vida*, o más bien como parte importante de hacerlo, Urizar era probablemente la persona más leída de la ciudad. Un erudito en temas dispares de índole diversa. A decir de muchos, un auténtico sabio. Alguien al que tenía todo el sentido que Ariza hubiera consultado.

–Tampoco pretendo que nadie venga a verme a mí –dijo entonces, mientras nos acomodábamos en una sobria sala que daba a la Plaza Nueva.

Le miré sin comprender, preguntándome si se refería a mi visita. Él debió intuir el malentendido.

–Me refiero a si caigo en el hospital –aclaró con una media sonrisa. Mientras tanto el chucho se había tumbado sobre la alfombra, al lado de su amo, conformando una bola de pelo blanco y lanoso que a cada rato levantaba la cabeza y me observaba con sus melancólicos ojos de perro.

–Se llama Mac –informó al ver que miraba al animal.

Le hice un leve gesto de saludo a Mac. Aproveché su referencia previa al hospital para decirle que venía precisamente de Cruces, y que me hallaba en su casa porque Arcadio me había dado su dirección, junto con un papel que contenía una serie de letras. Sin más prolegómenos saqué el papel del bolsillo y leí las letras en voz alta, deseoso de descubrir si se trataba de algún tipo de mensaje que él pudiera descifrar. No puso cara de sorpresa, se limitó a

escudriñarme un instante. Añadí que, para más misterios, el convaleciente me había dado la dirección de su casa en latín.

–Arcadio te ha dado ese papel y mi dirección en latín... –dijo, como para sí mismo, interpretando lo que podía haber detrás de mis palabras, mientras con una mano lánguida rascaba la cabeza de Mac.

Asentí y le pasé el papel.

–Sí, parece la letra de Arcadio –afirmó–. Pero no sé qué pretende.

Ofrecí entonces más detalles sobre la situación exacta de Ariza, aclarando que su cerebro estaba dañado y hablaba de forma deslavazada. Añadí que, a pesar de ello, en mi opinión había escrito aquellas letras con una intención. Yo creía que debían de ser algún tipo de código, un mensaje que Arcadio había querido que llegara hasta él. Urizar me escudriñó de nuevo mientras elucubraba.

–No es un mensaje –dijo al fin–, es una firma.

–¿Una firma?

–La firma del autor de un manuscrito en poder de Arcadio –aclaró.

Supe de inmediato a qué manuscrito se refería, y comprendí también que estaba tanteándome, viendo hasta dónde llegaba mi conocimiento del asunto. Decidí que no tenía sentido jugar a las adivinanzas. Urizar era amigo de Arcadio, y además me inspiraba confianza.

–Entonces tiene que ser la de Isaac Newton –afirmé–. La firma del manuscrito que Arcadio se trajo de Cambridge.

Asintió despacio con la cabeza. Después sonrió y relajó el gesto, como si mis palabras permitieran poner fin a aquel juego del gato y el ratón.

–Está bien –dijo–, creo que te puedo contar lo que sé. Empezando por la firma, que efectivamente corresponde a Newton. I N M M S P: *Isaac Newton Magister Magnus Sionis Prioratus*.

Mientras yo daba vueltas en mi cabeza a aquellas palabras –¿*Sionis Prioratus*... Priorato de Sion?– se levantó y fue a una habitación contigua. El pequeño Mac se alzó como un resorte para seguirle. Poco después volvió con un documento.

–Es una copia del manuscrito de Newton –dijo mostrándomelo–. Arcadio me la trajo hace unos días. Quería que intentara desentrañar la encriptación, pero confieso que he sido totalmente incapaz.

Leí unas líneas de la primera página, donde se combinaban palabras en latín junto con otras de resonancia latina pero sin significado. Fui pasando las hojas, seis o siete, escritas de la misma manera, hasta que llegué a lo que parecía un intrincado árbol genealógico, que abarcaba un número parecido de páginas. Si se trataba en efecto de un árbol genealógico, los nombres y las fechas debían de estar también encriptados, ya que carecían de un significado inmediato. Proseguí hasta llegar al final del documento: en el margen inferior derecho de la última página, enmarcadas en unas filigranas, estaban escritas las iniciales de la firma.

–Pero, ¿qué significa esta firma? –pregunté, señalándola con el dedo, mientras le devolvía la copia del manuscrito.

Urizar cogió el documento y tras situarlo sobre su regazo se recostó en el sillón.

–Imagino que conoces la historia del Priorato de Sion...

Había leído algo al respecto. Se trataba de una más entre las numerosas ficciones alrededor del Santo Grial y los templarios. No entendía qué podía tener que ver con Newton. Le dije que no estaba al tanto del detalle.

–Por supuesto, no es de extrañar, el Vaticano ha hecho todo lo que ha estado en su mano por ocultarlo –señaló.

Hice un gesto de incredulidad; personalmente no solía dar pábulo a las teorías conspirativas. Me extrañaba que Urizar pudiera hacerlo, pero la seriedad de su rostro no dejaba lugar a la duda. Le miré algo perplejo.

–Ya me ha comentado Arcadio en alguna ocasión que eres un hombre bastante inocente –replicó, con condescendencia, pero también con simpatía, mientras acariciaba al perro de nuevo—. Se ve que no eres de la estirpe de los Jesuitas... y lo digo como un cumplido, créeme.

Asentí con una mueca irónica pero bienhumorada.

–Empezando por María Magdalena, *la ramera*; a poco que uno lea, es inevitable darse cuenta de que las piezas no encajan...

¿María Magdalena? ¿Qué demonios pintaba en este asunto? Supuse que cuando hablaba de piezas que no encajaban, Urizar estaba refiriéndose a la conocida controversia sobre la manipulación de su figura por parte de la tradición católica. Pero no entendía qué podía tener eso que ver con Newton y el Priorato de Sion. Urizar no aclaró ese aspecto inmediatamente, se concentró

en el que tildó como uno de los primeros casos de adulteración de la historia. Relató que, de acuerdo con los evangelios canónicos, María Magdalena era un personaje importante, especialmente cercano a Jesús, al que seguía en sus viajes de predicación. Él la había *limpiado de siete demonios*, y ella lo había alojado en Galilea. Posteriormente está presente en su crucifixión y en su entierro, y es la primera testigo del más importante de los hechos del cristianismo, su resurrección. ¿Cómo era posible entonces que su nombre se hubiera convertido durante siglos en símbolo de la prostitución? La respuesta se hallaba en una homilía del papa Gregorio I, en el año 591, en la que se la mostraba como prostituta arrepentida, equivocándola intencionadamente con María de Betania, que sí lo era, con el objeto de denigrarla y ocultar el verdadero papel que había tenido en el origen del cristianismo. A partir de ese momento, mientras que en la tradición oriental se había seguido adorando a María Magdalena por su cercanía a Jesús, en occidente había pasado a ser la Magdalena penitente. Hasta que este calificativo fue retirado en 1969 por el papa Pablo VI.

–El propio Juan Pablo II la tildó de *apóstol de apóstoles* –añadió–, pero el daño de siglos ya estaba hecho: la relación de Jesús con María Magdalena desvirtuada, y el papel de la mujer subordinado dentro de la Iglesia.

Alegó seguidamente que, en el evangelio apócrifo de Felipe, se hablaba abiertamente de María Magdalena como compañera de Jesús, incluso se mencionaba que se besaban en la boca. Añadió que en otros textos gnósticos también se daba por supuesta esa relación. Y que además era impensable que un varón judío de la edad de Jesús fuera soltero en la Palestina de la época, aún más si se dedicaba a predicar como rabino.

–En resumen, es un dato contrastado que María Magdalena era la mujer de hecho de Jesús –concluyó–. Y ahora te los voy a mostrar a los dos juntos.

Dejó la copia del manuscrito en el suelo y se levantó del sillón con un gesto algo teatral, dispuesto al parecer a sacarse un conejo de la chistera. Fue de nuevo a la habitación contigua acompañado de su fiel compañero y volvió con un libro de gran tamaño. Cuando encontró lo que buscaba me lo mostró. Se trataba de una ilustración a doble página de *La última cena* de Leonardo da Vinci. Acto seguido me señaló con el dedo la figura sentada a la derecha de Jesús. Su armonía con el Salvador era evidente, y contrastaba con la expresión

airada del resto de los apóstoles. Yo sabía que se trataba de San Juan, pero comprendí al instante lo que Urizar pretendía establecer: Leonardo da Vinci había dibujado a una mujer. A la luz de nuestra conversación anterior no cabía duda: era un rostro delicado, de rasgos femeninos, que contrastaba con los perfiles varoniles del resto de los apóstoles. La figura dejaba ver su fino cuello, la escotadura de la túnica era en su caso más baja, sus hombros más estrechos, y bajo la vestimenta se podían intuir dos abultamientos. Me quedé perplejo, era realmente difícil argüir que no fuera una mujer.

–San Juan siempre ha sido descrito como de rasgos afeminados –alegué con poca convicción.

Urizar se rio con ironía y jovialidad.

–San Juan, *el discípulo a quien amaba Jesús* –bufó–. En realidad, esa versión es todavía más irreverente. ¿Pero no sería más bien *la discípula*?

Reflexioné unos instantes. Seguía sorprendido.

–En cualquier caso, que Leonardo dibujara a una mujer no prueba nada –argüí entonces, más seguro de este hilo–. Posiblemente la leyenda corría ya en su tiempo.

Urizar cogió el libro de nuevo y tras observarlo un instante lo cerró y lo depositó en el suelo junto a la copia del manuscrito. Al incorporarse me lanzó una mirada de aquiescencia, mientras Mac aprovechaba el espacio creado para saltar sobre su regazo.

–Tienes razón –concedió–. Pero la cosa cambia cuando descubrimos que Leonardo fue *nautonnier* o Gran Maestro del Priorato de Sion entre 1510 y 1519... unos doscientos años antes que el propio Isaac Newton. El Priorato está íntimamente ligado a la figura de María Magdalena. Y Leonardo sabía muy bien lo que dibujaba, y por qué lo dibujaba.

Recordé la firma del manuscrito, *Isaac Newton Magister Magnus Sionis Prioratus*.

–¿Estás diciendo que Leonardo da Vinci e Isaac Newton dirigieron la misma organización secreta? –pregunté con incredulidad, dejando al margen por un momento a María Magdalena y su papel en el cuadro de Leonardo.

Urizar se agachó cuidando de no aplastar a Mac y tras abrir de nuevo el libro sacó una hoja suelta. Me la pasó con una mueca satisfecha.

–Ahí lo tienes, he supuesto que querías verlo con tus propios ojos... el

poder de la palabra escrita.

En el papel podía leerse una lista de nombres y fechas, bajo un encabezamiento que mostraba una cruz roja en un extremo y las letras O U R S enmarcadas en un anagrama en el otro (Urizar me aclaró que, al combinarlas con la M que formaba el marco en el que estaban encerradas, componían la palabra ORMUS, el principio gnóstico de la luz). Entre medias se leía la inscripción PRIEURÉ DE SION, Ordre de la Rose-Croix -veritas-. La lista de nombres comenzaba con Jean de Gisors, que sin embargo venía señalado como el noveno. Se reflejaba su periodo de ejercicio, de 1188 a 1220, y el título que había portado, Jean II. Leonardo estaba en la posición vigésima, de 1510 a 1519, y Newton en la vigesimoséptima, de 1691 a 1727. Habían ejercido como Jean IX y Jean XVI. La lista mezclaba nombres de personajes históricos conocidos con otros desconocidos, al menos para mí, y terminaba con Jean Cocteau, en ejercicio a partir de 1918.

–¿Qué se supone que es esto? –pregunté.

Urizar adoptó un tono solemne.

–La lista de grandes maestros del Priorato de Sion. Una copia de uno de los documentos incluidos en los *Dossier Secrets*, la fuente de información de mayor importancia histórica acerca del Priorato.

Se trataba de una recopilación de escritos depositada misteriosamente en la Biblioteca Nacional de Paris en 1956. Una mezcla de árboles genealógicos, opúsculos, recortes de prensa y páginas extraídas de diversas obras. Establecían que la Orden de Sion había sido fundada por Godofredo de Bouillon en 1090 (nueve años antes de que conquistara Jerusalén para los Cruzados), un hecho que de acuerdo con Urizar había sido comprobado por los historiadores. Por mandato de Godofredo se había construido allí la abadía del monte Sion, con objeto de alojar a sus miembros. En las investigaciones había quedado establecido que los fundadores de la Orden de Sion habían participado también en la fundación de la Orden de los Templarios, creada en 1118 en el propio Jerusalén, y destinada a ser su brazo militar y administrativo. A la muerte de Godofredo, su hermano menor, Balduino I, había sido nombrado primer rey de Jerusalén. A partir de ese momento las dos órdenes hermanas comenzaban a prosperar, adquiriendo

vastas extensiones de terreno y grandes sumas de dinero. La Orden de Sion se había establecido en Francia en 1152, a la vuelta de la segunda cruzada. Posteriormente, tras la pérdida de Jerusalén en manos de los sarracenos en 1187, debida en gran parte a la ineptitud de Gérard de Ridefort, Gran Maestre del Temple, se había producido un cisma, y la Orden de Sion se había desentendido de los templarios. Hasta 1188 las dos órdenes habían compartido el mismo gran maestre; tras el cisma, la Orden de Sion había nombrado a Jean de Gisors, y había pasado a denominarse Priorato de Sion.

–Espero no estar aburriéndole... –musitó en ese momento con una media sonrisa. Le contesté que encontraba todo aquello fascinante. Estaba impresionado por su conocimiento enciclopédico: las fechas y los nombres de personajes históricos saltaban de su mente con asombrosa facilidad. En realidad, se hacía evidente que estaba tratando de simplificar, dejando fuera de su relato una gran cantidad de detalles históricos. Urizar volvió a tomar la palabra.

Del contenido de los *Dossier Secrets*, se deducía que el Priorato de Sion había permanecido indemne cuando los templarios fueron atacados y disueltos el 13 de octubre de 1307, origen de la leyenda del viernes 13 maldito. El rey de Francia Felipe IV había persuadido al Papa Clemente V para que iniciase un proceso contra la orden templaria, acusándola de sacrilegio a la cruz, herejía, sodomía y adoración a ídolos paganos. Pero el Priorato de Sion se libró. Por otro lado, y éste era el detalle de mayor importancia, los *Dossier Secrets* aclaraban cuál era el objetivo real del Priorato: consistía en la restauración de la dinastía Merovingia, que había reinado en Francia, Bélgica y una parte de Alemania y Suiza entre los siglos V y VIII, y cuya estirpe no se había extinguido (y de hecho estaba acreditado que llegaba hasta nuestros días). Los *Dossier Secrets* contenían además varias listas de nombres, entre las que se hallaba la de los grandes maestros del Priorato de Sion que me había mostrado Urizar. En ella, se incluían numerosos descendientes de la estirpe Merovingia. Además, de casi todos los integrantes se sabía que habían tenido relación con la francmasonería o con sociedades secretas (también era el caso de Leonardo da Vinci e Isaac Newton), y que albergaban creencias religiosas poco ortodoxas. Por otro lado, siempre existía una estrecha relación establecida históricamente entre un supuesto gran maestre y su predecesor en

el cargo. Era una línea que atravesaba los siglos sin interrupción.

–El Priorato de Sion ha sobrevivido de esta manera hasta nuestros días, y no como una orden marginal, sino como una logia secreta de gran poder, como queda bien ilustrado por la relevancia de los nombres de sus grandes maestros –Urizar adoptó entonces un gesto más confidencial. Avanzó su cuerpo hacia delante–. Y aquí viene la pregunta interesante: ¿por qué tal empeño en restablecer la dinastía Merovingia, en hombres como Leonardo o Newton? La respuesta se encuentra en la identidad real de la estirpe de los Merovingios, un secreto cuya protección ha constituido la misión principal del Priorato a lo largo de todo este tiempo. Un secreto inmenso, que de conocerse haría que se tambaleara nuestra concepción de la historia europea, y, sobre todo, derrumbaría con facilidad a la todopoderosa Iglesia católica.

Erguí el torso, a la vez incrédulo y expectante. Urizar intensificó aún más si cabe su gesto enigmático.

–Es en ese ámbito donde María Magdalena juega un papel crítico, absolutamente esencial –señaló–. El papel de origen de esa estirpe. Y junto a ella, hay que situar al hombre que la fecundó...

La imagen de los dos personajes centrales del cuadro de Leonardo a floró en mi mente. Las palabras de Urizar llegaron hasta mí tamizadas, como en sordina.

–Estamos hablando nada menos que del hombre más importante de la historia de la humanidad.



Para cuando salí del piso de Urizar las nubes habían acabado de cerrarse y dejaban filtrar una luz mortecina. Se adivinaba ya la temprana caída del sol de noviembre. La plaza estaba prácticamente vacía, y los camareros descansaban del trajín de la mañana, charlando entre ellos o apoyados en las barras con la televisión encendida. Tras echar un vistazo atravesé la explanada inmerso en mis pensamientos. Caminaba ligero, sobrecogido. Todo aquello era increíble, impensable; y sin embargo, era a la vez imposible negar los numerosos visos de realidad que la historia contenía. La relación entre Jesucristo y María de Magdalena había sido objeto de numerosos estudios a lo largo de los siglos, y no cabía duda de que era muy plausible. Era evidente que la Iglesia católica había hecho todo lo posible por ocultar o desvirtuar esa relación, lo que sin duda añadía a su credibilidad. Ahora bien, la siguiente capa de la historia de Urizar era del todo inconcebible: resumiendo un relato plagado de datos históricos, intrigas y deducciones lógicas, Jesús y María Magdalena habrían tenido descendencia, y su estirpe habría sobrevivido hasta nuestros días. María Magdalena y sus hijos habrían huido de Jerusalén tras la crucifixión, y se habrían instalado en el sur de Francia, donde a través de matrimonios con familias nobles habrían terminado por encarnar la dinastía de los Merovingios. El objeto del Priorato de Sion, el gran secreto que le había proporcionado poder y fortuna a lo largo de los siglos, además del firme apoyo de grandes personajes históricos, era precisamente proteger ese linaje de sangre real, y trabajar para restaurarlo en el poder. La leyenda del Santo Grial –un gran tesoro de inmenso poder–, que se originó históricamente poco después de la creación de la Orden de Sion en Jerusalén, y que había generado

infinidad de relatos a lo largo del último milenio, no se referiría en realidad a la copa que Jesucristo utilizó en la última cena, sino a su propia descendencia. El *San Graal* era en realidad la *Sang Real*. Urizar me había hecho notar que, en contraposición a la iconografía tradicional, en *La última cena* de Leonardo, extrañamente, no aparecía un cáliz enfrente de Jesucristo. Sin embargo, las figuras de Jesucristo y María Magdalena formaban entre sí un símbolo en uve, el cáliz de la fecundidad.

Al llegar a la plaza Unamuno tomé las largas escaleras que suben por Mallona hasta la basílica de Begoña. Había resuelto acercarme hasta allí mientras aclaraba las ideas. Al encaramarme en los primeros escalones, medité que no cabía tener ninguna duda de que Leonardo creía en la relación de María Magdalena con Jesús, fuera ésta cierta o no. ¿Pero era cierta? Volví de nuevo al relato de Urizar. Los fundadores de la Orden de Sion habrían encontrado en Jerusalén las pruebas irrefutables de la genealogía de Jesucristo. En realidad, el propio Godofredo de Bouillon, conquistador de Jerusalén, era parte del linaje de los Merovingios, conservado a través de la Casa de Lorena. Sabía por tanto dónde buscar. Posteriormente, los antiguos manuscritos que probaban la genealogía se perdían en el tiempo, hasta ser redescubiertos en 1885 por el párroco de Rennes-le-Chateau, una localidad del Mediodía francés. Berenger Saunier había encontrado los documentos escondidos en un pilar hueco de su iglesia. En 1956, y por razones oscuras que los investigadores seguían intentando desentrañar, fracciones importantes del secreto habían sido depositadas en la Biblioteca Nacional de Paris (los *Dossier Secrets*). La investigación posterior había llevado a los historiadores a conjeturar que el actual Gran Maestre del Priorato de Sion –muerto Jean Cocteau en 1963– podía ser Pierre Plantard de St Clair, un enigmático personaje nacido en 1920, al que se relacionaba con organizaciones antisemitas y de extrema derecha. Entre otras cosas, Plantard había probado ser descendiente directo de Dagoberto II, miembro de la línea sanguínea secreta que había mantenido viva la estirpe de los Merovingios, a través de los siglos y hasta nuestros días.

No pude evitar estremecerme ante lo que eso suponía: de acuerdo con la genealogía de los *Dossier Secrets*, Plantard era por tanto descendiente directo de Jesucristo. Pero por supuesto, en ese caso, no hablaríamos ya de Cristo,

sino de un Jesús enteramente hombre, desenmascarado en su presunta divinidad –ya que un Dios no podría haber engendrado a un mero humano–. Comprendía ahora la preocupación del Vaticano. El manuscrito de Isaac Newton, Gran Maestro del Priorato de Sion, podía contener la prueba de la falsedad sobre la que se habría construido el cristianismo: la divinidad de un hombre llamado Jesús. Entendía también la inquietud del Master Kapoor –en el Trinity debían haber descifrado las iniciales de la firma–, y las razones detrás del robo violento en la biblioteca de Ariza; su rostro turbado a la vuelta de Cambridge, cobraba también un nuevo sentido. No solo se había llevado un manuscrito de gran valor, sino que estaba jugando con material de una explosividad inimaginable: el árbol genealógico encriptado en el manuscrito correspondía sin duda a la estirpe iniciada en Jesucristo y María Magdalena.

Apreté contra mi cuerpo la carpeta que llevaba custodiada bajo el brazo derecho. Una vez puesto al corriente del robo del original, Urizar había querido que le llevara aquella copia a Ariza. “Esa es sin duda la razón de que te haya dado mi dirección” –había señalado–, “para poder proseguir con el trabajo de descodificación”. Le había hecho ver que era impensable que Arcadio pudiera progresar en esa labor en su estado actual, pero en cualquier caso Urizar se había negado a seguir manteniendo el documento bajo su poder. “En este asunto hay intereses que me sobrepasan, y todo este enredo no es de mi incumbencia”, había zanjado. Yo por mi parte tenía la intención de entregárselo al rector para que lidiara él con el asunto, pero antes quería aclararme a mí mismo qué pensar de todo aquello. ¿Debía dar pábulo a las teorías de Iñaki Urizar, defender su verosimilitud ante el rector?

Seguía subiendo las interminables gradas, presuroso y comenzando ya a jadear, cuando tras pasar bajo las ramas desnudas de un enorme plátano de sombra sentí que algo se movía a mis espaldas. No tuve tiempo de girarme del todo, lo justo para vislumbrar cómo un hombre de escasa estatura, envuelto en un abrigo que le cubría de los hombros a los pies y con la cabeza enfundada en un sombrero trasnochado, se abalanzaba sobre mí y me golpeaba en la frente con lo que debía ser una botella de cristal. Caí de espaldas sobre las escaleras, golpeándome con dureza en la parte posterior de la cabeza. Tuve un sueño fugaz, del que no recuerdo salvo que era gozoso –tal vez no fuera en realidad más que la sensación de haber soñado–, y seguidamente desperté a

las voces angustiadas de una mujer cubierta con un pañuelo que me preguntaba si estaba bien. Me pareció que apenas habían pasado unos segundos desde el ataque. Un hombre con un aliento acre se acercó a mi rostro y cogiendo mi cabeza con una mano la apoyó en mejor posición. La giré entonces hacia un lado, para apartarme de su rostro, y al moverme un intenso dolor me recorrió desde la nuca hasta la frente. Recordé entonces el infortunio de Ariza y me pregunté por un instante si yo iría a compartirlo, la *testa* rota y perdida. Pero la cabeza parecía regirme. Entendí lo que estaba ocurriendo del diálogo que intercambiaron entre los dos: mi atacante había huido escaleras arriba, yo sangraba de una herida en la frente, había que llamar una ambulancia. El hombre desapareció de mi vista, mientras la mujer del pañuelo me ofrecía palabras consoladoras. Antes de perder el conocimiento de nuevo, tuve tiempo de comprender que la carpeta había desaparecido.

Desperté por segunda vez en un cuarto de hospital. Las imágenes se fueron asentando en mi cabeza: mis brazos sobre las sábanas, más allá el abultamiento formado por mis pies, la pared blanca, el espacio delimitado por las esquinas, una ventana a un lado y una puerta al otro. Recordé el ataque y emití un suave quejido, como el de un animal pequeño y asustado. Después me quedé en silencio, expectante. No tardó en entrar una enfermera. Al constatar que me había despertado llamó al doctor y me informó de que me hallaba ingresado en la Clínica de la Virgen Blanca. Tenía sentido, la Virgen Blanca estaba situada a escasos minutos del lugar donde había sufrido el ataque. Este sencillo pensamiento lógico me tranquilizó, lo interpreté como señal de que todo estaba bien en mi cabeza. Cuando llegó, el doctor me hizo una serie de preguntas dirigidas a comprobar si razonaba de manera coherente. Mi cabeza trabajaba despacio; ya no sentía dolor, me debían de haber atiborrado a analgésicos, pero sí un enorme cansancio. Mis brazos pesaban como si no me pertenecieran. Me tranquilizó, todo parecía en orden, aunque tendrían que hacer un scanner para asegurarse. Pero eso sería al día siguiente. Me preguntaron entonces si quería contactar con algún familiar y di los números de Ane y de Kundera. Salieron y caí dormido de nuevo.

Pero fue Barrutia quien, pasado un rato, apareció en la habitación. Los ertzainas que se habían personado en el lugar del asalto habían informado de la identidad de la víctima, y él se había enterado en la central. Me saludó

cariñoso, sacándome de mi duermevela, y de la misma sentí la urgencia de relatarle lo ocurrido. Comencé a hacerlo, pero casi de inmediato, no sabría explicar por qué, me emocioné. Me sentía culpable y agradecido hacia aquel hombre de mirada bondadosa, que me sujetaba la mano mientras trataba de explicarme. Confesé no haberle contado toda la verdad. Le hablé con atropello del manuscrito desaparecido junto con el *Elogio*, de su inmenso valor, de los numerosos y poderosos interesados en hacerse con él... No era un relato demasiado coherente ni detallado, estaba demasiado exhausto para ello, pero el subcomisario tampoco apretó, me tranquilizó y dijo que ya hablaríamos con calma cuando me recuperara. Había sin embargo algo que tenía que transmitirle sin la menor dilación: antes de que la botella golpeará mi frente, había podido identificar al agresor. El subcomisario me miró expectante. “Estoy seguro”, clamé, “ha sido Jauregi, un viejo profesor de Deusto, he podido ver su rostro y el cuello de la sotana”. Añadí que sin duda debía trabajar para el Vaticano, mientras Barrutia trataba de calmarme de nuevo. Me fui sosegando, hasta que por fin cerré los ojos y caí en un pesado sopor. No sabría decir si el subcomisario seguía o no en la habitación.

Un par de horas más tarde, Ane y Kundera se toparon en el vestíbulo y subieron juntos. Me encontraron cenando, me sentía más recuperado. Ella me besó sin calidez. Me sorprendió su estado, todavía desquiciado, no muy alejado del que tenía la noche que vino a verme. Estaba muy sería y caía en silencios prolongados. Kundera, con su histrionismo y su comedia habituales, logró distender algo el ambiente, pero no consiguió alterar la inmensa tristeza de sus ojos. Tras ponerles en antecedentes de lo que me había relatado Urizar, le pedí a mi amigo que indagara en internet sobre el Priorato de Sion. Pensé en hacerme yo también con un ordenador portátil, tal vez en el hospital tuvieran alguno que me pudieran prestar. Pero enseguida aparté la idea de mi cabeza, sintiendo de nuevo el cansancio. Solo quería dormir, los problemas podían esperar. Y el secreto que Ane guardaba podía esperar también.

Al día siguiente me dieron el alta a media mañana. Tras dormir diez horas del tirón me sentía en relativo buen estado. A primera hora, el scanner había confirmado la ausencia de lesiones. Después había aparecido Barrutia de nuevo. Esta vez había podido contarle con detalle todo lo que sabía sobre el

asunto, con tan solo alguna pequeña tergiversación de la verdad. Por salvarle la cara al rector, y a mí mismo, le había dicho que nuestra dilación en revelar la desaparición del *Principia* y del manuscrito se había debido a que todavía manteníamos esperanzas de encontrarlos en el domicilio de Ariza. El subcomisario me devolvió una cara de póker, pero, al menos por el momento, optó por no entrar en recriminaciones. Dijo que tenía que darle unas vueltas a todo el enredo. Entretanto, ya se había puesto en contacto con el rector para indagar sobre el paradero de Jauregi.

Cogí un taxi y me dirigí directamente a la universidad. A pesar de ser domingo, sabía que el rector solía pasar unas horas en su despacho una vez acabada la misa en la capilla universitaria. Sentía la necesidad imperiosa de confrontarlo y averiguar cuál era exactamente su grado de involucración. De espetarle que Jauregi podía haberme matado. El bedel de la entrada me confirmó que se encontraba en la rectoría. Me acerqué, escuché voces dentro, toqué la puerta y a la respuesta del rector me identifiqué. Me hizo pasar. Frente a su escritorio se sentaba un clérigo alto y delgado, de rasgos afilados y ojos inquisitivos tras las gafas de armazón metálico, que me tendió la mano sin levantarse de la silla. Me sorprendió el estado de su sotana, vieja y roída como la de un párroco de aldea, y más aún cuando Plazaola me lo presentó como el prelado Arietti, de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Llegado esa mañana de Roma. Más allá de aquella incongruencia, su aspecto vagamente mezquino y acusadamente intrigante me causó una repulsión instintiva. A pesar de todo, el personaje emanaba una cierta elegancia natural. Me senté en la silla que me señalaba el rector. Fue a decir algo, pero me adelanté.

—¿No llaman también a Jauregi? —pregunté, con una ironía ácida—. No me importaría nada cruzar un par de palabras con su mamporrero.

El rector me lanzó una mirada sobresaltada, y seguidamente desvió los ojos hacia el prelado. Éste volvió su rostro y me observó con aparente tranquilidad, evaluándome. Me pareció que la intención de una sonrisa se esbozaba en su rostro, pero ésta no llegó a producirse. A pesar de la calma de su mirada, su cuerpo emanaba tensión. Tenía las manos entrelazadas, con los dedos huesudos dando la impresión de estar a punto de crujir, y una suerte de disposición agresiva latente en sus músculos. Había algo amenazador en él.

–Sabemos que está alterado, pero eso no le exime de cuidar lo que dice – señaló entonces Plazaola, en un tono que reunía una vaga amenaza con una apelación algo suplicante para que me comportara. Mantuve sobre él una mirada dura.

–¿Está seguro de que ha sido Jauregi? –La pregunta la hizo el prelado. Tenía un tono de voz roto, con una inflexión metálica que lo revestía de autoridad. Su castellano era algo cantarín, contagiado de la entonación italiana.

–¿Me toma el pelo? –respondí de nuevo con acidez.

Se intercambiaron una mirada. Arietti hizo un leve gesto de asentimiento con la barbilla. El rector suspiró y entrelazando las manos sobre el escritorio –un tic que repetía con frecuencia y que debía servirle para concentrarse o atraer la atención– me miró con gravedad.

–Jauregi está desaparecido –dijo–, ayer no volvió a dormir a la residencia conventual y no contesta en su móvil. La Ertzaintza nos ha relatado lo ocurrido. Usted parece estar convencido de que fue Jauregi el que le asaltó; y más grave aún, parece convencido de que hemos tenido algo que ver con ello. Respecto a lo primero, a pesar de que no acabo de comprenderlo, cabe que sea cierto, habida cuenta de su extraña desaparición. Nunca suele abandonar la residencia. Pero respecto a lo segundo sus sospechas son infundadas, además de profundamente irrespetuosas.

–Calmémonos todos –pidió entonces el prelado, abriendo las manos en un gesto que pareció liberar la tensión de su cuerpo–. Créame que sentimos mucho lo que le ha ocurrido, Azurmendi. Y tenemos el mismo interés que usted en averiguar quién ha sido el asaltante y cuáles son sus intenciones.

Les miré a los dos mientras reflexionaba. Al igual que unos días atrás en aquella misma rectoría, me asaltó la sospecha de que podía estar equivocándome. Me acababa de venir a la mente mi error anterior, cuando asumí que el personaje brusco y antipático que había indagado en la librería de Cambridge era el bibliotecario Bidart. “Un hombre bajito y enjuto, con el pelo enteramente cano y una mirada nerviosa”, había descrito el librero. Ahora me daba cuenta de que aquella descripción también cuadraba a la perfección con Jauregi. De ser él el asaltante que me había esperado escondido detrás del árbol –algo de lo que yo tenía plena certeza–, se deducía

que el personaje que había indagado en la librería de Cambridge debía ser también el mismo Jauregi. Lo cual no exoneraba necesariamente al rector, y aún menos al a todas luces sibilino prelado, pero me hacía ver lo pantanoso del terreno en que me movía. Por otro lado, la turbación de Plazaola me parecía sincera. Era más difícil juzgar a Arietti, un hombre con pinta de estar acostumbrado a mentir sobre los más graves asuntos sin un atisbo de agitación. En cualquier caso, concluí que me convenía ser prudente. ¿Podía Jauregi no estar actuando para el Vaticano?

–Está bien –dije, a la vez que llevaba una mano a la herida en la frente–. Explíquenme entonces lo que está ocurriendo.

Se miraron un instante de forma inexpresiva. Fue el prelado quien tomó la palabra.

–Creíamos más bien que usted nos podría arrojar algo de luz. Sabemos por la Policía que el asaltante se llevó una carpeta con un documento. ¿De qué documento se trata?

De nuevo el juego del gato y el ratón. Cuánto sabían ellos y cuánto sabía yo. Decidí colaborar, no parecía que tuviera otra alternativa. Relaté mis encuentros con Ariza y Urizar, explicando que la firma del manuscrito del Trinity sustraído por Arcadio correspondía a Isaac Newton como Gran Maestro del Priorato de Sion, y que lo que Jauregi se había llevado era una copia de ese manuscrito, consignada a Urizar para que intentara descifrarla.

–El manuscrito contiene lo que parece ser un árbol genealógico –añadí.

Me miraron impertérritos, y comprendí que aquella noticia no era nueva para ellos.

–¿Estaba usted al tanto del significado de esa firma? –pregunté, mirando fijamente al rector.

Su rostro se tensó. Parpadeó un par de veces sin responder.

–Sí, estábamos al corriente de quién era el autor, y de la capacidad en la que elaboró y firmó ese manuscrito –fue de nuevo el prelado Arietti quien tomó la palabra–. Sabíamos que Ariza estaba trabajando en su descodificación. Lamentablemente, los enemigos de la Iglesia debían estar al tanto de la existencia del manuscrito y actuaron con rapidez.

–¿Los enemigos de la Iglesia?

El prelado me miró con una mezcla de irritación y desdén.

–Así es, la Iglesia tiene enemigos muy poderosos. Entiendo que en su elección de vida esta batalla no sea algo prioritario. Pero para algunos de nosotros la defensa de la Institución está por encima de nuestras elecciones personales. Por encima de nuestra propia vida, si no le importa que me ponga algo dramático.

–Jauregi, ¿un enemigo de la Iglesia? –pregunté con sorna, dando réplica a su condescendencia, y seguidamente fijé mi mirada sobre el rector, que nos observaba en silencio. El profesor de latín era conocido por ser un fiel subordinado de Plazaola.

–Por desgracia, el profesor Jauregi ha sido siempre algo díscolo con la Institución –respondió Plazaola–. Eso no justifica ni aclara qué locura puede haberle entrado... si es que efectivamente ha sido él.

–En cualquier caso –retomó el prelado–, se trataría de un instrumento en las manos de nuestros enemigos. Detrás de todo esto hay conspiradores que llevan un largo tiempo intentando asestarnos un golpe letal. Desgraciadamente, con la Policía involucrada va a ser más difícil gestionar esta situación de emergencia...

Me dedicó entonces una mirada recriminatora. Era evidente que mi confesión a Barrutia le escocía, al igual que le escocía que hubiera *perdido* la copia del manuscrito.

–Necesitamos saber con quién está usted –dijo seguidamente–, si con nosotros o con aquellos que intentan destruir a la Iglesia católica, incluso a la entera concepción del cristianismo... su colaboración en este asunto es importante.

Dudé unos instantes. En realidad, era una buena pregunta. ¿Con quién estaba yo en aquel enredo? Percibí entonces la mirada apremiante y dolida del rector. Seguía sintiendo agradecimiento y lealtad hacia su persona, y desde luego no les tenía ninguna simpatía a aquellos oscuros enemigos del cristianismo, que al parecer habían dejado a Ariza en coma y estado a punto de hacer lo mismo conmigo.

–Pero importa cuál sea la verdad... –titubeé.

–Cristo es la mejor verdad que tenemos –contestó Arietti con vehemencia–. Lo demás son supercherías de mentes rencorosas con afición a las leyendas de caballeros y a los secretos ocultos. La verdad está escrita en

los Evangelios; esa es la única verdad sagrada.

—¿Y el Priorato de Sion?

Arietti hizo un gesto de repugnancia.

—Una pandilla de francmasones resentidos y llenos de odio hacia la Iglesia de Roma. Eso sí, poseedores de una gran imaginación.

Intenté reflexionar y establecer una respuesta coherente, pero entendí que todo aquello me superaba, era demasiado complejo. Necesitaba tiempo para poner orden en mi cabeza. Decidí que por el momento solo cabía seguir el camino más prudente. Al fin y al cabo, yo seguía siendo profesor en aquella universidad, y la verdad es que por el momento no disponía de otras alternativas de vida.

—Está bien —dije—, estoy con ustedes. ¿Qué quieren que haga?

Se miraron con un velo de satisfacción. Plazaola relajó la tensión de su rostro.

—Hable de nuevo con Urizar —señaló, tras intercambiar una mirada cómplice con el prelado—. Tal vez no fuese la única copia del documento que guardaba. O tal vez haya logrado descifrar más de lo que dijo.

Asentí con un movimiento de cabeza. Aquella era una tarea al alcance de mi mano, sin complicaciones aparentes.

—Manténganos al corriente de cualquier novedad —añadió el prelado, impostando una afabilidad ausente hasta entonces—, y vaya con cuidado, ya ha comprobado cómo se las gastan nuestros enemigos.

Cruzamos nuestras miradas, y no pude evitar que la desconfianza que me producía aquel personaje volviera a reflejarse en mis ojos. Era palpable que a pesar de las buenas palabras no sintonizábamos. No me había convencido su visión exaltada y maniquea del asunto. Sabía bien que la Iglesia llevaba siglos ocultando aquello que no le convenía, declarando enemigo y aplastando a aquel que expusiera verdades inoportunas. ¿Podía estar desarrollándose ese tipo de guerra entre el Priorato de Sion y Roma? Una vez abandoné la rectoría, resolví que por el momento iba a colaborar, pero manteniendo un juicio abierto respecto a quiénes eran realmente los malos de aquella película.



Descansé toda la tarde, todavía algo debilitado por el golpe en la cabeza, y al anochecer decidí acercarme al caserío. Iba siendo hora de aclarar unas cuantas cosas. Al llegar al invernadero la observé unos instantes a través de una de las ventanas del salón. Estaba recostada en un sofá. Del interior llegaba la voz desgarrada de Janes Joplin –“la música apropiada para esos días”, solía afirmar ella–. Entré sin llamar, en un acto automatizado. Loi ladró, alarmado por un instante, y después se acercó a lamerme. Ane sostenía una copa de vino en la mano. La botella estaba sobre la mesa, con menos de la mitad de su contenido. Su rostro parecía menos tirante, no reflejaba el mismo nivel de angustia de nuestros dos últimos encuentros, pero la mirada seguía apagada y esquiva. Me saludó sin mucho afán, con una indiferencia extraña. Cogí una copa de la cocina, de camino de vuelta bajé la música, serví de la botella, me senté frente a ella en un sillón. Estuvimos un rato en silencio mientras Loi nos miraba a uno y al otro.

¿No debía ser ella quien diera explicaciones?

–¿Qué te pasa? –pregunté a mi pesar.

Me miró sin decir nada. Después señaló con un gesto la herida en mi frente.

–¿Estás bien?

–Sobrevivo. ¿Te ha pasado algo?

Intentaba mostrarme amable, pero no lograba evitar que mi voz aflorara con mordiente. Ella se cogió las piernas entre los brazos, la copa inclinada, la mirada centrada en un punto cualquiera. Entonces tuvo un leve espasmo, como un estremecimiento pasajero, y seguidamente una lágrima corrió por su

mejilla. Sentí ternura, pero la aparté de mi cabeza.

–¿Cómo ocurrió? –pregunté.

Ella no contestó inmediatamente, pareció ir a sollozar, pero se controló. Estuve a punto de decirle que tenía derecho a saber, pero me pareció una frase ridícula. Entonces una nueva oleada de ternura llegó e intenté dejar que pasara de largo. Pero ahora sentía lástima por ella. Sentía lástima por los dos. Mi voz ya no surgió mordaz.

–Ane, me gustaría conocer tu versión... intentar comprender.

Me miró un instante y volvió a llevar sus ojos a un punto perdido en el espacio. Después comenzó a contar. Hablaba en voz baja, se veía que tenía que realizar grandes esfuerzos para controlarse; a lo largo del relato no volvió a mirarme en ningún momento. La curiosidad, dijo, la necesidad de no ponerle puertas al campo, de sentir que todavía había misterios por descubrir. También la atracción, él se le había aproximado de una forma que tenía ya olvidada, como si aún se tratase de una joven de veinte años. Se habían conocido días atrás, cuando coincidieron en uno de los bares del pueblo. La noche que los descubrí era la tercera vez que se veían, y hasta entonces no había ocurrido nada. Charlaban de esto y de aquello, él era simpático y elemental. Pero aquella noche ella había bebido algo más, y habían fumado hierba. Después de un rato en el aparcamiento se habían dirigido al caserío. Ella creía poder controlarlo, me juró que seguía contando con que aquello no pasara de un pequeño escarceo, un flirteo leve como los de su adolescencia. Sin embargo, nada más entrar en el caserío el hombre se le había abalanzado con violencia. Había intentado hacerle frente, pero era demasiado corpulento y vigoroso. Había gritado, pero sabía que nadie la iba a poder oír; a salvo de Loi, al que a petición de él habían dejado fuera. “Es una pena, pero los perros me producen alergia”, había fingido. Lo más extraño es que parecía estar determinado de antemano a forzarla; una vez que estuvieron dentro del caserío, no había intentado seducirla, ni siquiera por un instante. Quería que fuera una violación. La despojó de su falda y de las bragas con violencia, desinteresándose del resto de su cuerpo. Se había resistido con furia a la penetración, pero entonces él la había agarrado del cuello con una mano poderosa.

–Apretó con fuerza hasta que me faltó el aire y tuve que desistir –relató entonces con un hilo de voz, a punto de sollozar–. De su mirada impassible

comprendí que aquel hombre estaba dispuesto a estrangularme, que era muy capaz de hacerlo.

Aflojó la lucha, dejando que él la forzara de una forma rutinaria y soez. No tardó en correrse. Antes de subirse los pantalones la golpeó, pero sin gran violencia; ella lo había sentido como un cachete de puro desprecio.

Al terminar el relato escondió la cabeza entre sus piernas. Yo me había quedado mudo. Tardé unos segundos en levantarme y acercarme hasta el sofá. Me arrodillé junto a ella y la rodeé con mis brazos. Sollozaba. Loí se acercó también y metió el hocico en aquel ovillo de desconsuelo. Estuvimos un rato sin decir nada, mientras Janes Joplin se destrozaba la garganta.

La imagen de aquel miserable depravado no dejaba de pasarme por la cabeza. Ahora revestía de crueldad y sadismo aquel perfil que hasta entonces se me había antojado fiero pero armónico y bien delineado. Susurré que tenía que denunciarlo. Ella se agitó, desenterró la cabeza en un movimiento brusco y me miró con pavor. Las lágrimas inundaban sus ojos cansados.

–No, eso no –suplicó–. Tú no le conoces, su mirada... ese hombre me mata.

La abracé más estrechamente. Pensé que de todas formas sería difícil probarlo, ella le había llevado al caserío voluntariamente, no había testigos, ni muestras de violencia en su cuerpo... además ya habían pasado días, y en cualquier caso era su voluntad lo que primaba.

–¿Sabes que me ha estado espiando? –dije entonces. Ella alzó la cabeza de nuevo sorprendida–. Me lo encontré a la salida de Cruces, lo reconocí por el todoterreno.

Agitó levemente la cabeza, con una mirada pensativa y asustada. Después la giró hacia mí y habló con voz apagada.

–Azur... él me dijo que te lo contara.

La miré perplejo.

–Dijo, “ahora cuéntaselo a ese apóstata con el que te acuestas”.

Tras permanecer con Ane un rato más me retiré a mi piso en Sopelmar. Para cuando dejé el caserío parecía más sosegada. En cuanto a mí, aquella noche no pude conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. Por momentos me abstraía en la crueldad y el dolor de este mundo, conceptos provistos de un

halo de inevitabilidad, difuminados y convertidos en etéreos por su impasible recurrencia. Pero no tardaba en bajar a la tierra y centrarme en el rostro concreto y desalmado del violador. Quería verlo sufrir, todo mi ser clamaba venganza. Me sentía también perplejo y culpable: ¿qué había querido decir al pedirle a Ane que me lo contara? ¿Por qué me espiaba?

Al día siguiente en el metro, de camino a la universidad, seguía intentando comprender el significado de la frase de despedida del tal Branko –así se llamaba el violador: le había dicho a Ane que era de origen serbio—. ¿Se trataba de un aviso, una amenaza? ¿Tildarme de apóstata, podía señalar que estábamos ante un fanático religioso? ¿Podía aquello tener que ver, de alguna recóndita manera, con el enredo del manuscrito en el que estaba involucrado? Después mis pensamientos volvieron a centrarse en Ane. Era difícil discernir lo que sentía. Ternura, repudio, asco, compasión... los sentimientos se intercalaban con una cadencia nerviosa. Quizás el amor estuviera luchando contra la vanidad; tuve la certeza de que de algo así se trataba. Y en aquel momento, era incapaz de adivinar quién iba a salir victorioso.

Al llegar me dirigí a por mi café. Lo necesitaba después de una noche de poco sueño, precedida por un fin de semana de lo más ajetreado. Rememoré mi cita con Miren, la visita a Ariza, la conversación con Iñaki Urizar, el asalto y las horas pasadas en el hospital, el juego del gato y el ratón con el prelado, el amargo relato de Ane... ¿cómo podían haberse apiñado tantos acontecimientos en poco más de cuarenta y ocho horas? Aquella mañana mientras me preparaba me había decidido a poner la radio por si había noticias sobre el caso, tal vez alguna mención al asalto del sábado o sobre la desaparición de Jauregi. Pero al parecer el suceso había caído en el cajón de los pequeños robos sin importancia, que sucedían a diario en la ciudad. Imaginé que ni en la Ertzaintza ni desde luego en el rectorado debían haber querido darle publicidad. La radio hablaba en cambio de que el Sagrado Corazón había sido repuesto en su sitio, para alivio de los bilbaínos. Se seguía especulando sobre los autores, las posibles razones, la deriva social... el atentado había dejado un rastro de enojo y miedo en la ciudad, intensificado tal vez, decía el locutor, por la sinrazón, lo absurdo del ataque.

Cuando entré en el claustro me invadió un leve nerviosismo. No sabía cómo debía comportarme con Miren. Sin embargo, ella se acercó en cuanto me

vio y me sonrió con naturalidad. Me relajé de inmediato, y tras intercambiar saludos y banalidades sentí el impulso de compartir con ella todo lo ocurrido. Pero decidí que por el momento debía actuar con discreción. No sabía qué explicación pretendía dar el rector para justificar la desaparición de Jauregi. Ella me preguntó por la herida en la frente, y me escabullí aludiendo un accidente doméstico. Estaba particularmente atractiva aquella mañana, más sensual que de costumbre; o tal vez fuera el recuerdo de la noche pasada juntos, que avivaba mis sentidos. Tenía pensado retirarme pronto y descansar, ni por asomo me había planteado volver a citarme con Miren tan pronto. Y sin embargo, antes de separarnos, quedamos en vernos de nuevo aquella misma noche.

En clase me dediqué a Weber: la implacable ética protestante, génesis del espíritu del capitalismo. Al terminar llamé a Iñaki Urizar para concertar una cita, pero no cogió el teléfono. Me acerqué entonces a la prisión de Basauri y pasé un rato con algunos de mis protegidos.

Horas más tarde me planté en el portal de Miren y toqué el timbre con escasa convicción. El recuerdo de lo que le había sucedido a Ane me había estado atormentando. Me sentía culpable. Además, estaba agotado y sentía la cabeza pesada. Varias veces a lo largo de la tarde había estado a punto de llamar para cancelar la cita, pero no me había acabado de decidir y allí estaba. Vivía en el número uno de la calle Bidebarrieta, apenas te adentrabas en el Casco Viejo desde el Arenal. Subí al tercero, y nada más abrir la puerta su sonrisa sensual, su aroma almizclado, su explícita carnalidad me devolvieron al instante buena parte de la convicción perdida. Nos besamos en la mejilla, de forma impersonal, y a la vez anticipatoria. Entramos, se trataba de un pequeño apartamento, decorado de una forma agresiva y juvenil; pero por alguien que fue joven en los años ochenta. Numerosas fotos colgaban de las paredes, algunas levemente obscenas, otras retratos de punkis. Me acompañó a una sala desde cuyas ventanas se podía divisar, de forma oblicua, el teatro Arriaga. El sofá imitaba la piel de una cebra, y el resto del mobiliario y los colores predominantes –negros y rojos– le daban al espacio un cierto ambiente de bar de copas. Observé que no había televisión. Miren me preguntó entonces si me gustaba la pasta, más bien lo afirmó y sin esperar una respuesta se fue hacia la cocina. “Me encanta la pasta”, anuncié en voz alta

mientras me sentaba sobre la imitación de piel de cebra, y ella no tardó en volver con una botella de vino y dos copas. “A todo el mundo le gusta la pasta, tonto”, bromeó, y acto seguido me besó. Tras tentar unos segundos mis labios, su lengua se abrió camino, respondiendo la mía con una avidez liberadora. Dejó las copas y la botella en el suelo y posando sus manos sobre mi pecho empujó con suavidad, de tal manera que mi espalda fue recostándose sobre el sofá. Se encaramó sobre mi cuerpo. Liberé su camisa e introduje las dos manos por debajo. Ella no tardó en subirse la falda hacia las caderas, sentándose a horcajadas sobre mí, mostrándoseme una mínima línea de tela negra sobre la piel oscura. Poco después nos movíamos arrebatados, ella encima y yo debajo, sin habernos siquiera desvestido. Mientras se liberaba del cansancio y la tensión de las últimas cuarenta y ocho horas, mi mente volvía de forma intermitente a la botella de vino y las copas, que aguardaban innecesarias sobre la alfombra.

Me despertó un sonido de sirenas. Miren dormía a mi lado, destapada y desnuda de cintura para arriba. La observé unos instantes: su rostro plácido parecía sonreír. Admiré su despreocupación: en pura teoría estaba al alcance de cualquiera, sí, y sin embargo solo unos pocos virtuosos de la vida eran capaces de sostenerla en el tiempo. Sabía que yo no era uno de ellos. Las sirenas se oyeron de nuevo, me levanté y salí a la sala. La luz espectral de los faroles de la calle entraba por la ventana iluminando el espacio con un brillo ambarino. Me di cuenta entonces de que sobre los cristales bailaban extraños resplandores. Escuché voces que venían del exterior. Consciente ya de que algo estaba pasando me acerqué y abrí el balcón. Las voces se convirtieron de inmediato en un griterío desordenado, y en el mismo instante el resplandor de las llamas impactó mis retinas. Podía notar el calor que irradiaban. Un edificio del otro lado de la calle, a no más de cincuenta metros de nuestro portal, se había convertido en una inmensa bola de fuego. Los bomberos maniobraban frenéticamente, mientras un creciente número de vecinos, muchos de ellos en pijama o camisón bajo la bata o el abrigo, se agolpaba detrás de un cordón policial. Desperté a Miren, nos vestimos a toda prisa y bajamos nosotros también, cuando la Ertzaintza venía ya a desalojar el edificio. Nos trasladaron a todos a la plaza del teatro Arriaga, desde donde, a lo largo de la siguiente hora, observamos cómo las llamas reducían a cenizas el magnífico

edificio del siglo XIX donde se alojaba la Biblioteca Municipal de Bidebarrieta. Los vecinos, la mayoría habitantes longevos de la calle, se lamentaban desconsolados ante aquel espectáculo dantesco. La Biblioteca de Bidebarrieta era una de las más importantes de la ciudad, y sin duda alguna la de mayor tradición. Las expresiones de incredulidad, frustración y resignación se extendieron por la plaza. Más tarde, cuando entendimos que los bomberos iban a lograr controlar el fuego antes de que se propagara a los edificios colindantes, fueron sustituidas por una generalizada corriente de alivio.

Amanecía cuando decidieron que era seguro que volviéramos a nuestras casas. Las primeras luces se asomaban por encima de los montes de Artxanda. Observé la gradación de azules, de la franja de añil oscuro por encima de los pinos al celeste que comenzaba a clarear por arriba, terminando de ocultar a los astros más luminosos. Nos quedamos de los últimos, contemplando cómo aquella extraña tropa de desarrapados enfilaba la calle Bidebarrieta. Cuando abandonamos la plaza la claridad había vencido ya a la penumbra, y al acercarnos al portal algo llamó mi atención. Sobre el piso adoquinado de la calle, frente al extremo de la biblioteca más cercano a nosotros, se vislumbraban unas letras rojas. Junto a ellas, un fotógrafo acompañado por dos ertzainas sacaba fotos. Me solté del brazo de Miren, impulsado por una corazonada. Pude acercarme lo suficiente para poder leerlas:

Muera la inteligencia
Supremacía de la necesidad sobre la razón
PSP

Me agité admirado: ¿por lo tanto no se trataba de un incendio fortuito, sino de un nuevo atentado del PSP! Uno de los policías me urgió entonces a que me retirara de allí. Volví al portal, donde Miren me esperaba sosteniendo la puerta entreabierta. Le comenté con voz entrecortada lo que acababa de leer. La sorpresa inicial dio paso a un brote de preocupación. Me invadió un sobrecogimiento: ¿Qué significado tenía aquella acción?, ¿por qué quemar una biblioteca?, ¿por qué ensalzar la necesidad sobre la razón? ¿Nihilismo radical? En cualquier caso, aquello no podía tomarse ya como un hecho aislado, una extravagancia a olvidar: el PSP parecía decidido a sembrar el caos en nuestra

ciudad. Tras el Sagrado Corazón, la Biblioteca de Bidebarrieta... Y lo peor, como recordé que había dicho el locutor en la radio, era no saber cuál podía ser su propósito. Preguntarse si podía haber un plan bien definido detrás de aquellos atentados, cuyo objetivo no podía ser otro que subvertir el orden establecido. Era evidente que los activistas, fueran quienes fueran, no carecían ni de arrojo ni de medios, lo que daba pie a cavilar si no tendrían también un programa inteligible. Conocíamos bien los estragos de muerte y de dolor que la doctrina de la *socialización del sufrimiento* implantada por ETA había causado en la última década. En realidad, aquella era la esencia del terrorismo: que todas las capas de la sociedad se sintieran amenazadas. ¿Pretendía el denominado PSP algo parecido? Los pensamientos sombríos bullían en mi cabeza cuando nos acostamos de nuevo. Miren deslizó un dedo insinuante por mi piel, pero no tardó en comprender que yo no estaba de humor. Alegué que mejor intentábamos descansar un poco, y ella no tardó en caer dormida.

Yo sin embargo no lograba conciliar el sueño. Ahora, me volvían a rondar imágenes de Ane. Con el incidente se había disipado el espejismo de serenidad, y comprendí que aquellas horas pasadas con Miren solo habían supuesto un breve solaz en mis tribulaciones. Observé su respiración sosegada. ¿Tenía derecho a estar en aquella cama? El hecho de que hubiera sido Ane quien había iniciado la cadena de infidelidades no lograba aplacar mi sensación de culpabilidad. Era inevitable sopesar el resultado de nuestras respectivas traiciones: ella había sufrido una violación a manos de un sádico, mientras que yo retozaba alegremente con la compañera de claustro. Lo que le había ocurrido a ella no hubiera podido ocurrirme a mí, ya no, y el machismo implícito en esa aserción me dolía como algo propio. Pero no era solo eso, sospechaba también que las motivaciones del desliz eran más justificables en su caso, más espurias en el mío. Ella sentía una necesidad vital de no establecer límites definitivos, de seguir descubriendo. Lo mío era más rutinario y carnal, un deseo erótico cumplido. Había ido desentrañando con rapidez las capas y posibilidades de mi relación con Miren; tras el momento de sorpresa y fascinación que siguió a nuestra primera cita, a estas alturas sabía ya que nunca podría tomarme en serio al espíritu inasible que yacía a mi lado. Libre como un pájaro sin jaula. La admiraba y envidiaba, pero sabía que

por mucho que fantaseara o incluso jugueteara al otro lado de la barrera, yo estaba hecho de otra pasta. Posiblemente más de la pasta de Ane. Además, estaba aquella insidiosa pregunta, que tintineaba constante en mi cabeza, señalando mi deslealtad y provocando mi arrepentimiento: ¿Había sido la pretensión real de Branko hacerme daño a mí?

Nos despedimos hacia las diez. Miren tenía prisa por llegar a la universidad, mientras que mi primera clase no estaba programada hasta más tarde. A pesar de haber dormido muy poco me sentía repuesto. La herida en la frente escocía algo, pero no había rastro del dolor de cabeza. Con el ánimo recuperado, decidí aprovechar para acercarme a la vivienda de Iñaki Urizar. Acabé de prepararme y bajé a la calle. Me adentré en el Casco Viejo, pasando en primer lugar por las ruinas calcinadas de la Biblioteca de Bidebarrieta. Observé que la fachada frontal había aguantado, no así los pisos y el tejado, que yacían derrumbados. A través de los agujeros de las ventanas se veían enjambres de escombros que humeaban todavía. Un intenso olor a quemado inundaba la calle, y sobre los adoquines había restos de un líquido blancuzco. El cordón policial dejaba apenas un estrecho pasaje, del lado opuesto al edificio. Al pasar pude ver que las letras rojas seguían allí, medio cubiertas por la espuma blanca. La visión hizo que el brote de desasosiego aflorara de nuevo. Seguí por Bidebarrieta y doblé a la izquierda en la calle Víctor para acercarme a la Plaza Nueva. Dejados atrás los restos del incendio, el olor a limpio de la mañana y el trajín ligero de los transeúntes que ponían inicio a la jornada me ayudaron a librarme de aquella imprecisa angustia. Al llegar a la plaza atravesé la explanada y no tardé en situarme en frente del portal de Urizar. Había preferido no llamarle por teléfono. Sospechaba que tal vez estuviera tratando de rehuirme, ya que la vez anterior se había comportado de forma huidiza al concluir nuestra conversación. Fui a tocar el timbre cuando salió del portal el joven barbudo que había conocido en ropa interior, acompañado por el bóxer. Me reconoció y saludó con afabilidad, a la vez que mantenía la puerta abierta para que entrara.

En el cuarto izquierda toqué a la puerta sin resultado. Volví a insistir hasta que pasados unos minutos escuché pasos que se acercaban. Cuando se detuvieron se hizo el silencio durante unos segundos, Urizar debía estar

mirando por el visillo. Finalmente abrió la puerta. Su mirada reflejaba fastidio y alarma, inquietos sus ojos saltones y entreabierta la boca, como si fuera a decir algo y no se decidiera. También Mac parecía esta vez más desconfiado, sin atreverse a salir de detrás de las piernas de su amo. Entonces, en un gesto rápido, subió el dedo índice y lo posó sobre sus labios, indicándome al parecer que me mantuviera en silencio. La mano subió y bajó en apenas un instante. Seguidamente me hizo otro gesto para que le siguiera. En la sala un hombre alto y elegante observaba la plaza desde la ventana. Urizar le presentó como el notario Ochantesana –de mí dijo que era profesor de Deusto–. La mirada del notario alternaba entre afable y desdeñosa, en cualquier caso, era una mirada con *autoritas*, perteneciente a un hombre poderoso. Me observó con intención, como preguntándose qué podía hacer yo en casa de Urizar. Vestía un traje azul de finísima raya blanca, con un pañuelo blanco sobresaliendo en el bolsillo de la solapa. Tenía el pelo entrecano y engominado, pegado a las sienes y algo largo por atrás, lo suficiente para darle un leve toque canalla que añadía cierta ambigüedad a su figura.

Urizar no explicó ni qué hacía el notario en su casa ni a qué se podía deber mi visita, con lo que se produjo un silencio incómodo. Se dirigió hacia los sillones y los señaló para que nos sentáramos. Ochantesana se deslizó en el más cercano a la ventana y siguió observándome, recostado, con las largas piernas entrelazadas, y los finos dedos de sus manos entrelazados a su vez sobre la rodilla derecha. Nuestro anfitrión se limitaba a acariciar la cabeza de Mac sin pronunciar palabra.

–¿Habéis visto el desastre de Bidebarrieta? –pregunté por decir algo, y dudé acto seguido de si por deferencia al notario debiera haber utilizado un tratamiento más formal.

La turbación en el rostro de Urizar pareció aumentar, encogido en su sillón. Yo no entendía nada, aunque era cierto que me había pedido que permaneciera callado, y sin embargo no había podido evitar intervenir. Tuve la sensación de que había interrumpido algo importante, de que mi presencia era inoportuna. Pensé que lo mejor era irme de allí y volver en otro momento. Pero entonces el notario Ochantesana se decidió a entablar conversación.

–*Muera la inteligencia* –señaló–, un concepto interesante. ¿Qué opina usted?

Hasta entonces apenas había pronunciado un escueto saludo, y al desplegarse ahora su voz, en toda su extensión, me pareció extraordinaria. Grave y profunda, armoniosa, llenó la habitación de su presencia. Con aquella voz podría encandilar a cualquiera. No se me había escapado que él sí había elegido utilizar un tratamiento formal. Tampoco lo extravagante de su aserción: “Un concepto interesante”.

–Ya fue utilizado por los fascistas –repliqué–, al parecer ahora es también del gusto de los radicales de izquierda... nihilistas o lo que sea que sean.

El notario ladeó la cabeza y abrió una mano.

–¿No lo somos ya todos... nihilistas, quiero decir?

Una media sonrisa se dibujó en mi rostro, pensé que no estaba hablando en serio. Él correspondió con una mueca similar, pero no me quedaba claro si sonreía reconociendo la guasa implícita en su pregunta, o si le hacía gracia mi actitud, o si quería reflejar más bien que en un determinado nivel todo era risible. Después borró su sonrisa y adoptó un ademán más serio.

–Verá, yo creo que nos hemos convertido en una sociedad de datos, máquinas, expertos... pero, ¿dónde queda el alma humana? –hizo una pausa dejando la pregunta en el aire y continuó–. ¿No es verdad que nos hemos quedado vacíos?

Me quedé callado, Ochantesana no parecía esperar que respondiera a sus preguntas. Más bien parecía ser el comienzo de un particular *discurso de la montaña*; la impronta especial de su voz acrecentaba esa sensación. Urizar nos miraba de hito en hito, mientras seguía sin pronunciar palabra.

–Cómo darle la vuelta, cómo volver a la esencia... ¿no son esas las preguntas? –continuó–. Tal vez hayamos sobrestimado a la inteligencia. El dominio actual del discurso científico es aberrante.

Le miré perplejo, ahora parecía hablar en serio, es más, podía entenderse que justificaba el incendio provocado de la biblioteca y el *Muera la inteligencia*, lo cual sí que resultaba aberrante. Además, daba la sensación de haber pasado a hablar para sí mismo, Urizar y yo nos habíamos convertido en meros convidados de piedra. ¿Quién era este Ochantesana, un lunático? Tal vez fuese su fascinante tono de voz lo que hacía imposible tomárselo a broma; eran palabras con peso, pronunciadas por una persona de importancia. Pero en realidad no se trataba de eso, comprendí entonces cuál era la causa real de que

su discurso me impactara: conectaba con esa angustia imprecisa que había sentido tras leer la proclama del PSP, una vaga sensación de caos y descomposición que los eventos de las últimas dos semanas habían introducido en mi mente, y que quizás, al menos en cierta medida, iban invadiendo también el sentir de toda la ciudad.

–Tal vez caminemos hacia un periodo de irracionalidad –prosiguió, ya con un tono casi mesiánico–, tal vez sea necesario sumirnos en él... para poder emerger con una potencia renovada.

Siguió un largo silencio, en el que mi mente reaccionó por fin y logré sacudirme el embrujo de sus palabras. Decidí que el notario Ochantesana era definitivamente un lunático, o cuando menos un excéntrico con pretensiones de gurú. En ese momento pareció volver del semitrance en el que había entrado. Amagó una sonrisa y descruzó piernas y manos.

–Una pena, lo de la biblioteca –dijo, en un pretendido tono ligero, que al menos en mi caso no logró diluir el poso de su discurso anterior. Seguidamente se levantó y afirmó que tenía que irse. Nos agradeció la conversación y tras despedirse cortésmente se dispuso a abandonar la vivienda.

Urizar se demoró con su invitado unos minutos en la puerta, mientras yo esperaba en la sala. Cuando volvió, seguido de cerca por el perro, realicé una mueca de extrañeza ante el monólogo al que acabábamos de asistir. Él me devolvió una mirada malhumorada.

–¿Qué es lo que quieres, Azurmendi? –preguntó con brusquedad. Mac se situó a su vera, observándome, y me pareció que, por puro mimetismo o en previsible defensa de los intereses de su jefe, adoptaba su mismo talante arisco. Estábamos de pie, y esta vez Urizar no parecía predispuesto a ofrecerme asiento.

–Tal vez os he interrumpido –dije.

Las pupilas de Urizar no parecían estarse quietas, nerviosas y enojadas en sus ojos saltones. Asustadas.

–El rector Plazaola me ha dado el encargo de preguntarte si has conservado alguna otra copia del manuscrito –dije entonces en un tono resolutivo–. El pasado sábado al salir de aquí...

–Estoy al corriente de lo que ocurrió el sábado –me interrumpió–. Y no

tengo ninguna otra copia, la que se llevaron era el único ejemplar. Ya te dije que no quería saber nada más del asunto. Me metéis en compromisos...

Parecía casi fuera de sí. Comprendí que por algún motivo se sentía amenazado. Pensé que en realidad no era una actitud descabellada; al fin y al cabo, a Ariza habían intentado matarle, y a mí me habían pegado un botellazo en la cabeza. Me pregunté por qué demonios yo me lo seguía tomando tan a la ligera. Sin embargo, me daba la impresión de que algo más tenía que haberle ocurrido desde el sábado. Algo que le había metido miedo.

—Entiendo —dije—. Entonces, ¿no hay nada más que nos puedas aclarar respecto al manuscrito?

Tensó su rostro, marcándose las líneas y arrugas que lo delineaban. Seguidamente resopló, liberando tensión.

—No sé nada de ese maldito manuscrito —bramó—. Y vosotros no tenéis ni idea de en dónde os estáis metiendo —añadió con impaciencia—. Esto no son escaramuzas de bibliófilos, ni siquiera intrigas de clérigos hipócritas...

Le observé con intensidad, a la vez que mantenía un ojo sobre Mac, que había avanzado un par de pasitos hacia mí.

—¿Qué coño es esto entonces, Iñaki? Dímelo tú —le reté.

Sacudió la cabeza a un lado y a otro, tomó aire y lo expulsó lentamente. Después alzó la mirada y habló con un punto de desespero.

—Esto es un nuevo capítulo de una conspiración de siglos.



Mientras esperaba en la antesala de la rectoría seguía preguntándome qué podía haber asustado a Urizar de aquella manera. No había logrado sacarle una palabra más; reaccionó airadamente a todas mis aproximaciones, exaltándose cuando traté de indagar sobre el Priorato de Sion. En su mente aquella oscura organización no era ninguna quimera, sino una amenaza cierta y letal para cualquiera que indagara en sus secretos. Resultaba evidente que su perspectiva del enredo –por motivos que no rebelaba, pero debía pesar lo que le había ocurrido a Ariza, y quizás también amenazas más directas–, se había visto alterada desde el día en que su amigo le llevó la copia del manuscrito. Lo que en un principio habría abrazado como un reto intelectual sugestivo –intentar descifrar el código secreto–, se había convertido desde entonces en una tarea demasiado peligrosa, con la que ya no quería tener la más mínima involucración. Qué había cambiado, me pregunté. ¿Estaba el Priorato tratando de borrar toda traza del manuscrito? ¿Habrían llegado en su búsqueda hasta Urizar? Pero la pregunta que mayor perplejidad me causaba se refería al asalto que yo mismo había sufrido. ¿Era Jauregi un acólito de Sion, me había agredido y robado el manuscrito siguiendo las directrices de la orden? Ciertamente, esa posibilidad podía cuadrar con su personalidad esquiva y enigmática. Tratando de recordar detalles que pudieran ofrecer alguna pista sobre las motivaciones del profesor de latín, me había dado cuenta de que no sabía nada de él, era incapaz de recordar ningún aspecto relevante de su vida personal. Para empezar, no iba nunca al claustro. Que yo supiera tampoco tenía ninguna amistad entre los profesores, aunque se le suponía cercano al rector. Ese era su único asidero. Por lo demás, era como un fantasma de otra

época, que se paseara inadvertido pero escrutador por los pasillos y aulas de la universidad... sí, cuanto más pensaba en ello, más plausible me parecía que Jauregi fuera miembro de una orden secreta.

Al pasar a su despacho poco después, el rector iba a lograr enmarañar todavía más mis elucubraciones. Sin acogerse esta vez a los juegos de artificio habituales, me informó de que había recibido una llamada de Ajay Kapoor con noticias sorprendentes y perturbadoras. Por lo visto había llegado al Trinity una extraña misiva, enviada por un remitente anónimo desde nuestra ciudad. Para sorpresa del Master –y ahora del rector y mía– contenía una copia del manuscrito de Newton. El objeto del deseo que todos perseguían aparecía así de improvisado. Plazaola había supuesto de inmediato que se trataba de la copia robada por Jauregi, o de una copia de la misma. Si ese era el caso, ¿por qué remitírsela al Trinity? Pero, además, el documento iba acompañado de una diatriba contra el papa Juan Pablo II, a la sazón en el trono de Roma.

–La he recibido hace un par de horas y todavía no he podido sobreponerme –me confesó un Plazaola con el rostro demudado. Hasta entonces nunca se me había mostrado así de vulnerable, y su abatimiento sincero me llevó a sentirlo más cercano. Me di cuenta de que comenzaba a estimar a aquel hombre–. Tenga, lea usted mismo –añadió, pasándome el documento recibido desde el Trinity. Se trataba de un solo párrafo, en castellano, mecanografiado y sin firma.

Al infame Karol Józef Wojtyła, autonombrado Ioannes Paulus II, traidor de Cracovia, continuador de la fraudulenta cátedra de San Pedro, azote de los pobres y desfavorecidos, renovador gustoso de la Inquisición, amigo de dictadores y de la adulación; enemigo acérrimo de la verdadera compañía de Jesús: tus horas están contadas, la revelación de la verdad avanza imparabile e incontestable; los cimientos de la Iglesia de Roma comienzan ya a resquebrajarse. De Sion llega tu condena.

Levanté la cabeza del papel asombrado de que Jauregi, si había sido él, pudiera haber escrito aquello. Reconocía algunas de las críticas a Juan Pablo II (incluso podía compartir alguna de ellas), pero en conjunto aquella invectiva parecía la obra de un fanático. Volví a leer la última frase: *De Sion llega tu condena*. Podía tratarse de alguien que creyera a pies juntillas en el secreto guardado por el Priorato de Sion, pero también de alguien que

simplemente aprovechara la leyenda para atacar a la Iglesia. Era patente la inquina que el redactor le profesaba al Papa. En cualquier caso, el párrafo parecía pretender avanzar lo que el manuscrito escondía: *la revelación de la verdad*. Era de suponer que se refería a la descendencia de Jesús y María Magdalena, el elemento que haría *resquebrajarse* los cimientos de la Iglesia. Sin embargo, el manuscrito en sí seguía sin estar descifrado, el rector me confirmó que en el envío no había nada a ese respecto, al menos a decir de Kapoor.

En cualquier caso, la misiva suponía un duro golpe para Plazaola, independientemente de si el manuscrito escondía o no aquella pretendida verdad. Un ataque frontal al jefe supremo –el Vicario de Cristo, receptor de su poder y autoridad en la Tierra– realizado por uno de los subordinados más longevos del rector de la universidad jesuita de Deusto. Imaginé entonces la furia que iba a provocar en el prelado Arietti cuando se enterara. La imagen me llevó a preguntar por él.

–Por fortuna está de vuelta en Roma, no quiero ni pensar en su reacción –respondió el rector, mientras se pasaba la palma de la mano por la frente.

Le relaté entonces de forma sucinta mi visita a Urizar, y lo extraño y asustado que lo había encontrado. El rector observó que aquel asunto era cada vez más oscuro y preocupante. Me confesó que a esas alturas lo único que deseaba era que la Ertzaintza desentrañara de una vez quién estaba detrás de todo aquello, supusiera o no publicidad negativa para la Iglesia. Por lo visto también el Master Kapoor había decidido ponerse en contacto con la Policía inglesa, harto de esperar a que apareciera el manuscrito original y alarmado ante la deriva que estaban tomando los acontecimientos. De tal manera que el asunto del manuscrito robado no tardaría en estallar y atraer la atención de los medios.

–Y si Jauregi está trabajando para una pandilla de iluminados y desaprensivos, tendrá que responder por ello –concluyó.

–¿Cree que lo está haciendo?

Agachó la cabeza, fijando la mirada en su escritorio. Sus dedos jugaron unos segundos con un bolígrafo, haciéndolo girar sobre el tapete de cuero un par de veces.

–Verá –avanzó sin levantar todavía la mirada–, Jauregi pertenece a la vieja

guardia de la Compañía, el grupo de jesuitas que trabajó de forma muy cercana con el padre Arrupe antes de su enfermedad. De hecho, Jauregi tuvo un papel importante en la Congregación General del 74, y en los trabajos previos que llevaron a la aprobación del Decreto 12. –Levantó entonces la cabeza con una mirada interrogadora, para inquirir si sabía de qué me estaba hablando. Asentí con un gesto vago que venía a decir que estaba al corriente de algunos hechos, pero no siendo jesuita no los conocía en detalle. Sabía desde luego de la importancia de la figura del padre Arrupe, y de la enorme impronta que había dejado como General de la Compañía. Era una figura mítica, engrandecida en especial por sus años de ejercicio en Japón, donde había conocido la cárcel y sido testigo directo de la explosión de la [bomba atómica](#) sobre Hiroshima–. El *Decreto por una pobreza auténtica* o Decreto 12 –prosiguió–, proclamó el compromiso de la orden jesuita en la lucha contra todas las injusticias humanas, situándonos en el lado de los pobres y desfavorecidos, y, de alguna manera, en contra de los ricos y poderosos. Esta apuesta decidida de la Compañía llevó a la involucración de muchos de sus miembros en las luchas sociales de diversos pueblos, una involucración que ya venía de atrás, en especial en Latinoamérica. Se trataba de luchas sangrientas; usted recordará sin duda el asesinato del padre Ellacuría y sus asistentes y compañeros en El Salvador. Por desgracia, la lista de sacerdotes asesinados en América Latina en aquellas décadas es espeluznante. Pero estos afanes, conectados en parte con lo que se denominó la Teología de la Liberación, llevaron también a la Compañía de Jesús a tener constantes confrontaciones con el Vaticano.

–Y es ahí donde entra Juan Pablo II.

El rector asintió con un leve movimiento de su cabeza y me miró con incomodidad. Yo sabía que en determinados ámbitos las relaciones de la Compañía con el pontífice seguían siendo un asunto espinoso y sensible, y que Plazaola debía medir mucho lo que dijera.

–Así es –replicó–. El Santo Padre no estuvo de acuerdo con nuestro posicionamiento, ni en esta materia ni en algunas otras, y su distanciamiento del padre Arrupe fue tremendamente doloroso para la Compañía. En especial para el propio padre Arrupe, que sufrió lo indecible en sus últimos años. Juan Pablo II se negaba a recibirle, y cuando quiso dejar su puesto al frente de la

Compañía y proceder a nombrar un nuevo Preósito General, no se lo permitió. Meses después, al sufrir Arrupe una trombosis cerebral, el Papa nombró un delegado personal para atender al gobierno de la Compañía. Se interrumpió de esta manera el proceso ordinario de nombramiento de un sucesor por medio de la Congregación General, quebrándose la independencia de la Compañía por primera vez en cuatro siglos y medio. El padre Arrupe reaccionó a la decisión del pontífice con dolor pero con abnegación, siguiendo así el principio de obediencia marcado por nuestro fundador San Ignacio. Todavía viviría diez años más, años que fueron un auténtico calvario para él, humillado y denostado, pero siempre leal a la jefatura de la Iglesia, aunque aborreciera algunas de sus decisiones. Solo cuando murió, tras tantos años de significativo silencio, surgieron de todas partes las voces de elogio... Son los contrastes y misterios de una Roma habituada a la santidad y a la intriga.

Plazaola se quedó entonces en silencio, como si prefiriera que las conclusiones las sacara yo mismo.

—Y por todo ello hay numerosos jesuitas, entre los cuales se encuentra el propio Jauregi, que nunca han podido perdonar a Juan Pablo II —aventuré—. Por cómo humilló a la Compañía, y sobre todo al propio padre Arrupe...

Persistió unos segundos en su silencio, mirando de nuevo a la superficie del escritorio, sin negar ni afirmar.

—Le voy a contar un detalle —dijo finalmente—. Durante mucho tiempo el padre Arrupe, debilitado por el ictus, bajaba todos los domingos a la esquina de Borgo Santo Spirito, al lado de la casa generalicia de Roma, a la hora en la que debía pasar por delante el Papa camino de su visita a las parroquias romanas. Buscaba de esta manera mostrar su sumisión, y quizás algún gesto de humanidad. Sonreía y saludaba al Papa, sin que éste llegara nunca a devolverle el saludo.

Nos intercambiamos una mirada triste, que venía también a significar que no hacía falta explicitar nada más. Yo era libre de señalar mi desaprobación o mi enojo, pero el rector no lo era, y tampoco hubiera podido escuchar una censura a las actuaciones del Papa sin verse forzado a reprenderme. Así que era mejor no decir nada, pero no tenía ninguna duda de que el padre Arrupe estaba en ese momento en su corazón, al igual que estaba en el mío.

—¿Cree entonces que Jauregi ha escrito esa misiva? —pregunté al cabo de

unos segundos.

Desvió la mirada hacia el ventanal y al retornarla suspiró.

–Ese escrito me es reconocible, sí; tanto en la relación de críticas al pontífice como en especial cuando le señala como “enemigo acérrimo de la verdadera compañía de Jesús”.

–¿Y así el profesor Jauregi habría puesto su cólera al servicio de la causa del Priorato de Sion, no importándole el daño infligido a la Iglesia católica con tal de atacar al Papa?

El rector abrió las manos y las alzó ligeramente, su gesto habitual para señalar que algo era posible o incluso probable, pero que no había entrado todavía en el saco de las certezas.

–Pero, ¿quiénes son? ¿Existen realmente? –pregunté.

Se pasó una mano cansada por los ojos, restregándoselos suavemente antes de contestar. Su actitud hacia mí había cambiado respecto a nuestros anteriores encuentros. Tal vez las preocupaciones habían logrado vencer las cautelas propias de su cargo y de su formación; tal vez necesitaba un amigo con el que compartirlas. No veía al prelado Arietti jugando ese papel, y era probable que Plazaola tuviera que mantener la confidencialidad sobre lo que estaba ocurriendo con sus consejeros habituales, si es que los tenía. Bajó la voz y un nuevo matiz de inquietud apareció en su timbre.

–Lo cierto es que la Iglesia ha tenido noticias de ellos a lo largo de los años... y sin duda cuentan con gente muy poderosa entre sus miembros. Sus objetivos no nos son del todo claros, pero desde luego incluyen la degradación del poder de Roma.

–¿Y la dinastía Merovingia? ¿La descendencia de Jesús?

–Eso no son más que leyendas –exclamó con vehemencia–, cuentos chinos. Tienen que serlo.

Nos quedamos un rato en silencio. No sabía cómo hacer la pregunta que bullía en mi cabeza, o si debía hacerla en absoluto. Plazaola por su parte parecía perdido en sus pensamientos. Intuí que debía estar dando vueltas a la misma pregunta que me quemaba a mí. La acabé articulando por la propia inercia de nuestros pensamientos, reflejada en aquel silencio brumoso pero cargado de significado.

–¿Y si no lo fueran, si no fueran leyendas?

El rector me miró sobresaltado, confirmando en el lejano pánico de sus ojos que estaba barruntando lo mismo que yo. Se recompuso y adoptó un gesto grave; pero no se trataba de la gravedad de la autoridad, era algo mucho más profundo, era la gravedad premonitoria del resquebrajarse de su alma, del resquebrajarse de miles de millones de almas.

–Si no lo fueran... entonces Jesucristo no resucitó, y todo está perdido – sentenció, y las palabras brotaron lacerantes de su garganta.

Comprendía bien aquel pánico, aquel terror ante la posibilidad del más desgarrador de los descubrimientos. Yo había pasado por ello, muchos años atrás: el derrumbamiento de la fe. Una fe que tenía su piedra angular en la resurrección de Jesucristo, y su promesa más crucial y desmesurada en la existencia del más allá; y por tanto, descubrir en él a un mero hombre suponía también renunciar a la existencia de una vida después de la vida presente, y tener que aceptar que los seres humanos somos poco más que una pasión inútil.

–¿Y por qué enviarlo al Trinity? –pregunté pasados unos segundos, sacándole de su ensimismamiento.

El rector no supo darme una respuesta a esa pregunta, que apuntaba a la contradicción entre el secretismo del Priorato, en particular sus supuestos intentos de recuperar a toda costa el manuscrito, y el envío de aquella misiva al Trinity. ¿Cabía pensar que Jauregi estuviera actuando por su cuenta, aprovechándose de su conocimiento de la existencia del manuscrito para librar su propia batalla contra el Papa? Si ese era el caso, no tenía sentido que hubiera cometido también el robo en la biblioteca de Ariza: si el manuscrito estaba ya en su poder, ¿para qué arriesgarse asaltándome con el fin de arrebatarme una mera copia? La lógica parecía indicar que tenía que haber alguien más involucrado, aparte de Jauregi.

Abandoné la rectoría dejando al rector en un estado atribulado. Las cosas ya pintaban mal, pero no tardaron en agravarse; como suele ocurrir, las malas noticias se sucedían. Plazaola me llamó por teléfono un par de horas después de nuestra reunión, para informarme desolado de que la misiva con la copia del manuscrito y la diatriba contra el Papa había sido recibida también en la redacción de varios de los medios más importantes del país. Para mayor inri, había sido colgada en la red. Al parecer, quien estuviera detrás de los envíos

no solo no pretendía mantener el asunto en la oscuridad, sino que quería darle la mayor publicidad posible. Me pareció que la voz del rector comenzaba a asemejarse a la de un hombre hundido.

Inevitablemente, en los días que siguieron el caso del robo del manuscrito (junto con el posterior asalto en las calzadas de Mallona), se hizo definitivamente un hueco en los informativos y periódicos locales. La firma de Newton como Gran Maestro del Priorato de Sion llevó a todo tipo de especulaciones. Expertos en lo esotérico explicaron al gran público la leyenda de la descendencia de Jesús y María Magdalena, y la supuesta pervivencia de dicha descendencia hasta nuestros días. Encendieron con ese relato el interés de numerosos sectores de la sociedad. Y, cómo no, azuzaron la cólera o el desdén de numerosos grupos conservadores e instituciones católicas. Los periodistas más aplicados lograron rastrear el origen del manuscrito – sustraído por el profesor Ariza aprovechándose de su relación sentimental con la bibliotecaria del Trinity College de Cambridge–, lo que añadió una pata romántica y morbosa a la noticia. En las tertulias radiofónicas debatían los que pensaban que todo aquello era un cuento con los que traían a colación documentos y hechos históricos para demostrar su verosimilitud. Al parecer Urizar no era el único experto de la ciudad en lo concerniente al Priorato de Sion. Por otro lado, los comentaristas más disparatados establecían posibles relaciones entre estos sucesos y los atentados recientes ocurridos en la ciudad. En principio las acciones de supuestos radicales de izquierda parecían estar muy alejadas de aquella cacería de manuscritos antiguos, pero algunos se afanaban en encontrar un trasfondo común: el ataque a los pilares establecidos de la sociedad, punta de lanza de un nihilismo de nuevo cuño. Y, sobre todo, el ataque a la religión, concretado en la voladura del Sagrado Corazón y en la ácida diatriba contra el Santo Padre. Este estado de nerviosismo y confusión se vio acrecentado cuando, pasados dos días desde el incendio de la Biblioteca de Bidebarrieta, apareció en los principales periódicos del territorio una nueva cita de Erasmo de Rotterdam, que esta vez era ya imposible desvincular del último atentado. Enmarcada en un recuadro y a toda página como en la anterior ocasión, decía así:

Praeterea rationem in angustum capitis angulum relegavit, reliquum omne corpus perturbationibus reliquit.

Erasmi Roterodami

Ese día comí con Barrutia, y apenas nos sentamos en una tasca de Ledesma me mostró la traducción, realizada por el mismo profesor de latín de la vez anterior. Al parecer estaba camino de convertirse en colaborador habitual de la Ertzaintza. La traducción, salvo en algún matiz menor, coincidía con la que yo me había hecho en la cabeza.

Por eso relegó la razón a un pequeño rincón de la cabeza, mientras que llevó el desorden a lo restante del cuerpo.

Recordé una vez más la inscripción que había leído sobre los adoquines de la calle Bidebarrieta, escrita en grandes letras rojas. Comencé a recitarla en voz alta.

–Supremacía de la necedad sobre la razón...

–Exacto... Muera la inteligencia... ¡quememos las bibliotecas! –me interrumpió Barrutia con énfasis.

Medité entonces a quién podía referirse la nueva cita de Erasmo, cuando hablaba de relegar la razón del ser humano a un papel secundario.

–Imagino que este enunciado de Erasmo se refiere al Dios o a la naturaleza que nos hizo –concluí.

–Así podría interpretarse –coincidió–. En cualquier caso, estos nuevos anuncios ratifican nuestras sospechas. No dejan ya lugar a dudas de que las extrañas citas están relacionadas de alguna manera con los atentados. Por otro lado, seguimos sin comprender por qué el PSP elige oscuras citas de Erasmo para propagar sus mensajes. Supongo que, como dice tu amigo Kundera, tendrá que ver con las retorcidas prácticas de la propaganda. Y te diré que parece estar funcionando, cada vez hay más inquietud con todo el asunto entre nuestros dirigentes. Y a los locutores de radio y televisión les encanta lo de las citas en latín, les parece muy distinguido ofrecer traducciones e interpretaciones de una lengua clásica. El caso es que hasta ahora nos bastaba y sobraba con tener que lidiar con los extraviados de ETA. Pero por muy

irracionales que se consideraran sus motivos y execrables sus atentados, sabíamos a qué atenernos. El atractivo del romanticismo nacionalista, las heridas mal curadas de la Guerra Civil, la manipulación de ciertos jóvenes... se puede decir que conocíamos al enemigo y sabíamos cuáles eran sus motivaciones y sus objetivos. El terrorismo de Al Qaeda nos resulta algo más oscuro en sus causas, seguramente porque estamos mucho más alejados del mundo islámico, pero aun así podemos rastrearlas en el colonialismo, el integrismo religioso, la política internacional americana, o en la enorme brecha entre los momentos históricos de nuestras sociedades abiertas y la parálisis de muchos de los países árabes... Pero esto del PSP sencillamente no lo entendemos. Más allá de que los movimientos terroristas de izquierda, fuesen comunistas o anarquistas, hace ya mucho tiempo que se extinguieron en toda Europa, los atentados recientes no parecen responder a una estrategia típica de izquierdas. ¿Cómo es posible explicar en ese contexto la quema de la Biblioteca de Bidebarrieta y el ataque a la razón?

—¿Nihilismo?

El subcomisario exhibió una sonrisa irónica y hastiada.

—Sí, esa es una bonita palabra que últimamente está en boca de todo el mundo.

Asentí y dejé de trajinar con los cubiertos mientras rememoraba lo poco que sabía de los movimientos nihilistas. La nada como base existencial; la negación de toda proposición sobre el sentido de la vida; el rechazo a toda fuente de autoridad, a todo artículo de fe, dogma, o idea preconcebida. La pregunta obvia era qué clase de sistema social podía montarse sobre esos preceptos. ¿Cuál sería el siguiente paso de una sociedad que arrasara con todas sus concepciones e instituciones? Por mucho que Nietzsche hubiera fantaseado con el *superhombre* que supuestamente surgiría tras la transmutación de todos los valores, aquello sonaba a tragedia.

—Es la única concepción sociopolítica que parece poder aunar ataques a la religión y a la inteligencia —reflexioné mientras volvía a mi ensalada mixta.

En ese momento sonó el móvil de Barrutia interrumpiéndonos. Tras cogarlo pronunció una serie de monosílabos sin alterarse y colgó.

—Hemos dado con el intermediario —dijo—. Esta vez han utilizado a un subsahariano de la calle San Francisco. Mismo modus operandi que la otra

vez: un desconocido le ha dado el dinero para pagar los anuncios más un extra, y le ha dejado claras las consecuencias de cualquier incumplimiento. Por lo menos ha añadido algo a la descripción del tipo: metro ochenta-ochenta y cinco y fornido. Por lo demás todo igual, barba y gafas oscuras.

–¿Y no es posible hablar con la prensa?

–¿Qué les vamos a decir? No hay nada ilegal en publicar citas de Erasmo, al menos mientras no podamos relacionarlas más estrechamente con los atentados.

Seguidamente me miró, tomó aire y lo expulsó lentamente.

–Y, por otro lado, nos toca lidiar también con el virus de locura que al parecer se ha extendido entre los profesores de la Universidad de Deusto...

Levanté la cabeza del plato con una mirada interrogadora. Su rostro reflejaba un sarcasmo reprobador.

–Sí, así es, os habéis transformado en una pandilla de dementes. Primero Ariza roba un manuscrito en la Universidad de Cambridge, después Jauregi te asalta y te propina un botellazo en la cabeza... y tú, por tu parte, te dedicas a ocultar a la Ertzaintza información de gran relevancia.

Sus bondadosos ojos azules me miraron con un atisbo de tristeza, y yo no pude evitar sonrojarme.

–Perdona, José –me disculpé–, pensé que solo sería cosa de un par de días... el tiempo de tener las cosas un poco más claras.

Barrutia me miró todavía un segundo y después hizo un gesto circular con el tenedor, como pretendiendo señalar que agua pasada no mueve molinos.

–¿Qué sabéis del Priorato de Sion? –pregunté entonces, con el ánimo de superar cuanto antes aquel momento de embarazo.

El subcomisario me reveló que no era la primera vez que aquella organización secreta se veía presuntamente involucrada en asuntos tenebrosos. De acuerdo con la información extraída de Europol, los cuerpos de Policía de diversos países europeos habían tenido indicios de su involucración en actos criminales. En general la pauta se repetía: tras producirse el asesinato o la desaparición de algún personaje importante de la esfera política, económica o cultural, aparentemente con ausencia de un móvil claro, aparecían pistas que apuntaban a la participación en el crimen de cierta organización o secta secreta, que incluían rumores de misteriosas ceremonias. En algún momento de

la investigación surgía la mención a Sion, y poco después todo ello se volatilizaba en el aire, sin llegar a producir ningún resultado concreto. En alguna ocasión, la víctima había sido un miembro del clero. En cualquier caso, era todo demasiado vago para que pudiera resultar de ayuda efectiva en el caso que tenían entre manos. La única clave cierta era que siempre se trataba de tejemanejes entre gente poderosa.

–Estamos buscando a Jauregi –añadió–, lo normal es que no tardemos en dar con él, de una manera o de otra. Su detención ayudará a esclarecer el asunto. De todas formas, por ahora el caso del manuscrito tiene poca prioridad en jefatura. Como te podrás imaginar, los superiores nos tienen focalizados en investigar los atentados del Sagrado Corazón y Bidebarrieta. La emergencia de un nuevo terrorismo nihilista preocupa mucho más que el robo de un manuscrito antiguo. Y por ahora estamos sacando muy poco de los interrogatorios a los miembros fichados del PSP. Por fortuna, hasta el momento no ha habido víctimas, pero quién sabe cuál pueda ser su siguiente paso.

Asentí. Era comprensible que aquella fuese su prioridad. Sin embargo, en aquel momento volvieron a pasar por mi mente imágenes de los rostros atemorizados de Ariza y Urizar, y algo me dijo que, en la trama del manuscrito, no tardarían en producirse eventos que iban a requerir una mayor atención por parte de la Ertzaintza.



Aquel atardecer cogí la Vespa y me dirigí al caserío. Mientras subía por las solitarias cuestas contemplaba pensativo el paisaje: verdes campos, que en sus márgenes superiores colindaban con oscuros pinares, apretados bajo una bruma densa que mantenía ocultas las cimeras de los montes. Caseríos sueltos se divisaban en diversos puntos, silenciosos bajo aquella envoltura de humedad e incipiente penumbra. Conducía la moto con morosidad, a una velocidad muy inferior a la habitual. No me embargaba en esta ocasión la excitación propia de mis encuentros con Ane; seguía confuso, sin comprender con exactitud lo que sentía. La compasión por lo que le habían hecho la daba por descontada, me producía una enorme ternura su dolor... pero seguía siendo difícil discernir, en la mezcolanza de repudio, culpabilidad y cariño que experimentaba, si mi amor por ella podía sobrevivir. Una pátina de suciedad había caído sobre mis sentimientos. No podía evitarlo, me decía a mí mismo que no era justo, pero la imagen de su cuerpo mancillado me producía un rechazo instintivo. Desde algún lugar lejano y primitivo de mi cerebro, llegaba contumaz la reprobación de que ella misma se lo había buscado. Me daba cuenta de la injusticia de aquella pulsión, pero no lograba evitar que continuara presentándose en mi cabeza. Sin duda, pesaba también el hecho de que ella misma se sintiera avergonzada, reforzando con su reparo mi rechazo. Por momentos, sin embargo, la pátina desaparecía sin previo aviso, y el cariño me invadía hasta humedecer mis ojos con lágrimas de un afecto que sentía entonces imbatible. Pero poco después el desmayo de mi corazón volvía a reproducirse –aquella terrible tirantez, desgarramiento o colapso–, anunciando la llegada de una nueva ola de reprobación.

Dejé la moto junto al murete de piedra y tras acariciar a Loi, que se acercó como de costumbre a saludar con alegres ladridos, decidí demorarme unos minutos en la entrada del caserío. Un roble robusto de copa muy amplia ofrecía un techo natural a aquella especie de recibidor, donde un banco de hierro y una mesa de mármol blanco servían para completar el encanto del recodo. Muchas veces había esperado allí a que Ane acabara de atender a algún cliente. Me senté en el banco, pasando por alto la humedad que en aquel momento asolaba el rincón, y que iba calando mi cabello y se colaba por los resquicios del chaquetón. Sabía que tenía que tratar de ayudarla. Conocía de sobra el horror de vergüenza y menosprecio de sí misma por el que tenía que estar pasando. Debía lograr dejar de lado aquellos pensamientos crueles y maldicientes, que, como diablillos con vida propia, tocaban las puertas de mi rencor con su carga de desprecio: ella había querido que nos dejáramos espacio, deseaba que las cosas fluyeran con libertad, sin ataduras... quería experimentar y ahora pagaba el precio de ese anhelo. Aparté a los diablillos cerrando con fuerza los ojos y con un leve movimiento de cabeza volví a centrarme en qué podía hacer para ayudarla. Una sombra del pasado se abría y cerraba en mi mente, un recuerdo que había apagado y ocultado en algún lugar lejano de donde no quería que volviera. Anticipaba el dolor que despertar aquella memoria me iba a producir, pero sabía que era necesario para que mi ayuda pudiera servir de algo. Había intuido que aquella era la única manera de entrar en el mundo de escombros donde ella habitaba ahora, para poder hablarle de tú a tú. Y así, confundiendo su culpabilidad con la mía, y con la de todos los monstruos culpables, proceder a diluir la culpa que de otra manera no la dejaría sanar.

La encontré recostada en el sofá, al parecer convertido ya en su lecho de penas, la botella de vino esta vez casi vacía. Loi fue a tumbarse a su vera. A mi pregunta respondió que se encontraba bien, a la vez que producía una sonrisa forzada que desmentía la afirmación; era una pregunta estúpida, que sin embargo nunca dejábamos de hacer. Pregunté entonces si lograba dormir y esta vez su cabeza negó con sinceridad.

–He cerrado la herboristería y llevo varios días sin ver a nadie –resumió, atajando con desgana ulteriores preguntas.

Me serví la última copa de vino que guardaba la botella y decidí intentar ir

al grano. Pero cuando fui a convertir en palabras aquella intención –cuando me disponía ya a mencionar el Seminario–, las fuerzas me fallaron.

–¿Te acuerdas de cuando yo era cura? –pregunté en cambio estúpidamente, intentando dar al tema un enfoque jocoso. Ella me miró sin sonreír, esquivando la posibilidad de iniciar una conversación ligera.

Se hizo un silencio doloroso. Su rostro estaba demacrado, sin vida. Vacilé, cogí fuerzas, volví a vacilar y finalmente lo solté.

–Eso también me pasó a mí.

Me miró con una mezcla de curiosidad e incredulidad. De la solemnidad descompuesta de mis palabras debía haber comprendido la carga implícita en la palabra *eso*. Pero *eso* no podía haberme pasado a mí, *eso* sería siempre lo que le había pasado a ella.

–¿Qué quieres decir? –preguntó.

Me pasé una mano por la melena. Entrelacé mis manos bajo el mentón, apoyando los codos sobre mis muslos. Fijé la mirada en las baldosas de terracota.

–De crío, en el Seminario...

Ane se incorporó, despegando la espalda del respaldo del sofá. Me observó con un leve temblor en los labios. En su mirada vi el horror mezclarse con una expresión ambigua, que parecía contener sentimientos contradictorios: el desdén hacia mi pretensión de comparar mi sufrimiento con el suyo, junto con la esperanza titubeante de no estar sola en su dolor. Bajé de nuevo la mirada. Tenía doce años, dije, apenas llevaba un año en el Seminario Menor. El prefecto encargado de la disciplina era un hombre de mediana altura, con gafas de pasta, hombros cargados y rostro sonrosado. Ojos muy claros, de esos que casi parecen artificiales. Por lo general solía comportarse de forma amable, al menos conmigo; tenía sus preferidos entre los alumnos. Nos acariciaba el pelo, nos pellizcaba las mejillas... pero de una forma afeminada que ya antes me producía un rechazo instintivo. Entre los seminaristas algo más mayores giraban bromas, alusiones soeces que yo no entendía del todo, o no quería entender. No sé por qué me eligió a mí, tuve esa mala fortuna. Tampoco sé cuántos más pudo haber, nadie dijo nunca una palabra. A veces, cuando estábamos ya recogidos en las camarillas para irnos a dormir, llamaba a alguno de los alumnos a su habitación, mientras el resto realizábamos el

examen de conciencia y las oraciones nocturnas. Yo ya había sido llamado un par de veces anteriormente. Me había preguntado si era feliz, si echaba de menos a mi familia, si mis compañeros se comportaban bien conmigo... todo ello acompañado de caricias más abundantes y sentidas de lo normal. Aquella noche sin embargo estaba diferente. Su boca olía a alcohol y se mostraba más insistente, incluso algo agresivo. Después de las preguntas habituales y algunas bruscas caricias me dijo que era hora de que aprendiera la práctica del amor. Me dijo que era algo importante, que todos mis compañeros la conocían ya y que ahora me tocaba a mí. Que él era el encargado de enseñarla... Me hizo darme la vuelta y me bajó los pantalones del pijama. Seguidamente noté que me estaba extendiendo una pomada fría y untosa entre los mofletes, ahí abajo. Después dobló mi espalda.

El sollozo áspero y conmovido de Ane interrumpió mi relato. Me quité con el envés de la mano las lágrimas que habían comenzado a bajar por mis mejillas. Después proseguí sin levantar la mirada del suelo.

—Fue algo brutal, como si un extraño animal me embistiera con su cuerno. Realmente no lo identifiqué con el sexo, si es que a esas alturas tenía alguna noción del mismo. Concentré todas mis energías en no gritar, sabía que eso no le gustaría; sabía que era una prueba que había que pasar sin mostrar dolor, aguantar como el hombre que todavía no era. Noté que un hilo de sangre me corría por el muslo... pero aguanté sin emitir un quejido o decir una palabra hasta que acabó y pude salir de allí, confuso y avergonzado, pero feliz de que el suplicio hubiera terminado y de haber superado la prueba. Fui a limpiarme al baño y me metí en mi cama. Por fortuna los compañeros cercanos de camarilla dormían ya, o se hicieron los dormidos.

Me quedé en silencio, desfallecido por el esfuerzo que me había supuesto recordar aquello. Entonces Ane se levantó del sofá, se acercó y cogiendo mis manos entre las suyas se arrodilló frente a mí. Las lágrimas seguían corriéndome silenciosas por las mejillas. Ella apoyó su frente en mis brazos. Estuvimos así un largo rato, dejando que su horror se mezclara con el mío, que nuestras culpas se confundieran, que la infamia de Branko se confrontara con la del prefecto.

—¿Cómo pudiste superarlo? —preguntó en un susurro, una vez mis lágrimas se secaron.

Levanté la mirada y acaricié su rostro.

–Todo acaba por pasar de largo –contesté, saliendo con resignación de mi oscura pesadilla–. Si logramos perdonarnos. Tú no tienes ninguna culpa, Ane. Lo mismo que yo no tenía ninguna culpa. Repítetelo a ti misma una y otra vez. Tú no has hecho nada malo. Hay maldad en este mundo y a veces nos salpica. Pero es solo una anécdota, dolorosa, pero accidental. La vida es otra cosa. Busca la vida y no tardarás en encontrarla.

Ella asintió, como para sí misma, con la cabeza gacha. Después nos abrazamos estrechamente, y cuando nos cruzamos la mirada pude ver que la tristeza de sus ojos se había apaciguado, y el mínimo esbozo de una sonrisa compasiva se intuía en su boca.

Poco después salí al exterior y caminé con lentitud hacia la entrada del caserío. Necesitaba estar solo después de aquella lacerante descarga de sentimientos. Por pura necesidad de soledad, y también por pudor. Ella no intentó retenerme. Creo que los dos intuíamos que habíamos alcanzado un clímax desde el que solo se podía bajar. Necesitábamos recogernos cada uno en nuestro rincón. Pero ella ya no estaría tan sola, porque compartir alivia, aunque lo que se compartan sean vergüenzas.

Pasado un rato, mientras bajaba ya por la cuesta, en la oscuridad de una noche sin luna, tomé conciencia de que aquella confesión no solo había servido para ayudar a Ane. También yo me encontraba mejor, y los diablillos de la reprobación parecían haber sido silenciados, de una forma que por primera vez sentía como definitiva. Me invadió entonces la certeza de que lo nuestro no estaba acabado.

Fue en ese momento cuando percibí el reflejo de unos potentes focos en los retrovisores de la Vespa. Desde lo alto de la cuesta se acercaban a una velocidad impropia de la estrecha carretera rural. Miré un instante para atrás; el vehículo, de gran tamaño, se encontraba ya a unos treinta metros. A pesar de que solo había podido entrever su silueta, no me cupo duda: ¡se trataba del todoterreno de Branko! Con un estremecimiento comprendí que venía a por mí. El temor y la furia se entremezclaron en mi pecho, disparando el ritmo de mis pulsaciones. Aceleré y comencé a bajar a tumba abierta, tomando el siguiente par de curvas al límite de mi habilidad. Mi mente evaluaba las opciones de

huida, a la velocidad que otorga la inminencia de una amenaza letal. Comprendí que no iba a poder aguantar hasta el cruce que daba paso a las primeras casas de Sopelana. Resolví que mis posibilidades de escapatoria pasaban por llegar hasta una estrecha senda de campo que se abría a la izquierda, doscientos metros más abajo. El todoterreno tendría dificultades para tomar el brusco giro. Más adelante tal vez pudiera echarme a alguna de las campas que se abrían a ambos lados, y buscar refugio en la oscuridad. Pero la Vespa no podía competir con el potente todoterreno, su motor rugía ya demasiado cerca de mí. Mediada la siguiente recta me alcanzó. Se abalanzó sobre la moto con un estrépito y golpeándola con fuerza me lanzó a la cuneta.

Salí despedido y caí sobre un talud repleto de zarzales, una mancha oscura que debía expandirse a lo largo de varios metros de desnivel, y que sobrevolé en unas tres cuartas partes. Al impactar, los tallos sarmentosos amortiguaron el golpe haciendo que rebotara y rodara más allá, entre la espesura, dejando la moto atrás. Cuando por fin paré yacía de espaldas sobre el terreno húmedo. Me palpé de forma refleja diversas partes del cuerpo. No creía estar herido – el casco me había protegido la cabeza y el rostro–, pero evité incorporarme y busqué instintivamente la protección de los arbustos, anticipando ya el siguiente movimiento de Branko. Agucé el oído y escuché entonces el ralenti del motor del todoterreno y una puerta que se abría. Desde donde estaba podía percibir la luz de los focos, una docena de metros por encima de mi cabeza. Debatía conmigo mismo si intentar escabullirme entre la maleza cuando escuché la voz de Branko. Sonó aguda y vil, llena de peligro. Tenía un ligerísimo acento extranjero.

–¿Dónde estás, cura? –dijo, proyectando una inflexión falsamente melosa hacia la oscuridad.

Me quedé en silencio, sin mover un músculo. Seguidamente escuché el sonido rasgado de las zarzas al ser apartadas. Debía de estar buscando un camino para bajar, o tal vez solo las apartaba para ver mejor. Llamó de nuevo un par de veces, alzando la voz con aspereza. Al cabo de unos minutos dejó de oírse el trajín entre las zarzas. Durante otro largo minuto todo se mantuvo en silencio. Tal vez meditaba qué hacer. Yo no creía que fuera posible descender por el talud, al menos no por donde lo había sobrevolado, aunque quizás más abajo existiera alguna entrada. Me invadió la esperanza de que tal vez hubiera

desistido. Entonces su voz desagradable e intimidante se alzó de nuevo en la oscuridad.

–Cura, no juegues más con las cosas de Sion –gritó–. Ya has visto lo que le ha pasado a tu zorra.

Me quedé paralizado. Segundos después oí la puerta que se cerraba y al todoterreno emprender la marcha. Apenas se alejó el ruido de motor, la imagen de Ane, sola y desprotegida en el caserío, estremeció mi cuerpo. Aquello no había sido una mera violación: Branko era un sicario, un acólito de Sion. Todo cobraba sentido. Me alcé con presteza, sin atender a los golpes que ahora afloraban en diversos puntos, y con la ayuda de la luz del teléfono móvil comencé a buscar la manera de volver a la carretera. Conocía la zona de haber transitado por allí con frecuencia, sabía que más arriba las zarzas desaparecían, el terreno se aplanaba y una pista de campo accedía hasta el asfalto. Me dirigí hacia allí lo más rápido que me permitían mis fuerzas, bordeando los zarzales campa arriba.

Veinte minutos más tarde alcancé la pista y la seguí hasta la carretera. No había señales del todoterreno. Estaba casi seguro de que no había vuelto a subir la cuesta, habría tenido que oírlo. De todas formas, corrí hacia el camino de entrada al caserío. Cuando por fin llegué estaba todo oscuro y en silencio. La puerta de atrás que solíamos utilizar, junto al invernadero, se encontraba cerrada, señal de que Ane se había retirado a dormir. Entré con mi llave y mientras buscaba las luces del salón oí los pasos acelerados de Loi bajando por la escalera. Lo llamé para que me reconociera y juntos subimos a su cuarto. Parecía profundamente dormida, exhausta tras las noches en vela. La desperté con suavidad, pero no pude evitar que diera un respingo. Se tranquilizó al escuchar mi voz y el jadeo de Loi a mi lado.

Le conté lo ocurrido con voz entrecortada. El sentimiento de culpabilidad había vuelto a embargarme, esta vez, tras haber oído las palabras de Branko, con mucha más virulencia. La había violado por mi culpa, para darme una suerte de aviso. Pero, ¿cómo podía haberlo anticipado? Ella me confesó entonces que Branko le solía inquirir frecuentemente sobre mí, en apariencia en la forma medio desinteresada medio celosa del pretendiente. No había querido decírmelo antes porque aquello azuzaba su arrepentimiento. Pero a la luz de su adscripción al Priorato, resultaba evidente que se había acercado a

Ane para recabar información sobre mí, quizás para seguir de esa manera el rastro de mis actividades. Ella le había puesto al corriente de mi viaje a Cambridge. Habrían comprendido que el viaje tenía que ver con el manuscrito, y habrían decidido aprovechar mi ausencia para pasar a la acción. Para hacerme saber de aquella despiadada manera que me estaban acechando.

–Lo siento en el alma –musité.

Ella apoyó su cabeza sobre mi hombro.

–No es culpa tuya –dijo, y su voz no tenía ya aquel tono de desazón que la acompañaba desde la fatídica noche.

–Si no te diera por hacer de detective... –susurró después con dulzura, mientras con una mano acariciaba la parte de atrás de mi cabeza, entrelazando sus finos dedos entre los cabellos de mi melena. Sonreí con amargura. Nos quedamos en silencio, sin encontrar palabras que sirvieran de consuelo, ni a su sufrimiento ni a mi remordimiento. Al cabo de un rato opté por centrarme en las consecuencias prácticas del ataque de Branko.

–Tenemos que avisar a la Ertzaintza –afirmé.

Ella levantó la cabeza de mi hombro y me miró con serenidad.

–Lo mío todavía no, Azur, no estoy preparada. Necesito algo más de tiempo.

Le aguanté la mirada unos segundos. Después asentí y la abracé.

–Está bien –concedí–, pero te vienes a Kukullu conmigo. No te voy a dejar aquí arriba.

Aquella noche nos instalamos los tres en mi pequeño apartamento. Cuando Ane se acostó miré el reloj, eran ya las dos de la madrugada. Decidí esperar hasta el día siguiente para llamar a Barrutia. Prefería hablar directamente con él, en lugar de llamar a la Ertzaintza y dar un parte. Pero no quería molestarle a esas horas de la noche. De todas formas, Branko debía encontrarse ya lejos de allí. Me dispuse a dormir en el sofá de la salita.

A primera hora llamé al subcomisario y le conté lo ocurrido. Omití la violación, pero dije que ya había visto al supuesto sicario anteriormente, y que había tenido la impresión de que podía estar espiándome. Ayudado por Ane, le di también una descripción detallada de los rasgos físicos de Branko.

–Veamos qué podemos concluir –avanzó al terminar mi relato, con la inflexión característica que utilizaba para los asuntos policiales–. Este ataque

podría confirmar que fueron miembros del Priorato quienes cometieron el robo en la biblioteca y dejaron a Ariza malherido. Posiblemente el mismo Branko. Es evidente que no quieren que nadie ande husmeando tras la pista del manuscrito de Newton... y me da la impresión de que tú has estado husmeando más de la cuenta.

No dije nada, intenté hacer caso omiso del dardo que me lanzaba.

–Tienes que prometerme que no vas a enredar más –insistió–, esto se ha convertido en un asunto peligroso. Voy a circular ahora mismo las descripciones del todoterreno y del tal Branko, a ver si tenemos suerte. Enviaremos también una patrulla y una grúa para que se encargue de tu moto. Mientras tanto, no te alejes de lugares donde estés rodeado de gente.

–¿Quieres que vaya con la patrulla? –pregunté.

–No hace falta, con la descripción que me has dado podemos encontrar el lugar del atropello.

Se quedó en silencio mientras pensaba.

–Lo que no me encaja es qué pinta Jauregi en todo esto –reflexionó pasados unos segundos–. Lo lógico es que hubiera sido Branko o alguien como él quien te atacara en las escaleras de Mallona. Parece un amateur metido entre profesionales... O tal vez el viejo profesor esté actuando por su cuenta; un lobo solitario movido por sus propias enajenaciones. El caso es que últimamente no damos abasto con la alarmante profusión de locos. Nos están surgiendo como setas. Debe ser cosa de este nuevo e inefable milenio que hemos comenzado.

“Fíjate, Azurmendi, a pesar de todo, yo me hubiera quedado en el siglo anterior”, añadió después.

Y yo comprendí a qué se estaba refiriendo, a pesar de todo.



Desayunamos mientras conversábamos, sentados en la cocina, frente a la única ventana del apartamento que daba al mar. Desde allí se podían ver las rompientes de Atxabiribil, pero aquella mañana el océano se mostraba en reposo bajo una fina capa de lluvia. Ane parecía más sosegada, me alegré de que la catarsis de la noche anterior pareciera seguir dando sus frutos, a pesar de la postrera irrupción de Branko. En cualquier caso, evité el tema, y no fue hasta más tarde, mientras me preparaba para salir, que yo mismo comencé a dar muestras de nerviosismo, doliéndome de diversas partes del cuerpo y maldiciendo entre dientes. Las palabras amenazadoras del sicario volvían a resonar en mi cabeza. Me dediqué a imaginarle un oscuro pasado en el conflicto de los Balcanes: era posible que hubiera mamado la violencia desde muy joven, desde luego, en la zona habían abundado los fanáticos. Me preguntaba cómo habría sido captado por el Priorato, y con cuántos sicarios similares contarían. Y sobre todo, hasta qué punto estábamos en peligro. Había que admitir que el precedente de Ariza no era muy halagüeño en ese sentido... Terminé de prepararme y me despedí de Ane, que se había enfrascado en la lectura de uno de mis libros de Krishnamurti. Decidí llevarme a Loi conmigo, y en el portal acaricié el lomo del animal y le anuncié que iba a ser mi guardián. Adopté un tono solemne que pretendía ser socarrón, pero enseguida se convirtió en algo más parecido a un ruego y a una esperanza. A la vez, miraba a la calle con aprensión.

Los jueves por la mañana libraba en la universidad y solía aprovechar para encontrarme con Kundera. Si hacía bueno dábamos un paseo, y si llovía a cántaros nos refugiábamos en el Sunset o en El Peñón. Aquel día tocaba lo que

llamábamos un *paseo mojado*; un sirimiri algo molesto pero inofensivo impregnaba el ambiente de humedad. Mientras bajaba por Kukullu observé la espesa bruma que empequeñecía el océano, ocultando el horizonte. Solíamos comentar que había dos tipos de días grises. Había jornadas grises en las que nada se movía, no había ni viento ni lluvia, las nubes parecían paradas, formaban una muralla compacta que apenas dejaba pasar una tenue luz. Si amenazaba lluvia al menos ya estaba ocurriendo algo, pero en ocasiones sabías que aquella muralla permanecería improductiva toda la jornada, salvo por la sensación de quietud malsana y la impaciencia que generaba. No nos gustaban esos días, solían llevarnos a la melancolía o al mal humor. Pero aquel jueves pertenecía al otro tipo de días grises. Había movimiento: el chispeo del sirimiri, la ligera brisa que por momentos arreciaba pacíficamente, las brumas marinas que se acercaban o alejaban. Y aquellos días, siendo grises, nos predisponían por contra al buen humor.

–Cojeas –afirmó mi amigo lacónico, cuando me hallaba ya a unos pocos metros del mirador de Atxabiribil, nuestro punto de encuentro habitual. Antes de contestar, observé que el mar estaba como un plato, tan solo su superficie se rizaba levemente al arreciar la brisa.

–Tengo el tobillo izquierdo algo tocado –aclaré–. Fruto de mis tratos con el Priorato de Sion.

Él enarcó una ceja interrogadora bajo el gorro de goretex (nuestros *paseos mojados* se realizaban por mutuo acuerdo sin paraguas).

–Ayer por la noche un sicario de Sion golpeó mi moto y me lanzó volando por un talud de cuatro o cinco metros de caída –relaté–. Al parecer he mostrado demasiado interés en sus asuntos.

El tono jocosos con el que me estaba refiriendo al percance se nubló un instante, al recordar lo que aquel bicho le había hecho a Ane. Lo borré de mi mente con un parpadeo.

–¿Entonces, existen realmente? –inquirió Kundera con excitación.

Le señalé la pista de los acantilados para que emprendiéramos la marcha. Mientras caminábamos le relaté lo ocurrido, de nuevo sin hacer mención alguna a la violación.

–¿Dices que se llama Branko? ¿Serbio? ¿Croata? –preguntó cuando finalicé mi relato.

–Serbio. Pero su castellano apenas tiene acento.

Se quedó pensativo unos pasos y después sacudió la cabeza a un lado y al otro.

–Así que existen –afirmó con incredulidad.

–Eso parece. Otra cosa es que sean realmente los guardianes de la descendencia de los Merovingios... y de la de Jesucristo.

Al escuchar esto último se giró hacia mí, forzándome a detenerme. Indagó en mis ojos con su mirada, tratando de dilucidar qué pensaba yo al respecto; es decir, si creía o no en la historia de Jesús y María Magdalena. Me encogí de hombros por respuesta.

–He estado investigando en la red, como me pediste –señaló entonces–. Es una historia verdaderamente sorprendente.

Reemprendimos la marcha sobre los acantilados mientras me relataba el resultado de sus averiguaciones. Al parecer, había sido un documentalista llamado Henry Lincoln, que a la sazón trabajaba para la BBC, quien había logrado desentrañar buena parte de los secretos del Priorato de Sion. En unas vacaciones en Francia en 1969 había dado con un libro escrito por un tal Gerard de Sede, titulado *El oro de Rennes, o la extraña vida de Bérenger Saunière, sacerdote de Rennes-le-Château*. En él se daba cuenta de cómo el párroco de la pequeña y relativamente pobre parroquia de Rennes-le-Château, en el Languedoc, se había convertido en un hombre inmensamente rico, a partir del descubrimiento de un conjunto de documentos en el interior de una de las columnas de su parroquia. Se hablaba de escritos encriptados de incalculable valor, que escondían un secreto antiguo y perturbador, y que le habrían permitido chantajear a la Iglesia católica. Copias de un par de dichos documentos se adjuntaban al libro, pero sin proporcionar la clave para descifrarlos. Sin embargo, Lincoln logró desentrañar por su cuenta su significado, y dándose cuenta de su importancia empezó a tirar de la manta. Consiguió que la BBC, como parte de su serie de crónicas históricas, financiara las investigaciones y emitiera un documental sobre el tema. En el contexto de ese trabajo el documentalista se entrevistó con Gerard de Sede, y a su pregunta de por qué no había proporcionado la clave para descifrar los documentos adjuntados al libro –ya que no era una clave compleja y sin duda la conocía–, éste le contestó enigmáticamente que esperaba que el misterio

podiera atraer la atención de algún investigador, como de hecho había ocurrido. A partir de ese momento, Lincoln fue adentrándose cada vez más profundamente en el rompecabezas, alentado por los pequeños pedazos de información que Gerard de Sede le iba proporcionando (y que desembocarían en el hallazgo de los *Dossier Secrets*). La investigación llevó a que Lincoln realizara un total de tres documentales para la BBC. El primero tuvo por título *El tesoro perdido de Jerusalén* y salió en pantalla en 1972. Le siguió *El sacerdote, el pintor y el diablo*, de 1974. Estos documentales impactaron profundamente al público inglés. Con una combinación de hallazgos históricos, documentos encriptados y misterios irresueltos, mostraban entre otras cosas que las claves para desentrañar el secreto oculto se hallaban escondidas en antiguas obras de arte, como *La última de cena* de Leonardo da Vinci. Después de la emisión del segundo de los documentales, Michael Baigent y Richard Leigh, dos expertos en la historia de los templarios y en otros misterios de índole esotérica, se unieron al equipo de investigación. Los tres colaboraron en la elaboración del tercer documental, *La sombra de los Templarios*, emitido en 1979. Prueba de su enorme impacto, la serie de documentales sobre el misterio de Rennes-le-Chateâu se convirtió en la más exitosa de la historia de la BBC. Posteriormente, aquel trabajo de años de investigación se reflejaría en la publicación de un libro, *The Holy Blood and the Holy Grail*^[2], en el que los autores, tras haber analizado e interpretado la información contenida en los *Dossier Secrets*, lograban finalmente revelar cuál era el misterio oculto en los documentos hallados en la pequeña iglesia: se trataba de la existencia y pervivencia hasta nuestros días del Priorato de Sion, y de su función como guardián de la descendencia de Jesucristo y María Magdalena.

—Era tal la expectación, que el libro, catalogado como de divulgación histórica, vendió 43.000 ejemplares el primer día —añadió Kundera, mientras sacaba una nota de su bolsillo—. A pesar de ello el misterio y su resolución no llegaron a propagarse globalmente, como hubiera ocurrido hoy en día; eran los años ochenta, los sosegados tiempos pre-internet. Sin embargo, la prensa no dejó de resaltar el potencial devastador que aquellos descubrimientos podían tener sobre los pilares del cristianismo. Por ejemplo, el *Sunday Telegraph* dijo que “iba a exasperar a muchas autoridades eclesiales” —leyó de la nota—,

y el *Los Angeles Times*, que el libro contenía lo suficiente para “desafiar muchas de las creencias cristianas tradicionales”.

Guardó la nota y prosiguió con su relato. Al parecer, la razón por la que el secreto había salido a la luz –gracias al hallazgo de los *Dossier Secrets*–, después de siglos de permanecer oculto, tenía que ver con las aspiraciones políticas del Priorato. Pierre Plantard, el gran maestro, preparaba el lanzamiento de su carrera política, como líder de un movimiento dispuesto a cambiar la geopolítica europea. Se trataba de crear un sentimiento pan-europeo, unos Estados Unidos de Europa, firmemente anclados en el cristianismo (aunque se tratara de un cristianismo de naturaleza más humana que divina), en los que imperarían la ley y el orden, y que serían liderados por un descendiente de la estirpe Merovingia, y, por lo tanto, del propio Jesús de Nazaret: el mismo Pierre Plantard.

–Esa parte empieza a sonarme a teoría conspirativa –rebatí escéptico.

–Tal vez, pero desde luego hay intereses políticos de extrema derecha detrás de mucho de todo esto. Eso resulta evidente. Y también es patente el nerviosismo de muchos gerifaltes europeos con el tema del Priorato de Sion. Por no hablar de la Iglesia católica y otras instituciones de corte tradicional.

Asentí. Pensé que las formas del único miembro del Priorato que conocía casaban bien con lo que uno podía esperarse de un fanático de extrema derecha.

–Esto es lo que he logrado descubrir hasta el momento –concluyó–, aparte de lo que ya conocíamos sobre el origen y la misión del Priorato de Sion. Desde la irrupción de internet, el relato reflejado en el libro de Lincoln y sus colaboradores no deja de propagarse, hay millones de entradas al respecto. Por otro lado, también he estudiado *La última cena* de Leonardo. No cabe ninguna duda de que el personaje que se sienta a la derecha de Jesucristo es una mujer.

Asentí de nuevo. Estaba de acuerdo, lo había comprobado con mis propios ojos en casa de Iñaki Urizar.

Entretanto habíamos llegado al búnker y nos sentamos en uno de los bancos de hormigón a contemplar el océano. La bruma comenzaba a disiparse, haciendo visible el horizonte en algunos puntos. Frente a nosotros, un par de pequeñas embarcaciones aprovechaban el mar en calma para tratar de pescar

algo bajo la fina lluvia; las gotas tenían tan poca consistencia que ni siquiera producían el menor ruido al posarse en el plástico de nuestros impermeables. La brisa sí, cuando arreciaba, lograba hacer vibrar con un sonido quejumbroso los tallos de los matorrales. Loi iba y venía en sus correteos. La quietud fue introduciéndose poco a poco en mis entrañas, hasta hacerme sentir ese sosiego que se aúna con el amor por las cosas y seres que nos rodean, y que debe ser la sustancia de la que está hecha la felicidad. Pero por debajo se agitaba el torbellino, que no debía tardar en devolverme a la realidad en la que estaba inmerso. Tomé conciencia, en aquel instante, de que no deseaba seguir jugando a desenmarañar el enredo del manuscrito. Era demasiado peligroso, y no solo para mí, Ane había pagado ya un alto precio por mis veleidades. Sentí de nuevo el aguijonazo de la culpabilidad. Qué me importaba a mí si los descendientes de Jesús caminaban o no sobre la tierra; de todas formas, hacía décadas que había dejado de creer en su divinidad. Recordé entonces que en el Seminario solían decirnos que el aburrimiento era algo nocivo y muy peligroso para el alma humana. Podía impulsarte a hacer tonterías, decían.

Aquella tarde sin embargo me esperaban nuevas sorpresas en la universidad, imprevistos que me iban a obligar a cambiar de planes. El prelado Arietti estaba de vuelta, y se había instalado en la sala de reuniones contigua a la rectoría. Me extrañó que me convocara allí, en lugar de reunirnos los tres en el despacho del rector. Cuando la secretaria de Plazaola me hizo pasar, el prelado se levantó solícito y estrechó mi mano con una amplia sonrisa. Seguía vestido con su sotana roída. Me indicó una silla al otro lado de la mesa y me acomodé esperando que Plazaola entrara en cualquier momento. Desvié la mirada hacia la puerta. La voz metálica de Arietti hizo que me volviera a girar.

—Hemos decidido dispensar al rector del asunto del manuscrito —señaló—. De esa manera podrá centrarse en la gestión de la universidad, sin interrupciones que no son más que un engorro.

Nos miramos y sonrió escuetamente mientras echaba aire entre los dientes, siseando como una serpiente. Comprendí que a partir de ese momento el prelado estaba a cargo de las diligencias.

Adopté una expresión de incomodidad: precisamente tenía la intención de decirle a Plazaola que yo me bajaba de aquel barco. Estaba decidido a

soltarlo de la misma, pero cuando fui a abrir la boca el prelado me cortó con un ademán resuelto.

–Verá, necesitamos que haga usted otro viaje a Cambridge –señaló, y seguidamente se quedó en silencio, taladrándome con la mirada. La expresión de su rostro transmitía una invitación y una amenaza; sus ojos me estaban avisando de que pensara bien lo que fuera a contestar. Podía colaborar y ser acogido por aquel hombre poderoso; esa debía ser la invitación. O podía rechazar la petición, y preguntar por el rector, o cualquier otra tontería; pero posiblemente no sin graves consecuencias. ¿Podía aquel hombre llegado de Roma echarme de la universidad? Esa fue la pregunta que me hice, y de alguna manera tuve la certeza de que era la pregunta que Arietti pretendía que me hiciera. Como si fuera capaz de escuchar mis pensamientos, asintió entonces con un movimiento mecánico de la cabeza.

–Dado que ya conoce a Ajay Kapoor, es usted la persona más adecuada –apuntó. Seguían los chasquidos metálicos y aflautados, la voz del poder, marcando con precisión los límites y posibilidades. Aquello estaba empezando a repugnarme, pero era vivamente consciente de que no quería tener problemas con aquel personaje, ni por supuesto poner en riesgo mi posición de profesor, un asidero a la vida de hombre adulto y cabal que necesitaba –mi estado anímico no era ya el de días atrás, cuando creía haber estado dispuesto a mandar al mundo a tomar vientos.

–Este asunto se ha convertido en peligroso –me atreví a señalar–. Ayer por la noche un matón me persiguió con su todoterreno y me envió volando una docena de metros.

Por la mañana había llamado a Plazaola para referirle el percance, y no tenía ninguna duda de que Arietti debía estar ya al corriente.

–Precisamente –contestó, abriendo las manos en un gesto condescendiente–. No es mala idea que desaparezca un par de días, a ver si en ese tiempo la Policía logra dar con su atacante... el rector cuenta con que haga por nosotros esta gestión, ya está buscando un sustituto para sus clases.

Comprendí que me tenía acorralado. Rechazar aquella gestión suponía una grave falta de compromiso hacia la mano que me había recogido tras mi caída en desgracia. Sin embargo, tenía claro que no iba a dejar a Ane sola. Decidí concentrar mi escaso poder de negociación en aquel punto.

–Necesitaría llevar a una persona conmigo... mi pareja.

Lo pensó unos segundos con gesto serio. Después sonrió, una sonrisa irónica acompañada de lo que me pareció un atisbo de lascivia reprimida.

–Está bien, como desee –concedió, haciendo con la mano derecha un gesto de indulgencia–. Queremos que trate de indagar qué saben en Cambridge sobre el manuscrito. Sospechamos que han podido descifrar más de lo que dicen.

Le lancé una mirada interrogadora. ¿Qué era lo que sabía? ¿En qué fundaba sus sospechas? El prelado optó por obviar el sentido de mi mirada.

–Tiene que entender que la Iglesia está forzada a gestionar este tipo de conspiraciones propagandísticas –señaló–. A su manera usted sigue siendo parte de nuestra familia, y la Universidad de Cambridge posee un amplio historial de anti-catolicismo. Debemos ser capaces de anticipar cualquier posible ataque. Como podrá comprender, la diatriba contra el Santo Padre ha levantado muchas ampollas en Roma... Estamos tratando de borrarla de internet –realizó un gesto de desprecio hacia aquel diabólico invento–, pero no es cosa fácil.

Seguidamente me detalló las preguntas concretas que quería que le hiciera al Master Kapoor. Cuando acabó de darme las instrucciones, recordé las palabras de la furiosa invectiva contra Juan Pablo II.

–*De Sion llega tu condena*, recité, con una ligera afectación dramática.

De algún recodo rebelde de mi mente había subido espontánea la intención de cobrarme una pequeña venganza con el prelado, de provocarlo. Pero la mención a Sion no pareció alterarle. Me miró con displicencia.

–Confiamos en usted –atajó–. Organícelo con la secretaria del rector, se ha puesto ya en contacto con la oficina de Kapoor. –Seguidamente me invitó con su silencio a que me alzara y saliera de allí.

De nuevo en la antesala de la rectoría lancé un par de miradas furtivas hacia la puerta del despacho de Plazaola, tentado de entrar y aclarar qué suponía exactamente el que el prelado hubiera tomado las riendas. Pero algo me decía que más me valía ser prudente. La cita con Kapoor quedó concertada para el lunes. Volví a mi despacho y dediqué buena parte de la tarde a organizar el viaje; había decidido aprovechar la ocasión para pasar el fin de semana en Inglaterra. Tanto Ane como yo necesitábamos un respiro, alejarnos y olvidarnos de lo ocurrido en los últimos días. Por otro lado, la mención al

fin de semana romántico pasado por Ariza y Miss Barnes en Cornualles se me había quedado grabada. En su momento, había resonado en mi mente como ejemplo de la combinación de determinación y saber mundano que caracterizaba a Arcadio, y, a pesar de las circunstancias, me había provocado una cierta envidia –a mí no se me hubiera ocurrido pasar un fin de semana romántico en Cornualles, un territorio del que sabía más bien poco, pero que se me antojaba lejano, solitario e indómito, es decir, muy romántico–. De modo que decidí que también nosotros iríamos allí. No estaba pensando en tórridos atardeceres entre las sábanas del lecho, no creía que estuviéramos preparados para eso, sino en largos paseos por los acantilados, sentarnos un rato en una playa azotada por la brisa, o cenar en la penumbra del único pub de algún pueblo perdido. Ese tipo de cosas. Y por lo que iba descubriendo en la red, Cornualles podía ser un lugar muy apropiado, aunque había que admitir que el otoño no era precisamente la época más recomendable.

Tenía algo más que hacer antes de volver a Kukullu. Llevaba un par de días sin hablar con Miren. En realidad, la había estado evitando, y sin duda se habría percatado de mi retraimiento. Iba siendo hora de afrontar la situación con honestidad. Mis sentimientos hacia ella se habían ido clarificando desde la última noche que habíamos pasado juntos. Era consciente de que se me ofrecía la posibilidad de una relación más abierta y sencilla, más lúdica, más madura en un cierto sentido, alegremente inmadura en otros. Y a través de ella, tal vez una forma de estar en el mundo más instintiva y pasional. Era algo que yo había estado buscando, más o menos conscientemente, como forma de romper y alejarme de mis tribulaciones anteriores. Creía haber perdido demasiados años, sentía con fervor que ya era hora de vivir una vida libre y plena, sin complejos, convenciones ni restricciones, salvo aquellas que en cada momento yo eligiera autoimponerme. Y Miren personificaba el logro de mis ansias de libertad. Me maravillaba su despreocupación por el qué dirán, sus ganas de divertirse y de ser feliz. Y sin embargo, Ane me atraía como la patria al exiliado, con una fuerza diferente y poderosa; la gravitación de la misión hacia su cumplimiento, del destino hacia su consumación. Porque Ane, por fuertes que fueran sus propias ansias de libertad, era un ser más complejo, más necesitado y problemático. Y yo no lograba imaginar mi vida lejos de aquel laberinto, sabedor de que fuera la combinación de alegrías y sinsabores

que guardara la que fuera, en cualquier caso era para mí un laberinto sin salida. En cuanto a Miren, no me costaba demasiado esfuerzo imaginarme mi vida sin su compañía.

Quedamos a tomar una cerveza en Ledesma y después la acompañé caminando hacia Bidebarrieta. No sabía dilucidar cuánto querría saber, y en la primera parte del encuentro opté por retrasar lo que fuera que le iba a decir, dedicándome a tantear y evaluar. Pero en cualquier caso sirvió para ajustar expectativas. Ella estaba ligeramente a la defensiva, dado mi mutismo de los días precedentes, y mi conversación apagada y algo apurada debió confirmarle que nuestro camino podía estar llegando a su fin, apenas emprendido. Al salir del bar optamos por bajar hasta la ría y proseguir por la ribera hacia el puente del Arenal. Había oscurecido ya, y las farolas del paseo emitían una luz tenue y melancólica, que tenía el efecto de acrecentar mi apuro, como si fuera a dejar a Miren desvalida bajo aquella fría e insuficiente iluminación. A cada rato nos cruzábamos con un grupo de paseantes o con algún corredor solitario, o levantábamos la cabeza y mirábamos al otro lado de la ría, buscando alivio en el carrusel de luces del Arenal. Finalmente fue ella la que, cerca ya del puente, decidió poner fin a aquel impasse. Llevaba un rato con los brazos cruzados, pero de una manera liviana, sin ejercer presión y dejando que una mano lánguida cayera hacia el costado. Se paró, apoyó ligeramente las nalgas sobre la barandilla y mirándome fijamente me preguntó qué era lo que le tenía que decir. Vacilé un instante. ¿Por qué no era posible tenerlas a las dos? Una para elevarme a los cielos y la otra para arrastrarme de nuevo a la tierra. Le dije que había otra persona y que necesitaba tiempo para pensar. En el momento de la verdad, bajo el hechizo de su aroma de almizcle y sus ojos color miel, no vi las cosas tan claras. Se lo tomó con deportividad. Lo aceptó, sin ocultar su decepción, pero sin ponerme tampoco en un aprieto. Después, con una sonrisa dulce y algo triste, ladeó su cabeza y levantó la barbilla y las cejas ligeramente, indicándome con el gesto que prosiguiéramos el camino. “*Che peccato*”, susurró, antes de echar a andar.



“Todo acaba por pasar de largo si logramos perdonarnos”, había afirmado, tratando de mostrarme convincente, pero ¿era eso cierto? Y en cualquier caso, ¿logramos perdonarnos alguna vez? En realidad, no creía que la losa de culpabilidad que se desplomó sobre mí en el Seminario llegara nunca a disolverse del todo. El veneno de la culpa, esa materia viscosa que durante un tiempo todo lo invade y lo domina, también porta consigo efectos retardados. Otra cosa es que se pudiera aprender a vivir con ella. Era a lo que Ane podía aspirar, a llegar a convertirla en una reminiscencia apagada, que solo de vez en cuando, sin previo aviso, enviaría su misiva de dolor e incomprensión, encabezada siempre por la misma pregunta: ¿por qué yo, por qué a mí? Sabía por experiencia propia que esa lacerante interpelación es la forma que toma la culpa, aunque con el tiempo, acabe convirtiéndose en un mero estremecimiento sin palabras. Pero por ahora su dolor y su culpa estaban todavía en carne viva. Tardamos casi cinco horas en hacer el camino del aeropuerto de Heathrow al pueblecito de Mousehole, donde teníamos reservada una habitación con vistas al puerto. Un largo viaje hasta el extremo oeste de Gran Bretaña, que Ane hizo en su mayor parte ensimismada, atenta al paisaje o a sus propios pensamientos, contestando a mis preguntas con escuetos monosílabos. Tal vez había sido demasiado optimista al atisbar los primeros indicios de su recuperación. Había anochecido ya cuando llegamos al pequeño agujero de ratón. Su rostro se animó al contemplar la posada, *The ship's Inn*, un pintoresco edificio de piedra, bien iluminado y con flores coloridas y vigorosas en los alféizares de las ventanas. Se asomaba a la ensenada del puerto, un óvalo casi perfecto a nuestros pies. Del otro lado, la exigua luz de

la luna nueva permitía vislumbrar el contorno de los rompeolas, que debían protegerla de las bravas aguas del mar Céltico. La marea se había retirado y casi no quedaba agua en la ensenada, dejando las embarcaciones varadas sobre la arena. El lugar descansaba silencioso y sombrío en la noche, irradiando ese hálito de *finis terrae* que a una vez estremece y reconforta.

Nos instalamos en la posada, que pronto descubrimos que hacía también las veces de taberna del puerto. Decidimos cenar allí mismo, mientras junto a la barra media docena de locales apuraban las últimas pintas y conversaban en un idioma ininteligible. Crema de mariscos y empanada de carne. Acompañamos la contundente cena con dos botellas de un vino francés barato: aquella primera noche nos emborrachamos, y no fue una buena idea. Supongo que lo necesitábamos, pero el alcohol llevó a que nos buscáramos, sin espacio para meditar que tal vez fuese demasiado pronto. Acabada la segunda botella subimos a la habitación. Todo rodó de forma natural al principio, echábamos de menos aquella intimidad a la que nos habíamos acostumbrado, los labios del otro, el abrazo de los cuerpos. Llevábamos ya un rato sobre el lecho y empezaba a desnudarla cuando al percibir su inmovilidad levanté la mirada y vi dos gruesas lágrimas correr por sus mejillas. Se las secó con una mano rápida, intentando controlarse, pero el llanto no tardó en aflorar. “No puedo”, sollozó, a la vez que sacudía la cabeza. Intenté encontrar las palabras para consolarla, repetirle que no era más que un horrible accidente que había que olvidar, pero el vino, tras la euforia inicial, había acabado por abrir las compuertas del dolor. Ane se precipitó irremediabilmente en el oscuro pozo del remordimiento y la autocompasión, sin que yo pudiera hacer otra cosa que acompañarla en su desconsuelo.

No volvimos a intentarlo. El fin de semana transcurrió entre visitas turísticas, largos paseos y comidas copiosas que seguíamos regando con vinos, aunque ahora nos supieran amargos. Sabía bien que antes de vencer al trauma ella tendría que pasar por una inevitable montaña rusa de bajadas y subidas pronunciadas: por momentos parecería que lo había superado, para poco después revelarse el espejismo. Podía reconocer el insomnio de Ane, así como la inquietud continua de su sueño cuando por fin lograba dormirse. Era la repetición periódica de la vivencia, los temidos e insaciables *flashbacks*, que resucitaban mediante imágenes terribles la presencia de aquello que se

pensaba haber dejado atrás. Sabía que luchaba consigo misma, tratando de dar un significado a la repentina irrupción de un poder terrible y destructor, que reconfiguraba el precario equilibrio entre vida y muerte. Y sabía también que aquella búsqueda de un significado la llevaba inevitablemente a la culpabilización, a pesar de lo que ésta implicara para su autoestima: la culpa proporciona cierto sosiego en el día a día, porque aquello tan terrible ya no es algo que pueda ocurrir en cualquier momento, sin causa ni justificación, sino algo provocado por uno mismo y que por tanto se puede tratar de controlar.

El domingo por la mañana nos acercamos hasta *Land's End*, el punto más occidental de Gran Bretaña. Ane había caído de nuevo en un pronunciado silencio. Nos habíamos sentado en la hierba sobre los acantilados color arena. Ante nosotros se extendía el mar Céltico, en calma y de un azul blanquecino bajo el sol del mediodía. Decidí que tenía que hacerle hablar, provocarla para que saliera de su negra cueva. Le dije que aquello no había ocurrido por su culpa, sino por la mía. Que Branko no la había elegido por nada que ella hubiera hecho, sino por cosas que yo había hecho. Que solo había sido un instrumento para llegar hasta mí. Ella se resistió, se agarró a sus faltas y pecados, rebatió que lo había atraído con sus tristes argucias de mujer madura, que no se había resistido lo suficiente, que quizás solo quería asustarla, que en cualquier caso tal vez hubiera sido mejor dejarse estrangular. Las lágrimas corrían de nuevo por sus mejillas. A pesar de ello decidí insistir, le conminé a que dejara de culpabilizarse, no era más que un mecanismo de defensa, una sibilina trampa mental. Entonces me miró con rencor. Había odio en la furia de sus ojos, ostensible a pesar del velo de las lágrimas. “Tal vez sí”, dijo, con una frialdad desconocida para mí, y que envió un soplo helado sobre mi corazón, “tal vez tengas tú la culpa”.

Acepté el golpe con resignación. Supuse que era una reacción lógica, un paso más en la deriva del resentimiento: agrupar a todos los hombres bajo la estela del abuso y la violencia, recuperando estereotipos de dominio y sumisión nunca superados del todo. Pero a pesar de que trataba de teorizar, realizando una abstracción de sus palabras, sabía que encerraban una verdad mucho más directa y demoledora. Lo que le había sucedido había ocurrido *realmente* por mi culpa; había sido provocado por mis pretensiones detectivescas, que no buscaban otra cosa más relevante que romper con algo

de misterio y de juego la rutina de la existencia. Y yo no había interiorizado mi culpabilidad. Había jugado con las palabras, tratando de descargar el peso, pero sin estar verdaderamente preparado para aceptar esa carga sobre mis hombros. “Perdóname”, susurré, pero ella se había levantado ya y caminaba hacia el borde de los acantilados. No creo que llegara a oírme. Se encaramó sobre las rocas más cercanas al vértice y se quedó inmóvil unos segundos, con la mirada fija en la base del acantilado, balanceándose levísimamente en la brisa adelante y atrás, mientras yo la contemplaba paralizado a una docena de metros. Al fin retrocedió, y con el rostro ceñudo y las manos en los bolsillos tomó la vereda de tierra que bordeaba la costa, alejándose hacia el promontorio.

Aquella noche, mientras cenábamos por última vez en la posada, tan solo los esfuerzos por dar conversación del rubicundo camarero servían para romper nuestro silencio –intercambios tópicos y rutinarios, pero al menos comenzaba a comprender mínimamente el acento *cornish*–. Me esforcé en producir algún que otro diálogo entre los dos, pero resultaron tan obligados como descoloridos y sucintos. Pensé entonces con sarcasmo en lo diferente que debía de haber sido el fin de semana de Ariza y Miss Barnes, inspirador del nuestro. Con el café, el recuerdo de Miren, que había estado amagándose todo el fin de semana, acabó por instalarse con fijeza en mis pensamientos.

Al día siguiente, tras realizar otro largo recorrido, en este caso hacia al nordeste del país, dejé a Ane en el *Bed & Breakfast* de Cambridge poco antes de las tres, con el tiempo justo para llegar a mi cita en el Trinity College. La secretaria de Plazaola había reservado la habitación en un lugar céntrico, de tal manera que ella podía elegir entre descansar o darse una vuelta por el casco histórico. Mientras tanto, yo debía tratar de sonsacar al Master. Mi actitud había ido cambiando desde que dejáramos Mousehole. Aunque todavía me arredaban los peligros que podía conllevar, volvía a sentir un fuerte impulso por tratar de esclarecer aquel enredo. En realidad, lo que deseaba era que *los malos* salieran a la luz; que quien pudiera tener algo que ver con lo que nos estaba ocurriendo a Ane y a mí lo pagara. Buscaba venganza, sí, quizás de forma insensata. En cuanto a Ajay Kapoor, seguía convencido de que algo pintaba en todo el asunto.

Un rato después me encontraba en el despacho del Master's Lodge. Al contemplar de reojo la foto del premio Nobel me sentí de nuevo algo cohibido. Después pensé que tal vez estaba colocada allí precisamente para lograr ese efecto. Kapoor se mostró extrañamente grave y formal al saludarme, teniendo en cuenta la buena sintonía que habíamos alcanzado en nuestra reunión anterior. ¿Habría cambiado algo en su percepción? Ciertamente, yo sabía que lo había hecho en la mía. Mientras esperábamos al preceptivo té me observó con una mezcla de irritación y curiosidad. Su secretaria no tardó en entrar con una bandeja que posó sobre la mesa; Kapoor le indicó con un gesto rápido que podía marcharse y él mismo sirvió las tazas. En realidad, a mí no me gustaba aquella aguachirri humeante, me recordaba a las manzanillas que me hacía mi madre cuando enfermaba de la tripa, pero se trataba de un ritual que hubiera sido desconsiderado no tomarse en serio. Y todavía no estábamos en esa tesitura. Tras el igualmente obligatorio primer sorbo –aunque apenas mojé los labios–, el Master se decidió a entrar en materia.

–Así que siguen sin noticias sobre el manuscrito robado –afirmó más que preguntó, con un toque de ruda ironía, posando su taza sobre la mesa.

–Por desgracia así es –contesté con un medido retintín–. A salvo de la copia que recibieron ustedes, y que *alguien* ha distribuido también a medio mundo.

Kapoor levantó la mirada con suspicacia.

–¿Alguien? ¿Tienen algún indicio de quién puede estar detrás de los envíos?

Abrí las manos, en un gesto cándido que había ensayado mentalmente.

–Pensábamos que quizás usted nos pudiera ofrecer alguna indicación... dado que la copia se envió en primer lugar al Trinity.

La irritación y la gravedad de su expresión aumentaron, pero se mantuvo en silencio.

–Verá, creo que no me dijo toda la verdad la última vez que nos vimos... no es concebible que no hubieran descifrado la firma de Isaac Newton como Gran Maestro del Priorato de Sion. Por lo tanto, debían saber como mínimo cuál era la temática del manuscrito... cosa que dijo desconocer. Y ahora me pregunto por qué lo hizo.

Se irguió en el respaldo del sofá, como un tigre de Bengala listo para

abalanzarse. Después relajó el gesto y sonrió con desdén.

–Yo no tengo por qué informarle de los avances que realizan nuestros expertos en sus investigaciones –me espetó con frialdad–. Por otro lado, usted me mintió deliberadamente respecto al supuesto *accidente* de Ariza.

No pude evitar azorarme levemente, no había tenido en cuenta aquel pequeño detalle. Intenté aducir que entonces pensábamos que había sido un accidente, pero me faltó convicción. En cualquier caso, la respuesta del Master confirmaba nuestras sospechas, y por mucho que adoptara una actitud displicente, implicaba que podía estar ocultando información sobre el contenido del manuscrito. Establecidas las posiciones –así como los agrios términos en los que se iba a desarrollar la conversación– me dispuse a realizar la gestión que me había encomendado el prelado.

–De acuerdo –concedí–, supongo que estaba en su derecho... Quisiera aclararle antes de proseguir que, además de representar a la Universidad de Deusto en este asunto, hemos recibido instrucciones del Vaticano. Un encargo oficial de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

El Nobel me miró inicialmente algo sorprendido, pero enseguida enseñó sus dientes en una sonrisa ambigua. Permaneció en silencio, sonriendo ahora como lo haría un tiburón. La persistencia de aquella actitud de indiferencia me sorprendió. Había esperado que la mención al Vaticano fuera a tener un mayor impacto.

–Como comprenderá –proseguí algo desconcertado–, en Roma hay una gran preocupación por el ataque al Santo Padre que acompañaba a la copia del manuscrito... entendemos que la Universidad de Cambridge debe de estar igualmente intranquila con el uso que se está haciendo de un manuscrito que le pertenece, con el propósito manifiesto de denigrar a la cabeza de la Iglesia católica.

Kapoor asintió con la cabeza, pero sin dejar de sonreír, lo que confirió un significado equívoco a sus palabras.

–Consternados, sí –dijo.

¿Me estaba tomando el pelo? ¿O era uno de sus coloridos dejes indios?

–Master Kapoor –recalqué, adoptando un tono que sonó demasiado solemne, tal vez un punto desesperado–, este ataque no concierne solamente a la Iglesia de Roma, sino a todo el cristianismo. El Priorato de Sion subsiste en

nuestros días, y es una organización criminal peligrosa. Debemos trabajar juntos.

–¿Organización criminal, dice? –Kapoor hizo un gesto de escepticismo. Después me miró con desdén—. Sinceramente, creo que usted no sabe de lo que está hablando.

Aquello me cabreó. El plan de ataque se estaba yendo al garete, y yo comenzaba a perder los papeles.

–Cierto –repliqué con acidez–, usted debe saberlo, dado que Plantard de St Clair le ha visitado recientemente en este mismo despacho.

Era el as que tenía en la manga, y al lanzarlo tuve la desazonadora sensación de haberlo utilizado tal vez demasiado pronto y sin un objetivo claro. El prelado Arietti me había suministrado la información, obtenida por el Vaticano quién sabe cómo. Me había augurado que debía ayudar a desarmar cualquier intento de ocultar la verdad por parte del Master del Trinity. Sus sospechas apuntaban a que Plantard podía estar intentado chantajear a la Universidad de Cambridge, y que la Iglesia sería la siguiente en la lista.

Sin embargo, el Nobel reaccionó mirándome con suficiencia. Mis palabras no parecían haberle impactado lo más mínimo.

–Thomas Plantard no es más que un pobre hombre –señaló, y me pareció que había un genuino desprecio en su aseveración.

Aquello acabó por desconcertarme del todo. El nombre del Gran Maestro era Pierre Plantard. ¿Quién era Thomas Plantard?

–¿Thomas o Pierre Plantard? –pregunté, verbalizando mi confusión.

La sonrisa del Master apareció de nuevo en sus labios.

–Me sorprende usted –dijo—. Deberían al menos estar al tanto de que Pierre Plantard murió el año pasado. Thomas es su hijo y heredero. Se ve que en el Vaticano están todavía más perdidos de lo que parece.

Aquella condescendencia también dolió, pero pensé que en el fondo no le faltaba razón; estábamos dando palos de ciego. ¿Pierre Plantard estaba muerto y no se habían enterado? ¿Muerto cómo?

–En cualquier caso, la visita de Thomas Plantard a esta casa es un asunto que no le concierne –añadió.

Comprendí que había fracasado en mi intento de arrinconar al Master, e intuí que ya solo me quedaba apelar a su buena voluntad, en la medida en que

le pudiera quedar alguna.

–Tal vez... pero esa visita, aunque se tratara del hijo, supone que tienen una interlocución activa con el Priorato de Sion... ¿Qué está pasando aquí, Master Kapoor? –pregunté con humildad.

Antes de hablar me observó unos segundos con una mirada severa.

–Yo no puedo ayudarle en lo que sea que está tratando de investigar –dijo–. Pero creo que se ha hecho usted un lío con las absurdas leyendas sobre el Priorato de Sion que corren por ahí.

Dejó pasar unos segundos en silencio, en los que la carga del fracaso acabó de asentarse sobre mis hombros. Después se levantó bruscamente, dando por terminada la reunión. Me precedió hasta la puerta y al abrirla se giró.

–Le ruego que transmita a los jefes romanos que de ahora en adelante se abstengan de espiar mis reuniones –señaló con acritud, y un leve destello amenazador se asomó por un instante en sus ojos oscuros. Le mantuve la mirada, intentando contrarrestar su porte desafiante, o cuando menos mantener algo de dignidad. Seguidamente salí del despacho sin llegar a responder.

Atravesé el Great Court con un paso cansino y atribulado. Conforme se disipaba la adrenalina, comprendí lo arrogante y pretencioso que había sido el método empleado para tratar de hacer que el Master hablara. Acusaciones y amenazas veladas, apoyadas en el poder de Roma. Debía haber anticipado que arrinconar a un Nobel de Economía y Master del Trinity no iba a ser una tarea tan sencilla. Aparecer allí, exigiendo aclaraciones, sin respetar la dignidad de su cargo, cuando había sido nuestro propio colega Ariza quien con su robo había generado la situación en la que nos encontrábamos. Levantando la cabeza observé la grandiosidad, la majestad de aquel sitio. Las torres, almenas, capiteles y escudos. Estaba en el Trinity College, y yo había utilizado modales de mercado de barrio. Al menos, me consolaba pensar que había sido el prelado Arietti quien me había incitado a adoptar aquella táctica. Por otro lado, Kapoor se había mostrado incomprensiblemente ácido y hermético. Quizás yo le había provocado, pero no hasta el punto de justificar la carga de desprecio que había en sus palabras. Desde luego, la supuesta relación entre el Trinity y Deusto había demostrado ser una quimera. Al acercarme a la salida, me pregunté qué podía estar detrás de aquella inquina. ¿Reminiscencias de un

anticatolicismo secular? ¿Rencor y desprecio por la actuación de Ariza? ¿O podía haber algo más entre la Iglesia y Kapoor? Una pregunta había estado dando vueltas en mi cabeza desde mi conversación con Arietti: ¿Por qué demonios espiaba el Vaticano al Master del Trinity College?

Tras pasar por el arco de la Great Door giré a la derecha en Trinity Street. Reflexioné entonces sobre qué podía significar la muerte de Pierre Plantard. Kapoor había dicho que Thomas era su hijo y heredero. ¿Quería eso decir que era el nuevo Gran Maestro? Parecía lo lógico, aunque el Master le había definido como un pobre hombre. Por otro lado, ¿podía la muerte de Pierre Plantard tener algo que ver con el enredo del manuscrito? Daba vueltas a las posibles conexiones cuando percibí –a través de ese misterioso sexto sentido que nos advierte de este tipo de cosas– que alguien me estaba observando. Acababa de abandonar la angosta Trinity Street y me encontraba en una glorieta cuadrada, desde la que se podían vislumbrar los primeros edificios del King's College. Los estilizados remates de sus torres se mostraban difuminados bajo el resplandor blanquecino del sol otoñal. Más cerca, a mi derecha, se alzaba un hermoso edificio de corte neoclásico, que desentonaba entre la arquitectura gótica circundante. Y delante de la verja de hierro que lo rodeaba se encontraba aquella mujer parada, contemplándome fijamente. Miré un instante a mis espaldas y girándome de nuevo volví a encontrar su mirada. Ella asintió levemente, para confirmar que era a mí a quien miraba. Después se aproximó con pasos algo torpes e indecisos. Tenía el pelo de un rubio muy pálido, y era de estatura mediana, quizás más baja que alta, pero poseía un porte elegante. Cuando se acercó a un par de metros examiné con más detalle los rasgos de su rostro: ojos de un azul grisáceo, de mirada un poco perdida, los labios carnosos, la expresión general marcada por una lejana angustia. Antes de hablar miró con gesto asustadizo a nuestro alrededor. Seguidamente se presentó; como ya había intuido, se trataba de Miss Barnes.

Me pidió que camináramos hacia un pasadizo que se abría a la derecha de la construcción neoclásica. Señaló que por allí nos podíamos acercar hasta el río. Mientras nos deslizábamos por el estrecho callejón, oculto a los rayos del sol, mencionó que estábamos bordeando el Senate House. Era allí donde se celebraban las ceremonias de entrega de los títulos académicos. Después adoptó un tono más confidencial. Dijo que se había enterado de mi visita al

Trinity, y había decidido buscar la oportunidad de hablar conmigo. “Eso sí, sin que se entere Ajay”, añadió con una sonrisa tímida. Caminaba a paso ligero, y no pareció relajarse hasta que tras salir del pasadizo y hacer un corto tramo de calle nos volvimos a introducir en un segundo callejón que desembocaba directamente en el río. Una vez allí atravesamos un puente peatonal y nos encontramos en un cuidado parque que bordeaba la otra ribera. Aminoró el paso, y durante un instante se llevó un dedo a los labios.

—¿Cómo está Arcadio? —preguntó después de improviso, girándose hacia mí. La lejana angustia dominaba ahora su expresión, y un pronunciado rubor coloreaba sus mejillas. Observé la determinación en la mirada de la joven. Se veía que estaba asustada, pero eso no la iba a detener. Comprendí que aquella mujer estaba enamorada.

Le informé de que había salido del coma y de que había comenzado a hablar, aunque por ahora de forma inconexa. Añadí que estaba en un buen hospital, y que la doctora era optimista. Tras escuchar con atención mis aclaraciones desvió la mirada. Pareció reflexionar o recordar algo durante unos segundos, y seguidamente unas gruesas lágrimas le asomaron en los ojos. Escondió el rostro girándolo hacia el río. Esperé respetuoso a que se calmara, mientras me maravillaba una vez más de las habilidades de seductor de mi jefe. Miss Barnes era una mujer con un encanto evidente. Podía entenderse que aquella combinación de determinación y sensibilidad que dejaba traslucir resultara fascinante para cualquier hombre. Me pregunté entonces si Ariza se la merecía. Enseguida se repuso y con un gesto me indicó la senda que se extendía a lo largo de la ribera.

—¿Por qué se lo llevó? —preguntó en un susurro mientras caminábamos—
¿Cómo pudo hacer algo así?

No estaba claro si buscaba una respuesta por mi parte o eran preguntas lanzadas al aire. Opté por no decir nada. No tardó en tomar la palabra de nuevo.

—Ajay está fuera de sí. Nunca supuse que ese manuscrito fuera tan importante. Cuando se lo dejé a Arcadio creía que era una rareza de interés exclusivo de eruditos y especialistas. Por supuesto, eso no excusa lo que hice.

Se giró mientras pronunciaba estas últimas palabras, mirándome con gravedad. Comprendí que deseaba que la tomara en serio, trasmitirme que ella

era perfectamente consciente de haber cometido una estupidez, por muy enamorada que estuviera, y que se arrepentía de su debilidad. Después seguimos caminando unos metros en silencio.

–De todas formas –añadió entonces–, no acabó de entender que Ajay no sea capaz de mostrar algo más de comprensión, sobre todo con lo que le ha ocurrido a Arcadio... y con la relación que han tenido.

Levanté la mirada sorprendido.

–¿El Master y Arcadio se conocían?

–Por supuesto –respondió–. Más que eso, por lo que yo sé, eran grandes amigos. Pero la última vez que Arcadio vino a Cambridge discutieron. Del grado de su enojo y de referencias veladas pude comprender que la discusión había sido muy seria, aunque no quiso entrar en detalles. Fue entonces cuando me pidió que le llevara los manuscritos a Cornualles...

Se mordió el labio, arrepintiéndose de nuevo de su error.

–Si no se los hubiera llevado no estaría ahora como está –se lamentó. Una expresión de tristeza llenó su rostro.

La culpa de nuevo, el veneno que todo lo invade y todo lo domina. Fui a decir que no debía echarse esa carga encima, pero recordé entonces el penoso intercambio que había mantenido con Ane el día anterior, y opté por mantenerme en silencio. Compadecí a la joven, y a la vez sentí un brote de admiración hacia aquel amor incondicional que parecía profesarle a Ariza. Habíamos llegado hasta un inmenso sauce llorón, cuyas lánguidas ramas caían sobre el río hasta tocar el agua. Un bote repleto de turistas, gobernado por un patrón que impulsaba la embarcación por medio de una pértiga, pasó entonces por delante. Los niños extendieron sus brazos para agarrar las ramas del sauce. Uno de ellos, empeñado en tirar con todas sus fuerzas, se desestabilizó y estuvo a punto de caer. Su cara de susto dio paso enseguida a un cómico enfado. Ambos reímos, rompiendo el silencio en el que habíamos caído. Miss Barnes se volvió.

–Quiero pedirle un favor –dijo–. Necesito que me mantenga al tanto de la evolución de Arcadio. No sé de nadie más que pueda hacerlo... Éste es mi número de teléfono –añadió, entregándome un papel doblado en dos–, envíeme un mensaje de vez en cuando. Se lo agradeceré enormemente.

Me comprometí a mantenerla informada. Poco después me dijo que tenía

que volver a la biblioteca, y tras cerciorarse de que yo sabría encontrar el camino de vuelta se despidió con un apretón de manos y una sonrisa, tímida de nuevo. “Es mejor que no nos vean juntos”, observó. Mientras contemplaba cómo se alejaba, con aquellos pasos algo torpes e inseguros, no pude evitar pensar que debía ser maravilloso pasear por *Land’s End* con aquella criatura.

De vuelta en el *Bed & Breakfast* encontré a Ane de mejor humor. Me dijo que había paseado toda la tarde, perdiéndose por las historiadadas calles de Cambridge. El ejercicio debía haberle sentado bien. Además compartía conmigo el gusto por las edificaciones antiguas, fueran del género que fueran – y las de Cambridge eran sin duda magníficas–. Nos producía un hondo sosiego contemplar construcciones de otras épocas, que a su vez llevaban cientos o incluso miles de años contemplando el paso de las generaciones. Se trataba supongo de la ilusión del tiempo detenido: comprender que los hombres y mujeres pasamos, pero algo permanece. Vestigios del pasado que ya estaban aquí mucho antes de que nacióramos, que seguirían también mucho después, y que nos hacían comprender que no somos tan importantes ni merece la pena que nos angustiemos tanto. En definitiva, un buen baño de humildad que solía ayudar a calmar nuestros anhelos. Tal vez algo de todo eso hubiera pasado por su cabeza. Había aprovechado también para elegir un sitio para cenar. Me indicó que no me quitara la chaqueta que me había traído para mi cita en el Trinity College, ya que iba a invitarme a un restaurante de postín.

Se trataba de una villa de estilo victoriano junto a la ribera sur del río, con cocina de inspiración francesa. Quizás demasiado elegante para nuestros gustos, pero la formalidad le daba un cariz especial a aquella cena, un cierto halo de reencuentro o de recomienzo. Ane estaba cambiada, en lo alto de la montaña rusa. La belleza también había vuelto a su rostro, disuelta la tirantez de sus facciones y la aflicción de su mirada. Me pidió perdón por su disposición de ánimo de los últimos días; le dije que lo comprendía, que cómo no lo iba a comprender. También se excusó por lo que me había dicho, se arrepentía de sus palabras. Cogí su mano, algo que no me había atrevido a hacer desde aquella tarde en los acantilados, en la que había llegado a temer que ella pudiera cometer una estupidez irremediable. Sorprende como el simple roce de las pieles hace que se olviden de inmediato afrentas y

resquemores, y que vuelva el dulce recuerdo de lo amado. Disfrutamos del rencuentro con esa excitación propia, ya olvidada, del inicio de los enamoramientos. Comimos, bebimos, conversamos, nos miramos, volvimos a juntar nuestras manos. Observamos el flujo oscuro del río, que descendía en la penumbra, hasta desvirtuarse bajo el tamiz de las luces al pasar por debajo de nuestra ventana. Con el café, ella extrajo de su bolso un libro envuelto en papel de regalo. Lo había comprado para mí en una pequeña librería, en uno de los numerosos pasadizos de Cambridge. Se trataba de una recopilación de relatos del Padre Brown, el sacerdote católico creado por Chesterton, que con su aspecto humilde e inofensivo logra resolver los crímenes más enigmáticos. Comprendí que con aquel obsequio, además de reírse un poco de mí, quería decirme que perdonaba mis veleidades de investigador, que no me guardaba rencor. Después regresamos paseando hasta el hostel, con la añoranza y el anhelo del amor.

Pero aquella noche no iba a ser posible sellar nuestro rencuentro.

La puerta de la habitación estaba entreabierta. Había alguien dentro, podía escucharse el trájín, e imaginé que debía ser personal del hostel comprobando que estaba todo en orden, o tal vez haciendo la cobertura. Eran apenas las nueve y media, no tan tarde como para que me extrañara demasiado, y no se me ocurrió pensar que un *Bed & Breakfast* no te hacen la cobertura. Empujé la puerta y le vi. Estaba de espaldas, era un hombre corpulento, vestido con prendas oscuras. ¿Branko? Se giró y pude comprobar con alivio que no era él. Mi mirada se centró por un instante en la habitación: estaba todo revuelto, las sábanas removidas, los cajones abiertos, los armarios saqueados. Volví a encarar al desconocido. Vaciló un instante, abrió sus manos como si fuera a decir algo, y después se abalanzó sobre mí. No tuve tiempo de reaccionar, en un instante lo tenía encima. Me golpeó con el hombro a la altura del esternón, lanzándome contra una cómoda de madera colocada a la izquierda de la puerta. Me golpeé en la espalda contra la dura esquina del mueble y lancé un grito de dolor. Antes de caer al suelo pude ver cómo se quitaba a Ane de en medio de un violento empujón. Nos quedamos los dos tirados en el suelo, doloridos y amedrentados, mientras en el pasillo se escuchaba la apresurada carrera del asaltante. Me apoyé en la cómoda y llevé una mano al lugar del impacto en mi espalda. Le pregunté a Ane si estaba bien y lancé un par de

juramentos. Sicarios de mierda, pensé. Sin embargo, tenía la sensación de que había algo chapucero y poco profesional en aquel tipo. El susto en su cara, el impulso algo inocente de interpelarnos... desde luego, no estaba a la altura de Branko, nuestro matón de cabecera. Podía tratarse de un robo ordinario, pero no lo creía, el tipo parecía estar buscando algo concreto. ¿Pero qué? Por algún motivo, el rostro altanero de Ajay Kapoor se asomó por un instante en mi mente. Recostándome sobre el mueble, me invadió la sospecha de que quizás esta vez no fuese el Priorato de Sion quien estuviese detrás del asalto. Seguidamente repté para acercarme hasta donde Ane había ido a parar con sus huesos.



A primera vista podía parecer que el prelado había aceptado el fracaso de mi misión con relativa resignación, pero su respiración ligeramente agitada, el brillo intenso de los ojos, y especialmente, aquella inquietante vena marcada en su sien, denotaban una viva irritación. No sabía discernir si su descontento estaba dirigido hacia Kapoor o hacia mi persona, ni si iba a lograr controlarse o estaba a punto de explotar en una cólera furiosa. Le acababa de relatar mi infructuosa conversación en el Trinity College. Tras detallar el áspero diálogo que habíamos mantenido, le había ofrecido mi propia evaluación. Creía que Kapoor sabía mucho más de lo que decía. Y creía también que por algún motivo sentía por nosotros un enorme desprecio. Ese *nosotros* podía incluir a los miembros de la Universidad de Deusto, a la jerarquía eclesiástica, incluso a los galanes ibéricos. Posiblemente englobaba a todas esas colectividades. En cualquier caso, no había soltado prenda. Lo único que había logrado averiguar era que Pierre Plantard estaba muerto. Y que, al igual que había hecho con su supuesto desconocimiento de la materia que trataba el manuscrito, Kapoor había mentido al decir que no conocía a Ariza, cuando en realidad eran buenos amigos. Por otro lado, el prelado no había parecido conferir excesiva importancia al hecho de que un segundo sicario hubiera hecho irrupción, ni a que hubiera saqueado nuestra habitación, en busca de quién sabe qué, para luego embestirnos como un ciclón.

—¿Por lo tanto no ha podido obtener ningún indicio del contenido del manuscrito de Sion? —preguntó entonces sin mover un músculo de su cuerpo, pura tensión a punto de alcanzar el estado de ebullición. Los chasquidos metálicos resonaron más graves que de costumbre. La armonía cantarina de su

voz, manteniéndose, adquiriría ahora matices intimidatorios.

Negué con la cabeza.

—Nada. Ahora bien, dijo que no tenía por qué compartir los avances de sus expertos, lo que podría querer indicar que algo sí habían avanzado antes de que Arcadio se lo llevara.

Arietti apretó sus puños y pareció ir a golpear el tablero de la mesa, pero se contuvo.

—¡Hijo de Satanás! —exclamó. Luego relajó su expresión y adoptó un gesto ambiguo, una mezcla entre la indulgencia condescendiente del confesor y la advertencia amedrentadora de un capo mafioso—. Está bien, ya le llegará su hora. La arrogancia y la descortesía con el Vaticano acaban pagándose de una manera u otra. ¿Y la bibliotecaria?

Devolví una mirada cauta. Había relatado solo parte de mi encuentro con Miss Barnes, el prelado no tenía por qué conocer el encargo que ella me había hecho. Además, en lo posible, quería mantenerla al margen de todas aquellas intrigas.

—Podría estar al corriente de los avances en la descodificación del manuscrito —señaló—. En particular los que pudiera haber logrado el propio profesor Ariza.

Puse cara de duda, mientras me reconocía a mí mismo que no se me había ocurrido esa posibilidad. Ella había dicho que inicialmente había considerado el manuscrito una mera rareza. Pero quizás más tarde había tenido ocasión de cambiar de opinión.

—No lo creo —dije, tratando de sonar convincente.

El prelado intensificó el brillo escrutador de sus ojos.

—No lo cree, pero no llegó a indagarlo...

No pude evitar apartar la mirada un instante. Arietti emitió un desagradable chasquido de impaciencia. Después tomó aire ladeando la barbilla y lo soltó devolviéndola a su lugar. Pensé que solo le faltaba elevar sus ojos pidiendo al cielo paciencia. Pero por algún motivo intuí que ese gesto, mirar al cielo, tan generalizado entre los religiosos, no formaba parte del catálogo del prelado.

—Quiero que se ponga en contacto con ella y compruebe lo que sabe —dijo entonces, pasando del ademán exasperado al resolutivo. Su mirada proyectaba

sobre mí todo el peso de la autoridad, junto con el inquietante matiz de una amenaza explícita.

Esta vez, sin embargo, mantuve la mirada. Pensé en el desconsuelo de Miss Barnes. En su inocencia. Me la imaginé atrapada entre las pretensiones de dos hombres poderosos: incitada por Arietti a revelar lo que Kapoor quería mantener en secreto. Y me imaginé a mí mismo como el instrumento de esa maniobra.

—No —contesté, en un tono singular, como si la palabra hubiera aflorado por su cuenta, desde el lugar de mi cerebro donde se alojara el último fortín de mis principios. Después afirmé el ademán y repetí la negativa— No lo voy a hacer.

El prelado me miró sorprendido. Después sus labios se retorcieron en una mueca de menosprecio. Levantó una mano y fue a decir algo, pero a medio camino cambió de opinión. La firmeza de mi resolución, que debía reflejarse en la expresión de mi rostro, debió contenerle. Me observó evaluándome. Después apartó un instante la mirada, y yo lo sentí como una pequeña victoria.

—Como usted quiera —dijo, volviendo a confrontarme—. Pero aténgase a las consecuencias.

Después se quedó en silencio, mirándome a los ojos con una expresión neutra, como si todo aquello en el fondo no le importara lo más mínimo, o como si supiera que al final iba a conseguir lo que pretendía. Sin embargo, no dejaba de conformar una figura inquietante —incluso desde un punto de vista físico: el prelado era un hombre fibroso, y en aquel momento transmitía una inflexible disposición al combate—. Me levanté y caminé hacia la salida. Su mirada desdeñosa no me abandonó hasta que abrí la puerta y abandoné la sala de reuniones. Una vez fuera, lancé una mirada más hacia el despacho del rector, especulando con añoranza qué habría sido del hombre que trabajaba allí dentro, y si de ser necesario podría protegerme de la alimaña enviada por Roma.

Al llegar a mi despacho me lamenté entre dientes de que aquella desagradable reunión me hubiera arruinado la mañana. ¿Qué represalias podía tomar el prelado? Intenté quitármelo de la cabeza y retornar al estado de satisfacción en el que me hallaba sumido antes de la reunión. A primera hora había retomado mis clases, y los alumnos me habían acogido con claras

muestras de satisfacción. Al parecer se alegraban de que su profesor estuviera de vuelta. Habían realizado un esfuerzo considerable, para intentar seguir el farragoso relato de cómo Lèvi-Strauss había introducido el enfoque estructuralista en la Antropología. Pensé que tal vez mi substituto hubiera salido rana. Lo cierto es que, tras los turbulentos sucesos de las últimas semanas, estaba comenzando a apreciar el relativo sosiego de la vida académica. Desafortunadamente, mi carrera en Deusto podía estar ahora en la cuerda floja.

Entonces llamé a Ane para comprobar cómo se encontraba. El incidente en el hostel de Cambridge le había hecho recordar su encuentro con Branko, y volvía a estar asustada. Me respondió aparentemente tranquila, enfrascada de nuevo en Krishnamurti. Por el momento me abstuve de comentarle que quizás en breve tendría que buscarme un nuevo empleo. Un rato después, poco antes ya del mediodía, me hallaba yo también sumido en la lectura cuando recibí una llamada exaltada de Kundera.

–Enciende el ordenador –ordenó tras un rápido saludo.

Pregunté alarmado qué ocurría. Lo primero que me vino a la cabeza fue que el PSP había cometido otro atentado.

–Tú abre el ordenador y busca en internet un video subido hace un par de horas, utiliza las palabras *Principia Mathematica*.

No tardé en dar con el video, que contaba ya con un buen número de visualizaciones. Kundera se mantuvo en la línea mientras lo veía. Comenzaba sin título ni preámbulo alguno. Un grupo de personas aparecían vestidas de esmoquin, con una especie de delantal bordado con inscripciones colgando de la cintura, guantes blancos, y, cubriéndoles la cabeza y ocultando sus rostros, capirotos como los de los cofrades de las procesiones de Semana Santa. Dos de ellas llevaban una larga túnica oscura en lugar del esmoquin, se trataba sin duda de dos mujeres. Todos lucían alrededor del cuello cintas de diversos colores, rematadas por colgantes, también diferentes en cada caso. La vestimenta anacrónica contrastaba con el espacio en el que se encontraban, una amplia habitación decorada en un estilo elegante y minimalista, con muebles, paredes y alfombras en diversas tonalidades del blanco. Podía ser el salón de una mansión moderna, del que se hubiera sustraído cualquier elemento ornamental. Y también los funcionales, como teléfonos o televisiones. Durante

unos pocos segundos aquellos personajes conversaban entre ellos, sin que en el video se escuchara ningún sonido. Sus gestos eran educados, aún más, sofisticados, dejándose intuir que debía tratarse de gente refinada y con mundo. Aproveché para contarlos, eran trece. Poco después se reunían en círculo, ordenadamente, mostrando que cada uno debía conocer su sitio. El personaje situado en el centro del grupo comenzaba entonces a hablar para los demás, pronunciando lo que debía ser un discurso, o tal vez palabras ceremoniales o rituales. Se trataba de un hombre alto y delgado. La cámara continuaba en el mismo lugar, el enfoque no variaba en ningún momento, y seguía rodándose sin sonido. Aquel hombre debía ser la persona de mayor rango, ahora podía intuirse de la profusión de inscripciones y del tamaño y florituras de su colgante dorado. En ese momento comenzó a realizar una serie de extraños gestos, alzando la mano derecha y golpeándose en diversas partes del pecho y de la cabeza, alternativamente con la palma abierta y con la palma cerrada. Al terminar el ritual lo realizaron a su vez el resto de los miembros de lo que fuera aquello, secta, logia, o pandilla de mamarrachos. Después comenzaron a repetir toda la serie con la mano izquierda, y en ese momento me pregunté qué podía tener que ver aquello con el *Principia*, aunque evidentemente la idea de una versión modernizada del Priorato de Sion rondaba ya por mi cabeza. Mi pregunta no tardó en ser contestada. Terminado el ceremonial apareció en escena el que debía ser un asistente o sirviente –tal vez lacayo fuera la palabra apropiada dadas las circunstancias–. Era un hombre alto y fornido, que vestía un traje oscuro con corbata y un capirote, sin más ornamentos. Portó en primer lugar una peana, y seguidamente volvió con una urna transparente de gran tamaño. En su interior había un libro antiguo, y de inmediato supuse que tenía que ser el *Principia Mathematica* de Newton. El líder lo sacó entonces de la urna y lo alzó ante la cámara. Seguidamente abrió los lomos de cuero por la portada y pude comprobar que estaba en lo cierto. En letras mayúsculas, PHILOSOPHIAE NATURALIS PRINCIPIA MATHEMATICA. Autor, Isaac Newton, señalándosele como miembro del Trinity College y profesor Lucasiano. *Imprimatur* Samuel Pepys, el 5 de julio de 1686, en Londres. Y en la página en blanco adyacente a la portada, el exlibris: el sello de la biblioteca de Ariza, que yo había visto estampado en todos sus volúmenes.

Allí estaba el *Principia* robado, y parecía ser ahora el centro de la ceremonia. Sin duda, aquellos personajes elegantemente travestidos debían poseer también el manuscrito que en los últimos tiempos había zarandeado nuestras vidas. Sentí el flujo de la repulsión y del rencor subirme desde el estómago. Seguidamente un pensamiento me sobresaltó. ¿Era posible que, entre aquellos que yo había tildado de mamarrachos refinados, se hallara un descendiente de Jesucristo? Se trataba de una posibilidad estremecedora; de ser así, no podía ser otro que el líder, el Gran Maestro del Priorato de Sion, aquel hombre alto y delgado que dirigía la ceremonia. Fijé de nuevo mi atención en él, había dejado el libro en la urna, con los lomos abiertos, y se dirigía de nuevo al grupo de acólitos. Escudriñé sus maneras, sus ropajes, el colgante apoyado en su estómago, justo por debajo del diafragma. Analicé con más detenimiento el detalle de aquella alhaja: anteriormente me había quedado en las filigranas doradas, pero ahora pude distinguir lo que escondían en su interior. Se trataba de una cruz, dorada también, la cruz de los cristianos.

Kundera me sobresaltó en ese momento preguntándome si seguía en la línea. Apenas susurré un monosílabo afirmativo sin apartar mis ojos de la pantalla. Me preguntaba qué función cumplía el libro, al que parecían tratar con el mismo respeto que los cristianos a las Sagradas Escrituras. Debía ser un símbolo de adoración, muestra de la fuerza y el poder del Priorato. Al fin y al cabo, Newton había sido uno de sus más prominentes grandes maestros. El hombre que había sellado el triunfo de la razón, unido con aquel que había liderado a las masas y les había otorgado una nueva ética: Newton y Jesucristo. Ambos humanos y ambos divinos, pero solo en un nivel simbólico. El poder del Priorato de Sion no provenía de la divinidad de Jesús, sino del secreto que probaba su naturaleza meramente humana. El Gran Maestro –tenía que serlo– había terminado de hablar y cogía del nuevo el libro. Tras alzarlo una vez más por encima de su cabeza lo abrió. Acto seguido me llevé una de las mayores sorpresas de mi vida. Aquel hombre comenzó a arrancar las hojas, primero de una en una, y seguidamente de una manera casi salvaje, en montones que estrujaba entre sus manos antes de tirarlas a la urna. Cuando terminó de arrancar las hojas arrojó también los lomos. Entonces hizo un gesto hacia la esquina y no tardó en aparecer el lacayo, provisto de una lata. Sin formalismos, roció sobre el contenido de la urna lo que debía ser gasolina o

cualquier otro combustible y le prendió fuego. Una gran pira se alzó por encima de las cabezas de los acólitos. No podía dar crédito a lo que veían mis ojos. Aquello era absurdo, completamente irracional. ¿No eran aquellos los miembros del Priorato de Sion y Newton uno de sus grandes maestros? ¿Qué pretendían simbolizar con aquel acto, la destrucción de un libro de enorme valor por el que habían estado dispuestos a matar? ¿Y por qué colgar en la red una ceremonia tan incomprensible? Me vinieron a la mente en ese momento unas palabras de Kundera, referidas al PSP, pero que tal vez fueran aplicables a lo que estaba viendo: “Los caminos de la propaganda son inescrutables”. ¿Cuál era el mensaje que el Priorato, si realmente se trataba de ellos, pretendía lanzar al mundo a través de ese altavoz universal llamado internet? ¿Un desquite contra Newton por haber denigrado a Jesucristo? ¿O quizás por haber sido el artífice de la ciencia, que con el tiempo había diluido el poder de lo místico? Las llamas se fueron reduciendo ante las figuras impasibles y silenciosas reunidas en círculo. Siguió un fundido en negro. El video había durado menos de cinco minutos.

—¿Qué me dices de esto? —la pregunta de Kundera me sacó de mi ensimismamiento. Me lo figuré regocijado, imaginando la cara de asombro que se me habría quedado. Tan solo acerté a responder que me había quedado sin palabras. Después le devolví la pelota y pregunté por su interpretación. Al fin y al cabo, él había tenido más tiempo para asimilar aquel esperpento.

—Definitivamente vamos a la deriva —respondió animoso—. Se ve que también éstos son de los que se apuntan al nihilismo y la extravagancia.

—¿Éstos? —Ya no estaba tan seguro de la identidad de aquellos personajes.

—El Priorato de Sion, ¿no? ¿No son ellos los que han robado el *Principia* y el manuscrito de Ariza?

Asentí para mí, dubitativo, sin llegar a contestar.

—¿Y por qué quemarlo? —pregunté seguidamente, irritado por lo incomprensible que resultaba todo aquello— ¿Por qué subirlo a internet? Algo tan irracional, después de siglos de secretismo...

Durante unos segundos la línea se mantuvo en silencio.

—Tal vez quieran reflejar solo eso—aventuró entonces mi amigo—, la irracionalidad de nuestros tiempos.

No contesté. La palabra irracionalidad resonó unos segundos en mi cabeza.

¿Por qué? ¿Para qué? Divagamos sin dirección un rato más y después nos despedimos. Una vez colgamos las palabras fatalistas de Kundera siguieron dando vueltas en mi cabeza, hasta acabar por convocar el recuerdo de los insólitos atentados que habían desconcertado a la ciudad. En los últimos tiempos, por momentos, tenía la sensación de estar contemplando una obra de teatro del absurdo, donde cualquier esperpento fuese posible. Y era palpable que muchos de mis conciudadanos compartían aquella difusa desazón. Como si el siglo naciente, inaugurado simbólicamente con el derrumbamiento de las Torres Gemelas, hubiera alumbrado una nueva era, mezcla de espectáculo y sinsentido. El mundo como un trágico y absurdo *reality show*.

Aquella tarde me dirigí a Cruces. Hacía días que no visitaba a Arcadio. Ahora tenía una razón adicional para hacerlo, informar a Miss Barnes. La doctora Ruiz se encontraba ocupada y la enfermera me dio paso directamente a la habitación. El aspecto físico de Ariza había mejorado de forma ostensible, se le había bajado la hinchazón y su rostro era más o menos el de siempre. Tan solo el vendaje que seguía cubriendo la herida de la cabeza recordaba el incidente. Me senté a su lado, mientras me observaba desconfiado, al parecer seguía sin reconocerme. Hablé un rato de asuntos sin importancia, intentando animarle a entrar en conversación, pero aquel día estaba apático. El brillo de sus ojos pasó entonces de desconfiado a indiferente. Resolví sacarle a colación mi encuentro con su amante. Al fin y al cabo, la propia doctora me había incitado a intentar provocar una reacción.

–He hablado con Rose –señalé. Ese era el nombre de pila de Miss Barnes.

La expresión de Ariza no se alteró lo más mínimo. Su mirada impassible, que en este punto era ya también franca, sin el menor atisbo de temor, parecía querer señalar que entendía perfectamente lo que le decía, pero que sin embargo no le interesaba en absoluto. Lo intenté de nuevo, hablándole con más detalle de mi viaje a Cambridge. Sin resultado. Pasaban los minutos y parecíamos uno de esos matrimonios que uno ve en los restaurantes, sentados frente a frente sin nada que decirse después de que todo haya ya pasado. Esa imagen me irritó, y me incitó a jugar un poco, a suscitar como fuera una respuesta. Me acerqué a su rostro y coloqué mi mano sobre la suya.

–Priorato de Sion –susurré, en un tono ridículamente confidencial. En la

habitación estábamos solos los dos.

Arcadio se agitó del mismo modo que lo había hecho unos días atrás. Me escudriñó, y aquel lejano eco del reconocimiento volvió a aparecer en sus ojos. Asintió con la cabeza, miró a los dos lados y después repitió mis palabras con voz cavernosa: “Priorato de Sion”. Seguidamente añadió con cierta vehemencia, como matizando lo anterior:

–*Primus*.

Ya estaba otra vez con la manía del latín. *Primus*, primero. O también un personaje poderoso, un cacique. Incluso podía tratarse de la voz de parentesco «primo». El convaleciente me miraba como si aquella palabra tuviera una enorme importancia.

–¿*Primus*? –pregunté.

–*Primus* –repitió–. Priorato de Sion, *primus*.

¿Se podía estar refiriendo al cacique del Priorato de Sion, es decir, su gran maestro? Pronuncié las palabras “gran maestro” y él asintió de nuevo, enérgica y repetidamente. ¿Qué demonios quería comunicarme acerca del gran maestro?

La mirada de Arcadio se fue tiñendo de frustración y nerviosismo. Era evidente que buscaba las palabras y no las encontraba. Balbuceaba y gesticulaba, pero tan solo lograba pronunciar en modo comprensible aquellos vocablos, “*primus*, Priorato de Sion”. Apreté su mano e intenté que se calmara. Las pupilas de sus ojos se movían ahora agitadamente: en rápidas sucesiones me enfocaban y seguidamente pasaban a perderse en el vacío, mientras su mente intentaba recuperar las palabras perdidas. Poco después rompió a llorar. Las lágrimas rodaron por sus mejillas rápidas e incesantes. Traté de animarle mientras se deshacía en sollozos entrecortados. Pero por más que lo intentó, Arcadio no logró transmitirme lo que desde algún recóndito abismo de su mente pugnaba por salir.

Al abandonar el hospital caminé hasta un extremo de la plaza que se abría en su entrada y me senté en un banco. Alcé la mirada hacia el cielo: otro día gris. Por el momento no llovía, pero la velocidad con la que las nubes se agolpaban unas sobre otras anunciaba que el chaparrón no se haría esperar. Aquella agitación del cielo, que ahora iba oscureciéndose con rapidez, solía reconfortarme. La parte más instintiva de mi mente se inclinaba ante aquel poder inefable, que de alguna manera exponía nuestra pequeñez. Era en cierto

modo un acto de recogimiento y sumisión, y por el tiempo que durara –tan solo unos segundos, o como mucho unos minutos– aceptaba que no todo está bajo nuestro control, que hay cosas que no podemos llegar a abarcar. Como el interior estropeado de la cabeza de Arcadio. Pero los afanes no tardaron en volver a llamar a la puerta. Desde que había salido de la habitación meditaba qué mensaje transmitirle a Miss Barnes. Resolví entonces que lo mejor era llamarla cuanto antes para que aquello no siguiera dando vueltas en mi cabeza. Decidí también no edulcorar demasiado el contenido. No tenía sentido darle falsas esperanzas, cuanto antes aceptara la realidad mejor sería. Cogió casi de inmediato y tras un breve saludo le informé de que Arcadio no mostraba mejoría. Le recordé que tenía daños muy severos; que todos nos teníamos que ir haciendo a la idea de que era muy posible que el Arcadio que habíamos conocido no volviera nunca. Omití decirle que había mencionado su nombre y él no lo había reconocido, hubiera sido demasiado cruel. La joven permaneció unos segundos en silencio.

–Pero todavía existe alguna posibilidad de que se recupere, ¿no es así? – me interpeló.

La luz de la esperanza y la negrura de la desesperación se entreveraban en su voz. Vacilé unos instantes.

–Así es, Rose, todavía existe alguna posibilidad –asentí finalmente.

Había otro asunto que rondaba por mi cabeza. Me había negado a servir de instrumento del prelado Arietti, pero eso no quería decir que no pudiera indagar por mi cuenta. Una vez informada sobre el estado de Ariza habíamos caído en un impasse. Me decidí a sacar el tema.

–Rose, necesito hacerle una pregunta –avancé–, ¿Arcadio mencionó alguna vez al Priorato de Sion?

La joven vaciló un instante antes de contestar.

–¿Priorato de Sion?, no, no recuerdo habérselo oído. ¿De qué se trata?

Le expliqué que era una organización secreta y que el manuscrito que Arcadio se había llevado tenía que ver con la misma.

–¿Entonces usted no sabía nada sobre ese manuscrito? –inquirí.

–No, tenía entendido que se trataba de un original extremadamente raro relacionado de alguna manera con Isaac Newton, pero cuyo contenido estaba todavía por descifrar.

Le informé entonces de que Newton había firmado el manuscrito como Gran Maestro del Priorato de Sion, y que me constaba que Arcadio conocía ese dato. Pero desconocía si había logrado avanzar en su descodificación.

Miss Barnes se mantuvo un rato en silencio, reflexionando o recordando.

–Lo único que me viene a la cabeza es que, en los últimos tiempos, Arcadio estaba muy preocupado por la crisis en la que estaba sumida una determinada institución –dijo finalmente–. Por lo que pude entender tenía una relación estrecha con esa organización, tal vez fuese miembro o colaborador de la misma. Tendrá que perdonarme –se excusó entonces con candor–, no ponía mucha atención a esos temas cuando estaba con él. Creo poder asegurar que nunca mencionó el nombre... pero había un halo de gravedad y secretismo en todo el asunto. De todas formas, ahora que recuerdo, él no hablaba de *crisis*, sino de *cisma*. Eso es, le preocupaba el cisma que se había producido al interno de la organización. Siempre pensé que debía tratarse de una aburrida disputa entre rancios académicos, y la verdad es que apenas lo registré.

Nos quedamos en silencio de nuevo mientras reflexionaba. ¿Un cisma al interno del Priorato de Sion? ¿Podía tener que ver con la muerte de Pierre Plantard? Y en ese caso, ¿cómo podía estar Ariza al tanto de todo ello? ¿Era posible que tuviera algún tipo de relación con el Priorato, como las palabras de Rose podían señalar? Desde luego, la existencia de una relación previa cuadraba con la forma en que se había producido el robo de la biblioteca: no había señales de que el ladrón hubiera forzado su entrada ni de que el profesor se hubiera resistido, lo que indicaba que se había tratado de alguien que Arcadio conocía previamente.

En ese momento las primeras gotas comenzaron a caer del cielo. Eran gruesas y decididas, del tipo que antecede a un buen chaparrón. Me despedí rápidamente de Miss Barnes, asegurándole que la mantendría informada. Seguidamente eché a correr hacia la boca del metro. El cielo tronó con estruendo antes de que la espita se abriera del todo, en un movimiento brusco y repentino. Enfilaba ya las escaleras cuando el aguacero se me vino encima.

Llovió con saña lo que quedaba de tarde, pero poco antes del anochecer escampó. Desde la ventana de la cocina observé cómo las nubes se

compactaban y se alejaban hacia las capas superiores de la atmósfera. Desinfladas, formaban ahora una bóveda más homogénea e inofensiva. Bajé la mirada y la dirigí hacia el mar. Un haz de luz lograba abrirse camino por alguna mínima hendidura, iluminando un remanso de aguas plateadas. Dejé vagar mi mirada por el gris que aunaba cielo y mar, volviendo a cada rato a aquel pequeño oasis de luz, hasta que poco después la abertura se cerró y el foco se apagó. La escasa luminosidad que le quedaba al día no tardó en desaparecer. Un rato más tarde, ya de noche, Ane y yo salimos a dar un paseo por los acantilados. Mientras contemplábamos las rompientes, rugientes en la penumbra, le relaté mi entrevista con el prelado y mi temor de que las represalias no se hicieran esperar. O tal vez no, tal vez Arietti solo se hubiera tirado un farol con aquella admonición, “aténgase a las consecuencias”. ¿Podía realmente hacer que me echaran? Lo cierto es que mi posición en Deusto era fácilmente atacable: un tipo expulsado del sacerdocio por convivir con su amante. Al fin y al cabo, la Universidad de Deusto no dejaba de ser una institución católica. Por no hablar de un matiz adicional: el hecho de que yo no creyera en la existencia del Dios cristiano, asunto que también había aflorado, aunque de manera algo confusa, a lo largo del proceso que acabó con mi expulsión del estado clerical. En circunstancias normales, Ane no hubiera tardado en revelarse contra la posibilidad de que un intrigante enviado por Roma pudiera disponer de esa manera de mi destino. Era el tipo de cosas que hacían aflorar sus convicciones antisistema. Pero en esta ocasión se limitó a decir que ya encontraría algún otro trabajo. Mientras tanto, podía ayudarla en la herboristería. Cruzamos nuestras miradas e intuí lo que le pasaba por la cabeza. Ane tenía miedo. Y en ese momento todo lo que supusiera alejarme de aquella trama lo daba por bienvenido. Rememoré el asalto que habíamos sufrido en el hostel de Cambridge, apenas veinticuatro horas antes, y supe que ella estaba pensando en lo mismo.

–Teníamos que haber informado a la Policía –musitó en ese momento confirmándolo, sin dejar de caminar, como para sí misma. No dije nada.

Durante un rato continuamos nuestro paseo en silencio. Al pasar por encima de La Salvaje, nuestra playa predilecta, recordé cómo la había conocido allí mismo dos años atrás, mientras caminábamos por el borde del agua. Y cómo su irrupción había resquebrajado por completo los estrictos

pero precarios esquemas que me servían para manejarme. Al conocerla había iniciado mi segunda vida, posiblemente tan salpicada de sinsabores como la anterior, pero más libre, más ancha y plena, marcada por el amor a una mujer. A pesar de las incertidumbres, de las piedras del camino, era una vida que merecía la pena. Cogí su mano y atrayéndola hacía mi la abracé con ternura. ¿Volveríamos a ser de nuevo una pareja de amantes, tal vez aquella misma noche? Nos miramos, y volví a intuir que los dos estábamos haciéndonos la misma pregunta. Ella sonrió, con esa expresión inocente, de niña pequeña, que yo llevaba tiempo sin contemplar. Entonces nos besamos con un deseo renovado, buscando cada uno su respuesta. Pensé que aquel sí era un misterio que valía la pena desentrañar.



La llamada llegó a primera hora. Acababa de volver de correr, y esperaba a que el café terminara de hacerse mientras contemplaba el avance de los rayos solares, que desde levante iban iluminando fracciones cada vez mayores del océano. Sobre las aguas más cercanas las sombras de los acantilados iban retrocediendo con rapidez, acercando al litoral la frontera que separaba el negro del azul oscuro. Ane dormía en la habitación, pero aún la sentía cercana: una suave reminiscencia del tacto y del aroma de su piel permanecía conmigo. Una intimidad retomada que suscitaba en mi interior un dulce sosiego. Como si las cosas hubieran vuelto a su ser: volvía a caminar por la tierra, a transitar sus frondosos valles y sus abruptas montañas, a enraizarme en ella. El teléfono sonó cuando iba a servirme la primera taza. Me extrañó, nadie me llamaba a aquella hora. Se identificó como oficial de la Ertzaintza: querían que me pasara por la central de Bilbao aquella misma mañana. Pregunté de qué se trataba pero el oficial adujo que no podía darme detalles, se me informaría en la comisaría. En cualquier caso, de su tono de voz no se deducía ninguna urgencia, parecía algo rutinario. Sorprendido llamé a Barrutia. El subcomisario no estaba al corriente de la citación, pero me instó a que acudiera cuanto antes; mientras tanto él haría sus averiguaciones. Resolví dirigirme directamente allí, tenía tiempo antes de mi clase de las doce. Apuré la taza con rapidez y volviendo a la habitación me duché y vestí con sigilo, intentando no despertar a Ane. Cuando iba a salir oí su voz. Me acerqué a besarla y le informé de que teníamos en ciernes un maravilloso día de sol. Sonrió, y mientras se desperezaba dijo que iba a pasar el día en el caserío. Tenía a sus plantas y a sus clientes muy descuidados. Pero volvería al

atardecer. Un brote de prevención me asaltó por un instante, pero me callé. Nos despedimos, sin que tampoco llegara a mencionar la llamada de la Ertzaintza.

Me introdujeron en una sala sobria, con una mesa anclada al suelo, unas sillas y un amplio ventanal de cristal opaco. Pensé que era como las que solían verse en las películas. Sin embargo, el oficial no era ningún policía rudo o sibilino (recordé que solían ser dos, el rudo y el sibilino). Tendría poco más de treinta años y una mirada inteligente y afable. Su expresión me tranquilizó; aunque no tenía razón para estar nervioso, una citación policial no deja de impresionar.

–Verá, se trata de una rogatoria de la Policía inglesa –explicó tras haber confirmado mis datos personales.

No pude evitar sobresaltarme. El oficial había levantado la mirada y me observaba con atención.

–¿Conoce a Rosemary Barnes? –preguntó pasados un par de segundos.

El corazón me dio un vuelco. Apenas la tarde anterior había hablado con ella. ¿Qué le había ocurrido a Rose?

–¿Rose? Sí, la conozco –titubeé–, no mucho, pero la conozco. ¿Le ha ocurrido algo?

El oficial volvió un instante a los papeles que tenía sobre la mesa. Iba a hablarme de nuevo cuando se abrió la puerta y entró el subcomisario Barrutia. Saludó con un gesto de cabeza impreciso.

–Continúe –dijo el recién llegado, mirando un instante al oficial.

Éste volvió a observar los papeles, que comenzaban a ponerme nervioso. Parecía que allí estuviera escrito algo extremadamente relevante que me concernía.

–¿Ha visto recientemente a Rosemary Barnes o se ha comunicado con ella? –preguntó. Alcé una mirada culpable hacia el subcomisario, que permanecía en pie a la derecha del oficial. Después volví a confrontar el rostro de mi interrogador.

–Sí, la vi en Cambridge hace un par de días –confesé (porque aquello me sonaba a mí mismo a confesión)–. Y ayer por la tarde hablé con ella.

–¿De qué hablaron ayer por la tarde? –preguntó raudo el oficial.

¿De qué hablamos? ¿Tenían derecho a hacerme esa pregunta? La mirada

del joven oficial ya no me parecía tan afable. En cuanto a Barrutia, no me atrevía a confrontar la suya. Vacilé unos instantes y seguidamente resolví contarle todo. Al fin y al cabo, no había cometido ningún delito, a no ser que la deslealtad hacia Barrutia pudiera considerarse un delito moral. Pero, ¿por dónde empezar? No era tan fácil explicar algunas partes de nuestra conversación. ¿El cisma del Priorato de Sion? Sonaba demasiado irreal.

–Miss Barnes es amiga de Arcadio Ariza –avancé, comenzando por la parte fácil–. El profesor Ariza trabaja conmigo y ahora está en coma... las circunstancias las conoce el subcomisario. Ella me había pedido que le mantuviera informada de su evolución. Ayer fui a visitarlo en Cruces y al salir la llamé.

El oficial lanzó una mirada inquisitiva hacia Barrutia. Éste sostuvo sus ojos sobre mí. Hizo un levísimo gesto con la barbilla, indicándole que continuara.

–¿De qué más hablaron?

Entrábamos en la parte difícil. ¿Cómo explicar aquello? ¿No me había exigido el subcomisario que dejara de enredar?

–Le pregunté si alguna vez le había oído hablar a Ariza del Priorato de Sion –señalé, algo azorado.

–¿Priorato de Sion? –preguntó. Después alzó la mirada de nuevo. Barrutia puso una mano sobre su hombro.

–Está bien, Dorrón, ya sigo yo –indicó–. Como ve el interrogado reconoce haber llamado a la señorita Barnes, cuestión principal de la rogatoria. Quizás ahora pueda explicarnos mejor ese asunto del Priorato de Sion. Es una conversación que el padre Azurmendi y yo teníamos pendiente.

¿Padre? Hacía años que nadie me llamaba así. La ironía latente en utilizar un título del que había sido despojado era evidente. El oficial mantuvo la mirada fija en Barrutia, me pareció que estaba intentando discernir si éste le estaba pidiendo que se fuera o quería que se quedara. Algo en el brillo de los ojos del subcomisario debió de darle la respuesta. Se levantó con un gesto de asentimiento y salió.

Al cerrarse la puerta resoplé suavemente. Me sentía menos violento con el oficial fuera de escena. Tenía que responder ante Barrutia, pero era preferible hacerlo sin aquel convidado de piedra jugando el papel de mediador. Un juego

cínico que el subcomisario había permitido como medio de ponerme en evidencia.

–Te debo una explicación –dije, confrontando su mirada–, pero antes necesito saber qué le ha pasado a Rose Barnes. ¿Está...?

Barrutia me mantuvo en ascuas todavía unos segundos antes de contestar.

–Está en el hospital... viva, pero con la cara destrozada y unos cuantos huesos rotos. Al parecer, obsequio de tu amigo Branko.

Camino de la universidad, un rato después de haber abandonado la comisaría, me sentía como un miserable y un estúpido. Allá por donde daba mis torpes pasos de investigador diletante iba quedando un rastro de mujeres maltratadas. Entre las pocas palabras que la desgraciada bibliotecaria había podido pronunciar ante la Policía, todavía aturdida y traumatizada por la paliza, había dos que apuntaban directamente a mi culpabilidad: se trataba de dos nombres propios, Azurmendi y Branko. Eran la prueba de que mis pesquisas algo debían de tener que ver con que la joven hubiera sido sangrientamente arrastrada al centro de la trama. Y el caso es que Rose no sabía nada antes de hablar conmigo, ni de la naturaleza del manuscrito ni del Priorato de Sion. Si, como debía haber ocurrido, Branko la había torturado para averiguar lo que sabía, el hecho de que yo le hubiera dado de antemano unas pinceladas debía haber empeorado sustancialmente su posición. Ya no podía alegar un desconocimiento absoluto, su mirada debía haber brillado asustada y culpable ante las preguntas del sicario. Culpable tan solo de saber lo poco que yo le había contado, pero lo suficiente para perder la inocencia. Los agentes ingleses habían encontrado mi llamada en el móvil de Rose, la última que había recibido aquel día, y tras localizar el origen habían enviado la rogatoria. Era evidente que yo no había intervenido físicamente, pero querían determinar si podía tener algo que ver. Por fortuna, Barrutia estaba al tanto de cómo se había ido desenvolviendo aquel triste enredo, y pudo aclarar mi inocencia en lo relativo al ataque sufrido por la bibliotecaria. Pero en lo que concernía a la deslealtad y a la insensatez, era culpable en grado sumo. El subcomisario me mostró su enojo de la forma que más dolía, tratándome con frialdad, como si entre nosotros no existiera un pasado, como si él no fuera el hombre que, una noche de luna, en el cementerio de un villorrio perdido a orillas del Pacífico

peruano, me había salvado la vida. Le relaté mi visita a Cambridge, mis pesquisas infructuosas con el Master del Trinity, su extraño comportamiento, la muerte de Pierre Plantard, la irrupción de Miss Barnes y nuestra última conversación sobre el cisma del Priorato de Sion. Esta vez, la forma cruda que tomó su advertencia para que dejara de indagar y correr riesgos me hizo comprender que, aunque no podía impedir que siguiera jugando aquel peligroso juego, si decidía persistir en él estaría poniendo en riesgo nuestra amistad.

Imaginé entonces una vez más el rostro desfigurado de Rose y su cuerpo golpeado y mancillado —el subcomisario no me había ahorrado detalles—. Maldije a aquella bestia. No comprendía por qué había dado su nombre, como si quisiera publicitar la firma del crimen. Al parecer el Priorato no estaba interesado ya en ocultar sus sórdidas acciones. Pero ¿qué Priorato? ¿Podía aquella ruptura del secretismo consuetudinario de la organización tener que ver con el cisma? Aparté tales preguntas de mi cabeza. Estaba determinado a olvidarme de una vez por todas de aquel asunto. Por otro lado, un temor iba creciendo en mi pecho: Ane se encontraba sola en el caserío. Antes de entrar en el metro la había llamado sin lograr dar con ella. Calculé entonces si a Branko podía haberle dado tiempo de volver de Cambridge. Según mis cálculos, era difícil, pero no imposible.

Las sorpresas desagradables de la mañana no habían acabado, aunque la siguiente fuera más bien agridulce. Llegué cinco minutos tarde a mi clase de las doce, y al entrar los alumnos me recibieron con una espontánea salva de aplausos. Eran aplausos alegres y sinceros. Tras pasear una mirada desconcertada por el aula advertí que sobre la tarima ya había alguien. Comprobé que se trataba del profesor Arrue, un personaje lúgubre y advenedizo del Departamento de Sociología, al que le había tocado ejercer de sustituto los días que yo había estado fuera. Sorprendido subí a la tarima y le dije que ya estaba de vuelta, y que lamentaba que no hubiera sido informado.

—Ya estaba informado —respondió con una voz desagradable, aguda y algo gangosa, pero orgullosa y displicente a pesar de ello—. Pero se me ha indicado desde el rectorado que hasta nueva orden siga encargándome de estas clases... usted tendrá que ir allí a informarse.

Bajó la mirada hacia la mesa y abrió un libro, dispuesto al parecer a

comenzar la clase sin más explicaciones. Yo sabía que los forcejeos latentes entre nuestro departamento y el de Sociología habían tomado un nuevo cariz desde que Arcadio estaba ausente. Aprovechaban las circunstancias para librar sus pequeñas y mezquinas batallas. Y sabía también que el rector estaba debilitado y un nuevo poder se había instalado en la sala de reuniones de la rectoría. Le miré fijamente un instante y sin decir nada más me encaminé hacia la puerta. Antes de que saliera, atronó un abucheo fresco y jovial, mientras Arrue se desgañitaba exigiendo silencio con su desagradable voz de pato. Agradecí en lo más íntimo aquella reacción de los alumnos, que me permitió mantener incólume una buena parte de mi dignidad.

Dejé la conversación con el rectorado para otro momento. Lo último que necesitaba aquella mañana era tener que confrontar las arteras maniobras del prelado, y estaba convencido de que no iba a poder reunirme con Plazaola sin que su siniestra figura se hiciera presente. Además, necesitaba comprobar que Ane se encontraba bien. Tomé el metro de vuelta a casa y una vez en Kukullu me apresuré a coger la Vespa, recién devuelta del taller, con la intención de dirigirme lo antes posible al caserío. Subí por las cuestas con el corazón en un puño. Pero antes de llegar a apagar el motor escuché los alegres ladridos de Loi, que daban la vuelta a la esquina. No siendo tal vez definitiva, aquella era una buena señal. Dejé la moto junto al murete y acaricié al animal mientras le preguntaba por su dueña. Presa todavía del nerviosismo me dirigí a la parte trasera del caserío: Ane estaba en el invernadero, enfrascada en el cuidado de sus plantas, con la atención puesta por completo en sus macetas. Me invadió una profunda sensación de alivio. La contemplé unos segundos sin moverme, paralizado en el sitio. Me extasiaba su ensimismamiento, la paz que irradiaba su rostro, la plenitud que podían llegar a producir las tareas sencillas y elementales. Como aquellas que nos acercaban a la tierra, pensé, alejándonos de la intrincada e innecesaria complejidad que habíamos traído a este planeta. Y durante un instante, dos incipientes lágrimas se sostuvieron temblorosas sobre mis pestañas.

La brutal agresión sufrida por Rose nos llevó a resolver desaparecer de Sopelana al menos por unos días. Fue una decisión tomada al vuelo, con la urgencia del fugitivo. Anhelábamos poner distancia con los seres mezquinos y

cruel que estaban removiendo nuestras vidas. Elegimos Ochagavía, un enclave que se nos antojó suficientemente lejano y escondido. Cargamos lo imprescindible en el Peugeot de Ane, dejamos a Loi con un vecino, y antes de que el sol se pusiera llegamos a aquel recóndito pueblo ubicado a las puertas de la montaña pirenaica. Nos recibió frío y escasamente acogedor, bajo la última claridad incierta de un sol anaranjado que se ocultaba por el oeste. Sólida piedra blanqueada, tejados afilados y rojizos, calles empedradas, un viejo puente romano sobre el río de aguas díscolas... los elementos se mostraban firmemente delineados a pesar del crepúsculo, como pruebas convincentes de la laboriosidad del hombre que batalla cada día contra lo salvaje. Parecía un buen lugar donde perderse, y tal vez, pensé mientras observaba el rostro de Ane, volver a encontrarse.

Nos alojamos en un hostel que se asomaba a la carretera y al río. Desde el pequeño balcón de la habitación contemplamos la hilera de casonas de la otra ribera. Tenían un aire estoico, una disposición a aguantar lo que desde el cielo o el camino llegara hasta ellas. Por encima de los tejados, bajo un cielo cobrizo, se extendía la pendiente pronunciada de un bosque de pinos oscuros y herméticos. Ane se empeñó en mantener el balcón abierto mientras deshacíamos nuestro exiguo equipaje, a pesar de la fría humedad que subía desde el cauce. El murmullo fresco e incesante de las aguas fue apaciguándonos el ánimo, y permitió que comenzáramos a reconciliarnos con la aparente indiferencia del lugar. El mismo efecto tuvo la conversación de la cena con la dueña, Clara, una robusta mujer de mediana edad, llana y sobria como la arquitectura local, pero amistosa a su manera Ochagaviarra. Nos dio indicaciones precisas sobre lo más reseñable del pueblo y las mejores zonas de la cercana selva de Irati. Después paseamos por las calles vacías y por las heladoras riberas. Cruzamos las piedras desgastadas del puente romano y las volvimos a descruzar. Pegados el uno junto al otro, más por pura necesidad de calor que por la rutina del cariño. Nos acercamos a la mínima plaza del ayuntamiento. Apenas vimos un alma. No tardamos en recogernos en la alta cama de colchón blando, sus muelles ya desvencijados, reconfortados bajo una doble capa de mantas.

Durante los siguientes días intentamos aferrarnos a esa rutina apaciguadora, bien conocida, del excursionista o caminante. Desayunábamos

temprano, con contundencia, mientras Clara nos relataba sus historias: lo mismo podían ser leyendas antiguas revividas para los turistas –como las más conocidas del *Basajaun* o señor de los bosques, un ser peludo de altura y fuerza prodigiosas pero naturaleza bondadosa–, que chismes inofensivos sobre los habitantes actuales de la localidad. Después del desayuno nos acercábamos a la selva de Irati en el Peugeot, contemplando en silencio como las brumas se atrincheraban en los valles y vaguadas, mientras que se deshilachaban alrededor de los bosques. Aparcábamos junto a una senda y caminábamos durante horas. Transitábamos los hayedos o abetales sin apenas hablar, rumiando nuestros pensamientos, como si de aquel incesante recordar pudieran surgir respuestas. No faltaban los elementos idílicos: el crepitar de la capa de hojas secas, los sonidos misteriosos de los animales salvajes, el hallazgo de un arroyo o una cascada, o los colores de la estación, que en los hayedos eran marrones cálidos, amarillos intensos y rojos explosivos. Pero la avidez y la violencia del mundo seguían acompañándonos, amortiguadas, incluso ahogadas en el cansancio del atardecer, pero intensas y amenazadoras en puntuales rebrotes. De vez en cuando captaba al vuelo una expresión de dolor en el rostro de Ane, y por simpatía se repetía acto seguido en el mío. Ocurría también a la inversa: su desgracia me había obligado a evocar la mía, y desde ese momento las imágenes olvidadas afloraban en mi mente en ocasiones sueltas, aparentemente dispuestas al azar, pero que provocaban invariablemente el mismo efecto: al levantar la vista y encontrar su mirada, comprendía que ella había reconocido mi recuerdo y lo estaba refiriendo al suyo, y que su culpa y su dolor volvían a mezclarse con los míos. De esta manera, un nuevo vínculo había nacido entre nosotros, que a una vez nos unía más estrechamente y nos avergonzaba. De vuelta al pueblo, después de la cena, repetíamos el paseo solitario del primer día, contando con los dedos de una mano los lugareños con los que nos topábamos. Absorto en el sonido hueco de nuestros pasos sobre los adoquines, meditaba que tal vez necesitaríamos persistir durante años en aquellas largas caminatas, y en aquellos sobrios paseos, para así acabar de extirpar algún día el eco de la culpa y el rencor. Pero sabía que era un pensamiento baldío, me temía que nuestra relativa paz sería pronto truncada. La confirmación a mis temores llegó el atardecer de nuestra tercera jornada, recién llegados al hostel: una llamada

nos devolvió de golpe a la tenebrosa urdimbre que tratábamos de dejar atrás. Era Barrutia.

—¿Dónde coño te habías metido? —preguntó irritado, sin preocuparse de saludar. Debía de llevar unas horas tratando de localizarme. Durante el día dejábamos los teléfonos en la habitación, hasta que volvíamos de las caminatas.

De la mezcla de autoridad y nerviosismo de su voz había intuido que algo grave debía haber sucedido, pero a pesar de ello contesté con firmeza. Le expliqué que Ane y yo habíamos decidido perdernos unos días en la montaña, sin aclararle dónde estábamos. Barrutia emitió un chasquido desaprobador. Acto seguido reveló lo ocurrido.

—Han asesinado a Jauregi, tenéis que volver —anunció.

Me sorprendió menos el asesinato de Jauregi que el que estableciera una conexión directa entre el hecho y la advertencia de que teníamos que volver. No comprendía, ¿no era mejor en ese caso que nos mantuviéramos alejados?

—Tienes que pasarte cuanto antes por la central —añadió entonces. Me quedé perplejo, aquello no era una petición, aquello era una orden. El subcomisario me aclaró seguidamente lo que comenzaba a hilarse en mi cabeza: Jauregi me había agredido y cuando habían tratado de localizarme estaba desaparecido, lo que sumando una cosa con la otra me había convertido en un posible sospechoso.

—No te preocupes, será algo rutinario... de todas formas es mejor que vuelvas, este asunto se ha puesto feo, y si van a por ti es más fácil que te echen mano en el monte —agregó, provocando que un estremecimiento me subiera por la espina dorsal.

Seguidamente le pedí que me diera detalles de lo sucedido.

Habían sacado a Jauregi de la ría aquella misma mañana, tras ser localizado desde el muelle por unos pescadores—los peces volvían a subir por la ría del Nervión, aunque cabía tener dudas de que fuera sano ingerirlos—. La patrullera de la Ertzaintza había encontrado el cadáver una hora más tarde, a la altura de Barakaldo, donde hacía años se situaban los Altos Hornos de Vizcaya. El cuerpo estaba lívido y rígido, llevaba ya unas horas en el agua. Sin embargo, la causa de la muerte no era ahogamiento, los de la Científica habían determinado que, antes de tirarlo a la ría, a Jauregi lo habían ensartado con

algo parecido a un grueso punzón. Mostraba múltiples agujeros en el torso y en el cuello, y del informe se podía inferir que el homicida se había ensañado, tal vez presa de un arrebató de violencia. El cadáver tenía bastantes más heridas de las necesarias para producirle la muerte, todas ellas infligidas por el mismo arma, de lo que se deducía que posiblemente se trataba de un solo asesino. Barrutia añadió que habían concluido ya el examen del cuerpo, sin lograr detectar material genético del responsable. La única hipótesis de trabajo que manejaban por el momento apuntaba a que el asesinato podía estar relacionado con la trama del manuscrito. Así, el caso Newton ganaba enteros en la lista de prioridades de la Ertzaintza.

–Tal vez un asesinato ritual... –musitó entonces, pero no me quedó claro si buscaba mi opinión o era más bien una reflexión en voz alta. Opté por no responder, de todas formas no tenía una opinión formada. Además, necesitaba aclarar algo. No estaba cómodo con mi condición de sospechoso, por mucho que fuera rutinaria.

–Hemos pasado los últimos tres días en Ochagavía –dije–, la dueña del hostel puede atestiguarlo...

–Tú vuelve a la civilización y lo aclaramos todo, no me gusta que estéis perdidos de la mano de Dios en estas circunstancias.

–...y Ane también –añadí, dándome cuenta de que en realidad Clara no podía testificar sobre lo que había estado haciendo durante el día. En realidad, nadie podía, a salvo de mi compañera. En las horas que pasábamos caminando por los bosques, rumiando nuestras aflicciones, podía haber tenido tiempo de ir a Bilbao, cometer el asesinato y volver. Por supuesto, era una idea absurda.



Tras unos días sin ver a Miren volvimos a encontrarnos en el funeral. Habían organizado las exequias en la capilla de la propia universidad, y no tardé en localizarla entre la pequeña multitud. Vestía un traje oscuro de pantalón y chaqueta, con una blusa de seda negra. La melena rubia destacaba distinguida y juvenil sobre el fondo oscuro, y sus movimientos ondulantes me llenaron de un intenso anhelo que traté de apartar de mi cabeza. Observé, furtivamente, que su mirada parecía algo apagada, demasiado absorta. Y no es que el ambiente fuera especialmente lúgubre; los escasos presentes –un puñado de profesores, algún alumno y personal de la universidad– no parecían demasiado afectados por la muerte de Jauregi. Frente a la puerta de la capilla había incluso cierta algarabía. Se palpaba el morbo: las circunstancias de la muerte de nuestro sombrío compañero daban para muchos comentarios. A unos metros, Plazaola departía con un par de responsables de departamento. Tras comprobar que el prelado Arietti no debía haber considerado necesario acercarse a la ceremonia, resolví aprovechar la tesitura para intentar cruzar unas palabras con él. Estaba cabizbajo, con un aire de derrota marcado en la expresión. Se diría que incluso había adelgazado. Esperé y cuando sus interlocutores se dirigieron a la entrada me crucé en su camino. Hizo un alto, indicando a los otros dos que continuaran. Observé que levantaba la cabeza y miraba alrededor, como para asegurarse de que estaba libre de miradas indeseadas. Después apoyó por un instante su mano regordeta sobre mi hombro. Me preguntó cómo estaba y seguidamente me pidió que aguantara: “*eutsi eizu*, Azurmendi”. En su opinión aquello no podía durar, tenía que haber asuntos más importantes que reclamaran la atención del prelado. La diatriba

contra el Santo Padre había causado una cierta conmoción en Roma, pero al parecer todo había acabado en una breve tormenta de verano. El exabrupto, junto con la copia del manuscrito firmado por Isaac Newton, habían provocado bastante revuelo entre los habituales de las conspiraciones, pero era algo demasiado críptico y oscuro para atraer la atención de una parte significativa de la sociedad. En realidad, el rector no entendía por qué seguía Arietti allí. Siendo cierto que un profesor de la universidad estaba muerto y otro maltrecho en el hospital, aquel era un asunto interno de la Compañía de Jesús, no tenía por qué concernir al Vaticano; Plazaola no se lo explicaba, y de acuerdo con sus fuentes había muchos en el propio Vaticano que tampoco. Todo esto me lo dijo a gran velocidad, era evidente que necesitaba explicarse, excusarse por no haber podido protegerme. Al fin y al cabo, había sido él el que me había metido en aquel embrollo. “El prelado manda mucho, y debemos obediencia”, dijo, bajando la voz hasta acabar en un susurro. Su rostro adoptó una expresión de niño pequeño al que han regañado, de impotencia. Yo aborrecía aquellas ridículas jerarquías vaticanas, y me enervaba que el bueno de Plazaola tuviera que tragarse esa indignidad, pero también entendía su posición. Le dije que no se preocupara. Tras posar una vez más su mano sobre mi brazo se encaminó hacia dentro con paso acelerado.

La capilla de la universidad era insulsa y funcional, sin el menor encanto. Un lugar donde cumplir con Dios antes de seguir con los afanes del día. Medio escondido al amparo de una columna, me comporté durante la mayor parte de la ceremonia como un adolescente, espiando cada movimiento de Miren, y mostrando una adecuada y algo enigmática cara de circunstancias cuando se volvía, de tal manera que mi posición entraba en el radio de acción de su mirada. Tan solo me concentré en las palabras del oficiante cuando éste osó intentar un panegírico: los equilibrios que tuvo que hacer para encajar el extraño comportamiento del finado, incluida su violenta muerte, resultaron forzados y algo patéticos. Lo cierto es que Jauregi no había recabado muchas simpatías en vida. Sin embargo, observé que Plazaola parecía sinceramente compungido —estaba muy rojo, los hombros y la cabeza caídos, la mirada humedecida—. Su más que aparente aflicción hizo que por un momento pusiera freno a mis prejuicios, y me planteara la posibilidad de que el viejo y oscuro profesor de latín, tal vez en otra época, hubiera sido también otro hombre. Al

terminar la ceremonia cantamos nuestro himno más sentido, el de la Virgen de Begoña; fue el único momento que me pareció realmente convincente. Y la verdad, me alegré de que lo fuera.

Al salir acompasé mis pasos para que coincidiéramos en la puerta. Intercambiamos una mirada ambigua mientras abandonábamos la capilla. Ella se dirigió a la cafetería y yo la seguí. Poco después nos sentamos en una esquina con sendos cafés, incomodados por la escasa intimidad que brindaba aquel espacio atiborrado de estudiantes. Vacilamos, deduje que ambos barajábamos distintas posibilidades de conversación. En mi caso primaba una sensación de frustración, derivada de comprender que no podía tenerlo todo.

¿Se podía amar a dos mujeres?

La naturaleza de mis sentimientos hacia Ane era más honda, más capital en mi vida, pero ¿debían invalidar lo que sentía por Miren? Intuí que la respuesta era no, y sí. Medité que era posible amar a dos mujeres, pero resultaba casi imposible hacerlo sin que los caminos paralelos se entrecruzaran, se crearan nefastas interferencias, y se acabaran por truncar el uno al otro... al menos si uno era como yo, y vivía en un sitio como aquel, en una época como aquella. En ese momento nuestras miradas se cruzaron y sentí una mezcla de impotencia y culpabilidad. Ella comprendió. Adoptó un tono ligero para preguntarme dónde había estado. Logró transmitir el grado de preocupación propio de una compañera de trabajo, de una tonalidad muy diversa al que hubiera sido el propio de una amante. En el claustro corrían rumores, se sabía que Arrue había usurpado mis clases. Intuían que mi aparente defenestración tenía que ver con la irrupción del prelado en la universidad, y con la desaparición y el posterior asesinato de Jauregi. Pero se perdían en las posibles conexiones. Respondí con vaguedades y la sensación de incomodidad se acrecentó. Entonces Miren apuró su café, se levantó y se despidió sin formalismos, como si aquello no hubiera sido más que un pequeño solaz entre colegas. La acompañé a la puerta de la cafetería. Tenía la amarga sensación de estar quedándome con la palabra en la boca, pero sabía que se trataba de palabras que no tenía sentido pronunciar. Mientras contemplaba cómo se alejaba cruzando uno de los patios interiores, me pregunté qué demonios había pretendido lograr con aquel encuentro.

Aquel fue el segundo fiasco del día; a primera hora había tenido que pasar

por la comisaría. Por desgracia el subcomisario Barrutia había decidido inhibirse –supongo que habida cuenta de nuestra amistad–, y como consecuencia yo había tenido que sufrir un largo y repetitivo interrogatorio, acerca de cada uno de los pasos que había dado en las últimas cuarenta y ocho horas. Ane también había sido llamada a declarar, pero al parecer su testimonio no había sido suficiente para exculparme. Suponía que también habrían llamado a Clara, aunque la recia hostelera solo sabía que hacia las nueve de la mañana abandonábamos el hostel provistos de bocadillos, y que no volvíamos hasta después de las seis de la tarde. El colega de Barrutia que me interrogó –un oficial de su misma graduación– también era un ser preso de la frustración. Me pareció uno de esos funcionarios que a fuerza de ver la mierda y la rutina pasar han perdido las ganas. Tal vez alguna vez había tenido algo parecido a una vocación o a una voluntad de servicio, pero de eso debía hacer ya muchos años. Era un hombre grande, de movimientos lentos y premeditados, y he de reconocer que en un primer momento pensé que su parsimonia era intencionada, parte de una actuación elaborada que buscaba que me pusiera nervioso. Pero no tardé en deducir que en realidad aquella era su verdadera idiosincrasia. Estaba fondón, más bien gordo, la carne le colgaba debajo de los ojos y de la barbilla. Alternaba miradas muy serias –vanos esfuerzos intimidadores– con resoplidos de hastío. Preguntaba machaconamente, pero con poca imaginación. A tenor de su cansina y poco creativa insistencia, comprendí que en la Ertzaintza estaban hasta la coronilla. El terrorismo nihilista y los asesinatos de profesores de universidad no formaban parte del menú habitual; la última deriva del crimen les debía tener descolocados. Supongo que necesitaban encontrar algo sólido, pistas firmes por donde tirar del hilo... pero el resoplido final de mi interrogador, más largo y resignado, evidenció que había comprendido que yo no era más que otra posibilidad fallida. En cualquier caso, me conminó a estar localizable, por si necesitaban hablar de nuevo conmigo.

Al salir de la sala de interrogatorio un agente me llevó al despacho de Barrutia. Era un cuarto pequeño en la segunda planta, mal iluminado. Sorprendía la cantidad de estanterías, libros y papeles, parecía más bien el despacho de alguien que ejerciera la abogacía o cualquier otra profesión intensiva en papeleo. El mobiliario era barato, funcional. Me señaló una silla

y preguntó con tono despreocupado cómo había ido. Le dije que demasiado largo, y él me confirmó con una expresión fatigada que desde jefatura estaban ejerciendo mucha presión. Enseguida se recompuso. Quería que le contara de nuevo todo lo que pudiera recordar sobre Jauregi. Pero antes de entrar en ese tema yo tenía una preocupación más imperiosa, que había estado en mi cabeza en todo momento durante los días pasados en Ochagavía: Rose Barnes.

–Ese Branko es una mala bestia –señaló–, pero conoce su trabajo. De acuerdo con lo que nos han hecho saber nuestros colegas ingleses la paliza fue obra de un profesional. Máximo dolor con mínimo riesgo de colapso. No quería que se le desmayara, se deduce que la torturó en busca de información.

Cerré los ojos y negué con la cabeza. Maldito hijo de puta.

–¿Hay algún indicio sobre su identidad? –pregunté.

El subcomisario levantó un grueso dossier de encima de la mesa.

–Aquí hay más de cien fichas de posibles sospechosos. Desgraciadamente los Balcanes han sido una fuente inagotable de criminales del peor tipo. Son gente trastornada, sádica por la pura costumbre de no haber conocido otra cosa que la guerra. Algunos además parecen llevarlo en su naturaleza. En cualquier caso, se trata de gente muy preparada, profesional. Están instruidos en todas las artes del crimen: espionaje, intimidación, tortura, muerte... y han nutrido las huestes de diversos grupos mafiosos, algunos de los cuales operan en nuestro territorio. Ahora mismo son las estrellas rutilantes en el mercado internacional de sicarios.

Asentí resignado. Las imágenes de la joven amante de Ariza, su enternecedora combinación de fragilidad e ímpetu, no dejaban de pasar por mi mente.

–¿Por qué no la mató? –pregunté.

–Buena pregunta. Lo cierto es que tampoco quiso acabar contigo. No hubiera sido complicado, o al menos podía haberlo intentado. Pero al parecer les basta con enviar avisos, y con asegurarse de que se sepa que han sido ellos...

–¿Ellos?

El subcomisario carraspeó.

–Supongo que el Priorato de los cojones.

–¿Y entonces por qué demonios han matado a Jauregi? –pregunté tras

reflexionar unos segundos.

Barrutia se levantó y cogió un sobre de una estantería cercana. Seguidamente lo abrió y sacó un par de fotografías. Me mostró un torso enjuto y descolorido, de apariencia cerosa. Mostraba perforaciones esparcidas aleatoriamente en toda su extensión: orificios con aspecto sanguinolento rodeados por carne amoratada. En algunos casos las incisiones habían producido desgarros. No tuve que preguntar de quién era aquel cuerpo. Fue a sacar más fotografías, pero le detuve con un gesto de la mano y una mueca asqueada.

–Branko no mató a Jauregi –dijo, volviendo a introducir las fotos en el sobre–, esto no es obra de un profesional. Desde luego el asesino no carecía de determinación, pero le pinchó de forma errática, sin ningún método. Tantos agujeros y no acertó ninguno en el corazón... y te ahorro los infligidos en el cuello y en el rostro.

–¿Entonces quién? –pregunté perplejo.

–Ni idea. Es de suponer que tenga algo que ver con la dichosa trama del manuscrito, pero no parece el modus operandi del Priorato. Esto no lo ha hecho un sicario, ni Branko ni ningún otro... es decir, salvo que el asesino estuviera borracho o decidiera divertirse como un niño a costa del muerto. Tampoco cuadra el arma utilizada, parece escogida al azar, como si la acabara de comprar en una ferretería.

–¿Un punzón?

–Algo así. Pero más largo y grueso.

Nos quedamos en silencio. Los rayos de sol entraban ahora a través de las láminas del estor, creando rectángulos alargados sobre las pilas de documentos de la mesa de Barrutia. No envidiaba su labor, sentarse cada día en medio de aquel enjambre de pruebas y deposiciones, devanándose los sesos para intentar dar con los malos. Aquella perspectiva carecía de la excitación que yo había encontrado en pasearme de aquí para allá, haciendo cuatro preguntas y sintiéndome muy listo. Con una *misión* que cumplir y con la que enmascarar el hastío y la rutina. Sobre aquella mesa descansaba otra realidad: rostros y cuerpos destrozados, criminales sin escrúpulos, mujeres maltratadas... la inmundicia y el sufrimiento atroz que se genera en los márgenes de la sociedad, y que alguien tenía que mantener bajo control para

que los demás pudiéramos dormir tranquilos. El subcomisario debió intuir lo que discurría por mi mente, a juzgar por el gesto de resignación que realizó en ese momento.

–Ya ves, Azurmendi –remarcó–, estamos enfangados hasta la coronilla. Entre los terroristas, los nihilistas y los chiflados de tu asunto, nos hemos adentrado en una espesa niebla de la que va a ser difícil salir. Estamos perdidos y sin brújula. Y menos mal que el PSP no ha vuelto a actuar... por cierto, ya vi cómo ardía en la urna tu querido libro, con todos aquellos payasos alrededor.

Asentí en silencio. Pensé que por momentos yo también había tenido esa sensación de irrealidad o de extravío que el subcomisario asemejaba a perderse en la niebla.

–Sabes, además de todo, estos sucesos aumentan la división –añadió entonces en tono reflexivo–. Porque a ciertos sectores protestatarios les parece cojonudo que vuele el Sagrado Corazón, que se insulte al Papa, que se quemen bibliotecas o libros sacrosantos, incluso que se destruyan las Torres Gemelas... pero los sectores tradicionales, y de esos tenemos muchos, están escandalizados y con el grito en el cielo. Orden, dicen, necesitamos orden... y aquí estamos nosotros, perdidos en la niebla tratando de poner algo de orden.

Asentí de nuevo, sabía a lo que se refería. En las últimas semanas las tertulias y foros de debate –en televisión, en la radio, y sobre todo en la red–, echaban chispas. Cada uno con su propio cuento, cada uno con su interpretación de la realidad. Los puntos de vista divergían más cuanto más extraños eran los hechos y más difusas las razones.

Entonces Barrutia había realizado otro gesto de resignación y sacudido la cabeza, como para quitarse aquellas divagaciones de encima.

–En fin, vayamos a lo nuestro –había dicho–, cuéntame de nuevo lo que sepas del difunto.

Después de mi malogrado encuentro con Miren –pero ¿en qué había fracasado?, ¿cómo saberlo si ni siquiera sabía que había pretendido conseguir?–, cogí el metro y volví a Kukullu. Había decidido tomarme el resto del viernes libre. Al fin y al cabo, no tenía nada que hacer en la universidad, mis clases las daba otro. Una vez en casa agarré la Vespa y me subí al caserío

a ayudar a Ane. Las labores se habían vuelto a acumular con nuestra escapada a Ochagavía. Pasé la tarde quitando malas hierbas y exterminando bichejos en el huerto exterior. Era una labor tediosa, pero en absoluto insatisfactoria. A cada rato levantaba el tronco y contemplaba las campos más cercanas, una visión que me resultaba apaciguadora bajo la calmada luz otoñal. Un pequeño grupo de ovejas pastaba cerca del linde del pinar. A cada rato uno o dos pájaros atravesaban volando: cuervos negros de dorso azul. Se oía algún perro ladrar en la lejanía, y a veces Loi contestaba. Todo ello con parsimonia, sin la agitación de los meses cálidos –ni la desolación del invierno, todavía distante unas semanas–. Pensé que, si finalmente tenía que dejar la universidad, tal vez trabajar en la herboristería no fuera una mala ocupación. Una media sonrisa afloró en mi rostro, mientras arrancaba a una pareja de pequeños caracoles que campaban a sus anchas sobre las hojas de llantén. Intenté imaginar la sucesión de los días y las labores, estación tras estación, año tras año... la imagen de ingentes montones de malas hierbas y de bichejos cruzó mi mente. Un repentino escalofrío me agitó el cuerpo.

El sábado por la mañana resolví volver a visitar a Arcadio. Me sentía ahora doblemente responsable. Por un lado, que yo supiera, era la única persona que le visitaba con cierta frecuencia. Sus supuestas amantes o ex-amantes estaban desaparecidas. Y al parecer, la relación amigable que había establecido con mi jefe de departamento era lo más parecido a una amistad que Ariza tenía en la universidad. Ciertamente se trataba de un hombre muy pagado de sí mismo, y era posible que el hecho de que no hubiéramos tenido todavía ningún roce serio se debiera a que yo llevaba poco tiempo por allí. Plazaola, por su parte, había realizado una visita protocolaria, pero de eso hacía ya un buen tiempo. Los miembros del claustro se contentaban en general con preguntar de vez en cuando por su estado y realizar un gesto de incredulidad, para después continuar con la conversación interrumpida. Otros ni siquiera preguntaban. Por otro lado, me sentía responsable ante Rose; era lo menos que podía hacer por ella después de lo ocurrido. Llegué hacia las doce y pregunté por la Doctora Ruiz. Me indicaron que esperara por allí, no tardaría en volver de su ronda. Diez minutos más tarde la vi aparecer por el pasillo con su paso rápido y determinado, las manos en los bolsillos de la bata blanca, la melena castaña bamboleante. Sacó una mano para saludarme

mientras se acercaba, en un gesto a una vez amistoso y profesional. Me gustaba la Doctora Ruiz.

–Hola, padre –saludó, sonriendo y con un hilo de ironía en su voz–. Aunque me cuentan que ya no es usted sacerdote.

Me quedé perplejo. ¿Había Ariza mejorado tanto como para poder realizar ese tipo de aclaraciones?

–No, es decir, más o menos... ¿se lo ha dicho Arcadio?

La doctora puso cara de malas noticias.

–No, desgraciadamente Arcadio sigue igual, no es capaz de mantener una conversación coherente. Reacciona a los estímulos, pero de una manera confusa. –Hizo una pausa y su rostro cambió de expresión, adquiriendo una traza de irritación–. Me lo ha dicho su compañero, el italiano.

–¿El italiano?

–Sí, eso es. En un primer momento no me entendió cuando le pregunté por usted... yo le hablé del sacerdote de Deusto que visita a Arcadio... no sabía que hubiera abandonado el sacerdocio –al acabar la frase, sus ojos brillaron con curiosidad.

–Ah, sí, así es –vacilé–. El prelado Arietti... ¿Suele venir mucho?

La expresión de irritación volvió a su rostro.

–Demasiado –contestó–. Esta semana todos los días. También ha pasado por aquí esta mañana. El problema es que sus visitas alteran muchísimo al paciente: nos lo deja con los nervios desquiciados. Está bien provocar una reacción, pero esto es excesivo. No sé de qué le habla para alterarlo tanto. Hoy le he limitado la visita a treinta minutos, pero ya ha advertido que vuelve mañana... que es su obligación cristiana, dice, no sé... pero como le digo es un exceso para el paciente.

Sus ojos me observaron entonces con una mezcla de ironía y complicidad. Percibí que aguardaba mi reacción con expectación. Me había convertido en *el excusa* –y al parecer eso la divertía–, y probablemente esperaba también que discrepara del rigor cristiano de aquel estirado religioso italiano. Yo por mi parte estaba desconcertado: ¿a qué podían obedecer aquellas visitas?

–El prelado Arietti puede ser muy extremado en su celo, sí –dije–. ¿A qué hora suele venir?

–Antes de las diez ya está aquí. Y eso porque le hemos prohibido venir

más pronto...

Hizo entonces un gesto hacia el final del pasillo, donde se encontraba la habitación de Ariza.

–Pase a verlo –señaló–, a ver si consigue tranquilizarnoslo.

Al abrir la puerta de la habitación sentí los ojos febriles de Arcadio clavarse sobre mí. Desprendían aquella intensidad que tan bien conocía, pero ahora brillaban temerosos, cercanos al pánico. Le habían quitado ya la venda de la cabeza y tenía buen color. Su mirada sin embargo era la de un demente. Me observó sin quitarme ojo mientras me acercaba a la cama. En un par de ocasiones su cabeza se agitó en un leve espasmo. Me senté y tomé su mano entre las mías. Volví a hablarle de asuntos banales de la universidad, y al ir trascurriendo los minutos fue tranquilizándose. Parecía que algo de lo que decía le llegaba, aunque tal vez solo se tratara del efecto del tono sosegado y amistoso de mis palabras. Mientras tanto, mi mente daba vueltas al inexplicable celo del prelado. Sabía a ciencia cierta que no era ese tipo de hombre: ¿aquella serpiente entregada al cuidado de Ariza, al que ni siquiera conocía? No me cabía ninguna duda de que estaba intentando obtener algo del convaleciente. Algo que debía tener que ver con el manuscrito de Newton. Rebobiné en mi mente el comportamiento de Arietti desde su aparición en la universidad. Desde el primer instante, había mostrado un interés desmedido por controlar aquel asunto con sus propias manos. ¿Obedecía aquello realmente a un mandato del Vaticano? ¿O podían estar en juego intereses de otro tipo? Plazaola lo había insinuado. Pero ¿qué interés personal podía tener el prelado en encontrar y descifrar el manuscrito?

Una intuición se alumbró entonces en mi mente. La idea fue tomando cuerpo: uno de esos presentimientos que empiezan por parecernos caprichosos o extravagantes, incluso tontos, pero que no por ello dejan de crecer y arraigarse en nuestra imaginación. Contemplé el rostro de Arcadio. Tenía una expresión sufriente, pero estaba más calmado.

Resolví que tenía que probar.

Miré hacia la puerta un instante. Lo que pretendía hacer era una bajeza, y sin duda la doctora Ruiz me hubiera echado de allí a patadas. Pero necesitaba comprobar si aquella peregrina intuición podía estar en lo cierto. Acerqué mi rostro.

–Arietti, prelado de Roma –susurré a su oído.

El enfermo se agitó, sus ojos se clavaron en los míos.

–Arietti, el italiano... el gran maestro del Priorato de Sion.

Su agitación aumentó. Intentó desembarazarse del cepo de mis manos, pero yo apreté con más fuerza. Sacudió la cabeza. Un hilo de baba comenzaba a caer de la comisura de su boca.

–Arietti, *primus*, Sion –recité, subiendo la voz y fijando mi mirada sobre sus ojos atormentados.

Mi rostro estaba ya a dos palmos del suyo. Pareció quedarse paralizado y después, repentinamente, comenzó a sollozar como un niño. Pero repetí las palabras, varias veces, inmisericorde.

Arietti es el *primus* de Sion, Arietti es el *primus* de Sion.

Su cuerpo se agitaba de nuevo, como azotado por una angustiosa pesadilla. Pero ahora parecía asentir con gestos espasmódicos de la cabeza. Entonces comenzó a repetir mis palabras, en una versión enloquecida de mi cruenta letanía.

Primus, Sion, Arietti. Primus, Sion, Arietti...

Pasados unos segundos de asombro y excitación por lo que tomé como confirmación de mis sospechas, una punzada de remordimiento me escoció en el pecho. Me separé de la cabecera de la cama y aflojé de golpe las garras que sostenían su mano. Estaba escandalizado de mí mismo. Volví a susurrarle palabras tranquilizadoras mientras acariciaba su rostro desfallecido. Se agitaba balbuceante bajo la sábana, sus palabras eran ahora incomprensibles. Pocas veces en mi vida me había sentido tan mezquino.



Un hombre esbelto, de ademanes refinados y determinados. El halo mesiánico de su figura. Algo había hecho que la conexión aflorara repentinamente en mi cabeza. El oficiante que había arrancado las hojas del *Principia* para acto seguido hacer una pira con ellas. Arietti. Había sido pura intuición, aquello no tenía un sentido racional. O tal vez sí: se había producido un cisma, Thomas Plantard no había sido aceptado como gran maestro, quién mejor que un alto mandatario del Vaticano para liderar el Priorato, alguien que podía realizar una labor de demolición desde dentro... Pero la versión opuesta era igual de plausible, el celo del prelado podía estar motivado por su deseo de proteger a la Iglesia católica. En realidad, aquello sonaba más probable. Por otro lado, estaba la reacción de Arcadio... pero ¿no la había forzado yo mismo con mi insistencia? Había que tener en cuenta que se trataba de una mente enferma...

Las distintas posibilidades se me enmarañaban en la cabeza mientras esperaba a unos cien metros del edificio central del hospital de Cruces. Fuera como fuera, aquella mañana me había levantado pronto y para las nueve montaba ya guardia en las cercanías. Arietti había aparecido a las diez menos cinco. Siendo mañana de domingo había poca gente transitando por los alrededores, por lo que me había tenido que ocultar en una de las rampas de acceso al aparcamiento. Desde allí había divisado su inconfundible figura espigada, remarcada por la misma sotana vieja y roída de costumbre. Llevaba un bastón en la mano derecha, con el que no le había visto anteriormente; lo portaba como si fuera una vara de mando, sin utilizarlo como sostén en su caminar. Se había dirigido con paso decidido hacia la puerta principal del hospital. Ahora esperaba a que saliera. En contra de lo que el buen juicio me

dictaba –y de lo que Ane o el propio Barrutia hubieran exigido–, estaba determinado a espiar los movimientos del prelado. Tal vez no fuera el gran maestro del Priorato de Sion, pero en cualquier caso, allí había algo raro.

Tardó poco más de media hora en salir –la limitación impuesta por la doctora Ruiz–. Desde mi rincón contemplé cómo atravesaba la plaza, dirigiéndose hacia su izquierda. Avanzaba a paso apresurado, pero a medio camino se paró un instante para consultar el reloj. Comencé a seguirle a una distancia prudencial, resguardándome tras los escasos elementos urbanos que ofrecían una protección. Al llegar a la calzada se quedó un rato en la acera, mirando a izquierda y derecha, tal vez tratando de localizar un taxi. Después miró su reloj y se puso en marcha de nuevo. Cruzó la calle y se introdujo entre los edificios, directo hacia la boca del metro. Parapetado en un portal, contemplé cómo era engullido por el tubo de acero y vidrio que emergía de las entrañas de la tierra. Una vez desapareció por debajo de la línea de calle me apresuré hacia la entrada. Alcancé a duras penas a ver cómo dejaba las escaleras. A estas alturas la excitación se había apoderado de mí. Las prisas del prelado me hacían barruntar que algo tramaba; por otro lado, me preguntaba cómo lograr coger el mismo metro sin ser visto. Mi temor se intensificó al llegar al andén: no más de cinco o seis vecinos esperaban la llegada del tren dirección Bilbao. Bajé las escaleras del andén sin apartar la mirada de Arietti, que afortunadamente se había sentado hacia el final y tenía la cabeza gacha, al parecer inmerso en sus reflexiones. Daba vueltas al bastón entre sus manos. Al llegar a la plataforma me situé al comienzo, al amparo de dos señoras de mediana de edad que charlaban animadamente. Un par de minutos más tarde llegó el metro. Entramos separados por un par de vagones. Venía ya con gente de las paradas anteriores, lo que me permitió confundirme entre la multitud. Más relajado, me senté y reflexioné un instante: ¿Qué locura me había entrado? ¿Seguir de aquella manera al prelado? Esbocé una sonrisa nerviosa. El tren frenó, habíamos llegado a San Ignacio. Me asomé a la puerta, vigilante, observando con detenimiento a los pasajeros que se apeaban. Nada. Reemprendimos la marcha, y esta vez me quedé de pie. Repetí la operación en las paradas de Sarriko y Deusto. En San Mamés el intercambio de pasajeros fue mayor, y el primero en saltar de su vagón fue Arietti. Contemplé desde mi puerta cómo se dirigía hacia las escaleras de salida. Me encaminé con

presteza hacia allí, al amparo del nutrido flujo de viajeros.

Al salir de la estación bajó por la calle de Briñas hacia el estadio de fútbol de San Mamés. Ahora podía sentirme más seguro, el entorno ofrecía numerosos elementos para ocultarse: vehículos aparcados, portales, bares... el tráfico de transeúntes era también mayor. Al llegar a las inmediaciones del viejo estadio torció a la izquierda y se dirigió hacia las puertas de entrada de la Tribuna Sur. Me oculté al amparo del edificio de la Escuela de Ingenieros y fui dando la vuelta a la esquina pegado a su fachada, hasta situarme debajo de unos soportales. Desde allí tenía una buena visión. Arietti parecía caminar directo hacia una de las puertas de San Mamés, la número quince. Cuando se encontraba ya a unos pocos metros una figura que permanecía oculta salió de la sombra. El corazón me dio un vuelco. Afiné la mirada, volví a comprobarlo. Mi cuerpo se tensó, sentí cómo el miedo me agarrotaba por un instante. No cabía duda, se trataba de Branko. Los dos hombres se pararon frente a frente. Apenas intercambiaron un par de palabras. El sicario le entregó un sobre tamaño folio, que el prelado intercambió por un paquete más pequeño que sacó de uno de los bolsillos de su sotana. Aquello era un trueque. Cada uno guardó su alijo y se separaron sin decirse nada más. No estuvieron juntos más de treinta segundos. Branko bajó por la calle de Briñas, mientras Arietti subía hacia la Tribuna Oeste de San Mamés. Me había quedado de piedra.

Sin tiempo para pensar, me decidí a seguir al prelado. En mi mente tomaba cuerpo una idea audaz: desenmascararlo y llevarme aquel sobre como prueba incriminatoria. A todas luces debía contener documentos importantes. ¿El manuscrito? El sicario había desaparecido Briñas abajo. Ahora se trataba de ajustar cuentas con Arietti. Entretanto habíamos dejado atrás el estadio y bajábamos por la cuesta que da a parar a Olabeaga. Dimos la vuelta a una desvencijada nave industrial de ladrillo rojo –le seguía ahora a unos cincuenta metros–, y seguidamente le vi enfilarse un callejón que se adentraba entre el pabellón y un viejo edificio residencial medio deshabitado. Al final del callejón se encontraban las escaleras que bajaban hacia el muelle de Olabeaga. Yo las conocía bien: eran unas de esas viejas y empinadas escaleras de hormigón que se conservaban en algunos recodos de la ciudad, sucias y deterioradas, impregnadas de orines. Iban a parar a la ría. Me apresuré hacia los primeros escalones, pero al alcanzarlos y mirar para abajo ya no se veía al

prelado; debía de haber bajado a la carrera. Corrí yo también por las escaleras, hasta que unos cuarenta metros más abajo, tras pasar junto a una desarreglada zona verde que se abría a la izquierda, escuché su voz aflautada a mis espaldas.

–¿Adónde va con tanta prisa?

Los chasquidos metálicos parecieron resonar en el estrecho pasaje como provenientes de un artilugio mecánico. Supuse que debía de haberse escondido entre los arbustos.

Me di la vuelta y lo observé mientras tomaba aire. Estábamos a mitad de camino entre el callejón y el muelle, ocultos a la vista de posibles viandantes. Tampoco había edificios colindantes, y por aquellas escaleras no bajaba casi nadie; pensé que era un lugar perfecto si es que había buscado emboscarme. Me recompuse y endurecí mi mirada. Abandoné las formalidades.

–Tú estás detrás de todo esto –acusé, la voz cargada de ira. Después levanté el brazo y le señalé con el dedo–. Eres parte del Priorato... su gran maestro.

Me miró con suficiencia y desprecio un instante, para después sonreír con una mueca siniestra.

–Como de costumbre, no sabes ni de lo que hablas... *infelice testa di cazzo*.

El prelado se había quitado la careta. Tanto su lenguaje como la depravación impresa en su expresión ponían al descubierto el tipo de sujeto que era. La cólera me subió del pecho a la cabeza, sentí cómo mis sienes palpitaban.

–Dame el sobre –exigí con ademán autoritario. Si el tema llegaba a las manos, Arietti no debía ser rival; era un hombre fibroso, pero yo medía tanto como él y era mucho más corpulento, además de bastante más joven. Tal vez tratara de utilizar el bastón para defenderse.

–*Pazzo*... no sabes con quién estás hablando –Arietti hizo el gesto que señala a los locos, más exagerado de lo habitual, al estilo italiano. Su mano revoloteó un par de segundos en el aire.

–Lo que sé es que te acabas de encontrar con un sicario del Priorato –Los recuerdos se agolparon en mi mente–; el bastardo que ha molido a palos a Rose y que ha...

Pero las palabras no llegaron a pasar por la laringe, se me quedaron atascadas en el pecho.

–Que ha violado a tu pareja –dijo él. Sentí que pronunciaba la palabra *pareja* con un inmenso desprecio, que me la escupía a la cara. Volvía a sonreír, su rostro era la imagen misma de la perversidad. Perdí la cabeza.

Me abalancé escaleras arriba preso de la ira. Arietti me sorprendió apartándose con un movimiento ágil y empujándome con su mano libre hacia un lateral. Tropecé y me tuve que agarrar a la barandilla para no caer. Al darme la vuelta alcancé a ver cómo terminaba de desprender la parte final de su bastón. Por debajo emergía un grueso estilete de casi dos palmos de largo. Mis ojos se clavaron alarmados en el arma. La palabra *punzón* cruzó mi mente. Arietti no tardó en blandirlo frente a mi cuerpo.

–Tú... mataste a Jauregi... –las palabras salieron de mi boca llenas de incredulidad y de espanto. ¿Estaba frente a un asesino? Aquello era mucho más peligroso de lo que había anticipado. El prelado asintió, despacio, con arrogancia. Después hizo un gesto de falsa resignación.

–El viejo me sirvió durante un tiempo –dijo, y mientras hablaba no dejaba de observarme con gran atención, con el estilete frente a mi pecho, esperando el mejor momento para atravesarme–. Jauregi odiaba a Wojtyla tanto como yo. Buscaba venganza por el golpe de estado que había perpetrado contra los jesuitas. Y por el trato que el infame traidor de Cracovia había dispensado a su mentor. Arrupe el santo, Arrupe el mártir, no tenía otra cosa en la cabeza... aunque hay que admitir que fue él quien me alertó de la oportunidad que representaba el manuscrito. Mis motivos eran otros, mi colaboración con Jauregi no era más que una adecuada relación de conveniencia. Pero el viejo carecía de agallas. Se arrepintió, pretendía entregarse, convertirse él también en un mártir de los jesuitas. Penar en la cárcel como penó Arrupe durante años, en la casa general de Roma. Y eso no podía ser... toda gran causa debe estar por encima de...

Sin acabar la frase se movió hacia delante con agilidad, estirando el brazo que sostenía el bastón en una estocada de esgrima; eligió ese instante para asestar el golpe que había estado preparando. Tuve el tiempo justo de separar mis partes más vitales. Sentí como el acero se adentraba en mi carne, por debajo de las costillas del lado izquierdo. Solté un alarido de dolor, y acto

seguido el instinto de supervivencia tomó el mando. Todo ocurrió a gran velocidad, sin que tuviera tiempo de pensarlo: antes de que mi atacante pudiera retirar el estilete para asestar otro golpe, agarré el bastón con mi brazo izquierdo y tiré con fuerza de él, consiguiendo que Arietti vacilara inestable; aproveché ese instante para propinarle una patada a la altura de la pantorrilla con mi pierna derecha, con toda la fuerza de la que fui capaz desde mi posición. Fue suficiente para desestabilizarle: trastabilló sobre el escalón, agarrándose para no caer al bastón que yo seguía sosteniendo. Entonces aflojé el agarre y el prelado se quedó con él entre sus manos. Se tambaleó todavía un instante antes de comenzar a caer. El brillo de pánico con el que refulgieron sus ojos, en el instante en que comprendió que iba a perder pie, quedó grabado en mis retinas. Cayó de espaldas, golpeándose con un sonido hueco en la parte de atrás de la cabeza; sus piernas volaron por encima del cuerpo, y al topar con las escaleras sirvieron de palanca para impulsarle de nuevo... rodó escaleras abajo, como un guiñapo, durante un intervalo de tiempo que pareció interminable, hasta que un giro lo impulsó contra la barandilla y ésta lo paró en seco. Quedó desmadejado en el pilar de hierro, la cabeza oculta, apenas humano; parecía más bien un atadizo de ropajes sueltos. Su caída se había frenado a unos treinta metros de mí. Jadeé desfallecido, me senté en el escalón, levanté mi ropa y observé la herida. Comenzaba a sangrar copiosamente. Maldije entre dientes y después miré hacia el bulto en que se había convertido el cuerpo del prelado. Al menos sabía que ya no me tenía que preocupar por él, era imposible que hubiera sobrevivido a una caída como aquella.



Encima de las sábanas de mi cama de hospital se esparcían varios diarios; acababa de terminar de leer todo lo que la prensa de la mañana mencionaba sobre el caso. Los periodistas señalaban al prelado como instigador o directo perpetrador de los diversos crímenes: Arietti habría robado el manuscrito original de Newton de la biblioteca de Ariza, con vistas a difamar a la Iglesia católica y al papa Juan Pablo II. Se aludía a desencuentros internos del Vaticano, sin aclarar en detalle en qué consistían. Posteriormente, tal y como él mismo me había confesado, se había visto obligado a asesinar a Jauregi. La Ertzaintza había podido certificar que el arma utilizada para apuñalarme coincidía con la que había matado al viejo jesuita. En cuanto al Priorato de Sion, las menciones eran escasas y aparecían en recuadros secundarios: una supuesta organización secreta de extrema derecha, guardián de una supuesta e improbable descendencia de María Magdalena y Jesucristo. Daba la impresión de que se quería incidir en el papel del prelado y a la vez difuminar la relevancia de la organización que teóricamente dirigía. En realidad, trataban a Arietti como alguien cercano a la demencia, que habría actuado por su cuenta. El Vaticano por su parte había emitido un comunicado lamentando los actos criminales cometidos por el Prelado, sin mencionar siquiera al Priorato de Sion. No había tenido ocasión de escuchar la radio ni de hacerme con un ordenador, pero estaba convencido de que en esos ámbitos las teorías sobre lo acontecido serían muy diferentes. Por mi parte, yo no estaba en absoluto convencido de que aquella fuera toda la historia. Para empezar, apenas se mencionaba a un personaje clave en todo el asunto: Branko. Al parecer la Ertzaintza seguía tratando de establecer una conexión entre las

acciones del sicario y la trama del manuscrito. Por otro lado, estaba aquella extraña ceremonia en la que se había prendido fuego al *Principia*. El Priorato de Sion no era ninguna quimera, poseía un buen número de acólitos, los había podido ver con mis propios ojos. Por lo demás, había un detalle que no lograba comprender: ¿por qué se habían encontrado Arietti y Branko en una puerta del estadio de San Mamés a realizar aquel extraño trueque? ¿No formaban parte de la misma organización? El sobre había resultado contener un manuscrito antiguo, pero sin relación con Newton y el Priorato de Sion. Extrañamente, trataba de otra herejía, la de los *fraticelli*.

La tarde anterior, después de que me cosieran, había recibido la visita de Kundera, y había aprovechado para pedirle que tratara de indagar en la red sobre el prelado Arietti. Se había presentado a primera hora con unas cuantas reseñas, y su lectura no había servido más que para acrecentar mis dudas. Los datos encajaban con una inquina exacerbada hacia el obispo de Roma, pero no lograba cuadrar la historia personal de Arietti con su posición como Gran Maestro del Priorato de Sion. Por lo que se sabía, ésta era una organización ligada a la extrema derecha, provista de un ambicioso proyecto político de orden y valores ultraconservadores, que deseaba implantar en una Europa unida y todopoderosa. Sin embargo, Arietti provenía del otro extremo del espectro político y social. Nacido en un pequeño pueblo del centro de Italia, su padre había sido un dirigente comunista local, asesinado por los camisas negras de Mussolini antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. En su juventud, él mismo había formado parte de las poderosas huestes comunistas de la posguerra italiana. Pero sus inquietudes de justicia social se habían sublimado finalmente en el sacerdocio. A pesar de ello, no había abandonado la estrecha relación con los comunistas, al menos hasta que comenzó a alcanzar posiciones de poder en la curia romana. Conocido aquel trasfondo biográfico, era fácil adivinar las razones de su desencuentro con el papa Juan Pablo II, un ultraconservador, amigo del Opus Dei y azote de la Teología de la Liberación, que además había sido una pieza clave en la caída del comunismo en Europa. Sin embargo, la involucración del prelado con el Priorato de Sion era mucho más difícil de comprender. Cuanto más vueltas le daba, menos me encajaba que pudiera ser realmente su gran maestro.

La doctora Ruiz entró en ese momento, interrumpiendo mis divagaciones.

Por aquello de las casualidades del destino, había acabado en una habitación a escasos metros de la de Ariza. Según la vi caminar hacia mí con su ademán determinado –y con ese toque de ironía perenne en el brillo de sus ojos y en la comisura de su boca– me pregunté qué la hacía tan atractiva, ya que no era una mujer guapa.

–El intrépido investigador Azurmendi –sonrió socarrona–, ya sabía yo que andaba tramando algo. Es una historia fascinante, se debe de haber divertido mucho...

Levanté los hombros y le guiñé un ojo.

–No crea –contesté, señalando la herida en mi costado–, tiene sus inconvenientes.

–Ya me he informado... no tiene gran cosa, la herida no reviste gravedad, para mañana o pasado está en casa.

Hablamos un rato de los sucesos descritos en los periódicos. A la doctora Ruiz el asunto parecía provocarle cierta hilaridad. Me miraba como se mira a un niño pequeño que ha andado haciendo travesuras. Supuse que para una persona que se enfrentaba a la muerte todos los días –una muerte cruda, implacable, sin tinte fantástico alguno– todo aquello le sonaba demasiado novelesco para tomárselo en serio. Trataba de hacerle ver que aquel no había sido ningún juego de niños cuando tocaron a la puerta y entró Ane. Me pareció que la doctora la examinaba con una mirada curiosa y calculadora, pero amistosa. También ella parecía hacerle gracia: se trataba de la mujer que había hecho que el excusa abandonara sus votos. Tras saludarse dio por finalizada nuestra conversación y se despidió.

Ane había vuelto al hospital después de pasar un par de horas por el caserío. El día anterior se había presentado apenas informada de la trifulca, y había pasado la noche en el sofá de mi habitación. Se acercó a la ventana y al abrir las cortinas su figura se recortó en la luminosidad casi horizontal del sol otoñal. Era una mujer alta y bien formada, de un físico atractivo y rotundo que de alguna forma contrastaba con su fragilidad, su exceso de sensibilidad. Giró la cabeza y me miró; su rostro energético contrastaba igualmente con la quebradiza dulzura de sus ojos. Sentí entonces que una ola de agradecimiento y de cariño me invadía. Es extraño cómo a veces olvidamos por qué nos hemos enamorado, hasta el punto de que, al recordarlo de forma repentina,

sentimos una intensa sensación de asombro. Nos sonreímos y se acercó. Supimos que nuestros cuerpos se anhelaban —¿existen de verdad esas misteriosas vibraciones de la materia que propugna la mecánica cuántica?—. Sin articular palabra se tendió junto a mí y me abrazó.

En las semanas que siguieron nuestra rutina volvió a la normalidad, hasta el punto de que algunos de los hechos que habíamos vivido comenzaron a difuminarse en el recuerdo, adquiriendo ese carácter irreal de las pesadillas. Ane recuperó buena parte de su alegría, muy raramente caía ya en aquel doloroso ensimismamiento, momentos de tristeza que tratábamos de mitigar abrazándonos en el sofá y abriendo una botella de vino, o realizando una visita al Sunset. Pero lo cierto es que la sombra de una espada de Damocles se cernía todavía sobre nosotros. Evitábamos hablar del tema, pero ambos leíamos las páginas de sucesos con fruición, o nos quedábamos callados un instante cuando saltaban las noticias en la radio del coche, con la esperanza de aquella noticia liberadora: la captura de Branko. En la universidad, el rector Plazaola había recuperado el mando y yo mis clases, con una satisfacción que al parecer compartían mis alumnos. En cuanto a Rose, hablaba con ella de forma regular, y poco a poco se iba recuperando de sus lesiones. La Ertzaintza por su parte daba el caso Newton por cerrado, a falta de apresar al sicario, del que de todas formas se sospechaba que tenía que estar ya muy lejos de allí. De todas formas, los difuntos Arietti y Jauregi eran considerados responsables intelectuales del asalto a la biblioteca de Ariza. Por lo que respecta al Priorato de Sion, ahora se dudaba de su participación real en la trama, ya que los datos no acababan de cuadrar con la información que tenía Europol sobre sus miembros y su modus operandi. El propio subcomisario Barrutia era de la opinión de que Arietti podía haber utilizado todo aquello como mero medio para sustentar su ataque personal a Juan Pablo II. En cualquier caso, desde jefatura habían decidido que las fuerzas policiales volvieran a centrar su atención en esclarecer el asunto de los atentados del PSP. Las teorías conspirativas alrededor de la supuesta descendencia de Jesús y María Magdalena seguían teniendo sus adeptos en las redes y en las tertulias, pero incluso estos iban perdiendo fuelle con el transcurso de los días. Por mi parte, seguía intuyendo que todo aquello no había acabado, me parecía que quedaban

demasiados cabos sueltos. De tal manera que, aquel mediodía lluvioso de mediados de diciembre, al recibir la llamada que iba a reabrir el caso, mi corazón comenzó de inmediato a galopar como un caballo desbocado.

La voz de Iñaki Urizar estaba descompuesta, teñida de una inquietante mezcla de angustia y horror. Algo muy grave había ocurrido. Acertó a rogarme que me acercara a su casa. No pudo o no quiso darme más detalles, pero la urgencia era patente. Cogí el paraguas y me lancé a la calle. Los chubascos habían estado asolando la ciudad sin interrupción las últimas veinticuatro horas, y sobre la calzada se habían creado amplios charcos que los vehículos se encargaban de esparcir en dirección a los escasos viandantes. Las nubes que cubrían Bilbao, oscuras y cercanas, parecían estar preñadas de sombrías intenciones. Aquel era un tercer tipo de días grises, aquellos en los que la bóveda atmosférica parecía querer engullirnos. Días que causaban una honda impresión: dependiendo del estado anímico del momento, un estremecimiento que podía ser placentero, pero que por contra en otras ocasiones resultaba pavoroso. Logré coger un taxi y me dirigí al Casco Viejo. Al llegar me adentré apresurado por la zona peatonal que me acercaba a la Plaza Nueva. El ruido del aguacero impactando sobre fachadas y tejados se mezclaba con el chapoteo nervioso de mis pasos. Arreció aún con mayor intensidad, y los pocos transeúntes atrapados bajo el diluvio optaron por guarecerse en los portales, a la espera de que calmara un poco. Yo no podía permitirme aquel lujo: al llegar a la protección de los soportales de la plaza comencé a correr hacia el edificio donde vivía Urizar.

Mi mente pensaba ya en Branko, y en cómo hacerle frente.

Al llegar toqué el timbre y alguien me franqueó el paso por el interfono, sin mediar palabra. Una vez en el cuarto piso me encontré la puerta de Urizar abierta. Me sacudí mis ropas mojadas y dejando el paraguas en el descansillo de la escalera me adentré cauteloso en el interior. Di una voz, pero no obtuve respuesta. Entonces volví al descansillo y cogí el paraguas, con la intención de proveerme al menos de una mínima protección. Avancé con el corazón en un puño, paraguas en ristre, hasta que llegué hasta la sala que conocía de mis visitas anteriores. Allí estaba Urizar, sentado en su butaca, con la cabeza gacha y los ojos enrojecidos; las manos entrecruzadas le colgaban por debajo de las rodillas. Aliviado, le pregunté qué había ocurrido. Intentó hablar, pero

las palabras se le morían en la garganta, silenciadas por la congoja. Entonces señaló hacia la entrada con un gesto de la cabeza. Seguidamente repitió el gesto con mayor vehemencia, y en ese momento sentí una ausencia; no tardé en caer en la cuenta de que quien faltaba era Mac. ¿Dónde estaba el pequeño perro, habitualmente inseparable de las piernas de su amo?

–Ñaki, ¿dónde está Mac? –dije.

Se llevó la mano a los ojos y apretando los párpados emitió un sordo sollozo. Sin apartar la mano de la cara señaló de nuevo hacia la entrada. Volví al vestíbulo y cerré la puerta del piso, que en mi nerviosismo había dejado abierta. A su izquierda había otra puerta, en la que no me había fijado anteriormente. Carecía de cerradura, era del tipo batiente que se suele utilizar en las cocinas. Vacilé unos instantes y finalmente la abrí de una patada, insertando acto seguido el paraguas para evitar que se cerrara de nuevo. La pieza era de tamaño reducido, mi mirada abarcó en un instante su totalidad. Un grito de sorpresa y pavor escapó de mi garganta: un pequeño cuerpo colgaba del techo, goteando sangre sobre las baldosas. Enfoqué mi mirada con horror. A Mac le habían rajado el vientre y sacado los ojos. Su rostro lanoso me miraba tétricamente, desde el oscuro abismo de las cuencas vacías.

Volví a la sala horrorizado. ¿Qué significaba aquello? ¿Quién había podido cometer una brutalidad de tal calibre y con qué fin? Urizar había erguido la cabeza, y en sus ojos la ira parecía haber sustituido a la congoja. Su mirada refulgía ahora con furor.

–¿Quién... qué ha ocurrido? –pregunté.

Me observó unos segundos sin articular palabra. El crepitar de la lluvia sobre la ventana, que no había cesado desde mi llegada, se vio interrumpido en ese momento por un cercano trueno. Las ventanas temblaron levemente.

–He metido las narices donde no debía –señaló entonces, con un tono quebrado pero determinado–. Y esos mal nacidos me han querido enviar un mensaje a costa del pobre...

El nombre de Mac murió en su garganta. Volvió a bajar un instante la cabeza, haciendo un esfuerzo por controlarse.

–Pero esto no va a acabar así –señaló, irguiendo el torso de nuevo y recobrando su determinación. Se apoyó sobre los brazos de la butaca y levantó su menudo cuerpo en un movimiento enérgico. Seguidamente salió de la sala

unos instantes para volver con un sobre.

–Si me ocurriera algo lo llevas a la Policía –dijo ceñudo, a la vez que me lo entregaba.

–¿Qué piensas hacer? No hagas tonterías, Iñaki –protesté–. Quien haya hecho eso es un sádico peligroso, hay que avisar a la Ertzaintza...

Pero sin atender a mis protestas, Urizar me estaba dirigiendo ya hacia la entrada. Se mostró inflexible, asegurando que él sabía lo que tenía que hacer. Hasta que me sacó de la casa prácticamente a trompicones. Me quedé en el descansillo anonadado, con el sobre en una mano y el paraguas en la otra.

¿En qué lío estaba metido Urizar? Estaba convencido de que tenía que ver con el Priorato de Sion. ¿Qué debía hacer? Tras cavilar unos instantes bajé las escaleras determinado a llamar a Barrutia. Al salir a los soportales de la plaza me percaté de que tenía dos llamadas perdidas de Ane. A pesar de ello intenté contactar en primer lugar con el subcomisario, pero su móvil me daba fuera de cobertura. La llamé entonces a ella. Cogió a la primera.

–Está aquí –señaló en un susurro angustiado. La alarma en su voz me hizo pensar de inmediato en el sicario.

–¿Quién? –pregunté de todas formas. Ella pronunció su nombre con un espanto que hizo que mi angustia se redoblara.

Branko.

–He visto su coche subiendo por la cuesta, desde la ventana de la cocina... me he encerrado con Loi en el desván –su voz se quebró en un gemido.

–¿Estás segura de que es él? –dije, mientras reflexionaba a toda velocidad, tratando de elucubrar quién podía llegar con rapidez hasta el caserío. Ane no fue capaz de contestar; susurraba ahora, muy bajito, intentando contenerse y no hacer ruido.

Traté de impostar un tono sereno.

–No te muevas de ahí –dije–, voy a buscar ayuda.

Llamé a Kundera y tras darle una breve explicación le pedí que corriera al caserío. Seguidamente volví a intentar el móvil de Barrutia, pero seguía fuera de cobertura. Me decidí entonces a marcar el número de la Ertzaintza.

Corrí de nuevo bajo los soportales y me lancé al aguacero que azotaba la calle Correo. Un rato después logré dar con un taxi. Me metí empapado en su interior y mostrando un billete de cincuenta euros apremié al taxista a volar

hasta Sopelana. Asintió con un movimiento de hombros y partimos. Corría una vez más al caserío, y me asaltó la funesta premonición de que la tercera vez fuera a ser la vencida. En el trayecto mi cabeza no dejaba de dar vueltas, tratando de dirimir qué más podía hacer. Pero estaba demasiado aturullado. No me atrevía a volver a llamar a Ane. Si el sicario había entrado en el caserío, el timbre de la llamada podía delatarla. Tenía mis esperanzas puestas en Kundera. Mi amigo vivía cerca y era corpulento y decidido, como me había demostrado en más de una ocasión. Ya debía estar allí. Si no, al menos podía contar con Loi. Afortunadamente el taxista era un tipo joven e intrépido al volante. A pesar de que la lluvia había convertido las carreteras en resbaladizas pistas de patinaje, en menos de veinte minutos logramos llegar al caserío. Observé con alivio que la Ertzaintza se nos había adelantado: un coche patrulla sin ocupantes estaba plantado en la entrada. Le di los cincuenta euros al conductor y corrí hacia la parte de atrás. Gracias a Dios (o a quien sea preceptivo dárselas), al llegar al invernadero pude por fin resoplar con alivio: dos agentes conversaban en el salón con mi amigo y con mi amada – porque esa palabra novelesca fue la que afloró en mi mente—. Mi móvil sonó en ese momento, y por la ventana pude ver que Ane tenía el suyo pegado a la oreja.



Por desgracia no iba a lograr hablar con Barrutia hasta las ocho de la mañana del día siguiente. Temiéndome que Iñaki Urizar pudiera cometer una locura, pedí a la patrulla que se presentó en el caserío que enviaran a alguien a su casa. Relaté la salvajada que le habían hecho a Mac. Ahora ya no me cabía ninguna duda de que había sido Branko. Una vez que abandonaron el caserío, con la intención de quitarnos el susto de encima, nos fuimos los tres a tomar algo en el Sunset. Ane repetía que estaba convencida de que el todoterreno que había visto subir por las cuestas era el de Branko. Y lo cierto es que era un vehículo inconfundible. No sabía decir si el sicario había llegado a entrar en el caserío o no. Le había parecido oír ruidos de alguien moviéndose por la casa —y también Loi se había mostrado inquieto—, pero podían ser producto de su excitado estado mental. En cualquier caso, era una aparición muy alarmante, aún más desazonadora si cabe debido a que a esas alturas habíamos comenzado a creer que Branko había desaparecido para siempre de nuestras vidas. Con la necesidad de ahogar la angustia la cosa se alargó, y para cuando llegamos a Kukullu era ya noche cerrada y habíamos bebido bastante. Decidimos pasar la noche allí. Subir al caserío después de lo ocurrido era impensable. Antes de caer dormido, me acordé repentinamente del sobre que me había entregado Urizar. A pesar de que llevaba toda la tarde acarreándolo de un sitio para otro, lo había olvidado por completo. Resolví dejar para la mañana siguiente la decisión de qué hacer con él.

El teléfono sonó repetidas veces antes de que lograra volver a la realidad; debía haber incorporado aquel sonido machacón al último de mis sueños. Me incorporé. Ane dormitaba, probablemente había oído la llamada, pero se hacía

la remolona, al fin y al cabo no era su teléfono. Al descolgar y escuchar el lacónico saludo intuí que Barrutia tenía malas noticias. No tardó en confirmarlo.

–Iñaki Urizar está muerto. Le han asesinado esta madrugada.

Me lo soltó de sopetón, y junto al asombro vino una inmediata punzada de culpabilidad. Mi primer impulso fue el de justificarme, tanto ante el subcomisario como ante mí mismo: dije que la tarde anterior había intentado localizarle varias veces, y que había informado a la patrulla y les había pedido que fueran a casa de Urizar.

Se hizo un silencio culposo. Tomé plena conciencia del murmullo que rondaba en mi cabeza desde el día anterior: había tenido el presentimiento de que algo horrible iba a ocurrir. Y había ocurrido. Pero con la irrupción de Branko y el peligro cerniéndose sobre Ane, mi cerebro lo había pasado a un segundo plano.

Después habían venido las copas.

–¿Fuisteis a su casa? –pregunté acongojado.

El subcomisario resopló con resignación.

–Yo pasé el día metido en un simposio sobre seguridad ciudadana. Pero un par de agentes se pasaron por allí. Urizar ya no estaba en el piso. Por desgracia llegamos demasiado tarde.

–Ha sido Branko –afirmé entonces con total convencimiento.

El subcomisario carraspeó un instante.

–No, no ha sido Branko –replicó. Su voz sonó taxativa.

–Pero, ¿cómo...?

–No ha sido Branko –repitió–, ha sido el PSP.

Me quedé perplejo. ¿Qué pintaba el PSP con la muerte de Urizar? Estaba convencido de que la atrocidad cometida sobre Mac y el posterior asesinato de su amo tenían que estar relacionados con su intervención en la trama del manuscrito de Newton. Siempre había sospechado que Urizar sabía mucho más del Priorato de Sion de lo que decía. Tal vez había ido demasiado lejos en sus investigaciones y habían decidido eliminarlo. Pero, ¿el PSP?

Barrutia procedió a darme los detalles.

–El cuerpo de Urizar ha sido encontrado a primera hora de la mañana entre las patas de la araña –señaló–, como si se tratara de una presa a punto de ser

devorada.

Por un momento creí no haber entendido. ¿Araña? No tardé en caer en la cuenta: en la explanada que se extiende entre la ría y el museo Guggenheim, justo debajo del Puente de la Salve, habían instalado no hacía mucho una inmensa araña, preñada de huevos iridiscentes.

Antes de que pudiera preguntar el subcomisario se adelantó y me aclaró que en efecto estaba hablando de *Maman*, la tétrica escultura-araña de bronce y acero inoxidable creada por la artista Louise Bourgeois. Había estado documentándose: la araña medía diez metros de altura y pesaba veintidós toneladas, y al parecer reflejaba las complicadas relaciones de la artista con su madre, tejedora de profesión. Representaba a la araña-madre, a una vez protectora y depredadora. En cuanto al cuerpo de Urizar, estaba desnudo y con los brazos abiertos en cruz, entre los arcos góticos que formaban las inmensas patas, directamente debajo de los huevos ambarinos que contenían la vida por venir. Por lo demás, había sido degollado; según todos los indicios, dada la abundancia de sangre, en aquel mismo lugar. Unas grandes letras escritas sobre el pavimento reivindicaban la autoría. Barrutia recitó fúnebre:

Muera la cultura
Necedad de la modernidad
PSP

—Hemos comprobado con los expertos en grafología que la escritura es la misma que en los dos casos anteriores —añadió.

Mi perplejidad no dejaba de aumentar.

—¿Muera la cultura? ¿Necedad de la modernidad?

El subcomisario emitió un bufido.

—Mejor que no intentes entenderlo —dijo—, yo llevé un par de horas tratando de hacerlo sin llegar a ninguna conclusión. Son una cuadrilla de dementes, y ahí se acaba la historia.

Nos quedamos en silencio, y por un momento le compadecí. Las acciones del PSP se habían convertido en una auténtica pesadilla. Y ahora no se trataba ya de daños materiales, había una víctima mortal por medio. Pero Urizar, ¿por qué precisamente él? No podía entenderlo. Barrutia me pidió entonces que me

pasara en cuanto pudiera por la central con el objeto de detallar mis encuentros con el difunto. Tal vez de ahí se pudiera sacar algo.

Cuando colgamos la culpabilidad me asoló de nuevo. ¿Podía haber actuado con mayor resolución para evitar que Urizar acometiera lo que fuera que tenía pensado? Estaba convencido de que la pretensión de venganza que había mostrado era lo que le había conducido a su muerte. Parecía conocer a ciencia cierta la identidad de los ejecutores de Mac. ¿Miembros del PSP? No tenía sentido. Iñaki Urizar era conocido por su escepticismo respecto a cualquier tipo de movimiento político o social. Se encontraba cómodo en los márgenes, opción por la que era tanto respetado por unos como denostado por otros. ¿Qué podía haberle llevado a verse involucrado con una organización como el PSP?

Había perdido el sueño, así que decidí levantarme de la cama. Dejé a Ane en la habitación y me acerqué a la cocina. Mientras se hacía el café puse aceite en la sartén y encendí el fuego. La mezcla de resaca y congoja me pedía algo contundente: unos huevos con bacón. El ruido de la lluvia repiqueteando en la ventana hizo que echara un vistazo. El mal tiempo continuaba. Observé cómo la tenue luminosidad iba avanzando por encima de las nubes, permitiendo que la oscuridad fuera sustituida por un gris plomizo, en realidad no mucho más alentador. Con todo, amanecía un nuevo día. En ese momento di un respingo y me llevé una mano a la frente, consciente de lo tópico del gesto pero arrastrado aun así por su oportunidad: me acababa de acordar del sobre que me había entregado Urizar. Durante mi conversación con el subcomisario, sin duda debido al estado de atolondramiento que me producían la resaca y la sorpresa, no lo había recordado. Ahora me percataba de su importancia: Urizar me había pedido que se lo llevara a la Policía si le ocurría algo. Ciertamente, le había ocurrido algo de un carácter definitivo. Volví a la habitación y lo busqué entre mi ropa, que yacía desbaratada en el suelo junto a mi lado de la cama. Lo encontré finalmente sobre una silla. Volví a la cocina y me dispuse a abrirlo, con aprensión y un cierto respeto reverencial: en cierta manera, se trataba de un mensaje que llegaba del más allá. Además, era muy posible que contuviera la clave de su muerte. Rasgué el sobre con dedos trémulos.

Contenía varios documentos, cuyos encabezamientos no dejaban lugar a dudas: *Actividades Subversivas del Priorato de Sion*, *Composición del Consejo de Iniciados*, *Programa Político de Sion*, *Dictamen sobre el Gran Maestro...* Mi mirada revoloteó sobre los documentos antes de centrarse en una foto tamaño folio. Estaba algo borrosa, como si hubiera perdido calidad al ser ampliada. Urizar había escrito a mano un encabezamiento: *Consejo de Iniciados del nuevo Priorato de Sion*. Mostraba a un grupo de unas quince personas en la escalinata de lo que parecía un palacete o una gran mansión. Estaban elegantemente vestidos, con esmoquin y trajes de fiesta. Los rostros mostraban tanto una vigorosa seguridad en sí mismos como un júbilo contenido, como matizado de una ironía displicente: transmitían esa condescendiente arrogancia del poderoso. Analizándolos con más detenimiento pude distinguir a varios de ellos. Mi asombro inicial se vio rápidamente matizado: comprendí que en realidad llevaba ya un tiempo barruntando las conexiones que la foto mostraba. Arcadio Ariza se mostraba ufano, muy cerca de Ajay Kapoor. Ambos estaban entre los principales, aquellos que se encontraban en el centro de la fotografía, escoltando a un hombre alto y distinguido. El notario Ochantesana por el contrario estaba relegado a un lateral. Reconocí también, a su vera, a un par de ejecutivos importantes de nuestro país, que conocía por ser asiduos de los medios. Sin embargo, la mayoría de los rostros parecían extranjeros. Una figura menuda y de rostro muy moreno me llamó entonces la atención. Estaba situado en el otro lateral, e inicialmente no lo había reconocido. Era el único que no mostraba júbilo, su rostro estaba serio, como si se encontrara fuera de sitio entre aquellos hombres y mujeres de amplio mundo. Me impresionó la imagen aún viva del recién muerto. ¿Cómo se habría mezclado Urizar con aquella gente? En cuanto al personaje principal, el hombre esbelto que sobresalía en el centro de la fotografía, poseedor de un busto noble –y al que de alguna manera se le intuía la deferencia que le tenían los de alrededor–, me era totalmente desconocido. Por cerrar el círculo de una vez, hubiera deseado que se tratara de Arietti. Pero no me sorprendió que no lo fuera. Hacía ya tiempo que no me cuadraba que el prelado fuera realmente el gran maestro del Priorato de Sion. Ni siquiera se encontraba entre el grupo de acólitos reunidos a su alrededor.

En aquella fotografía se encontraban los protagonistas principales de la

trama; sin embargo, mi mente volvió por un instante al PSP, tratando de encajar en el puzle aquella pieza disonante –¡A Urizar le había matado el PSP!–. ¿Qué relación podía haber entre el PSP y el Priorato de Sion? Fue en ese momento cuando una luz, que posiblemente llevaba días tratando de germinar, se iluminó repentinamente en la parte consciente de mi cerebro. La maraña se desenredó con una fuerte sacudida, que hizo que un escalofrío recorriera mi espina dorsal. Lo había tenido todo el tiempo delante de mis ojos:

Priorato de Sion, *primus*.

En realidad, aquel *primus* en el que tanto había insistido Ariza no se refería al cacique o gran maestro del Priorato de Sion, como había primero aventurado y seguidamente tomado como hecho cierto. Lo que Arcadio me había tratado de transmitir aquel día en el hospital era el nombre real de la organización; o más bien, su nuevo nombre, instaurado tras el cisma. Y como no podía ser de otra manera, había que transcribirlo en la versión latina, la utilizada por sus acólitos: *Primus Sionis Prioratus*. El primero, es decir, el que pretendía ser el priorato principal.

El PSP.

Fijé una mirada perdida sobre la fotografía. No acababa de interiorizar lo que aquel descubrimiento suponía... Así que la Ertzaintza, los medios, la ciudadanía entera había estado confundida desde el principio. Aquellas siglas no tenían nada que ver con el Partido Socialista del Proletariado –se entendía ahora la perplejidad de sus miembros–, ni con izquierdistas o nihilistas radicales; aquellas siglas correspondían al nuevo Priorato de Sion. Lo que implicaba que la autoría de los atentados que habían desconcertado a la ciudad correspondía en realidad a la oscura y poderosa organización secreta. Pero ¿con qué objeto podían haberlos cometido? ¿Me estaba dejando llevar por mi imaginación? Tenía que pensarlo con más calma, no precipitarme en mis deducciones.

Fue entonces cuando llegó a mis oídos un chasquido, el sonido casi imperceptible de una cerradura que se abría. Adiviné con un estremecimiento que se trataba de la puerta de entrada al piso. Dejé sobre la mesa la fotografía y me asomé con cautela. Antes de que pudiera llegar a ver nada recibí un fuerte golpe en pleno rostro. La fuerza del impacto me lanzó de vuelta al

interior de la cocina. Intenté levantarme del suelo, apoyando los codos sobre las baldosas. El puñetazo me había dejado aturdido. Cuando por fin logré focalizar mi mirada le reconocí de inmediato: era él, Branko, estaba en el vano de la puerta, sonriendo con un ademán suficiente.

–Nos encontramos al fin, cura –dijo.

Su voz había abandonado cualquier velo de sarcasmo, para pasar a reflejar, en toda su dimensión, la perversidad de la bestia.

Dejó que me levantara, aparentemente dispuesto a jugar un poco conmigo. En mi mente afloró la imagen de Ane, dormida en la habitación, ignorante del horror que se cernía sobre ella. Pensé en gritar, pero resolví que solo iba a acelerar el desenlace. Alcé mis brazos, traté de ponerme en guardia. El sicario prorrumpió en una carcajada. Puro desprecio. Se aprestó a encargarse de mí.

En ese momento noté a mi derecha un fuerte olor a quemado. Una idea me cruzó la cabeza a la velocidad de la luz. Me giré hacia los fogones y agarré la sartén. Para cuando Branko quiso reaccionar ya le había arrojado el aceite hirviendo a la cara. Su rostro se contrajo en una horrible mueca. El grito me sobrecogió. El sufrimiento atroz de la bestia... pero también escuché al hombre extraviado que había debajo.

Había llevado las manos a su rostro abrasado, demasiado tarde, para acto seguido caer debatiéndose entre alaridos estremecedores. Se revolvía en el suelo como los gusanos ciegos en el barro. Sin detenerme un instante salté por encima de su cuerpo y me lancé hacia la habitación. Atravesaba el pasillo cuando sentí un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza. Todo pasó a ser oscuridad.



Desperté lentamente, demorándome en los residuos de la agradable neblina en retroceso; al abrir los ojos los últimos filamentos de inconsciencia se deshilaron, pero la sensación gozosa persistió. “Me han drogado”, fue lo primero que pensé, sin que por ello me abandonara aquel estado placentero. Observé el espacio y creí reconocerlo, o al menos no se me hizo extraño: estaba sentado en un sofá blanco, delante había una mesa baja de mármol pulido, también blanca, más allá otro sofá, estanterías vacías, y al final un ventanal rectangular que se abría en la pared enmarcando un trozo de jardín. Hojas de diversas plantas, grandes y carnosas, se agitaban bajo la lluvia. Agucé el oído, pero el ruido de la tormenta no llegaba al interior. El jardín era pequeño, o al menos la parte visible carecía de profundidad. Tal vez fuera solamente un recodo. No intenté levantarme, no sentía la necesidad. Acerqué mis manos, las observé sorprendido, estaban vivas. Cerré los ojos para descansar un instante. Debí caer dormido de nuevo.

Una mano me golpeaba la mejilla con la palma abierta. Volví a abrir los ojos, seguía en el mismo sitio. ¿Cuánto tiempo llevaba dormido? La mano se retiró y el hombre se apartó a mi derecha. Comprendí en ese momento que estaba en el salón minimalista donde los acólitos de Sion habían quemado el *Principia*. La tormenta había cesado, el resto estaba igual, a salvo de la presencia de aquel hombre; no, también había una taza sobre la mesa. El aroma del café llegó hasta mí.

–Tómeselo –ordenó. Tenía acento extranjero.

Alcé la cabeza, me pesaba. Un hombre no muy alto, fibroso, vestido con una americana gris, facciones duras y el cabello castaño. Me miraba fijamente.

Sus ojos claros transmitían una indiferencia cruda, profesional –“Te he traído el café porque así me lo han señalado, si me piden que te pegue un tiro también te lo pego”.

El café fue avivando mis sentidos. Aquel debía de ser otro sicario. Recordé entonces el rostro de Branko contrayéndose horriblemente. Lo habrían llevado al hospital. Comencé a razonar, con lentitud, mi mente seguía moviéndose en un espacio esponjoso donde establecer lindes o conexiones resultaba difícil. Me pregunté que querrían hacer conmigo. Veía dos alternativas: que se deshicieran de mí de un modo aséptico, o que me utilizaran como a Urizar para alguna de sus macabras representaciones. El hecho de que aún siguiera vivo podía apuntar a la segunda de las opciones. No sentía dolor en ninguna parte del cuerpo, lo que debía de querer decir que no me habían maltratado, a pesar de lo que le había hecho a Branko. En cualquier caso, era obvio que ahora sabía demasiado. Recordé la foto de los miembros del Priorato. Un galimatías incomprensible. ¿Qué era lo que pretendían? ¿Qué sentido tenían los atentados perpetrados por el PSP –lo que equivalía a decir, ahora ya no tenía dudas, por el nuevo Priorato de Sion–? La socorrida opción del terrorismo nihilista había perdido su encaje. Oí una especie de gruñido: el esbirro mantenía su mirada sobre mí, apremiándome a que me acabara el café. Reposé mis elucubraciones por un momento, di un último sorbo y entonces me acordé de Ane. Sentí en mi pecho un leve estremecimiento, no mayor que si en ese momento el viento hubiera cerrado de golpe una ventana. La droga. Dejé la taza sobre la mesa. ¿Qué habría sido de ella? Levanté la cabeza y miré a mi guardián; la pregunta estuvo a punto de salir de mi garganta, pero la expresión de su rostro hizo que desistiera. Volví a recogerme en el sofá. Me mesaba el pelo cuando escuché un saludo a mis espaldas.

–Bienvenido, profesor Azurmendi, ya tenía ganas de hablar con usted.

Le reconocí de inmediato. El personaje esbelto que aparecía en el centro de la fotografía. El oficiante en la ceremonia de cremación del *Principia*. El Gran Maestro. Aunque en persona parecía más joven, y la chaqueta color burdeos acrecentaba esa impresión. Hablaba español con acento norteamericano; su tono era culto, quizás algo pomposo. Por lo demás, era un hombre agraciado, en el sentido amplio de la palabra. Una de esas personas a las que sus gestos gráciles y voz inteligente (¿en qué se sustentaba ese efecto si

apenas había dicho unas palabras?), sitúan de inmediato unos escalones por encima.

–¿Usted es...?

Sonrió, y en ese gesto me pareció que perdía por un instante su carisma. Una sonrisa demasiado perfecta para ser limpia. Los efectos residuales de la droga ralentizaban todavía mis sensaciones; sin embargo, me sentía poseedor de una serena clarividencia.

–El jefe, yo soy el jefe –respondió con gravedad.

–El Gran Maestro –dije.

Hizo un gesto con la mano desechando la formalidad del título.

–Si lo prefiere. No somos tan formales en el día a día. Puede llamarme Jean.

Se sentó en el sofá de enfrente. Mientras tanto el esbirro había desaparecido de mi lado. Giré la cabeza y descubrí que se situaba ahora unos pasos por detrás.

–Bor es primo-hermano de la persona que usted conoce como Branko – aclaró el Gran Maestro, Jean, cuando nuestras miradas volvieron a cruzarse–. Lógicamente no le tiene a usted mucha simpatía... pero lo cierto es que nos ha hecho un favor, Branko se había convertido en un elemento incontrolable. – Bajó la vista y habló como para sí mismo–. Nadie le pidió que maltratara a Mrs. Barnes de esa manera. En fin, un exceso de sadismo e imaginación – concluyó, subiendo los ojos de nuevo–. Aunque he de reconocer que lo de *Maman* no estuvo mal: el hijo descarriado devorado por la madre a la que ha traicionado. Pero lo del perro fue excesivo.

Acompañó sus palabras de una expresión triste. Se me hizo extraño y algo repulsivo que sus objeciones se centraran en lo que Branko le había hecho a Mac, habida cuenta del resto de sus desmanes. Seguidamente le hizo un gesto al sicario para que abandonara el salón y nos dejara solos. Después me miró en silencio. Aproveché para indagar sobre Ane.

–¿Mi compañera...?

–No se preocupe por ella –atajó–, carece de interés para nosotros. Se estará despertando ahora de un bonito sueño. En su propio lecho.

Asentí aliviado y agradecido. Sabía que no mentía. No había razón para que lo hiciera. Tomó la palabra de nuevo.

–¿Por dónde empezar? Usted debe de estar confuso con la organización que dirijo... ¿no es así?

Asentí de nuevo con un leve movimiento de cabeza.

–Bien, me gustaría que me explicara en detalle esa perplejidad –reclamó.

Contemplé su rostro patricio durante unos instantes, después mi mirada se perdió más allá, en el recuadro de jardín. Rememoré la sucesión de hechos singulares de las últimas semanas; el estado de ingravidez en el que me encontraba llevaba los recuerdos a un plano etéreo, similar al de los sueños. Un espacio donde todo tenía cabida. En ese momento vino a mi cabeza una frase y aventuré una explicación.

–Ustedes quieren que nos precipitemos hacia la transmutación de todos los valores –señalé.

Jean sonrió apreciativo. El Priorato había atacado los pilares de nuestra civilización: religión, ciencia y cultura. ¿Pero qué podía brotar del caos?

–¿Por qué quemaron la obra cumbre del padre de la ciencia? ¿Acaso no fue también gran maestro? –dije.

Entrelazó sus manos.

–El hombre dominaba el mundo a través de la ciencia; ahora la ciencia domina al hombre. Pero de la era de la ciencia surge el ser apasionado que se rebela contra su tiranía. Una dictadura de expertos y sistemas, de máquinas, un mundo incomprensible para la humanidad, a la que se le escapan de las manos los factores que determinan su existencia.

Le miré en silencio, no sentí la necesidad de rebatirle. Mucha gente compartía aquel desasosiego. Tal vez una mayoría.

–¿Y la religión, la cultura... los ataques al Sagrado Corazón y a la Biblioteca de Bidebarrieta? –inquirí.

–Ideas marchitas, asideros que impiden el avance –afirmó, y seguidamente alzó su voz con vehemencia–: las masas deben sentirse despojadas y desnudas para que lancen un grito común.

La intensidad de las palabras del gran maestro y su ademán mesiánico lograron alarmarme. Pensé que las peores tragedias de la historia habían comenzado con una pandilla de lunáticos resentidos y con demasiadas ideas. Entonces relajó el gesto y sonrió con aquella mueca mezquina que no podía evitar.

–Pero no debe asustarse todavía –dijo–, solo ha sido una prueba. Un ensayo exitoso, desde luego. Su ciudad alberga circunstancias históricas y sociales adecuadas de cara a evaluar el impacto del desconcierto sobre la población. Además, aquí contábamos con una base de apoyo y condiciones de anonimato... Pero ahora nos toca plegar velas y asomarnos a un objetivo mucho más considerable. Las grandes capitales del mundo occidental nos esperan.

Se quedó pensativo, como evaluando la difícil tarea que tenía por delante. El modus operandi seguía sin cuadrarme.

–Pero, ¿el Priorato de Sion?

Salió de su ensimismamiento. Miró por encima de mi cabeza y luego abrió sus manos.

–Una mitología adecuada. Cumplimos con los ritos, y algunos miembros creen a pies juntillas. En todo caso es el instrumento aglutinador. Hubiera sido difícil construir las redes de influencia de la organización sin contar con la historia del Priorato. Es la más poderosa de las logias. Con la muerte de Pierre Plantard ha habido divergencias, que finalmente desembocaron en un cisma. Algunos miembros, encabezados por un heredero apocado, están anclados en la comodidad de la leyenda y resultan demasiado timoratos. Sin embargo, es la hora de actuar, de tener un peso real en los acontecimientos mundiales.

Jean relató seguidamente cómo había aglutinado y liderado a los más audaces en la creación del PSP, el *Primus Sionis Prioratus*. Había que subvertir el orden establecido para que las ideas políticas del Priorato pudieran florecer: en esa estrategia el miedo y la confusión eran elementos fundamentales. Ariza había sido uno de los primeros miembros en engrosar las filas tras el cisma, pero posteriormente su anhelo erudito le había hecho perder la cabeza, y se había convertido en un peligro para la organización. En cuanto a Urizar, demasiado tarde comprendieron que desde el principio había jugado el papel de infiltrado. En realidad, abominaba de los objetivos y de los métodos del Priorato.

Recordé con tristeza su muerte. Iñaki Urizar siempre me había gustado. Ahora descubría con asombro que había sido además un hombre de enorme valor; y un hombre comprometido, a pesar de que se hubiera pasado la vida

desmintiéndolo.

–¿Y la descendencia de Jesucristo? –pregunté entonces.

Alzó los hombros con indiferencia.

–Quién sabe. Y, de todas formas, qué más da. Era el elemento central del reinado de Pierre Plantard, pero para nosotros es un asunto secundario. En cualquier caso, lo que importa es lo que se quiera creer, aquello que apele a las pasiones que bullen en nuestro interior; lo que importa es que algo nos parezca real, no que necesariamente lo sea.

Me erguí en el sofá y sacudí la cabeza a modo de protesta.

–Solo la verdad puede servir como pilar sobre el que construir algo sólido –enfaticé.

Jean sonrió con condescendencia.

–¿Acaso constituye un pilar más sólido la historia de un hombre que nació de una virgen y caminaba sobre las aguas? ¡Y que renació de la muerte! Todo es trivial y todo es mágico, depende de la perspectiva. Y la magia es muy poderosa; la Iglesia romana lleva dos mil años demostrándolo.

–Pero el manuscrito de Newton debe de probar...

–Ah, el manuscrito –me interrumpió–. Nos ha dado mucho juego. ¿Pero quién le dice que no lo hayamos producido nosotros mismos?

Le miré confundido.

–Pero Ariza... el Trinity... Arietti, todos creían...

–Lo que yo quise que creyeran –aseveró. Seguidamente me contempló con arrogancia, ufano de sí mismo.

¿El manuscrito que nos había vuelto locos y por el que había corrido toda aquella sangre era falso? Le miré con una mezcla de admiración y repulsión. Aquel hombre era un auténtico Maquiavelo. Había logrado engañarnos a todos; ni siquiera los miembros del nuevo Priorato estaban al corriente de la falsificación. Pensé entonces en el Master del Trinity. ¿Qué pintaba un prestigioso académico indio, poseedor del premio Nobel, en aquella conspiración? Supuse que, tras establecer un nuevo orden europeo, el siguiente paso sería alterar el orden mundial. Como si intuyera lo que barruntaba el gran maestro extendió sus explicaciones.

–En el Priorato convergen diferentes sensibilidades –dijo–, y es mi papel armonizarlas en un objetivo común. En algunos casos, el impulso se centra en

recuperar los valores esenciales del ser humano. Otros sin embargo persiguen por encima de todo derribar a los dioses de su pedestal. Empezar por desenmascarar al cristianismo, y seguir con el resto de las divinidades engendradas por la humanidad. Es el caso de Ajay; como sabe, en su país la religión es una lacra que impide todo avance. En cualquier caso, todos coincidimos en el dictamen: la desintegración de la esencia de nuestra especie ha ido demasiado lejos. Y también coincidimos en nuestra misión: si Jesús era un humano más, si los dioses no son más que el producto de nuestra propia imaginación, entonces debe ser el hombre quien ocupe el pedestal. ¡Quién ejerza de Dios! Esa es la gran verdad de nuestro tiempo, su supuesta tragedia... en realidad, se trata del desvelamiento de nuestro destino. Ya lo predijo hace más de cien años el divino Friedrich: si hemos tenido el valor de matar a Dios, debemos asumir la grandeza de ese acto, y convertirnos en dioses para estar a su altura.

Su mirada se perdió un momento en el vacío. Podía ver los sueños de grandeza atravesar su imaginación.

—Por supuesto —dijo con la mirada todavía ausente—, habrá una jerarquía, una nueva aristocracia. No todos los hombres son iguales. La humanidad necesita nuevos rectores. Regentes firmes, justos y fuertes.

Volvió a mirarme. Pareció evaluarme unos instantes.

—Podrá comprender que la mística de la estirpe de Jesús resulte un instrumento muy útil —señaló.

Nos observamos. No asentí, pero tampoco quise contradecirle, para qué. Cambié de tema.

—¿Y el prelado, pertenecía también a la organización?

Jean negó con expresión de desdén, incluso con cierto desagrado. Seguidamente se extendió sobre el papel de Arietti. El prelado estaba convencido de que Juan Pablo II había engañado a Gorbachov, persuadiéndole de la idea —dudosa cuanto menos— de que la justicia social también podía impulsarse en un régimen capitalista. Solía llamarle *el traidor de Cracovia*. La influencia del Papa había tenido un papel determinante en la caída de la Unión Soviética y de los regímenes comunistas en Europa. Algo que Arietti, que había mamado el comunismo desde niño —y que había visto a su padre morir por la causa—, no podía perdonar.

–Era un hombre reconcomido por la inquina, enloquecido –añadió el gran maestro–. Nada agradable.

A pesar de ello, el Priorato había colaborado con él. Arietti pretendía hacerse con copias de todos los manuscritos heréticos que pudieran estar en manos del Priorato, aún a costa de pagar grandes sumas.

–Estoy inclinado a creer que usted presenció una de esas transacciones – señaló.

Le miré sin contestar. Mi mente estaba ahora más despejada.

–¿Planeó también que la responsabilidad de las acciones del PSP recayera sobre la izquierda nihilista? –pregunté.

Jean se regocijó unos segundos con la idea antes de hablar.

–Hubiera sido de una clarividencia sobresaliente –observó–, pero he de admitir que no lo tenía previsto, fue sencillamente un golpe de buena suerte. Yo no estaba al tanto de la existencia del Partido Socialista del Proletariado. En cualquier caso, ese obsequio de la fortuna no solo ha servido para desviar la atención de la Policía... también ha ayudado a acrecentar la sensación de confusión y caos entre la población. Nuestras sociedades son conservadoras, nadie mejor que el lobo de la izquierda radical para azuzar el miedo que nos coloca a nosotros en disposición de introducir a las ovejas en el redil.

Escondí unos instantes mi cabeza entre las manos. Traté de reflexionar. Comenzaba a asentarse en mi mente una visión global de aquella farsa inaudita, tan estrafalaria como peligrosa. Y con ella afloraban las preguntas: ¿Podían realmente funcionar tales artimañas? ¿Eran nuestras sociedades tan timoratas, tan estúpidas? ¿Era la verdad tan poco relevante en el mundo que habíamos creado? Una perplejidad secundaria cruzó mi mente. Me erguí de nuevo.

–¿Y el *Elogio de la locura*?

Sonrió, y percibí de nuevo la arrogancia, la satisfacción íntima del manipulador de voluntades.

–Una pincelada estética –se congratuló–. Aquel día acompañé a Branko a la biblioteca de Ariza con la intención de llevarme el manuscrito de Newton. Había sido yo mismo quien había puesto a Arcadio sobre su pista. Una vez impregnado por la credibilidad que le otorgaba su paso por el Trinity College –sabía que Ajay no tardaría en saltar sobre él–, estaba listo para ser utilizado

en nuestra causa. Pero Arcadio se negó, no hubo modo de persuadirle, estaba convencido de haber dado con el camino al Santo Grial. Se convirtió en una amenaza para nuestros propósitos. Tuvimos que actuar... En cuanto al *Stultitiae Laus*, ¿qué decir? Verá, Erasmo de Rotterdam, con una clarividencia sin precedentes, abarcó en toda su profundidad el alma contradictoria del ser humano. Comprendió antes de que nadie lo hiciera que la pasión acabaría triunfando sobre la tan ensalzada razón. La llamó locura, pero le dio la palabra y el poder. Por supuesto, la idea le espantaba, no dejaba de ser un mojigato, pero sabía que en ella radicaba el futuro de la especie, y se debía a su verdad. Yo he tenido el coraje de abrazar esa locura abiertamente: de hacer de la pasión desatada del hombre –aquello que nos hace realmente humanos, nuestros miedos y creencias, nuestros odios más profundos–, el instrumento de nuestro ascenso... *Principia Mathematica* frente a *Stultitiae Laus*: ciencia frente a pasión, raciocinio frente a locura. Me pareció una bonita metáfora del camino que teníamos por delante.

–¿Verdad frente a mentira? –pregunté, con una apagada y resignada repulsión.

Me lanzó una mirada divertida.

–Es una manera de verlo. Pero tal vez haya algo entre medias de esos dos conceptos. Algo que nos interpele más directamente y resulte ser más potente y efectivo. Las citas de Erasmo tienen un poderoso efecto sobre el subconsciente humano.

Alzó entonces su mirada por encima de mi cabeza. Me giré, Bor estaba de nuevo a mis espaldas, había entrado sin que yo me percatara, posiblemente avisado por el gran maestro mediante algún dispositivo oculto a mi vista. Supe que el final de aquella extraña conversación –y de mi vida– estaban cerca. Jean volvió a hablar, adquiriendo ahora un tono de voz pesaroso, el del hombre poderoso que debe tomar decisiones dolorosas.

–Es ya la hora –dijo–. Usted sabe ahora más que ninguno. Digamos que le he ungido como mi testigo frente a la eternidad. Le doy las gracias por ello. Ahora le pido que cerremos este asunto de una manera civilizada.

Hizo un gesto con la mirada y Bor se puso a mi lado. Del bolsillo de la chaqueta extrajo con cautela una jeringuilla. En la otra mano sostenía un arma. Mi mente se había liberado casi por completo de la droga, pero seguía

sintiendo el cuerpo pesado, falto de energía. Era inútil intentar nada. Solo me quedaba realizar una última apelación. Me sorprendió la serenidad con que la voz salió de mi garganta.

–Ane, Rose...

–No se preocupe, están a salvo. Fueron víctimas de los excesos de Branko. Daños colaterales. Pero yo no les deseo ningún mal.

Se lo agradecí con un leve gesto de asentimiento.

–Será indoloro, incluso agradable –señaló–. Y recuerde, acabaremos triunfando.

Me pareció una proclama vana, habida cuenta del lugar al que me estaba enviando. Pero mi mente estaba ya en otro sitio. Sentí el pinchazo. Fijé mi mirada en el recuadro de jardín. Llovía de nuevo sobre las vibrantes hojas, las gotas rebotaban o se escurrían con alegre vitalidad. Cerré los ojos.

La vida.

Traté de escoger mis últimos pensamientos, pero las profundidades de mi conciencia tomaron el control: mi cara de niño asustado en el Seminario; el abrazo jubiloso y lleno de vida de Miren; la mirada de Ane marcando mi destino.

Luego el fundido en negro. La nada.

EPÍLOGO

Los rayos calientan tenuemente las partes expuestas de mi piel. Un suave mar que no veo se dedica a arrullar la sensación de delicioso cosquilleo. Rissssss, rissssss. Tengo la cabeza ligera, llena de aire. El dorso de mis dedos acaricia los granos de arena. Con docilidad, con un dulce regocijo de sus poros. Por encima, graznan las gaviotas: kaio, kaio, kaio. ¿Por qué se quejan sin descanso, si pueden volar, planear sobre la vida? Parpadeo, ráfagas de luz deslumbran mis pupilas. Huele a algas y a salitre. Es el olfato el que hace que me percate. Demasiado real, demasiado mundano para pertenecer al reino de los muertos.

¿Estoy vivo?

Yergo el torso, apoyó las manos sobre la arena. El cielo está despejado, el mar sosegado. La bahía resplandece con la calma de una laguna. Un anciano que camina por la orilla en pantalón corto y sin camisa se para un momento y desvía su mirada hacia mi posición. Saluda levantando un brazo, pero no me atrevo a responder. ¿Estoy realmente libre? Giro mi cabeza a ambos lados para cerciorarme. Me convengo de que me encuentro varado sobre la playa.

Estoy vivo y estoy libre.

Al día siguiente a mi liberación, el anuncio salió en todos los periódicos del territorio, a toda página.

Quae tandem vitae pars est, non triftis, non inefstiva, non invenufta, non infipida, non molefta, nifi voluptatem, id est, stultitiae condimentum adjunxeris?

Erasmi Roterodami

O lo que es lo mismo:

¿Hay un solo día en la vida que no sea triste, monótono, insípido, aburrido y molesto, si no se le adereza con el placer, es decir, con la salsa de la locura?

Me llevó un tiempo comprender. Jean necesitaba un testigo vivo, alguien que pudiera dar fe de su temprano papel en el advenimiento de un nuevo orden mundial. O como mínimo, alguien que se maravillara de la magnificencia de sus planes. Necesitaba también, requisito estricto de su ego, exhibir su poder: me había mostrado cómo podía disponer de mi vida, levantar el pulgar o señalar con él el camino de los muertos. Yo era parte de su obra.

El gran maestro consiguió el efecto deseado, la ciudad se removió inquieta y expectante; temerosa, pero con la incipiente corazonada de que tal vez podía encontrarse algo mejor, más grande, en el territorio desconocido de la mentira. Yo conté mi historia, sin pruebas ni sustento, convertida mi voz en irrisoria por aquellos que manejan los hilos. El subcomisario Barrutia fue de los pocos que me creyó; dio vueltas al dossier, pero sin lograr encontrar un camino por donde avanzar. Sus superiores no tardaron en decretar el cierre del caso.

Comprendí que eso también lo sabía Jean de antemano.

El PSP desapareció de Bilbao sin dejar el menor rastro. Pasado un tiempo, retomé mi vida. Sin embargo, desde entonces, cada vez que acontecimientos políticos o sociales desconcertantes irrumpen en las sociedades occidentales, me pregunto si la mano del Gran Maestro estará detrás.

NOTA DEL AUTOR

A mediados de los noventa del siglo pasado, unos años antes de morir, Pierre Plantard admitió bajo juramento en un juzgado de París, que el Priorato de Sion no era más que una trabajada invención, orquestada por él y sus colaboradores a lo largo de casi medio siglo. Lo mismo ocurría con su supuesta descendencia de la estirpe Merovingia y de Jesucristo. Los *Dossier Secrets*, mezcla de medias verdades y grandes mentiras, habían sido el golpe maestro del engaño –una improbable semilla plantada en la Biblioteca Nacional de París, que treinta años después germinó con su descubrimiento por parte de Henry Lincoln–. Sin embargo, la trama que puso en marcha sigue obteniendo hoy en día la credulidad de millones de personas en todo el mundo. Es de suponer que consideran la realidad más prosaica y aburrida que una fantasiosa teoría de la conspiración.

En el año 2003, el escritor norteamericano Dawn Brown publicó *El Código Da Vinci*, una novela basada en los hallazgos descritos en *The Holy Blood and the Holy Grail* (reflejo a su vez de la trama que había urdido concienzudamente Pierre Plantard). La novela, sustentada en la supuesta existencia real del Priorato de Sion, obtuvo un inmenso éxito: más de ochenta millones de ejemplares vendidos en todo el mundo y una película dirigida por Ron Howard y protagonizada por Tom Hanks. Hoy en día el Priorato de Sion sigue siendo una multimillonaria industria global. Condenada por la Iglesia y ridiculizada por numerosos críticos, la obra de Brown es uno de los mayores triunfos de esa mezcolanza de realidad y ficción que comienza a definir el siglo XXI.

En el año 2006, Richard Leigh y Michael Baigent (co-autores de *The Holy Blood and the Holy Grail* junto con Henry Lincoln) demandaron a Dawn Brown por plagio. En la vista celebrada en la corte de justicia de Londres,

acusaron a Brown no solo de robar sus ideas, sino en especial de presentarlas al mundo de una manera que desacreditaba la veracidad de sus hallazgos (no hay que olvidar que su libro había sido catalogado en las librerías como obra de divulgación histórica). Seguían convencidos de que tanto la historia y existencia actual del Priorato de Sion como su razón de ser principal –ser los guardianes de la descendencia de Jesucristo– eran verídicas.

Getxo, enero de 2018

NOTAS

- [1] “Podría pararme en mitad de la 5ª Avenida y disparar a alguien y no perdería votos”.
- [2] La sagrada sangre y el sagrado cáliz, publicado en castellano con el título de *El enigma Sagrado*.